

SEMINARIO: “Gramsci y el cambio histórico mundial contemporáneo”



Coordinado por:
Sergio Ordóñez

Lecturas escogidas

Antonio Gramsci
“Cuadernos de la cárcel”
Edición crítica del Instituto
Gramsci a cargo de Valentino
Gerratán, Ediciones Era

La perspectiva gramsciana concibe el cambio histórico y el surgimiento de una nueva fase de desarrollo como proceso de constitución de unidades orgánicas entre economía, política, ideología, cultura y trama institucional-social.

Material elaborado por: Paty Montiel

2009 - 2010

CONTENIDO

PREFACIO POR VALENTINO GUERRATANA

1. PERSPECTIVA GRAMSCIANA DEL TRÁNSITO DE UNA ÉPOCA HISTÓRICA A OTRA

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 17: *Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 7: *Cuestión del ‘hombre colectivo o del conformismo social’.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 22, párrafo 11: *Racionalización de la producción y del trabajo.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 22, párrafo 12: *Taylorismo y mecanización del trabajador.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 22, párrafo 13: *Los altos salarios.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 22, párrafo 15: *Civilidad americana y europea.*

2. CATEGORÍAS GRAMSCIANAS PARA ENTENDER EL CAMBIO HISTÓRICO: HEGEMONÍA, BLOQUE HISTÓRICO, REVOLUCIÓN PASIVA, INTELLECTUALES Y SISTEMA DE HEGEMONÍA DE ESTADOS.

a) Hegemonía

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 19, párrafo 24: *El problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y el Estado moderno en Italia* (primer párrafo).
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 12: *Introducción al estudio de la filosofía.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 8, párrafo 185: *Fase económico-corporativa del Estado.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 23: *Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los periodos de crisis orgánicas* (primer párrafo).
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 11, párrafo 53: *Filosofía especulativa.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 12, párrafo 1: *Los intelectuales son un grupo socialmente autónomo...* (párrafo 8: “La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción...”).

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 15: *“En la noción de gran potencia...”*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 44: *Introducción al estudio de la filosofía.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 29, párrafo 3: *Focos de irradiación de innovaciones lingüísticas y de un conformismo nacional lingüístico en las grandes masas nacionales.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 11, párrafo 12: *Algunos puntos preliminares de referencia* (párrafo 19: *“El hombre activo de masa...”*).

b) Bloque histórico

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 8, párrafo 182: *Estructura y superestructura.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 13: *Notas.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 48: *Introducción al estudio de la filosofía* (sobre todo a partir del párrafo que inicia con la pregunta ¿qué es el hombre?).
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 10: *“La cuestión inicial que debe plantearse y resolverse en un tratado sobre Maquiavelo...”*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 11, párrafo 67: *“Pasaje del saber al comprender, al sentir y viceversa...”*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 41: *“La importancia que han tenido el maquiavelismo y el antimachiavelismo...”* (la parte referida al concepto de bloque histórico en Sorel)
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 9, párrafo 40: *Maquiavelo. Relaciones de fuerza, etc.*

c) Revolución pasiva

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 15, párrafo 11: *Maquiavelo.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 15, párrafo 17: *Maquiavelo.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 15, párrafo 59: *Resurgimiento italiano.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 6: *Croce y la tradición historiográfica italiana.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 8, párrafo 36: *Resurgimiento. El transformismo.*

d) Estado Ampliado

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 15, párrafo 10: *Maquiavelo. Sociología y ciencia política.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 6, párrafo 88: *Estado gendarmen-vigilante nocturno, etc.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 17: *Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, Parte II, párrafo 15: *Notas de economía.*

3. GRAMSCI Y LA ECONOMÍA INSTITUCIONAL: APROXIMACIÓN CRÍTICA.

a) Intelectuales e instituciones en Gramsci

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 12, párrafo 1: *“Los intelectuales son un grupo social autónomo e independiente...”* (hasta el párrafo que inicia: *“En el mundo moderno, la categoría de los intelectuales, entendida así, ha sido ampliada en un modo inaudito...”*).
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 19, párrafo 26: *“La relación ciudad-campo en el Risorgimento y en la estructura nacional italiana”*. Del párrafo que inicia: *“La extensión del sufragio en el 1913...”*, hasta el que inicia: *“En el desarrollo del Risorgimento...”*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 12, párrafo 3: *“Cuando se distingue entre intelectuales y no intelectuales en realidad...”*



PREFACIO

Los criterios seguidos en la realización de esta nueva edición de los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci, aun correspondiendo en su inspiración a aquéllos anunciados oportunamente cuando tal edición fue proyectada,¹ no pueden fundamentarse adecuadamente sin insistir en la trabajosa génesis de la obra y de su fortuna. Por lo general, las controversias interpretativas originadas por la obra gramsciana prefieren prescindir de este aspecto. Se tiende a considerar esta génesis como un simple hecho, una circunstancia externa, esto es, algo a lo que no debe darse un peso excesivo en la evaluación de la importancia y del significado teórico de la obra. En tal actitud es posible reconocer un elemento positivo: el rechazo a reducir el valor de la obra gramsciana a los límites de una dimensión heroico-sentimental de "testimonio de la época", solamente susceptible de evocaciones conmemorativas. Sin embargo, no hay duda de que separar la trama de determinadas nociones teóricas sobre el modo como aquélla se ha formado, nos expone más fácilmente al riesgo de malinterpretarlo, y, en el caso de Gramsci, tal cosa ha sucedido más de una vez.

Algo semejante, por lo demás, ha sucedido también con los juicios sobre el hombre Gramsci. La sombra de la leyenda ha acompañado siempre su actividad y su obra. Objeto de odios implacables y de sarcasmos despectivos por la forma como se entregó a la lucha política, podía suscitar por el mismo motivo una admiración que a menudo desembocó en la hipérbole o en amplificaciones deformantes. Incluso en el conocido retrato trazado por Gobetti en 1924 para *La Rivoluzione Liberale*,² cuando Gramsci fue elegido diputado en un parlamento ya fascistizado, se introdujeron algunos elementos legendarios: aparece la imagen de un Gramsci visto como "profeta" revolucionario ("más que un táctico o un com-

¹ Cfr. Valentino Gerratana, "Sulla preparazione di un'edizione critica dei 'Quaderni del carcere'", en *Gramsci e la cultura contemporanea*, Actas del Congreso Internacional de Estudios Gramscianos celebrado en Cagliari el 23-27 de abril de 1967, a cargo de Pietro Rossi, vol. II, Editori Riuniti-Instituto Gramsci, Roma, 1970, pp. 455-76.

² Cfr. *La Rivoluzione Liberale*, 22 de abril de 1924 (año III, n. 17); "Antonio Gramsci" (en la sección "Uomini e idee"); el artículo se halla ahora recogido en Piero Gobetti, *Scritti politici*, a cargo de Paolo Spriano, Einaudi, Turin, 1960.

batiente”), así como otros rasgos en los que se refleja más el carácter del retratista que el de su modelo. No puede decirse que aquella imagen fuese falsa, sin ninguna relación con la realidad. Debe decirse más bien que en este Gramsci gobettiano, como en otras descripciones legendarias evocadas en ese mismo periodo, la realidad es transfigurada, convertida sobre todo en mensaje de acción, fuente de repercusiones emotivas, al menos mientras logre hallar destinatarios apasionados. Ciertamente es que no eran muchos entonces estos destinatarios; en la sombra discontinua de su leyenda los vacíos seguramente predominaban sobre los llenos. En 1927, antes aún de que se efectuara el proceso del Tribunal Especial, Togliatti escribía en *Lo Stato Operaio*, la revista del Partido Comunista Italiano publicada en la emigración, su primer artículo sobre Gramsci, “un dirigente de la clase obrera”. “La historia de nuestro partido está aún por escribirse. Quien la escriba y sepa captar, por encima de los sucesos políticos y administrativos particulares, la gran línea de su formación histórica como vanguardia de la clase obrera, tendrá que dar a Antonio Gramsci el lugar de honor”.³ Pero también podía suceder que poco después, al llegar Gramsci al reclusorio de Turi para cumplir la condena que le fuera impuesta por el Tribunal Especial, los primeros detenidos políticos, incluso aquéllos de su mismo partido, con los que entró en contacto, ignoraban hasta su nombre y acogieron al recién llegado como a “uno cualquiera”.⁴

El mismo Gramsci ha dejado una colorida descripción de la experiencia que pudo hacer con su propia “fama” durante las peregrinaciones por cárceles italianas en los primeros meses de detención. En una carta del 16 de febrero de 1927 (escrita para confortar a su cuñada preocupada por su suerte) encontramos estas anotaciones divertidas: “Yo no soy conocido fuera de un círculo bastante restringido, por ello mi nombre es deformado de todas las formas más inverosímiles: Gramásci Granusci, Grámisci, Granísci, Gramásci, hasta Garamáscon, con todos los intermedios más extraños”. En la cárcel de Palermo, durante un “tránsito”, un ácrata ultraindividualista, que rechazaba cualquier nombre que no fuese “el Único” (“soy el Único y basta”) lo presenta a otro detenido: “Me presentó. El otro me miró largo rato, luego preguntó: ‘¿Gramsci, Antonio?’ ‘Sí, Antonio’, respondí. ‘No puede ser, replicó, porque Antonio Gramsci debe

ser un gigante y no un hombre tan pequeño.’ No dijo nada más, se retiró a un rincón [...] y se puso, como Mario ante las ruinas de Cartago, a meditar en sus ilusiones perdidas”. Más tarde, también el brigadier de la escolta, que le preguntó durante el interrogatorio si era pariente del “famoso diputado Gramsci”, mostró desconcierto al descubrir que el recluso a él confiado era precisamente el “famoso diputado”: “Me dijo que se había imaginado siempre mi persona como ‘ciclópea’ y que estaba muy desilusionado”. Pero luego no renunció a exhibirle su variopinta cultura de autodidacta, y en cierto punto comenzó a llamarle “maestro”.⁵

En estos episodios, aunque marginales, es lícito ver el signo emblemático de los límites impuestos a la difusión de una leyenda confiada en gran parte a una tradición oral, a los testimonios de los amigos y compañeros de lucha. Indirectamente también Gramsci contribuyó, sin quererlo, a determinar estos límites, con su negativa, por ejemplo, a autorizar la publicación de sus artículos periodísticos, aparecidos en su mayor parte anónimos en el *Grido del Popolo* y en el *Avanti!* turinés, en *L'Ordine Nuovo* semanal, y luego en todos los órganos de prensa del nuevo partido comunista. Las razones de moralidad cultural con que Gramsci justificó esta negativa (hablando de escritos del día, que debían morir “después de cada día”) tal vez no lo dicen todo. Ciertamente, ayuda más a comprender el carácter del hombre —que influyó profundamente, si no andamos errados, en el carácter de su obra— aquel esfuerzo continuo de construcción de sí mismo que es la característica más original e inconfundible de su personalidad tal como se revela en los *Cuadernos* y en las *Cartas de la cárcel*. En esta fatigosa construcción de sí mismo Gramsci no vio nunca la misión de un “gigante”, sino más bien el simple deber de un “hombre medio”. Así, en una página famosa de los *Cuadernos*, podía hablar de su propia experiencia como peculiar de un “triple o cuádruple provinciano” cuyos procesos vitales “se caracterizan por el continuo intento de superar un modo de vivir y de pensar atrasado”;⁶ y en una carta menos conocida (de noviembre de 1927) sentía la necesidad de reaccionar ante algunas manifestaciones de pánico que le había parecido advertir en algunas actitudes de personas de su familia, recordando los sufrimientos padecidos desde su juventud y las penosas condiciones que le habían templado el carácter:

Me he convencido de que aun cuando todo está o parece perdido, es preciso reanudar tranquilamente el trabajo, recomenzando desde el principio. Me he convencido de que es preciso contar siempre sólo con uno mismo y con las propias fuerzas; no esperar nada de nadie y por

³ El artículo se encuentra recogido ahora en Palmiro Togliatti, *Gramsci*, Editori Riuniti, Roma, 1967, pp. 3-6.

⁴ Cfr. Ercole Piacentini, “Con Gramsci a Turi”, testimonio recogido por Paolo Giannotti, en *Rinascita*, 25 de octubre de 1974, p. 32: “Desde hacía dos años me encontraba en Turi; una mañana la puerta del patio de ‘paseo’ se abrió y entró un hombre pequeño de estatura, un poco deforme [...]. Curiosos de saber lo que sucedía afuera, nos aproximamos. ‘¿Sois políticos?’, preguntó. ‘Me llamo Gramsci.’ Siguió preguntando a qué movimientos pertenecíamos. Yo y Ceresa dijimos ser comunistas, los otros eran todos anarquistas. A decir verdad nadie sabía quién era Gramsci, era uno cualquiera”.

⁵ Cfr. Antonio Gramsci, *Lettere dal carcere*, a cargo de Sergio Caprioglio y Elsa Fubini Einaudi, Turín, 1965, pp. 50-51.

⁶ Cfr. en la presente edición, tomo 5, cuaderno 15 (II) § <19>.

lo tanto no buscarse desilusiones. Que es necesario proponerse hacer sólo lo que se sabe y se puede hacer y seguir el propio camino. Mi posición moral es óptima: unos me creen un satanás, otros me creen casi un santo. Yo no quiero hacer el papel ni de mártir ni de héroe. Creo ser simplemente un hombre medio, que tiene sus convicciones profundas, y que no las cambia por nada en el mundo.⁷

Aunque quisiera pensarse que esta "posición moral" no tiene mucho que ver con el contenido de los *Cuadernos*, con los temas político-teóricos que interesan hoy al lector contemporáneo, es difícil negar que tiene que ver con su génesis y estructura. Gramsci inicia la redacción de los *Cuadernos*, en la cárcel de Turi, el 8 de febrero de 1929, exactamente dos años y tres meses después del arresto (8 de noviembre de 1926). La lentitud de esta gestación depende sólo en parte de condiciones externas. Prisionero de aquel régimen en el que el marxismo se ha convertido en un delito, él sabe que debe estar preparado para todo: incluso para "desaparecer como una piedra en el océano" (ésta es la primera impresión que recibe cuando en la cárcel romana de Regina Coeli cree, erróneamente, haber sido destinado a la deportación en Somalia).⁸ En la incertidumbre del destino que le aguarda, aun cuando por un momento parece abrirse el resquicio de una perspectiva menos pesimista, el problema del estudio se le presenta inicialmente como un sistema de autodefensa contra el peligro de embrutecimiento intelectual por el que se siente amenazado. En Ustica, cuando solicita, y obtiene, la fraternal ayuda de su amigo Piero Sraffa para un suministro regular de libros y revistas, es en esto, sobre todo, en lo que piensa.⁹ Pero Ustica no es más que un breve paréntesis (con algunos aspectos no del todo desagradables, tras los dieciséis días pasados en Regina Coeli en el más completo aislamiento), y en la cárcel de Milán, en espera del proceso (7 de febrero de 1927-11 de mayo de 1928), el problema del estudio vuelve a presentarse en una forma más apremiante, por la confluencia de exigencias contrapuestas. Leer y estudiar para ocupar el tiempo en forma útil, para defenderse de la degradación intelectual y moral a que somete la vida carcelaria, sigue apareciendo aún como una exigencia vital, pero a condición de que ésta encuentre un objetivo superior, en un resultado perseguido por sí mismo, y no sólo como medio instrumental para sobrevivir físicamente. Entre el estudio como razón de vida y el estudio como medio de supervivencia se determina una tensión que no es fácil resolver en términos de equilibrio. De esta tensión surgió la primera idea de los futuros *Cuadernos*.

La idea, ligada a un primer programa de trabajo, es expuesta en la

⁷ Gramsci, *Lettere del carcere*, cit., p. 126.

⁸ *Ibid.*, p. 398 (carta a su mujer del 13 de enero de 1931).

⁹ Cfr. la carta a Piero Sraffa del 11 de diciembre de 1926 (*ibid.*, p. 15).

conocida carta a Tania del 19 de marzo de 1927. Ahí comienza Gramsci por señalar cómo el estudio es "mucho más difícil de lo que parece". En cuanto a leer, lee mucho ("más de un volumen al día, además de los periódicos"). Pero no está satisfecho: "Estoy obsesionado (y este fenómeno, creo, es propio de los encarcelados) por esta idea: que sería preciso hacer alguna cosa 'für ewig', según una compleja concepción de Goethe, que recuerdo atormentó mucho a nuestro Pascoli. En suma, quería, según un plan prestablecido, ocuparme intensa y sistemáticamente de algún tema que me absorbiese y centralizase mi vida interior". Sigue el esbozo de un "plan" articulado en cuatro puntos, el primero de los cuales parece ciertamente el más significativo y será determinante para el desarrollo del trabajo concreto de los *Cuadernos*: "una investigación sobre la formación del espíritu público en Italia durante el siglo pasado", o sea "sobre los intelectuales italianos, sus orígenes, sus agrupamientos según las corrientes de la cultura, sus diversos modos de pensar, etcétera". En estos "etcétera, etcétera" debe incluirse en primer lugar la vinculación del tema con aquel programa de acción política que condujo a Gramsci a la cárcel: él mismo lo señala mencionando poco después, para aclarar la naturaleza del asunto, su ensayo sobre la cuestión meridional escrito poco antes del arresto: "Pues bien, quisiera desarrollar ampliamente la tesis que entonces esboqué, desde un punto de vista 'desinteresado', 'für ewig'".¹⁰

Esta insistencia en el "für ewig", en el carácter "desinteresado" de la investigación, estaba destinada a provocar en algunos no pocas perplejidades, derivadas sobre todo de la propensión a acreditar una versión pragmática del marxismo. ¿Una señal de desinterés político, una tentación metafísica? En realidad, respecto a una interpretación tan simplificadora, Gramsci se había apresurado preventivamente a subrayar la complejidad de la concepción goethiana del "für ewig", pero tampoco puede pasarse por alto su insólita mención de Pascoli, un autor tan poco afín a él, si se piensa que precisamente en una lírica pascoliana el significado de "para siempre" está ligado a la idea de la muerte. Aunque la idea de su propia muerte ya se le había vuelto familiar —y esta familiaridad había marcado, como él mismo recuerda, un "giro moral" en su existencia—,¹¹ Gramsci no se había resignado nunca a aceptarla como un hecho ineluctable, como una señal de impotencia. No había elegido el papel de mártir o de héroe; y quería ser solamente, como ya vimos, "un hombre medio, que tiene sus convicciones profundas, y que no las cambia por nada en el mundo".

¹⁰ *Ibid.*, p. 58.

¹¹ Cfr. la citada carta a su mujer del 13 de enero de 1931, en la que recuerda la siniestra impresión recibida ante la noticia —que luego resultó inexacta— de una deportación a Somalia: "Ahora me río de ello, pero ha sido un golpe moral en mi vida, porque me he acostumbrado a la idea de deber morir en breve" (*ibid.*, p. 398).

Pero los dos canales principales de que se había servido, antes del arresto, para difundir sus convicciones —la conversación oral y la palabra escrita en los periódicos—, se habían obstruido ahora y no era fácil sustituirlos. Si para el primero, el canal de la conversación oral (y se sabe, por testimonios concordantes, la importancia que éste tenía para Gramsci, que no era un orador de mítines), podía esforzarse por encontrar un sucedáneo en la escasa correspondencia que le estaba permitido mantener, para el segundo el problema de la transformación se presentaba aún más complejo y difícil. Era preciso escribir, no para un público inmediato, para lograr efectos inmediatos, sobre temas condicionados por circunstancias externas inmediatas, sino para supuestos lectores imaginarios, sin saber si llegarían a encarnarse, y cuándo, en lectores reales. La elección de los temas, y en primer lugar del “plan” de la investigación, debía, por lo tanto, superar los límites de lo inmediato, y solamente podía surgir de un esfuerzo de profundización teórica de toda su experiencia (de la centralización de su vida interior, según la expresión del mismo Gramsci).

Una idea bien clara que, sin embargo, aún necesitó, para pasar a la fase de realización, un largo proceso preliminar. Ya en el momento en que la idea es expuesta en la citada carta del 19 de marzo, Gramsci no oculta ciertos titubeos y parece interrogarse acerca de la validez de su proyecto. El hecho mismo de haber pensado en cuatro temas distintos provoca en él cierta perplejidad (“ya esto es un indicio de que no logro recogerme”), pero luego subraya que en el fondo —“para quien observe bien”— existe entre ellos cierta homogeneidad: “el espíritu popular creativo en sus diversas fases y grados de desarrollo, está en la base de todos ellos en igual medida”. En realidad, en torno a este eje homogéneo se mueven experiencias muy diferentes, e incluso distanciadas en el tiempo: el primer tema remite a las reflexiones sobre la función de los intelectuales italianos en el desarrollo de la cuestión meridional, con base en el reciente esbozo de 1926; el segundo remite a sus primeros estudios juveniles, a la escuela de Matteo Bartoli, en la Universidad de Turín, con un nuevo proyecto de estudio de lingüística comparada (y aquí el “für ewig” retorna con una variante irónica: “¿qué cosa podría ser más ‘desinteresada’ y ‘für ewig’ que esto?”); los temas tercero y cuarto, por último (un estudio sobre el teatro de Pirandello y un “ensayo sobre las novelas de folletín y el gusto popular en literatura”), reflejan la experiencia del Gramsci crítico teatral entre 1915 y 1920. Aunque en distinta medida, todos estos hilos resultarán luego efectivamente entretreídos, junto con muchos otros, en la trama unitaria de los *Cuadernos*; pero en aquel primer proyecto las líneas del cuadro tenían forzosamente que aparecer inciertas, y para precisarlas era necesario aún mucho trabajo, verificaciones y búsqueda interior. Un trabajo tanto más comprometido si se piensa en las dramáticas experiencias históricas de que Gramsci fue partícipe durante esa

última década, y que constituyen el fondo implícito de sus investigaciones, no tanto como su marco sino más bien como su razón de ser fundamental: guerra y posguerra, desarrollo y crisis del movimiento obrero. Revolución de Octubre e Internacional Comunista, lucha de masas y crisis del Estado, nacimiento y ascenso del fascismo.

Se comprende también que Gramsci, ya en esta primera fase de su proyecto, sentía la necesidad de buscar un estímulo dialogal para evitar encerrarse en reflexiones demasiado solitarias; se sabe, por ejemplo, de una carta suya a Bordiga para exponerle la idea del trabajo sobre los “intelectuales italianos” y para pedirle que asumiera el papel de “abogado del diablo”.¹² Pero este tipo de diálogo, todo lo contrario de fácil incluso en condiciones ordinarias, debía resultar simplemente imposible en la situación totalmente aleatoria de las comunicaciones intercarcelarias, y Gramsci tuvo que darse cuenta muy pronto de que, una vez más, no podía contar más que con sus propias fuerzas. Por otra parte, estas fuerzas eran defendidas, reintegradas y protegidas de los desequilibrios psicológicos inducidos por la vida carcelaria; además, durante todo el periodo de la detención en Milán, Gramsci no logró obtener el uso de los medios materiales necesarios para escribir en la celda, y ello lo forzó al método de las lecturas desordenadas que terminan con el vaciarse de todo interés en el momento en que amenaza con diluirse el hilo conductor de su proyecto inicial. En esta situación la idea de una investigación “desinteresada” y “für ewig” tuvo que ser temporalmente archivada. Parece también —pero esto es sólo una apariencia— que durante algún tiempo Gramsci prefirió relegarse a un tipo de estudio visto dentro de los límites de un simple medio terapéutico, para ser combinado con otros medios de la misma naturaleza. Así, en una carta del 23 de mayo de 1927 comunica a Tania que se ha dedicado regularmente a algunos ejercicios físicos cotidianos, que considera le benefician “incluso psicológicamente” porque le distraen “especialmente de las lecturas demasiado insulsas y hechas sólo para matar el tiempo”: “un auténtico estudio creo que me es imposible, por tantas razones, no sólo psicológicas, sino también técnicas; me es muy difícil abandonarme completamente a un tema o a una materia y hundirme sólo en ella, tal como se hace cuando se estudia en serio, a fin de captar las relaciones posibles y conectarlas armónicamente”. Es por esto que piensa dedicarse al estudio de las lenguas de manera sistemática, comenzando por el estudio gramatical (sin conformarse ya con saber

¹² Lamentablemente esta carta se perdió; pero tenemos noticias de ella a través de la respuesta de Bordiga (del 13 de abril de 1927), publicada ahora en *Studi Storicí*, año XVI, n. 1, enero-marzo de 1975, pp. 152-54. También han desaparecido casi todas las cartas expedidas por Gramsci, desde la cárcel de Milán, a otros confinados de Ustica: solamente se han salvado algunas, dirigidas a Giuseppe Berti (incluidas ahora en la edición citada de las *Lettere dal carcere*).

cuánto basta “para hablar y especialmente para leer”), y proyecta una serie de ejercicios de traducción, que luego serán reanudados y continuados incluso en la futura tarea de los *Cuadernos*. En definitiva, aclara: “estoy decidido a hacer del estudio de las lenguas mi ocupación predominante”.¹³

Sin embargo, esta decisión no será una de las destinadas a ser mantenidas. No sólo porque, para un organismo como el de Gramsci, ningún medio habría resultado adecuado a su propósito más allá de un breve periodo de cautiverio, sino también porque en realidad Gramsci nunca lograría alejarse de aquel orden de pensamientos que le habían inspirado el proyecto inicial de un trabajo “für ewig”. Ya en el mismo momento en que proclamaba su decisión de hacer del estudio de las lenguas su “ocupación predominante”, hablaba a continuación de los libros de su “biblioteca permanente”: “esto es, de los libros de mi propiedad, que releo continuamente y que trato de estudiar”.¹⁴ Y no se trata de libros que tengan algo que ver con el estudio de las lenguas. Por otra parte, no renuncia a servirse de la biblioteca de la cárcel, y no siempre encuentra estas lecturas totalmente insulsas, útiles sólo para “matar el tiempo”: se jacta incluso de saber “escarbar” hasta en los “estercoleros” (o de lograr “sacar sangre hasta de un nabo”), esto es, de poseer “una capacidad bastante feliz de hallar algún lado interesante incluso en la más baja producción intelectual”.¹⁵ Es un hecho que tales lecturas desordenadas —documentadas, al menos en parte, en el epistolario de este periodo— no se perderán totalmente, y también de ellas se encuentran rastros precisos en el futuro trabajo de los *Cuadernos*.

Cuando, por fin, esta tarea puede ser iniciada concretamente, en la soledad de una celda del reclusorio de Turi, muchas cosas han cambiado, y ciertamente no para mejor desde el punto de vista psicológico. La perspectiva de una larga detención (garantizada ya por la “sentencia” del Tribunal Especial) podría aparecer abstractamente como una condición propicia para un análisis teórico concebido “für ewig”; pero mucho menos propicia para un detenido como Gramsci que no ha conseguido nunca *habituarse* —en parte porque tampoco *quería habituarse*— a las angustias y sufrimientos de la vida carcelaria. Las *Cartas* nos demuestran cómo estos sufrimientos no se mitigaron, sino que se agravaron, hasta llegar a ser lacerantes, con el paso del tiempo que demolía implacablemente las resistencias fisiológicas de su organismo. Los primeros avisos de esta progresiva demolición los advirtió pocos meses después de su llegada a Turi

¹³ Gramsci, *Lettere dal carcere*, cit., pp. 92-93.

¹⁴ *Ibid.*, p. 93. Por lo demás, el mismo Gramsci confesará más tarde que se le había pasado este “deseo de estudiar idiomas”: cfr. la carta del 17 de noviembre de 1930 (*ibid.*, p. 375).

¹⁵ *Ibid.*, pp. 111 y 270.

(19 de julio de 1928): en diciembre un ataque de ácido úrico no le permitió moverse sin dificultad en lo sucesivo, y para caminar durante las horas del “paseo” necesitó durante algún tiempo de la ayuda de otros detenidos. Es en estas condiciones que por fin le llega el permiso para escribir en la celda. Eliminada así la imposibilidad técnica que hasta aquel momento se había opuesto a la realización de su proyecto, se trataba de superar las dificultades psicológicas que el mismo Gramsci había podido experimentar en los dos años precedentes. Para esto adoptó dos medidas que —al menos durante algún tiempo— demostraron ser útiles: la primera consiste en evitar lo fortuito de las lecturas que le distrae de la reflexión en torno a los puntos específicos de su plan de trabajo;¹⁶ la segunda consiste en dedicar parte de su tiempo a una serie de ejercicios de traducción para “soltar la mano” y para “relajar los nervios”.¹⁷

El inicio de la redacción de los *Cuadernos* tiene, pues, una vez más, un ritmo lento, al menos para la parte creativa, en relación con el desarrollo del plan de trabajo que se ha propuesto. Un esbozo de ese plan, mucho más articulado que el primer programa delineado en la citada carta del 19 de marzo de 1927, pero aún con la misma inspiración, abre el que Gramsci titula “Primer Cuaderno” (estampando la fecha del inicio: 8 de febrero de 1929),¹⁸ pero para el inicio efectivo de la redacción regular de las notas deja pasar aún algunos meses: primero necesita poner orden en sus pensamientos, mientras se dedica a la tarea relajadora de los ejercicios de traducción. Desde la segunda mitad de 1929 el trabajo parece marchar en forma regular, y parece haberse alcanzado un relativo equilibrio entre el desarrollo del plan de trabajo de los *Cuadernos* y el uso del “medio terapéutico” de los ejercicios de traducción. Esta fase dura aproximadamente dos años, hasta los primeros días de agosto de 1931, cuando

¹⁶ Cfr. en la carta a Tania del 29 de enero de 1929: “Debo hacerte algunas recomendaciones: 1o. que no me mandes y no me hagas mandar de la Librería, libros nuevos. Ahora que podré escribir, me haré un plan de estudio y yo mismo pediré los libros que necesite”; y pocos días después, en la carta del 9 de febrero de 1929: “Te repito una vez más que adviertas que no me manden más libros nuevos. Ahora que puedo escribir en la celda, tomaré notas de los libros que me sirven y cada cierto tiempo las enviaré a la Librería. Ahora que puedo tomar apuntes en un cuaderno, quiero leer según un plan y profundizar determinados temas y no puedo “devorar” los libros. Pienso que sólo excepcionalmente, para algunos libros de actualidad, de los que no puedo conocer la existencia, se puede pasar por alto mi advertencia” (*ibid.*, pp. 251 y 253).

¹⁷ Cfr. en la misma carta citada del 9 de febrero de 1929: “¿Sabes? Ya escribo en la celda. Por ahora sólo hago traducciones, para soltar la mano: entre tanto pongo orden en mis pensamientos” (*ibid.*, p. 253); y más tarde, en una carta a su mujer del 11 de marzo de 1929: “me he enfrascado en traducciones del alemán y este trabajo me calma los nervios y me hace estar más tranquilo. Leo menos, pero trabajo más” (*ibid.*, p. 262).

¹⁸ Cfr., p. 73.

Gramsci es atacado súbitamente por una primera y grave crisis de su organismo debilitado.¹⁹

En este periodo había iniciado, y en gran parte completado, diez cuadernos, de los cuales tres son ejercicios de traducción. Aun excluyendo estos últimos, el trabajo, como ahora se puede comprobar, se había desarrollado en forma mucho más amplia y analítica, con características de fragmentariedad que dejan entrever claramente, sin embargo, el trazo unitario de la investigación. Respecto al plan original se nota una cierta desigualdad de desarrollo: algunos temas son solamente rozados, mientras que otros nuevos, que no se habían previsto explícitamente, fueron añadidos y desarrollados con notable amplitud. La metodología de Gramsci siente la atracción del "detalle" y no está dispuesta a renunciar a la exigencia de penetrarlo en su carga simbólica o simplemente de anotarlo como premisa filológica de las futuras investigaciones; pero al mismo tiempo advierte el peligro de dispersión que se deriva de este método de trabajo, y por lo mismo se esfuerza en concentrar su atención en los temas que más adecuados le parecen para anudar y englobar a todos los demás. En una carta del 17 de noviembre de 1930, escribe:

Me he fijado unos tres o cuatro temas principales, uno de los cuales es el de la función cosmopolita que han tenido los intelectuales italianos hasta el siglo XVIII, que luego se dividen en tantas secciones: el Renacimiento y Maquiavelo, etcétera. Si tuviese la posibilidad de consultar el material necesario, creo que se podría hacer un libro verdaderamente interesante [...]. Entretanto escribo notas, incluso porque la lectura de lo relativamente poco que tengo me hace recordar las viejas lecturas del pasado.²⁰

Esta última observación merece subrayarse: es importante tener en cuenta el hecho de que el material del que Gramsci se sirve en la redacción de los *Cuadernos* no es sólo el extraído de los libros, revistas y periódicos que consigue leer en la cárcel, sino también el conservado en su memoria de las lecturas, los estudios y las experiencias de todo el periodo anterior. Todo aquello que ha estado en Gramsci, a través de los modos

¹⁹ Cfr. la carta a Tania del 17 de agosto de 1931: "a la una de la mañana del 3 de agosto, precisamente hace 15 días, tuve de repente un vómito de sangre. No se trató de una auténtica hemorragia continuada, de un flujo irresistible como he oído describir de otros: sentía un gorgoteo al respirar como cuando se tiene catarro, seguía un golpe de tos y la boca se llenaba de sangre [...]. Esto duró hasta cerca de las cuatro y en ese tiempo arrojé 250-300 gramos de sangre. A continuación no me vinieron ya bocanadas de sangre, sino a intervalos catarro con grumos de sangre" (ibid., p. 464). Gramsci intenta de todos modos en esta carta no alarmar demasiado a su cuñada, y habla de "indisposición" asegurando que "no hay nada de preocupante".

²⁰ Ibid., p. 378.

de su formación y de su desarrollo, revive en los *Cuadernos*, y es, en este revivir, juzgado, profundizado y desarrollado.

No podría comprenderse de otra manera la riqueza de contenidos que se encuentra ya en los primeros siete cuadernos escritos entre 1929 y agosto de 1931. En tal periodo no faltaron momentos que agravaron la amargura de Gramsci, y acrecentaron el penoso sentimiento de soledad que lo afectaba profundamente. En el mes de junio de 1930 recibe la visita de su hermano Gennaro, aquella visita que determina "un verdadero zig-zag" de sus pensamientos.²¹ Gennaro viene de Francia, embajador oficioso de las novedades sobre la vida del partido: el problema del "cambio", los desacuerdos en el grupo dirigente, la expulsión de los "tres", etcétera. Gramsci no está convencido, evidentemente, de que todo marche por el mejor camino, y algunos meses después, en noviembre, inicia una serie de conversaciones y debates políticos con el grupo de compañeros de partido a los que tiene forma de ver durante el "paseo". Pero sus posiciones provocan vivaces reacciones en la mayoría de los compañeros, y él prefiere truncar la discusión para evitar que degenera, en la clausura de la vida carcelaria, en una mezquina disputa fraccionista.²² Una vez más Gramsci se ve obligado a refugiarse en su aislamiento; pero no parece que el trabajo de los *Cuadernos* se haya resentido por ello de manera alguna, aunque ciertamente el episodio contribuyó a acrecentar las tensiones psicológicas que atenazaban la existencia del prisionero de Turi.

Una nueva fase del trabajo de los *Cuadernos* tiene principio después de la crisis del 3 de agosto de 1931. Ya en los últimos meses había comenzado a advertir los indicios de un serio debilitamiento que comprometía el ritmo de su trabajo;²³ y precisamente el 3 de agosto, a pocas horas de la crisis, llegó a desconsoladoras conclusiones acerca de la posibilidad de llevar a cabo las investigaciones iniciadas: "Puede decirse que no tengo ya un verdadero programa de estudios y de trabajo y naturalmente ello debía suceder. Me había propuesto reflexionar sobre una cier-

²¹ Cfr. la carta a Tania del 16 de junio de 1930 (ibid., p. 350). El episodio ha sido reconstruido con algunos detalles, obtenidos del testimonio de Gennaro Gramsci, por Giuseppe Fiori, *Vida de Antonio Gramsci*. Ed. Península, Barcelona, 1968, pp. 299-300.

²² Los términos del debate se hallan resumidos en el conocido "informe" de Athos Lisa publicado a cargo de Franco Ferri en *Rinascita*, 12 de diciembre de 1964, pp. 17-21. Pero cfr. también Athos Lisa, *Memorie, Dall'ergastolo di Santo Stefano alla casa penale di Turi*, prefacio de Umberto Terracini, Feltrinelli, Milán, 1973.

²³ Cfr. la carta a Tania del 27 de julio de 1931: "Es cierto que desde hace algunos meses sufro mucho de pérdida de memoria. Ya desde hace algún tiempo no he tenido fuertes jaquecas como en el pasado (jaquecas que llamaría 'absolutas'), pero a cambio me resiento más, relativamente, de un estado permanente que puede indicarse en resumen como una evaporación del cerebro; fatiga difusa, aturdimiento, incapacidad de concentrar la atención, debilitamiento de la memoria, etcétera" (ibid., p. 454).

ta serie de cuestiones, pero debía suceder que en cierto punto estas reflexiones habrían debido pasar a la fase de una documentación y por lo tanto a una fase de trabajo y de elaboración que exige grandes bibliotecas. Esto no quiere decir que pierda completamente el tiempo, pero el hecho es que ya no tengo grandes curiosidades en determinadas direcciones generales, al menos por ahora.²⁴ Pero la crisis sobrevenida poco después, en la noche del 3 de agosto, se convierte en un nuevo acicate que reacelera el ritmo de trabajo seguido hasta aquel momento. Su salud precizaría ahora reposo absoluto y curas adecuadas, cosas imposibles en su situación; pero tampoco es posible pensar en ningún tipo de trabajo que sirva todavía como medio terapéutico. Así pues, abandona los ejercicios de traducción y se concentra por el contrario en el esfuerzo de profundizar la investigación y de reestructurarla en una nueva serie de cuadernos. El plan de trabajo es reformulado bajo el título general de *Note sparse e appunti per una storia degli intellettuali italiani* [Notas varias y apuntes para una historia de los intelectuales italianos], y va acompañada por una lista de "Grupos de temas", que luego servirá a Gramsci para recoger y reelaborar en "cuadernos especiales", dedicados cada uno a un solo tema, notas dispersas en diversos cuadernos escritos anteriormente en forma miscelánea.²⁵ En sustancia éste será el plan definitivo de los *Cuadernos*, aunque modificado en el curso ulterior del trabajo con algunos enriquecimientos y variantes.

En esta segunda fase, que va desde fines de 1931 hasta fines de 1933, el trabajo realizado resulta particularmente intenso e importante, tanto más si se piensa que son los dos años peores por las condiciones de salud de Gramsci, aquellos en los que los recursos naturales de su organismo resultan comprometidos irremediablemente. En este periodo, a los primeros siete cuadernos ya iniciados (además de los tres cuadernos únicamente de traducciones) se suman otros diez²⁶ que conservan un lugar central en la estructura de todos los *Cuadernos*, aun cuando algunos de ellos serían completados sólo en el periodo subsiguiente. Cuadernos de notas misceláneas y "cuadernos especiales" se alternan en el trabajo de esta fase: Gramsci continúa explorando el terreno de su investigación, mientras se esfuerza al mismo tiempo por reordenar el material ya recogido reescribiendo en segunda redacción notas ya esbozadas en los cuadernos precedentes. En ningún momento, sin embargo, considera haber alcanzado la forma definitiva de los "ensayos" proyectados: éstos no se escribirán nunca, y respecto a ellos todas las notas de los *Cuadernos*, en sus

²⁴ *Ibid.*, p. 459.

²⁵ Cfr. en la presente edición, tomo 3, cuaderno 8 (XXVIII).

²⁶ No se toma en cuenta aquí el cuarto cuaderno únicamente de traducciones, escrito en 1932: en realidad un cuadernillo de pocas páginas, sólo una distracción de algunas horas.

diversas redacciones, sólo representan una recopilación de materiales preparatorios. Sobre el carácter provisional (de "primera aproximación") de sus anotaciones, Gramsci ya había llamado la atención en uno de los primeros cuadernos,²⁷ y ahora, en la nueva fase de su trabajo, siente la necesidad de repetir más de una vez la misma advertencia. En la premisa al nuevo plan de trabajo aclara que el carácter provisional de sus notas no se refiere sólo al aspecto formal (a la "distinción entre la parte principal y la secundaria de la exposición, entre lo que sería el 'texto' y lo que deberían ser las 'notas'"), sino que afecta también a las mismas determinaciones del contenido: "se trata a menudo de afirmaciones no controladas, que podrían llamarse 'de primera aproximación': algunas de ellas en las investigaciones ulteriores podrían ser abandonadas e incluso la afirmación opuesta podría demostrar ser la exacta".²⁸

En este rechazo a atarse las manos con conclusiones o formulaciones de carácter definitivo pesa no sólo el escrúpulo del estudioso que sabe que no puede disponer de los instrumentos necesarios de control filológico, sino con toda probabilidad también la exigencia política de controlar sobre todo los desarrollos reales del movimiento que se realizaban en el mundo "externo" del que había sido excluido, la validez de la trama ideal que él va tejiendo en estas sus solitarias reflexiones carcelarias. Gramsci sintió todo el peso de su aislamiento, tanto mayor cuanto más empeoraban sus condiciones de salud, que hacían cada vez menos segura la perspectiva de poder reanudar los "hilos rotos" de su vínculo con el mundo.²⁹ Su amigo Sraffa, a quien Tania transmite en este periodo las cartas de Gramsci, trata de hacerse interlocutor indirecto en las reflexiones de los *Cuadernos* sugiriendo a Tania temas que proponer al recluso aislado, nuevos estímulos a sus necesidades intelectuales amenazadas por el desgaste de la vida carcelaria. No obstante, se avecinan los momentos más agudos de una lucha por la supervivencia de un organismo que reacciona con

²⁷ Cfr. en la presente edición, tomo 2, cuaderno 4 (XIII) § <16>.

²⁸ Cfr. en la presente edición, tomo 3, cuaderno 8 (XXVIII). La misma advertencia reaparece luego en un cuaderno sucesivo del mismo periodo: véase tomo 4, cuaderno 11 (XVIII) <Advertencia>, donde la que era una observación incidental se subraya como advertencia general para todos los *Cuadernos*.

²⁹ Cfr. la carta a Tania del 13 de julio de 1931: "me parece que cada día se rompe un nuevo hilo de mis vínculos con el mundo del pasado y que cada vez es más difícil reanudar tantos hilos rotos" (*Lettere dal carcere*, cit., p. 450). Algunos días después, en la citada carta del 3 de agosto, recordaba, volviendo al mismo tema, que también en el pasado, antes de la cárcel, había llegado a encontrarse en situaciones de aislamiento, pero añadía que entonces se había tratado de decisiones voluntarias, necesarias para la formación de su personalidad, y que ahora, por el contrario, la situación era totalmente distinta: "mientras en el pasado, como he dicho, me sentía casi orgulloso de hallarme aislado, ahora por el contrario siento toda la mezquindad, toda la aridez, la sordidez de una vida que sea exclusivamente voluntad" (*ibid.*, pp. 458-59).

estremecimientos desesperados a los golpes de mazo que lo demueven. Son los momentos más peligrosos y Gramsci es bien consciente de ello. "He llegado a tal punto que mis fuerzas de resistencia están por derrumbarse completamente, no sé con cuáles consecuencias", escribe a Tania el 29 de agosto de 1932;³⁰ siguen semanas de "verdadero frenesí neurasténico";³¹ hasta llegar a la nueva y más grave crisis de marzo de 1933: delirios, estados de alucinación y de obsesión. Estos males físicos van acompañados por auténticas tempestades psicológicas, y Gramsci se pregunta fríamente si la prolongación de estas condiciones no amenaza con sustraerlo a cualquier posibilidad de autocontrol racional: recuérdese la insistencia con que se detiene en la fábula de los naufragos (que se vuelven antropófagos, sin nunca antes haber sospechado semejante eventualidad) en una carta a Tania y luego en un lúcido pasaje de los *Cuadernos*.³²

Seguramente es éste uno de los pocos puntos en los que los sufrimientos lacerantes de este periodo se reflejan directamente en los *Cuadernos*. Pero de tal modo logran en cierta medida también despersonalizarse, convertirse en experiencias ejemplares, dotadas de aquella "pedagógica universalidad y claridad" que adquieren los "hechos particulares" en las reflexiones recogidas bajo el título general de *Pasado y presente*. Pero todos los "cuadernos" de este periodo representan un desafío continuo contra la proximidad de los sucesos personales del prisionero, la victoria del control de la razón sobre los impulsos centrifugos de los instintos primordiales, la reducción del rebullir caótico de vitales fuerzas espontáneas al molde de la sobriedad y del orden intelectual. Es evidente, sin embargo, que este tipo de tensión no podía durar demasiado tiempo, y al mismo nivel, en las condiciones dramáticas en que, como se ha visto, Gramsci tenía que trabajar. Con la transferencia de la cárcel de Turi, a fines de 1933, a la clínica de Formia (todavía en estado de detención hasta octubre de 1934) comienza una nueva fase también en la redacción de los *Cuadernos*.

Esta tercera y última fase abarca otros doce cuadernos, aunque la mayor parte de ellos quedaron incompletos y algunos con sólo unas pocas páginas. Es verdad que en el mismo periodo (1934-35) Gramsci utiliza también, para añadir nuevas notas e integrar con nuevas observaciones, algunos de los cuadernos iniciados en el periodo anterior, pero en general debe decirse que el ritmo de trabajo aparece muy disminuido. Las condiciones de existencia formalmente menos desfavorables no se traducen en un mejoramiento sensible de su estado de salud. El organismo,

profundamente afectado, no revela ya posibilidades de recuperación, y por lo demás tampoco parece que en la clínica de Formia le fueran administradas curas adecuadas a la gravedad de sus males. Con fuerzas permanentemente debilitadas, la reanudación del estudio y de la redacción de los *Cuadernos* es aún una continuación del trabajo anterior, pero no logra ir más allá de ciertos límites. Todos los cuadernos de Formia son "cuadernos especiales", divididos —salvo pocas excepciones— según los "grupos de temas" establecidos a fines de 1931. El trabajo predominante consiste por lo tanto en retomar las notas dispersas en los diversos cuadernos misceláneos para reagruparlas por temas en los nuevos "cuadernos especiales". En la nueva redacción las notas son a veces reelaboradas, con alguna puesta al día en base a nuevas lecturas y a nuevos datos obtenidos, pero más a menudo son solamente tomadas al pie de la letra, como en una simple copia mecánica. Los momentos más creativos son consignados, sin duda, en algunas notas añadidas en los cuadernos del periodo anterior.

Nada cambia sustancialmente en esta situación cuando, en octubre de 1934, Gramsci obtiene la libertad condicional, con base en las disposiciones generales establecidas sobre la materia; ni cuando más tarde, en agosto de 1935, es internado en la clínica "Quisisana" de Roma. En sus condiciones físicas, y bajo un régimen de estrechísima vigilancia policíaca, la vida del "libre vigilado" no es prácticamente distinta de la del recluso. La mente sigue lúcida, pero sus energías lo abandonan poco a poco. El organismo, extenuado, se apaga lentamente. El trabajo de los *Cuadernos* ha terminado, y ya no podrá completarse.

II

Inmediatamente después de la muerte de Gramsci (27 de abril de 1937) Tania Schucht se encargó de poner a salvo los manuscritos de los *Cuadernos*. Mucho se debe a la abnegación y al espíritu de sacrificio de esta mujer: gracias a su actividad silenciosa y discreta pudieron evitarse los primeros y más graves peligros de una dispersión de la obra gramsciana. Si estos manuscritos no se hubieran salvado, de Gramsci habría quedado sobre todo el recuerdo de una leyenda. Fuera de la Italia oficial, la conmoción por su desaparición fue profunda, entre sus compañeros de partido y en los ambientes antifascistas, pero se hallaba también bastante difundida la impresión de que su personalidad no había tenido modo de expresarse en toda su plenitud.³³ Era una impresión que sólo podía su-

³⁰ Ibid., p. 665.

³¹ Ibid., p. 687.

³² Ibid., pp. 757-58; para el pasaje correspondiente en los *Cuadernos*, cfr., en la presente edición, tomo 5, cuaderno 15 (II) § <9>.

³³ Sobre la repercusión inmediata de la desaparición de Gramsci, cfr. Paolo Spriano, *Stori del partito comunista italiano*, vol. III, Einaudi, Turín, 1970, pp. 145-58 (cap. VIII: La morte di Antonio Gramsci). Particularmente significativo es el pa-

perarse después de que fuera conocida la obra de los *Cuadernos*.

Naturalmente, una publicación inmediata de este material en Italia no era ni siquiera imaginable en aquel periodo. Por otra parte, los manuscritos no estaban en modo alguno listos para la imprenta, y a este propósito se oponían problemas de no fácil solución. Según el testimonio de Tania,⁵⁴ Gramsci le había confiado a su debido tiempo el encargo de transmitir todo a su mujer Giulia, reservándose el dar posteriormente otras disposiciones. En realidad, estas últimas nunca llegaron, y por consiguiente Tania había pensado preguntar a Sraffa si quería hacerse cargo de la tarea de "poner en orden" los manuscritos, para tener la seguridad de que esta labor fuese llevada a cabo por "una persona competente", en espera de poder enviarlo todo a Moscú. Pero Sraffa, sabiendo hasta qué punto importaban estos manuscritos a Togliatti y a los otros dirigentes del partido,⁵⁵ consideró que no era oportuna ninguna interferencia de su parte, y aconsejó a Tania no retener el precioso material más de lo necesario, sino mandarlo a Moscú apenas pudiese conseguir un medio de transporte seguro.

Este consejo es seguido por Tania, que entretanto se encarga de aplicar en la parte exterior de los cuadernos etiquetas con una numeración de control, que no toma en cuenta el periodo de redacción de cada cuaderno. Tal numeración progresiva abarca 31 cuadernos, mientras que quedan excluidos otros dos cuadernos que tienen ya marcado un número en la tapa: el núm. III para un cuaderno titulado *La filosofía de Benedetto Croce*, y el núm. IV bis para un cuaderno titulado *Niccolò Machiavelli II*. Así pues, son en total 33 los cuadernos gramscianos que Tania consigna para Moscú, el 6 de julio de 1937.⁵⁶ Pero la expedición se postpone, y todavía durante un año los manuscritos permanecen en Roma,

saje de una carta de Mario Montagnana a Togliatti, citada por Spriano: "... sin duda pocos pueden comprender plenamente, tan profundamente como nosotros, la gravedad de la pérdida sufrida por el partido y por tanto de todo nuestro pueblo. Y esto porque Antonio revelaba su grandeza, sus enormes cualidades políticas, intelectuales y morales, sobre todo en los coloquios, en la vida común de todas las horas. Sin embargo, me ha impresionado oír a un joven, un compañero que ni siquiera conoció a Antonio decirme que lo más trágico, lo más doloroso, en la muerte de Antonio, es el hecho de que su genio ha sido en gran parte, ¿cómo decirlo? inutilizado y por tanto desconocido" (ibid., p. 152).

⁵⁴ Cfr. la carta de Tania a Sraffa del 12 de mayo de 1937, publicada en Apéndice a las *Lettere dal carcere*, cit., p. 915.

⁵⁵ "El cuidado de la herencia política y literaria de Antonio es algo demasiado importante para que pueda ser dejado al azar de nuestros encuentros": así escribió Togliatti a Sraffa en una carta del 20 de mayo de 1937, desde Moscú (publicada en *Rinascita* del 14 de abril de 1967).

⁵⁶ La noticia se toma de una carta de Tania a Sraffa del 7 de julio de 1937: "Ayer entregué los cuadernos (todos ellos) e incluso el catálogo que había comenzado". Este "catálogo" es un cuaderno en el que la misma Tania había proyectado redactar un índice-inventario de todas las notas escritas por Gramsci en sus cuadernos. I.l.e.v.a

custodiados en lugar seguro. Llegarán a Moscú, junto con los libros y efectos personales de Gramsci, sólo en julio de 1938. Los toma en consignación Vincenzo Bianco, en calidad de representante italiano en la Comintern. Togliatti está en España, pero muy pronto recibe las primeras fotocopias de los cuadernos y comienza a estudiar, junto con otros compañeros, los primeros proyectos de publicación.⁵⁷

En efecto, el precipitarse de los acontecimientos políticos y por último la guerra mundial no pueden sino entorpecer y retardar cualquier proyecto de este tipo. Ciertamente que Gramsci, de haber estado con vida, hubiera sido el último en dolerse de semejante retardo: no por nada quiso dedicar su trabajo carcelario a una investigación "für ewig", que pudiera sobrevivir más allá de la batalla política inmediata. Como combatiente político había hecho, incluso en la cárcel, todo cuanto había podido. No eligió voluntariamente la vía del martirio, e incluso luchó desesperadamente por su supervivencia física, pero siempre se negó a negociar su salvación con aquella petición de gracia que repetidas veces le fue solicitada y que él consideraba un "suicidio político". En este tipo de decisiones Gramsci era todo lo contrario de un ser aislado: seguía siendo parte integrante de un movimiento de lucha llamado a comprometerse en todos los frentes en encarnizados combates cotidianos. Sólo una serie de triunfos en estos combates habría podido garantizar la perspectiva de aquellos tiempos por los que Gramsci había trabajado en sus *Cuadernos*.

La lucha contra el fascismo estaba aún en curso, e Italia no había sido aún totalmente liberada, cuando aparecen los primeros anuncios de la próxima publicación de los inéditos gramscianos.⁵⁸ Algunos de esos anuncios eran en realidad prematuros, demasiado anticipados a la posibilidad material de preparación de los textos.⁵⁹ Sólo después de terminada la gue-

una etiqueta con la leyenda "Catálogo I. Elenco de los temas tratados en los cuadernos"; el índice está completo respecto a dos cuadernos, e incompleto para un tercero. También este cuaderno se conserva actualmente junto a los manuscritos originales de Gramsci.

⁵⁷ Cfr. Spriano, *Storia del partito comunista italiano*, vol. III, cit., p. 156.

⁵⁸ Una primera descripción sumaria de los *Cuadernos*, "cuya publicación deberá iniciarse pronto", está en un artículo aparecido en la *Unità* de Nápoles el 30 de abril de 1944 ("L'eredità letteraria di Gramsci"). El artículo no está firmado, pero debió de ser escrito por Palmiro Togliatti, quien poco antes había llegado a Italia. Alguna noticia sobre los *Cuadernos* y sobre las *Cartas* había sido anticipada ya en un artículo de Mario Montagnana, "Gli scritti inediti di Antonio Gramsci", publicado en la revista *Stato Operaio*, Nueva York, marzo-abril de 1942, junto con algunos extractos de las *Cartas de la cárcel*. Sin embargo, Montagnana advertía que "los cuadernos que contienen las notas de Gramsci no están aún listos para la publicación".

⁵⁹ Hay que recordar que pocos días después de la liberación de Roma se puso en circulación (con fecha del 7 de junio de 1944) el catálogo de una nueva casa editorial, "La Nuova Biblioteca", dirigida por Palmiro Togliatti: el plan, preparado con la colaboración de Felice Platone, preveía cinco volúmenes, dos de los cuales dedicados a los *Escritos en la cárcel*. Según el testimonio de Carlo Bernari, Togliatti ha-

tra, cuando al fin es posible hacer volver a Italia los originales de los cuadernos y de las cartas, el trabajo de preparación editorial puede iniciarse concretamente.⁴⁰ En 1947 ve la luz la primera edición de las *Lettere dal carcere*, y el año siguiente comienza la publicación de los volúmenes de los *Cuadernos*. En el transcurso de cuatro años, entre el 1948 y el 1951, salen seis volúmenes, que llegan a ser conocidísimos —a través de innumerables reediciones— con los títulos generales elegidos por los responsables: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; *Los intelectuales y la organización de la cultura*; *El Risorgimento*; *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*; *Literatura y vida nacional*; *Pasado y presente*. Con un ritmo más lento, por la dificultad de identificar todos los escritos no firmados, verán luego la luz los volúmenes que recogen los artículos y los otros textos gramscianos escritos antes del arresto.⁴¹

La circulación de las ideas de Gramsci, gracias a la resonancia que tuvieron estas publicaciones, no sólo en Italia, difícilmente podría haber sido mayor. Por lo demás, el hecho de que Gramsci se haya convertido, en las últimas décadas, en una de las figuras más destacadas de la cultura marxista internacional, forma ya parte del caudal de las nociones comunes. Por lo tanto, no sería razonable subestimar de ninguna manera la importancia y los méritos de la primera edición de los *Cuadernos de la cárcel*. La decisión adoptada entonces, de agrupar las notas gramscianas por asuntos y temas homogéneos, y de ordenar tales agrupamientos en una serie de volúmenes independientes, era en todo caso el medio más idóneo para asegurar la mayor circulación al contenido de los *Cuadernos*. Por otra parte, el estado de fragmentariedad en que el material se hallaba dispuesto en los manuscritos originales, y los sucesivos intentos del mismo Gramsci de reordenar sus notas según un criterio sistemático, parecían autorizar la solución editorial elegida. Sin embargo, los límites y los inconvenientes de este ordenamiento no podían dejar de hacerse presentes cuando se comenzó a profundizar en el estudio de la obra gramsciana. Ciertamente no puede decirse que el orden sistemático seguido resulte extraño a la temática afrontada en los *Cuadernos*: en el fondo era una *decisión posible* que el mismo Gramsci hubiera podido hacer si se

bía dado su asentimiento en líneas generales a la iniciativa. Entre los consultores científicos de la nueva casa editorial —que sin embargo no tuvo larga vida— se encontraba Delio Cantimori.

⁴⁰ La primera descripción analítica de los *Cuadernos* está en el largo artículo de Felice Platone, "L'eredità letteraria di Gramsci: Relazione sui quaderni del carcere", en *Rinascita*, abril de 1946, pp. 81-90.

⁴¹ Sobre el estado actual de las ediciones de los escritos de Gramsci anteriores a su arresto, y sobre los problemas que se plantean para su reordenamiento, cfr. Valentino Gerrata, "Note di filologia gramsciana", en *Studi Storici*, enero-marzo de 1975 cit.

hubiera decidido a dar una forma definitiva a su trabajo. Pero Gramsci no tomó esta decisión, y eso es algo que debe tenerse en cuenta en la lectura y en la interpretación de estas páginas.

Aunque no dejó disposiciones precisas sobre la manera de utilizar su legado literario, Gramsci dio, sin embargo, indicaciones precisas sobre el modo como deben leerse las obras póstumas:

Es evidente que el contenido de estas obras póstumas debe ser asumido con mucha discreción y cautela, porque no puede ser considerado definitivo, sino sólo material todavía en elaboración, todavía provisional; no puede excluirse que estas obras, especialmente si su elaboración lleva largo tiempo y si el autor nunca se decide a completarlas, sean en todo o en parte repudiadas por el autor y no consideradas satisfactorias;

una obra no puede nunca ser identificada con el material bruto, recogido para su compilación: la decisión definitiva, la disposición de los elementos componentes, el peso mayor o menor dado a éste o aquél de los elementos recogidos en el periodo preparatorio, son precisamente lo que constituye la obra definitiva.⁴²

Por otra parte, ya hemos visto de qué manera subrayaba Gramsci el carácter provisional de su propio trabajo, incluso en las nuevas redacciones de sus notas. Todo ello implica, si bien se mira, más allá del llamado a la "discreción" y a la "cautela", la invitación a una lectura mayormente responsabilizada, no limitada a una simple recepción pasiva. Lo cual no quiere en absoluto decir una lectura abierta a cualquier posibilidad de interpretación. Gramsci escribía en una época de profundas transformaciones, para lectores que habrían debido afrontar nuevas experiencias y estarían en posesión de nuevos elementos de juicio que él, en el aislamiento de la cárcel, sólo confusamente podía entrever. A estos lectores ofrecía una reflexión profunda de su propia experiencia política y cultural y la construcción teórica de una compleja metodología crítica para agredir activamente a los procesos en marcha en el mundo contemporáneo. Es lícito suponer que pensaba en lectores capaces de completarlo, y en ciertos puntos incluso de corregirlo: como marxista antidogmático no hubiera podido desear lectores diferentes. Pero tanto más importante era que lo que había sido escrito como "material todavía en elaboración" fuese leído como tal, que lo "provisional" no apareciese como "definitivo".

A esta exigencia pretende responder la presente edición de los *Cua-*

⁴² Cfr. en la presente edición, tomo 5, cuaderno 16 (XXII) § <2>.

dermos de la cárcel. Pero aun cuando tal orientación debiese encontrar reservas, sigue justificando los criterios adoptados la necesidad de ofrecer un instrumento de lectura que permita seguir el ritmo de desarrollo con que la investigación gramsciana se desarrolla en las páginas de los *Cuadernos*. Así pues, esta edición da por supuesto no hallarse gravada por hipotecas interpretativas, aun habiendo nacido en el cuadro de una línea de interpretación del pensamiento de Gramsci. Para confirmar tal aspiración pueden servir también las aclaraciones técnicas que siguen:

1. En primer lugar se ha procurado reproducir el texto de los *Cuadernos* tal como éstos fueron escritos por Gramsci, de manera que nada exterior se interponga entre este texto y el lector. Con este objeto el aparato crítico está separado del texto de Gramsci y lo sigue al final de la obra.* El lector podrá recurrir a él cuantas veces le sea necesario, pero sin ser distraído por continuas llamadas en su lectura independiente. A pie de página se han añadido sólo las pocas y brevísimas notas que señalan variantes del texto o rectificaciones realizadas.

2. Los "cuadernos" han sido ordenados según el orden cronológico de redacción reconstruido sobre la base de verificaciones objetivas, indicadas en la "Descripción de los Cuadernos" (que es una sección del aparato crítico). Sobre esta base los cuadernos han sido numerados en orden progresivo, conservando sin embargo, entre paréntesis, la vieja numeración dada por Tania, como ya vimos, en simple función de control.⁴³ Los cuadernos así numerados son veintinueve: del 1 (XVI) al 29 (XXI). Con un tipo de numeración distinto se han marcado los otros cuatro cuadernos que contienen solamente ejercicios de traducción: A (XIX), B (XV), C (XXVI), D (XXXI). También en este caso el número romano entre paréntesis se refiere a la vieja numeración de Tania Schucht. La reconstrucción del orden cronológico de los cuadernos ha sido posible casi siempre, como se verá, sin márgenes de incertidumbre apreciables, pero hay que advertir que tal orden concierne sólo al inicio de la redacción de los diversos cuadernos, pero en los cuales Gramsci, a lo que parece, trabajaba a menudo contemporáneamente, completándolos en algunos casos a gran distancia de tiempo. En el interior de cada cuaderno se ha seguido por regla general el orden material de las páginas, salvo cuando resultaba claro que Gramsci se había atendido a un orden distinto. En todo

caso, el número de las páginas originales de cada cuaderno aparece señalado al margen en el texto de la presente edición.

3. En la segunda fase de redacción de los *Cuadernos* (1931-1933), y más aún en la tercera fase (1934-35), Gramsci —procediendo ulteriormente en el trabajo— canceló (con largos trazos de pluma, que no obstaculizan la lectura) muchas de las notas escritas en primera redacción para luego retomarlas casi siempre, más o menos reelaboradas, en otras notas de la segunda redacción, sobre todo en los "cuadernos especiales", en donde los textos están agrupados por temas. Nuestra edición, que reproduce íntegramente el texto gramsciano, ha dejado las notas de primera redacción en el mismo lugar en que se hallan colocadas en los cuadernos originales; pero también para hacerlas inmediatamente reconocibles las ha señalado con una tipografía menor. Al final de cada una de estas notas sigue una llamada que remite a las páginas originales del cuaderno en el que se puede encontrar la misma nota en segunda redacción. Del mismo modo, al final de las notas de segunda redacción se encontrará la indicación de los textos correspondientes en la primera redacción. Las notas carentes de esta indicación son textos dejados por Gramsci con una redacción única.

En las "Notas" del aparato crítico, las indicaciones relativas a las características de cada párrafo del texto y a sus vinculaciones se hallan contenidas en forma más detallada. Para mayor claridad, y para evitar excesivas repeticiones, se indican como *textos A* aquellos de *primera redacción*; como *textos B* aquellos de *redacción única*; como *textos C* aquellos de *segunda redacción*. En el paso de los textos A a los textos C, Gramsci no siguió un criterio uniforme. En algunos casos, diversos textos A son concentrados en un único texto C; en otros casos, al contrario, un texto único A es subdividido en diversos textos C; todavía otras veces existe perfecta correspondencia entre las notas de primera redacción y las de segunda redacción. Incluso el grado de reelaboración de los textos es muy variable: se va desde casos en los que el texto de primera redacción es apenas reconocible en la segunda redacción, enriquecida por importantísimas integraciones, hasta otros casos en donde por el contrario el texto A es simplemente repetido al pie de la letra en el correspondiente texto C.

4. En todos los cuadernos las notas de Gramsci tienen al principio, casi siempre, un signo de párrafo (§), seguido en muchos casos por un título. En el texto de la edición hemos conservado naturalmente estas indicaciones, integrando sin embargo el signo de párrafo con un número progresivo para cada cuaderno, con el fin de satisfacer las exigencias de consulta. Estos números añadidos, como cualquier otra integración hecha por los editores al texto de Gramsci, son identificados por parén-

* En la presente edición la "Descripción de los Cuadernos" y las notas correspondientes a cada *Cuaderno* aparecen al final de cada uno de los tomos [E.]

⁴³ Para los dos cuadernos no numerados por Tania por estar ya señalados con los números provisionales III y IV bis, se ha preferido por razones de uniformidad, y para evitar confusiones, integrar entre paréntesis la numeración incompleta de Tania Schucht: se trata de los cuadernos 10 (XXXIII) y 18 (XXXII-IV bis).

tesis angulares < > (que por el contrario se omiten, por obvias razones, en el aparato crítico, que tiene un carácter enteramente editorial). La misma advertencia vale también para los títulos de los *Cuadernos*: son editoriales aquéllos entre paréntesis angulares, mientras que, donde éstos faltan, los títulos son de Gramsci. En el texto los corchetes [] han sido usados para indicar palabras o frases añadidas por Gramsci en un segundo momento, entre líneas o al margen del cuaderno.

5. En nuestra edición se reproducen íntegramente 29 cuadernos, diecisiete de los cuales pertenecen al periodo de Turi y doce al periodo de Formia. Los otros cuatro cuadernos conservados, todos del periodo de Turi, contienen, como ya se ha dicho, exclusivamente ejercicios de traducción. Otros ejercicios de traducción ocupan también una parte de otros dos cuadernos: el 2 (XXIV) y el 7 (VII). No se ha considerado necesaria la reproducción integral de estos trabajos,* que solamente habría complicado inútilmente una edición ya tan cargada, ya que aquéllos se sitúan claramente fuera del plan de trabajo que se propuso Gramsci en la redacción de los *Cuadernos*. Como ya se recordó con base en el testimonio de las *Cartas de la cárcel*, estas tareas de traducción eran consideradas por Gramsci como un ejercicio relajante y un entretenimiento mental útil para cierto periodo. Por otra parte, documentan el particular interés de Gramsci por algunos temas y por la profundización en dos lenguas juzgadas por él de especial importancia (el alemán y el ruso); pero no presentan ninguna característica que vaya más allá de lo inmediatamente pragmático a que se proponían responder. De hecho, tal trabajo fue interrumpido cuando sus condiciones de salud comenzaron a agravarse, al mismo tiempo que sentía la necesidad de intensificar el trabajo teórico y la redacción de los *Cuadernos*. Por lo tanto se ha considerado suficiente ofrecer a los lectores una minuciosa documentación analítica de estos trabajos de traducción, en la "Descripción de los Cuadernos".

6. En algunos de los *Cuadernos* hay páginas utilizadas por Gramsci para notas o apuntes personales ligados a las exigencias de la vida carcelaria y sólo indirectamente, en algunos casos, al trabajo de los *Cuadernos*. Si bien no ha parecido oportuno incluir este material heterogéneo (listas de libros, borradores de cartas o peticiones, cuentas y cálculos varios, etcétera) en el texto auténtico, se ha considerado útil reproducirlo íntegramente, o casi, por su valor documental, en la citada "Descripción de los Cuadernos".

* En la presente edición no se incluyen obviamente los ejercicios de traducción de Gramsci al italiano. [E.]

7. Por el contrario, ninguna intervención que pudiese menoscabar de cualquier modo el carácter integral de la reproducción de las notas de los *Cuadernos* se ha considerado lícita: ni para evitar repeticiones o para eliminar anotaciones que pudiesen parecer superfluas o faltas de interés ni para atenuar juicios polémicos. El carácter claramente provisional de estas páginas, así como las repetidas advertencias de Gramsci sobre la necesidad en que él mismo hubiera podido encontrarse de corregir, o incluso de trastocar, tras eventuales controles, afirmaciones contenidas en sus notas, deberían bastar para eliminar cualquier preocupación extraña al carácter "desinteresado" de la obra gramsciana. Algunos juicios de los *Cuadernos* son particularmente duros; así como excesivamente ásperos, y no siempre ecuanímenes, fueron los juicios del Gramsci empeñado, antes de su arresto, en el enfrentamiento cotidiano y en la polémica política inmediata. Pero seleccionar tales juicios —que son serenamente confiados al discernimiento de los lectores— hubiera sido inadmisible en una edición crítica.

8. Se han respetado todas las particularidades estilísticas y lexicales del texto gramsciano. En el caso de deformidad en el uso de formas lexicales de una misma palabra (por ejemplo, *quistione* y *questione*) se ha preferido no uniformar. Cuando se ha corregido en el texto algún *lapsus* evidente, tratándose de casos bastante raros, se ha considerado oportuno señalar el hecho a pie de página. Pero en general se ha evitado transformar el criterio de la transcripción fiel en inútil pedertería. Así se han completado, sin hacer advertencia al respecto, las palabras abreviadas, cuando la abreviación ha parecido totalmente casual y carente de significado; cuando, por el contrario, la abreviación parecía intencional, para no alarmar a la censura carcelaria, esta circunstancia ha sido señalada en una nota. Las precauciones usadas por Gramsci para defender el trabajo de los *Cuadernos* de la vigilancia de las autoridades carcelarias varían en los distintos periodos de su detención. Por este motivo la presencia de los textos de primera redacción, en los que Gramsci demuestra tener menos preocupaciones al respecto, hace su discurso más inmediatamente inteligible y facilita a menudo la comprensión de los subsecuentes textos de segunda redacción, donde abundan por el contrario los circunloquios empleados para ocultar a los censores las referencias a temas políticos e ideológicos sospechosos.

9. La amplitud del aparato crítico quiere responder a la exigencia de proporcionar al lector todos los instrumentos útiles para una comprensión más exacta del texto y para la profundización del estudio de la obra gramsciana. Incluso en las "Notas al texto" se ha tratado de evitar toda prevaricación de carácter interpretativo que pretendiese condicionar las

decisiones que corresponden a la responsabilidad y al sentido crítico del lector. Así pues, las "Notas" no dan el primer lugar al comentario, sino que contienen sobre todo indicaciones sobre las fuentes utilizadas por Gramsci, aun cuando no sean declaradas en el texto, aclaraciones sobre las obras, sobre los sucesos y los personajes mencionados y sobre las alusiones que no se entienden por sí mismas pero que pueden ser descifrables en forma verosímil, y por último referencias a las relaciones con las *Cartas de la cárcel*, a los vínculos internos de los *Cuadernos* y a los anteriores escritos de Gramsci conectados con ellos según los temas tratados en cada ocasión. Todas las fuentes han sido controladas (excepto poquísimos casos en los que no fue posible hallarlas o identificarlas), y ello permitió en muchas ocasiones aclarar el significado de referencias o alusiones de Gramsci que de otra manera hubieran permanecido oscuras o genéricas.

Las aclaraciones técnicas proporcionadas no deberían apartar la atención del lector de las motivaciones que las hicieron necesarias, aunque a primera vista pudieran parecer un poco demasiado minuciosas. Sin embargo, no habría sido justo simplificar sustituyendo las "minucias" de la filología por las grandes líneas de un perfecto planteamiento interpretativo. Incluso en este caso "simplificar" habría significado, como advirtió el mismo Gramsci, "desnaturalizar y falsificar".⁴⁴ Tampoco habría sido útil insistir en lo que ya es *conocido*, en los temas (hegemonía, función de los intelectuales, "bloque histórico", etcétera) que han hecho célebre el pensamiento de Gramsci como el de uno de los pensadores más significativos del mundo contemporáneo. La insistencia de Hegel en subrayar la contraposición entre lo que es "advertido" y lo que es "conocido" merece sin duda ampliarse más allá del ámbito específico de la lógica hegeliana. La tendencia a embalsamar el pensamiento de los clásicos en su notoriedad (y esto es posible también bordando sobre él infinitas variaciones) sigue actuando como el medio más usual para privar a aquel pensamiento de su vitalidad.

Gramsci es ya un clásico, y para su obra era indispensable ceñirse a aquella tarea que él mismo juzgaba necesaria para otro clásico: "es preciso [escribía pensando en Marx]. Hacer preliminarmente un trabajo filológico minucioso y conducido con el máximo escrúpulo de exactitud, de honradez científica, de lealtad intelectual, de ausencia de todo prejuicio y apriorismo o toma de partido".⁴⁵ A esta exigencia hemos tratado de atenernos en la preparación de la nueva edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel*, sin reprocharnos en modo alguno el haber dedicado tanto

tiempo a un simple trabajo "preliminar". Pero el resultado hace ahora posible una nueva lectura de Gramsci; y es lícito esperar que ella permitirá un conocimiento mejor de su obra, quizá en parte incluso distinto, pero ciertamente más exacto y profundo.

VALENTINO GERRATANA

La iniciativa de la presente edición es del Instituto Gramsci, que custodia los manuscritos y la mayor parte de los libros que fueron de Antonio Gramsci. Todo el trabajo de preparación se ha desarrollado en la sede romana del Instituto que, en colaboración con el editor Einaudi, ha proporcionado los medios materiales y organizativos de la investigación. En la primera fase de preparación del trabajo, en 1968-69 y en 1969-70, pudimos usufructuar también una contribución financiera del Consejo Nacional de la Investigación. Debemos una gratitud especial a Eugenio Garín por los consejos y sugerencias con que desde el principio nos ayudó en nuestra labor.

El trabajo de edición contó con la valiosa ayuda de un grupo de colaboradores especializados que, individualmente o en equipo, contribuyeron a realizar el complejo programa de investigaciones y controles bibliográficos y de archivo necesarios en las diversas fases de preparación de la edición. En el primer año de organización del trabajo Bruno Anatra colaboró en la organización de los ficheros. Giacomina Nenci, Alberto Postigliola, Luciana Trentin, Dino Ferreri, colaboraron en la confrontación de los manuscritos originales, en la búsqueda de las fuentes y en la recolección del material utilizable para la redacción de las notas al texto. La contribución de todos nos ha sido preciosa; pero no pueden silenciarse los particulares méritos de Ferreri, quien durante cerca de seis años se dedicó en la forma más activa, y con resultados a menudo particularmente felices, en todas las fases principales de la investigación, además de en la fase final de realización editorial. En la elaboración del aparato crítico Ferreri colaboró en la redacción de la "Descripción de los Cuadernos" y de una parte de las "Notas al texto", y se hizo cargo además de redactar el "Índice de las obras y de los periódicos citados". En la preparación del "Índice por temas" y de la "Tabla de concordancias" colaboraron respectivamente Anna Maria Calvelli y Luciana Trentin. La preparación del "Índice de nombres" estuvo a cargo de Carmine Donzelli, de la editorial Einaudi.

Deseamos también expresar el más vivo agradecimiento al doctor Costanzo Casucci, del Archivo Central del Estado, quien facilitó la consulta de los fascículos relativos a Gramsci conservados en el ACE; y a todos aquellos que proporcionaron útiles informaciones o aclaraciones sobre cuestiones específicas: Luigi Arbizzani, Nicola Auciello, Nicola Badaloni, Christine Buci-Glucksmann, Sergio Caprioglio, Gabriele De Rosa, Elsa Fubini, Pietro Grifone, Alfonso Leonetti, Attilio Marinari, Piero Melograni, Mazzino Montinari, Franco Moretti, Gaetano Perillo, Claudio

⁴⁴ Cfr. en la presente edición, tomo 5, cuaderno 15 (II) § <5>.

⁴⁵ Cfr. en la presente edición, tomo 5, cuaderno 16 (XXII) § <2>.

Pozzoli, Ernesto Ragionieri, Aldo Ricci, Giulio Rugu, Arnaldo Satta, Paolo Spriano, Sebastiano Timpanaro, Paola Zambelli.

Nos fue de gran ayuda el equipo de redacción de la editorial Einaudi, en particular la labor de Oreste Molina y Elena De Angeli, no sólo por la asistencia técnica normal, sino también por la solución de los complejos problemas planteados por la organización y el ordenamiento de las diversas secciones del aparato crítico. El director del Instituto Gramsci, Franco Ferri, y todo el personal del Instituto, favorecieron la preparación de la edición siguiendo sus diversas fases con activo y continuo interés.

v. g.

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE ANTONIO GRAMSCI

- 1891 22 de enero. Nace en Ales (Cagliari) de Francesco Gramsci y Giuseppina Marcias, cuarto de siete hijos (Gennaro, Grazietta, Emma, Antonio, Mario, Teresina, Carlo). El padre, hijo de un coronel de la gendarmería borbónica, nació en Gaeta en 1860 y provenía de una familia de origen albanés, transferida al Reino de las Dos Sicilias después de la revolución griega de 1821. Concluidos los estudios del liceo, encuentra empleo en la Oficina del Registro de Ghilarza (1881). En 1883 se casa con Giuseppina Marcias, y algún tiempo después se traslada a Ales. La madre, nacida en Ghilarza en 1861, era sarda por parte paterna y materna, y emparentada con familias acomodadas del lugar.
- 1894-96 Junto con sus hermanas Emma, Grazietta y Teresina es enviado al asilo de las hermanas de Sòrgono (cerca de Nuoro), a donde la familia Gramsci se había mudado desde Ales. El niño es de salud delicada; a este periodo —hacia la edad de cuatro años— corresponde la caída de los brazos de una sirvienta que luego se relacionaría con la deformidad física de Gramsci.
- 1897-98 El padre es despedido del empleo, y luego arrestado y condenado, por una irregularidad administrativa. La madre con los siete hijos va a vivir a Ghilarza. Antonio ("Nino") frecuenta la escuela elemental.
- 1903-05 Obtenido en el verano de 1902 el diploma de estudios elementales, se ve obligado, por las difíciles condiciones económicas de la familia, a trabajar durante dos años en la oficina del catastro de Ghilarza. Estudia privadamente.
- 1905-08 Gracias a la ayuda de la madre y las hermanas, reanuda los estudios y frecuenta las últimas tres clases del gimnasio en Santu Lussurgiu, a unos 15 kilómetros de Ghilarza. Durante el periodo escolar vive en Santu Lussurgiu en casa de una campesina. En los primeros años manifiesta marcada tendencia hacia las matemáticas y la ciencia. Alrededor de 1905 empieza a leer la

1. PERSPECTIVA GRAMSCIANA DEL TRÁNSITO DE UNA ÉPOCA HISTÓRICA A OTRA

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 17: *Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 7: *Cuestión del 'hombre colectivo o del conformismo social'.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 22, párrafo 11: *Racionalización de la producción y del trabajo.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 22, párrafo 12: *Taylorismo y mecanización del trabajador.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 22, párrafo 13: *Los altos salarios.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 22, párrafo 15: *Civilidad americana y europea.*

tica. La oposición Savonarola-Maquiavelo no es la oposición entre ser y deber ser (todo el párrafo de Ruso sobre este punto es pura palabrería)² sino entre dos deber ser, el abstracto y nebuloso de Savonarola y el realista de Maquiavelo, realista aunque no se convierta en realidad inmediata, porque no se puede esperar que un individuo o un libro cambien la realidad sino sólo que la interpreten e indiquen la línea posible de la acción. El límite y la angustia de Maquiavelo consisten sólo en haber sido una "persona privada", un escritor y no el jefe de un Estado o de un ejército, que es también una persona individual, pero que tiene a su disposición las fuerzas de un Estado o de un ejército y no sólo ejércitos de palabras. Tampoco puede por eso decirse que Maquiavelo haya sido también él un "profeta desarmado": sería hacer un humorismo demasiado barato. Maquiavelo no dijo nunca que pensara o se propusiera por sí mismo cambiar la realidad, sino sólo y concretamente mostrar cómo deberían operar las fuerzas históricas para ser eficientes.

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), pp. 27 bis-28.

§ <17> *Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza.* Es el problema de las relaciones entre estructura y superestructura el que hay que plantear exactamente y resolver para llegar a un justo análisis de las fuerzas que operan en la historia de un determinado periodo y determinar su relación. Hay que moverse en el ámbito de dos principios: 1] el de que ninguna sociedad se impone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o que éstas no estén al menos en vías de aparición y de desarrollo; 2] y el de que ninguna sociedad se disuelve y puede ser sustituida si primero no ha desarrollado todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones (controlar la exacta enunciación de estos dos principios).

"Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización." [Prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política*.]¹

De la reflexión sobre estos dos cánones se puede llegar al desarrollo de toda una serie de otros principios de metodología histórica. Mientras que

en el estudio de una estructura hay que distinguir los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) de los movimientos que se pueden llamar de coyuntura (y se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura son ciertamente dependientes, también ellos, de movimientos orgánicos, pero su significado no es de gran alcance histórico: éstos dan lugar a una crítica política menuda, cotidiana, que afecta a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades inmediatamente responsables del poder. Los fenómenos orgánicos dan lugar a la crítica histórico-social, que afecta a las grandes agrupaciones, más allá de las personas inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente. Al estudiar un periodo histórico se revela la gran importancia de esta distinción. Tiene lugar una crisis, que en ocasiones se prolonga por decenas de años. Esta duración excepcional significa que en la estructura se han revelado (han llegado a su madurez) contradicciones incurables y que las fuerzas políticas operantes positivamente para la conservación y defensa de la estructura misma se esfuerzan todavía por sanar dentro de ciertos límites y por superarse. Estos esfuerzos incesantes y perseverantes (porque ninguna forma social querrá nunca confesar haber sido superada) forman el terreno de lo "ocasional" sobre el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar (demostración que en último análisis sólo se consigue y es "verdadera" si se convierte en nueva realidad, si las fuerzas antagónicas triunfan, pero que inmediatamente se desarrolla en una serie de polémicas ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, jurídicas, etcétera, cuya concreción es evaluable por la medida en que resultan convincentes y transforman el alineamiento preexistente de las fuerzas sociales) que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan y por lo tanto deban ser resueltas históricamente (deban, porque todo incumplimiento del deber histórico aumenta el desorden necesario y prepara catástrofes más graves).

El error en que se cae a menudo en los análisis histórico-políticos consiste en no saber encontrar la justa relación entre lo que es orgánico y lo que es ocasional: se llega así o a exponer como inmediatamente operantes causas que por el contrario son operantes mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las únicas causas eficientes; en un caso se tiene el exceso de "economismo" o de doctrinarismo pedante, en el otro el exceso de "ideologismo"; en un caso se sobrevaloran las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual. (La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y movimientos y hechos de "coyuntura" u ocasionales debe ser aplicada a todos los tipos de situación, no sólo a aquéllos en los que tiene lugar un desarrollo regresivo o de cri-

sis aguda, sino a aquéllos en los que tiene lugar un desarrollo progresista o de prosperidad y a aquéllos en los que tiene lugar un estancamiento de las fuerzas productivas.) El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y por lo tanto de investigación difícilmente se establece con exactitud, y si el error es grave en la historiografía, aún más grave resulta en el arte político, cuando se trata no de reconstruir la historia pasada sino de construir la presente y futura: los propios deseos y las propias pasiones inferiores e inmediatas son la causa del error, en cuanto que sustituyen el análisis objetivo e imparcial y ello sucede no como "medio" consciente para estimular a la acción, sino como autoengaño. La serpiente, también en este caso, muerde al charlatán, o sea que el demagogo es la primera víctima de su demagogia.

[El no haber considerado el momento inmediato de las "relaciones de fuerza" está vinculado a residuos de la concepción liberal vulgar, de la cual el sindicalismo es una manifestación que creía ser más avanzada mientras que realmente daba un paso atrás. De hecho la concepción liberal vulgar, dando importancia a la relación de las fuerzas políticas organizadas en las diversas formas de partido (lectores de periódicos, elecciones parlamentarias y locales, organización de masas de los partidos y los sindicatos en sentido estricto), era más avanzada que el sindicalismo que daba importancia primordial a la relación fundamental económico-social y sólo a ésta. La concepción liberal vulgar tomaba implícitamente en cuenta también tal relación (como se desprende de tantos indicios), pero insistía más en la relación de las fuerzas políticas que era una expresión de la otra y en realidad la contenía. Estos residuos de la concepción liberal vulgar se pueden rastrear en toda una serie de tratados que se dicen vinculados a la filosofía de la praxis y han dado lugar a formas infantiles de optimismo y de necesidad.]

Estos criterios metodológicos pueden adquirir visible y didácticamente todo su significado si se aplican al examen de hechos históricos concretos. Sería posible hacerlo útilmente para los sucesos que tuvieron lugar en Francia desde 1789 hasta 1870. Me parece que para mayor claridad de la exposición sería necesario abarcar todo este periodo. En efecto, sólo en 1870-71, con el intento de la Comuna, se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789, o sea que no sólo la nueva clase que lucha por el poder derrota a los representantes de la vieja sociedad que no quiere confesarse decididamente superada, sino que derrota también a los grupos novísimos que declaran ya superada la nueva estructura surgida de la transformación iniciada en 1789 y demuestra así ser vital tanto con respecto a lo viejo como con respecto a lo novísimo. Por otra parte, con el 1870-71, pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y táctica

política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados ideológicamente en torno al 48 (aquellos que se resumen en la fórmula de la "revolución permanente": sería interesante estudiar cuánto de esa fórmula pasó a la estrategia mazziniana -por ejemplo para la insurrección de Milán de 1853- y si esto sucedió conscientemente o no). Un elemento que demuestra la justeza de este punto de vista es el hecho de que los historiadores no están para nada de acuerdo (y es imposible que lo estén) en cuanto a establecer los límites de aquel grupo de acontecimientos que constituye la revolución francesa. Para algunos (por ejemplo Salvemini)³ la revolución se completa en Valmy: Francia ha creado un nuevo Estado y ha sabido organizar la fuerza político-militar que afirma y defiende su soberanía territorial. Para otros la revolución continúa hasta el Termidor, incluso hablan de varias revoluciones (el 10 de agosto sería una revolución en sí misma, etcétera, cfr. la *Rivoluzione francese* de A. Mathiez en la colección Colin).⁴ El modo de interpretar el Termidor y la obra de Napoleón ofrece las más agudas contradicciones: ¿se trata de revolución o de contrarrevolución?, etcétera. Para otros la historia de la revolución continúa hasta 1830, 1848, 1870 e incluso hasta la guerra mundial de 1914.

En todos estos puntos de vista hay una parte de verdad. Realmente las contradicciones internas de la estructura social francesa que se desarrollan después de 1789 encuentran su resolución relativa sólo con la tercera república y Francia tiene 60 años de vida política equilibrada después de 80 años de trastornos en oleadas cada vez más largas: 89-94-99-1804-1815-1830-1848-1870. Es precisamente el estudio de estas "oleadas" de diversa oscilación lo que permite reconstruir las relaciones entre estructura y superestructura por una parte y por la otra entre el desarrollo del movimiento orgánico y el del movimiento de coyuntura de la estructura. Se puede decir entre tanto que la mediación dialéctica entre los dos principios metodológicos enunciados al comienzo de esta nota se puede encontrar en la fórmula político-histórica de revolución permanente.]

Un aspecto del mismo problema es la llamada cuestión de las relaciones de fuerza. Se lee a menudo en las narraciones históricas la expresión genérica: relaciones de fuerza favorables, desfavorables a esta o aquella tendencia. Así, abstractamente, esta formulación no explica nada o casi nada, porque no se hace más que repetir el hecho que se debe explicar presentándolo una vez como hecho y otra como ley abstracta y como explicación. El error teórico consiste pues en dar un canon de investigación e interpretación como "causa histórica".

Primeramente en la "relación de fuerza" hay que distinguir diversos momentos o grados, que fundamentalmente son éstos:

1] Una relación de fuerzas sociales estrechamente ligada a la estructu-

ra, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, que puede ser medida con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se tienen los agrupamientos sociales, cada uno de los cuales representa una función y tiene una posición dada en la producción misma. Esta relación es la que es, una realidad rebelde: nadie puede modificar el número de las empresas y de sus empleados, el número de las ciudades con su correspondiente población urbana, etcétera. Este planteamiento fundamental permite estudiar si en la sociedad existen las condiciones necesarias y suficientes para su transformación, es decir, permite controlar el grado de realismo y de practicabilidad de las diversas ideologías que han nacido en su mismo terreno, en el terreno de las contradicciones que aquella ha generado durante su desarrollo.

2) Un momento subsiguiente es la relación de las fuerzas políticas, o sea la evaluación del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los diversos grupos sociales. Este momento puede ser a su vez analizado y distinguido en varios grados, que corresponden a los diversos momentos de la conciencia política colectiva, tal como se han manifestado hasta ahora en la historia. El primero y más elemental es el económico-corporativo: un comerciante siente que *debe* ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etcétera, pero el comerciante no se siente todavía solidario con el fabricante; o sea que se siente la unidad homogénea, y el deber de organizarla, del grupo profesional, pero todavía no del grupo social más vasto. Un segundo momento es aquél en el que se alcanza la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía sólo en el campo meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de alcanzar una igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, porque se reivindica el derecho de participación en la legislación y en la administración y tal vez incluso de modificarlas, de reformarlas, pero en los cuadros fundamentales existentes. Un tercer momento es aquél en que se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, que señala el tránsito neto de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas, es la fase en la que las ideologías germinadas anteriormente se convierten en "partido", entran en confrontación y se declaran en lucha hasta que una sola de ellas o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de

fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, situando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no en el plano corporativo sino en un plano "universal", y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo mismo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales", o sea que el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo. En la historia real estos momentos se implican recíprocamente, por así decirlo horizontalmente y verticalmente, o sea según las actividades económico-sociales (horizontales) y según los territorios (verticalmente), combinándose y escindiéndose diversamente: cada una de estas combinaciones puede ser representada por su propia expresión organizada económica y política. Con todo, hay que tener en cuenta que a estas relaciones internas de un Estado-nación se entretajan las relaciones internacionales, creando nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología, nacida en un país más desarrollado, se difunde a países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de las combinaciones. (La religión, por ejemplo, ha sido siempre una fuente de tales combinaciones ideológico-políticas nacionales e internacionales, y con la religión las otras formaciones internacionales, la masonería, el Rotary Club, los judíos, la diplomacia de carrera, que sugieren expedientes políticos de origen histórico diverso y los hacen triunfar en determinados países, funcionando como partido político internacional que opera en cada nación con todas sus fuerzas internacionales concentradas; pero religión, masonería, Rotary, judíos, etcétera, pueden entrar en la categoría social de los "intelectuales", cuya función, a escala internacional, es la de mediar los extremos, la de "socializar" los hallazgos técnicos que hacen funcionar toda actividad de dirección, la de imaginar compromisos y vías de escape entre las soluciones extremas.) Esta relación entre fuerzas internacionales y fuerzas nacionales se complica aún más por la existencia en el interior de cada Estado de numerosas secciones territoriales de diversa estructura y de diversa relación de fuerza en todos los grados (así la Vendée estaba aliada con las fuerzas internacionales reaccionarias y las representaba en

el seno de la unidad territorial francesa; así Lion en la Revolución francesa representaba un nudo particular de relaciones, etcétera).

3] El tercer momento es el de la relación de las fuerzas militares, inmediatamente decisivo en cada ocasión. (El desarrollo histórico oscila continuamente entre el primer y el tercer momento, con la mediación del segundo.) Pero tampoco éste es algo indistinto e identificable inmediatamente en forma esquemática; también en éste se pueden distinguir dos grados: el militar en sentido estricto o técnico-militar y el grado que se puede llamar político-militar. En el desarrollo de la historia estos dos grados se han presentado en una gran variedad de combinaciones. Un ejemplo típico que puede servir como demostración-límite, es el de la relación de opresión militar de un Estado sobre una nación que trata de alcanzar su independencia estatal. La relación no es puramente militar, sino político-militar, y de hecho tal tipo de opresión sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y la pasividad de su mayoría; por lo tanto la independencia no podrá ser alcanzada con fuerzas puramente militares, sino militares y político-militares. Si la nación oprimida, en efecto, para iniciar la lucha de independencia tuviera que esperar a que el Estado hegemónico le permita organizar su propio ejército en el sentido estricto y técnico de la palabra, tendría que aguardar buen rato (puede suceder que la reivindicación de tener su propio ejército sea satisfecha por la nación hegemónica, pero esto significa que ya una gran parte de la lucha ha sido librada y ganada en el terreno político-militar). La nación oprimida opondrá pues inicialmente a la fuerza militar hegemónica una fuerza que es sólo "político-militar", o sea que opondrá una forma de acción política que tenga la virtud de determinar reflejos de carácter militar en el sentido de que: 1] tenga la eficacia de disgregar íntimamente la eficiencia bélica de la nación hegemónica; 2] que obligue a la fuerza militar hegemónica a diluirse y diseminarse en un gran territorio, anulando gran parte de su eficacia bélica. En el *Risorgimento* italiano se puede notar la ausencia desastrosa de una dirección político-militar, especialmente en el Partido de Acción (por congénita incapacidad), pero también en el partido piamontés-moderado tanto antes como después de 1848, ciertamente no por incapacidad sino por "maltusianismo económico-político", o sea porque no se quería ni siquiera aludir a la posibilidad de una reforma agraria y porque no se quería la convocación de una asamblea nacional constituyente, sino que solamente se tendía a que la monarquía piamontesa, sin condiciones o limitaciones de origen popular, se extendiera a toda Italia, con la pura sanción de plebiscitos regionales.

10 Otra cuestión vinculada a las anteriores es la de ver si las crisis históricas fundamentales son determinadas inmediatamente por las crisis eco-

nómicas. La respuesta a la cuestión está contenida implícitamente en los párrafos precedentes, donde <son> tratadas cuestiones que son otro modo de presentar ésta que se trata ahora, sin embargo siempre es necesario, por razones didácticas, dado el público particular, examinar todo modo de presentación de una misma cuestión como si fuese un problema independiente y nuevo. Se puede excluir que, por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan efectos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertos modos de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que implican todo el desarrollo ulterior de la vida estatal. Por lo demás, todas las afirmaciones que conciernen a los períodos de crisis o de prosperidad pueden dar lugar a juicios unilaterales. En su compendio de historia de la revolución francesa (ed. Colín) Mathiez, oponiéndose a la historia vulgar tradicional, que apriorísticamente "encuentra" una crisis de coincidencia con las grandes rupturas de equilibrios sociales, afirma que hacia 1789 la situación económica era bastante buena en lo inmediato, por lo que no se puede decir que la catástrofe del Estado absoluto fuese debida a una crisis de empobrecimiento (cfr. la afirmación exacta de Mathiez).³ Hay que observar que el Estado era víctima de una mortal crisis financiera y se planteaba la cuestión de sobre en cuál de los tres órdenes sociales privilegiados debían recaer los sacrificios y las cargas para sacar adelante las finanzas estatales y reales. Además: si la posición económica de la burguesía era próspera, ciertamente no era buena la situación de las clases populares de las ciudades y de las zonas rurales, especialmente la de estas últimas, atormentadas por la miseria endémica. En todo caso, la ruptura del equilibrio de las fuerzas no se produjo por causas mecánicas inmediatas de empobrecimiento del grupo social que tenía interés en romper el equilibrio y que de hecho lo rompió, sino que ocurrió en el cuadro de conflictos superiores al mundo económico inmediato, vinculados al "prestigio" de clase (intereses económicos futuros), a una exasperación del sentimiento de independencia, de autonomía y de poder. La cuestión particular del malestar o bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial de la cuestión de las relaciones de fuerza en sus diversos grados. Pueden producirse novedades bien sea porque una situación de bienestar está amenazada por el desnudo egoísmo de un grupo adversario, como porque el malestar se ha vuelto intolerable y no se ve en la vieja sociedad ninguna fuerza que sea capaz de mitigarlo y restablecer una normalidad con medios legales. Se puede decir por lo tanto que todos estos elementos son la manifestación concreta de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las relaciones sociales de fuerza, en cuyo terreno tiene lugar el paso de éstas a relaciones políticas de fuerza para culminar en la

relación militar decisiva. Si falta este proceso de desarrollo de un momento a otro, y éste es esencialmente un proceso que tiene por actores a los hombres y la voluntad y capacidad de los hombres, la situación permanece inactiva, y pueden darse conclusiones contradictorias: la vieja sociedad resiste y se asegura un periodo de "respiro", exterminando físicamente a la élite adversaria y aterrorizando a las masas de reserva, o bien incluso la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto con la instauración de la paz de los sepulcros, acaso bajo la vigilancia de un centinela extranjero.

Pero la observación más importante que debe hacerse a propósito de todo análisis concreto de las relaciones de fuerza es ésta: qué tales análisis no pueden y no deben ser fines en sí mismos (a menos que no se escriba un capítulo de historia del pasado) sino que adquieren un significado sólo si sirven para justificar una actividad práctica, una iniciativa de voluntad. Estos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia, dónde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada más fructuosamente, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede organizar mejor una campaña de agitación política, qué lenguaje será mejor comprendido por las multitudes, etcétera. El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta con tiempo que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable (y es favorable sólo en la medida en que tal fuerza exista y esté llena de ardor combativo); por eso la tarea esencial es la de ocuparse sistemática y pacientemente en formar, desarrollar, hacer cada vez más homogénea, compacta, consciente de sí misma a esta fuerza. Así se ve en la historia militar y en el cuidado con que en todo tiempo han sido preparados los ejércitos para iniciar una guerra en cualquier momento. Los grandes Estados son grandes Estados precisamente porque en todo momento estaban preparados para insertarse eficazmente en las coyunturas internacionales favorables, y éstas eran tales porque existía la posibilidad concreta de insertarse eficazmente en ellas.

Cfr. Cuaderno 4 (XIII), pp. 67-70 bis; Cuaderno 8 (XXVIII), p. 50.

§ <18> Algunos aspectos teóricos y prácticos del "economismo". Economismo-movimiento teórico por el librecambio-sindicalismo teórico. Debe verse en qué medida el sindicalismo teórico tuvo su origen en la filosofía de la praxis y en qué medida en las doctrinas económicas del librecambio, esto es, en último análisis, en el liberalismo. Y por ello debe verse si el economismo, en su forma más lograda, no es una filiación directa del liberalismo y ha tenido, incluso en sus orígenes, muy pocas relaciones con la filosofía de

la praxis, relaciones de todos modos sólo extrínsecas y puramente verbales. Desde este punto de vista debe verse la polémica Einaudi-Croce, provocada por el nuevo prefacio (de 1917) al libro sobre el *Materialismo storico*:¹ la exigencia, planteada por Einaudi, de tener en cuenta la literatura de historia económica suscitada por la economía clásica inglesa, puede ser satisfecha en este sentido, que tal literatura, por una contaminación superficial con la filosofía de la praxis, ha originado el economismo; por eso cuando Einaudi critica (de manera, a decir verdad, imprecisa) algunas degeneraciones economistas no hace otra cosa que escupir al cielo. El nexo entre ideologías librecambistas y sindicalismo teórico es especialmente evidente en Italia, donde son notorias la admiración por Pareto de los sindicalistas como Lanzillo y compañía. El significado de estas dos tendencias es sin embargo muy distinto: el primero es propio de un grupo social dominante y dirigente, el segundo de un grupo todavía subalterno, que aún no ha adquirido conciencia de su fuerza y de sus posibilidades y modos de desarrollo y por ello no sabe salir de la fase de primitivismo. El planteamiento del movimiento del librecambio se basa en un error teórico cuyo origen práctico no es difícil identificar: en la distinción entre sociedad política y sociedad civil, que de distinción metodológica es convertida en distinción orgánica y presentada como tal. Así se afirma que la actividad económica es propia de la sociedad civil y que el Estado no debe intervenir en su reglamentación. Pero como en la realidad efectiva sociedad civil y Estado se identifican, hay que establecer que también el librecambismo es una "reglamentación" de carácter estatal, introducida y mantenida por vía legislativa y coactiva: es un hecho de voluntad consciente de sus propios fines y no la expresión espontánea, automática del hecho económico. Por lo tanto, el librecambismo es un programa político, destinado a cambiar, en cuanto triunfa, el personal dirigente de un Estado y el programa económico del Estado mismo, o sea a cambiar la distribución de la renta nacional. Diferente es el caso del sindicalismo teórico, en la medida en que se refiere a un grupo subalterno, al cual con esta teoría se le impide llegar a ser dominante, desarrollarse más allá de la fase económico-corporativa para elevarse a la fase de hegemonía ético-política en la sociedad civil y dominante en el Estado. Por lo que respecta al librecambismo se tiene el caso de una fracción del grupo dirigente que quiere modificar no la estructura del Estado, sino sólo la orientación del gobierno, que quiere reformar la legislación comercial y sólo indirectamente industrial (porque es innegable que el proteccionismo, especialmente en los países de mercado pobre y restringido, limita la libertad de iniciativa industrial y favorece morbosamente el nacimiento de los monopolios): se trata de la rotación de los partidos dirigentes en el gobierno, no de la fundación y organización de una nueva so-

laurel deshoja, y a la gente revela las lágrimas y la sangre que rezuma", se podría hacer una recopilación de todas las máximas "universales" de prudencia política contenidas en los escritos de Maquiavelo y ordenarlas con un comentario oportuno (quizá una recopilación de ese tipo existe ya).

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), p. 18.

§ <5> Gran política (alta política)-pequeña política (política del día por día, política parlamentaria, de corredor, de intriga). La gran política comprende las cuestiones vinculadas con la fundación de nuevos Estados, con la lucha para la destrucción, la defensa, la conservación de determinadas estructuras orgánicas económico-sociales. La pequeña política, las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida por las luchas de preeminencia entre las diversas facciones de una misma clase política. Es por lo tanto gran política el tratar de excluir la gran política del ámbito interno de la vida estatal y reducir todo a pequeña política (Giolitti, rebajando el nivel de las luchas internas hacia gran política; pero sus fanáticos eran objeto de gran política, pero ellos mismos hacían pequeña política). Es, por el contrario, propio de diletantes plantear la cuestión de tal modo que todo elemento de pequeña política deba necesariamente convertirse en cuestión de gran política, de radical reorganización del Estado. Los mismos términos reaparecen en la política internacional: 1] la gran política en cuestiones que conciernen a la estatura relativa de los Estados en sus encuentros recíprocos; 2] la pequeña política en cuestiones diplomáticas que nacen en el interior de un equilibrio ya constituido y que no intentan superar el equilibrio mismo para crear nuevas relaciones.

Maquiavelo examina especialmente cuestiones de gran política: creación de nuevos Estados, conservación y defensa de estructuras orgánicas en conjunto; cuestiones de dictadura y hegemonía en gran escala, o sea en toda el área estatal. Russo, en los *Prolegomini*, hace del *Principe* el tratado de la dictadura (momento de la autoridad y del individuo) y de los *Discorsi* el de la hegemonía (momento de lo universal y de la libertad).¹ La observación de Russo es exacta, aunque tampoco faltan en el *Principe* alusiones al momento de la hegemonía o del consenso junto a los de la autoridad o de la fuerza. Así es justa la observación de que no hay oposición de principio entre principado y república, sino que se trata más bien de la hipóstasis de los dos momentos de autoridad y universalidad.

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), pp. 18 bis-19.

§ <6> La cuestión de la clase política, tal como es presentada en las obras de Gaetano Mosca, se ha convertido en un rompecabezas. No se entiende con exactitud qué entiende precisamente Mosca por clase política, a tal punto la noción es elástica y ondulante. A veces parece que por clase política entiende la clase media, otras veces el conjunto de las clases propietarias, otras veces aquello que se llama la "parte culta" de la sociedad, o el "personal político" (clase parlamentaria) del Estado: a veces parece que la burocracia, incluso en su estrato superior, esté excluida de la clase política en cuanto que debe ser controlada y guiada por la clase política. La deficiencia del tratamiento de Mosca se muestra en el hecho de que no enfrenta en su conjunto el problema del "partido político" y ello se comprende, dado el carácter de los libros de Mosca y especialmente de los *Elementi di scienza politica*.¹ el interés de Mosca, en efecto, va desde una posición "objetiva" y desinteresada de científico a una posición apasionada de inmediato hombre de partido que ve desarrollarse acontecimientos que lo angustian y frente a los cuales desearía reaccionar. Por otra parte, Mosca inconscientemente refleja las discusiones suscitadas por el materialismo histórico, pero las refleja como el provinciano que "siente en el aire" las discusiones que se producen en la capital y no tiene los medios de procurarse los documentos y textos fundamentales: en el caso de Mosca "no tener los medios" de procurarse los textos y documentos del problema que sin embargo trata, significa que Mosca pertenece a esa clase de universitarios que mientras consideran su deber hacer despliegue de todas las cautelas del método histórico cuando estudian las ideuchas de un publicista medieval de tercer orden, no consideran o no consideraban dignas "del método" las doctrinas del materialismo histórico, no consideraban necesario remitirse a las fuentes y se conformaban con hojear artículos de periódicos y folletos populares.

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), pp. 19 bis-20.

§ <7> Cuestión del "hombre colectivo" o del "conformismo social". Misión educativa y formativa del Estado, que tiene siempre el fin de crear nuevos y más elevados tipos de civilización, de adecuar la "civilización" y la moralidad de las masas populares más vastas a las necesidades del continuo desarrollo del aparato económico de producción, y por lo tanto de elaborar incluso físicamente tipos nuevos de humanidad. ¿Pero cómo logrará cada individuo aislado incorporarse al hombre colectivo, y cómo se producirá la presión educativa sobre los individuos obteniendo su consenso y colaboración, haciendo que se conviertan en "libertad" la necesi-

dad y la coacción? Cuestión del "derecho", concepto que deberá ser ampliado, incluyendo en él también aquellas actividades que hoy caen bajo la fórmula de "indiferente jurídico" y que son el dominio de la sociedad civil que opera sin "sanciones" y sin "obligaciones" taxativas, pero que no por ello deja de ejercer una presión colectiva y obtiene resultados objetivos de elaboración en las costumbres, en los modos de pensar y de actuar, en la moral, etcétera.

Concepto político de la llamada "revolución permanente" surgido antes de 1848, como expresión científicamente elaborada de las experiencias jacobinas desde 1789 hasta el Termidor.¹ La fórmula es propia de un periodo histórico en el que no existían todavía los grandes partidos políticos de masas ni los grandes sindicatos económicos y la sociedad estaba aún, por así decirlo, en un estado de fluidez en muchos aspectos: mayor atraso en las zonas rurales y monopolio casi completo de la eficiencia político-estatal en pocas ciudades o incluso en una sola (París para Francia), aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto a la actividad estatal, determinado sistema de las fuerzas militares y del armamento nacional, mayor autonomía de las economías nacionales respecto a las relaciones económicas del mercado mundial, etcétera. En el periodo posterior a 1870, con la expansión colonial europea, todos estos elementos cambian, las relaciones organizativas internas e internacionales del Estado se vuelven más globales y masivas y la fórmula del 48 de la "revolución permanente" es elaborada y superada en la ciencia política en la fórmula de "hegemonía civil". Sucede en el arte político lo que sucede en el arte militar: la guerra de movimientos se vuelve cada vez más guerra de posiciones y se puede decir que un Estado gana una guerra en cuanto que la prepara minuciosa y técnicamente en época de paz. La estructura masiva de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales cuanto como complejo de asociaciones en la vida civil, constituyen para el arte político lo que las "trincheras" y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posiciones: hacen solamente "parcial" el elemento del movimiento que antes era "toda" la guerra, etcétera.

La cuestión se presenta para los Estados modernos, no para los países atrasados y para las colonias, donde aún están vigentes las formas que en otras partes han sido superadas y se han vuelto anacrónicas. Incluso la cuestión del valor de las ideologías (como se puede deducir de la polémica Malagodi-Croce)² —con las observaciones de Croce sobre el "mito" so-reliano, que se pueden revertir contra la "pasión"—³ debe ser estudiada en un tratado de ciencia política.

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), p. 20.

§ <8> La concepción de Croce, de la política-pasión,¹ excluye los partidos, porque no se puede pensar en una "pasión" organizada y permanente: la pasión permanente es una condición de orgasmo y de espasmo, que determina incapacidad para actuar. Excluye a los partidos y excluye todo "plan" de acción concertado previamente. Sin embargo, los partidos existen y los planes de acción son elaborados, aplicados, y a menudo realizados en muy notable medida; por lo tanto, en la concepción de Croce hay un "vicio". Tampoco es válido decir que si los partidos existen, esto no tiene gran importancia "teórica" porque en el momento de la acción el "partido" que actúa no es la misma cosa que el partido que existía antes; en parte esto puede ser cierto, sin embargo entre los dos "partidos" las coincidencias son tantas que en realidad puede decirse que se trata del mismo organismo. Pero la concepción, para ser válida, debería poderse aplicar también a la "guerra" y por consiguiente explicar el hecho de los ejércitos permanentes, de las academias militares, de los cuerpos de oficiales. También la guerra en acto es "pasión", la más intensa y febril, es un momento de la vida política, es la continuación, en otras formas, de una determinada política; es necesario, pues, explicar cómo la "pasión" puede convertirse en "deber" moral y no deber de moral política, sino de ética.

Sobre los "planes políticos" que están vinculados a los partidos como formaciones permanentes, recordar lo que Moltke decía de los planes militares: que no pueden ser elaborados y establecidos previamente en todos sus detalles, sino sólo en su núcleo y diseño central, porque las particularidades de la acción dependen en cierta medida de los movimientos del adversario.² La pasión se manifiesta precisamente en los particulares, pero no parece que el principio de Moltke sea tal que justifique la concepción de Croce: en todo caso faltaría explicar el género de "pasión" del Estado Mayor que elaboró el plan con la mente fría y "desapasionadamente".

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), pp. 20 bis-21.

§ <9> Schopenhauer compara la enseñanza de ciencia política de Maquiavelo con la que imparte el maestro de esgrima que enseña el arte de matar (pero también de no dejarse matar), pero que no por eso enseña a convertirse en sicarios y asesinos.¹ (Hallar la referencia exacta.)

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), p. 21 bis.

mo transitorias, de la vida de guerra y de trinchera. Esta presión ha reprimido especialmente los instintos sexuales, incluso normales, en grandes masas de jóvenes, y la crisis que se ha desencadenado en el momento de la vuelta a la vida normal se ha hecho aún más violenta por la desaparición de tantos varones y por un desequilibrio permanente en la relación numérica entre los individuos de los dos sexos. Las instituciones vinculadas a la vida sexual han recibido una fuerte sacudida y en la cuestión sexual se han desarrollado nuevas formas de utopía iluminista. La crisis ha sido (y es todavía) más violenta por el hecho de que ha afectado a todos los estratos de la población y ha entrado en conflicto con las necesidades de los nuevos métodos de trabajo que entretanto se han venido imponiendo (taylorismo y racionalización en general). Estos nuevos métodos exigen una rígida disciplina de los instintos sexuales (del sistema nervioso), o sea un fortalecimiento de la "familia" en sentido amplio (no de esta o aquella forma del sistema familiar), de la reglamentación y estabilidad de las relaciones sexuales.

Hay que insistir en el hecho de que en el campo sexual el factor ideológico más depravador y "regresivo" es la concepción iluminista y libertaria propia de las clases no ligadas estrechamente al trabajo productivo, y que a través de estas clases contagia a las clases trabajadoras. Este elemento se vuelve tanto más grave si en un Estado las masas trabajadoras sufren más la presión coercitiva de una clase superior, si los nuevos hábitos y actitudes psicofísicos vinculados a los nuevos métodos de producción y de trabajo deben ser adquiridos por vía de persuasión recíproca o de convicción individualmente propuesta y aceptada. Puede estarse creando una situación de doble fondo, un conflicto íntimo entre la ideología "verbal" que reconoce las nuevas necesidades y la práctica real "animalesca" que impide a los cuerpos físicos la efectiva adquisición de las nuevas actitudes. Se forma en este caso lo que se puede llamar una situación de hipocresía social totalitaria. ¿Por qué totalitaria? En las otras situaciones los estratos populares son obligados a observar la "virtud"; quien la predica no la observa, aun rindiéndole homenaje verbal, y por consiguiente la hipocresía es de estratos, no total; eso no puede durar, ciertamente, y conduce a una crisis de libertinaje; salvo cuando ya las masas hayan asimilado la "virtud" en hábitos permanentes o casi, o sea con oscilaciones cada vez menores. En el caso, por el contrario, en que no existe presión coercitiva de una clase superior, la "virtud" es afirmada genéricamente, pero no observada ni por convicción ni por coerción y por lo tanto no se dará la adquisición de las actitudes psicofísicas necesarias para los nuevos métodos de trabajo. La crisis puede volverse "permanente", o sea de perspectiva catastrófica, porque sólo la coerción podrá definirla, una coerción de nuevo tipo,

en cuanto es ejercida por la élite de una clase sobre su propia clase, no puede ser más que una auto coerción, o sea una autodisciplina. (Alfieri que se hace atar a la silla.) En todo caso, lo que se puede oponer a esta función de las élites es la mentalidad iluminista y libertaria en la esfera de las relaciones sexuales; luchar contra esta concepción significa además precisamente crear las élites necesarias para la tarea histórica, o al menos desarrollarlas para que su función se extienda a todas las esferas de la actividad humana.

Cfr. Cuaderno I (XVI), pp. 99 bis-100 bis.

§ <11> *Racionalización de la producción y del trabajo.* La tendencia de León Davidovich estaba estrechamente vinculada a esta serie de problemas, lo que no me parece que haya sido bien señalado. Su contenido esencial, desde este punto de vista, consistía en la "demasiado" resuelta (por lo tanto no racionalizada) voluntad de dar la supremacía, en la vida nacional, a la industria y a los métodos industriales, de acelerar, con medios coercitivos exteriores, la disciplina y el orden en la producción, de adecuar las costumbres a las necesidades del trabajo. Dado el planteamiento general de todos los problemas vinculados a la tendencia, ésta debía desembocar necesariamente en una forma de bonapartismo, de ahí la necesidad inexorable de destruirla. Sus preocupaciones eran justas, pero las soluciones prácticas eran profundamente erradas: en este desequilibrio entre teoría y práctica consistía el peligro, que por lo demás ya se había manifestado anteriormente, en 1921. El principio de la coerción, directa e indirecta, en el ordenamiento de la producción y del trabajo es justo (cfr. el discurso pronunciado contra Mártov y reproducido en el libro sobre el *Terrorismo*),¹ pero la forma que había asumido era errónea: el modelo militar se había convertido en un prejuicio funesto y los ejércitos del trabajo fracasaron. Interés de León Davidovich por el americanismo; sus artículos, sus encuestas sobre el "byt" y sobre la literatura,² estas actividades estaban menos desconectadas entre sí de cuanto podía parecer, porque los nuevos métodos de trabajo son indisolubles de un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida: no se pueden obtener éxitos en un campo sin obtener resultados tangibles en el otro.

En América la racionalización del trabajo y el prohibicionismo están indudablemente vinculados: las encuestas de los industriales sobre la vida íntima de los obreros, los servicios de inspección creados por algunas em-

¹ En el manuscrito: "de la".

presas para controlar la "moralidad" de los obreros son necesidades del nuevo método de trabajo. Quien ridiculizara estas iniciativas (aunque fracasaran) y viera en ellas sólo una manifestación hipócrita de "puritanismo", se negaría toda posibilidad de comprender la importancia, el significado y el alcance objetivo del fenómeno americano, que es también el mayor esfuerzo colectivo que se haya realizado hasta ahora para crear, con rapidez inaudita y con una conciencia del fin nunca antes vista en la historia, un tipo nuevo de trabajador y de hombre. La expresión "conciencia del fin" puede parecer por lo menos ingeniosa a quien recuerde la frase de Taylor sobre el "gorila amaestrado".¹ Taylor, en efecto, expresa con cinismo brutal el fin de la sociedad americana: desarrollar en el trabajador el máximo grado de actitudes maquinales y automáticas, destruir el viejo nexo psicofísico del trabajo profesional calificado que exigía una cierta participación activa de la inteligencia, de la fantasía, de la iniciativa del trabajador y reducir las operaciones productivas al único aspecto físico maquina. Pero en realidad no se trata de novedades originales: se trata sólo de la fase más reciente de un largo proceso que se inició con el nacimiento del mismo industrialismo, fase que es sólo más intensa que la anterior y se manifiesta en formas más brutales, pero que también a su vez será superada con la creación de un nuevo nexo psicofísico de un tipo diferente a los anteriores e indudablemente de un tipo superior. Se producirá ineluctablemente una selección forzada, una parte de la vieja clase trabajadora será despiadadamente eliminada del mundo del trabajo y probablemente del mundo *tout court*.

37 Desde este punto de vista hay que estudiar las iniciativas "puritanas" de los industriales americanos tipo Ford. Es cierto que éstos no se preocupan de la "humanidad", de la "espiritualidad" del trabajador, que inmediatamente es aplastada. Esta "humanidad y espiritualidad" no puede realizarse si no es en el mundo de la producción y del trabajo, en la "creación" productiva; ésta era máxima en el artesanado, en el "demiurgo", cuando la personalidad del trabajador se reflejaba toda ella en el objeto creado, cuando era aún muy fuerte el vínculo entre arte y trabajo. Pero precisamente contra este "humanismo" lucha el nuevo industrialismo. Las iniciativas "puritanas" tienen solamente el fin de conservar, fuera del trabajo, un cierto equilibrio psicofísico que impida el colapso fisiológico del trabajador, exprimido por el nuevo método de producción. Este equilibrio no puede ser sino puramente exterior y mecánico, pero podrá volverse interior si es propuesto por el trabajador mismo y no impuesto desde afuera, por una nueva forma de sociedad, con medios apropiados y originales. El industrial americano se preocupa por mantener la continuidad de la eficiencia física del trabajador, de su eficiencia muscular-nerviosa: es su interés tener

una mano de obra estable, un complejo permanentemente a tono, porque también el complejo humano (el trabajador colectivo) de una empresa es una máquina que no debe ser desmontada demasiado a menudo ni renovada en sus piezas individuales sin pérdidas ingentes. El llamado alto salario es un elemento dependiente de esta necesidad: es el instrumento para seleccionar una mano de obra apta para sistema de producción y trabajo y para mantenerla establemente. Pero el alto salario tiene dos caras: es preciso que el trabajador gaste "racionalmente" los centavos más abundantes, para mantener, renovar y posiblemente para aumentar su eficiencia muscular-nerviosa, no para destruirla o dañarla. Y de ahí la lucha contra el alcohol, el agente más peligroso de destrucción de las fuerzas de trabajo, que se convierte en función del Estado. Es posible que también otras luchas "puritanas" se conviertan en función del Estado, si la iniciativa privada de los industriales demuestra ser insuficiente o si se desencadena una crisis de moralidad demasiado profunda y extendida en las masas trabajadoras, lo que podría suceder a consecuencia de una crisis larga y extensa de desocupación. Cuestión vinculada a la del alcohol es la sexual: el abuso y la irregularidad de las funciones sexuales es, después del alcoholismo, el enemigo más peligroso de las energías nerviosas, y es observación común que el trabajo "obsesionante" provoca depravación alcohólica y sexual. Los intentos hechos por Ford de intervenir, con un cuerpo de inspectores, en la vida privada de sus empleados y controlar cómo gastaban su salario y cómo vivían, es un indicio de estas tendencias todavía "privadas" o latentes, que pueden convertirse, en cierto punto, en ideología estatal, implantándose en el puritanismo tradicional, esto es, presentándose como un renacimiento de la moral de los pioneros, del "verdadero" americanismo, etcétera.⁴ El hecho más notable del fenómeno americano en relación con estas manifestaciones es la separación que se ha dado y se irá acentuando cada vez más, entre la moralidad-costumbre de los trabajadores y la de otros estratos de la población. El prohibicionismo ha dado ya un ejemplo de tal separación. ¿Quién consumía el alcohol introducido por el contrabando en los Estados Unidos? El alcohol se convirtió en mercancía de gran lujo y ni siquiera los más altos salarios podían permitir su consumo a los grandes estratos de las masas trabajadoras: quien trabaja por un salario, con horario fijo, no tiene tiempo que dedicar al deporte de eludir las leyes. La misma observación puede hacerse para la sexualidad. La "caza de la mujer" exige demasiados "loisirs"; en el obrero de tipo nuevo se repetirá, en otra forma, lo que sucede en las aldeas campesinas. La relativa estabilidad de las uniones sexuales campesinas está estrechamente vinculada al sistema de trabajo del campo. El campesino, que regresa a casa por la tarde después de una larga jornada de trabajo, quiere la "Venerem facilem

39 parabilimque" de Horacio: no tiene ánimos para hacer la rueda en torno a mujeres de fortuna; ama a su mujer, segura, infalible, que no hará melindres y no pretenderá la comedia de la seducción y del estupro para ser poseída. Parece que así la función sexual resulta mecanizada, pero en realidad se trata de la aparición de una nueva forma de unión sexual, sin los colores "deslumbrantes" del oropel romántico propio del pequeño burgués y del bohemio holgazán. Parece claro que el nuevo industrialismo quiere la monogamia, quiere que el hombre-trabajador no desperdicie sus energías nerviosas en la búsqueda desordenada y excitante de la satisfacción sexual ocasional: el obrero que va al trabajo después de una noche de "excesos" no es un buen trabajador, la exaltación pasional no puede ir de acuerdo con los movimientos cronometrados de los gestos productivos ligados a los más perfectos automatismos. Este complejo de compulsiones y coerciones directas e indirectas ejercidas sobre la masa obtendrá indudablemente resultados y surgirá una nueva forma de unión sexual cuyo rasgo característico y fundamental parece que debe ser la monogamia y la estabilidad relativa. Sería interesante conocer los resultados estadísticos de los fenómenos de desviación de las costumbres sexuales oficialmente propagadas en los Estados Unidos, analizados por grupos sociales: en general se comprobará que los divorcios son especialmente numerosos en las clases superiores.

Esta diferencia de moralidad entre las masas trabajadoras y elementos cada vez más numerosos de las clases dirigentes, en los Estados Unidos, parece ser uno de los fenómenos más interesantes y llenos de consecuencias. Hasta hace poco tiempo el americano era un pueblo de trabajadores: la "vocación laboriosa" no era un rasgo inherente sólo a las clases obreras, sino que era una cualidad específica también de las clases dirigentes. El hecho de que un millonario siguiese siendo prácticamente activo hasta que la enfermedad o la vejez lo obligaban al reposo y que su actividad ocupase un número de horas muy notable de su jornada: he ahí uno de los fenómenos típicamente americanos, he ahí la americanada más asombrosa para el europeo medio. Ya fue señalado anteriormente⁵ que esta diferencia entre americanos y europeos es dada por la falta de "tradicción" en los Estados Unidos, en cuanto tradición significa también residuo pasivo de todas las formas sociales desaparecidas en la historia: en los Estados Unidos, por el contrario, está reciente aún la "tradicción" de los pioneros, o sea de fuertes individualidades en las que la "vocación laboriosa" alcanzó la mayor intensidad y vigor, de hombres que directamente, y no por el trámite de un ejército de esclavos o de siervos, entraban en contacto energético con las fuerzas naturales para dominarlas y explotarlas victoriosamente. Son estos residuos pasivos los que en Europa se resisten

al americanismo, "representan la calidad, etcétera",⁶ porque sienten instintivamente que las nuevas formas de producción y de trabajo los arrojarían implacablemente.

Pero si es verdad que en Europa, de tal manera, las vejeces todavía no sepultadas serían definitivamente destruidas, ¿qué es lo que empieza a suceder en la misma América? La diferencia de moralidad antes mencionada demuestra que se están creando márgenes de pasividad social cada vez más amplios. Parece que las mujeres tienen una función predominante en este fenómeno. El hombre-industrial sigue trabajando aunque sea millonario, pero su mujer y sus hijas se convierten cada vez más en "mamíferos de lujo". Los concursos de belleza, los concursos para el personal cinematográfico (recordar las 30,000 muchachas italianas que en 1926 enviaron su fotografía en traje de baño a la Fox),⁷ el teatro, etcétera, seleccionando la belleza femenina mundial y poniéndola a subasta, provocan una mentalidad de prostitución, y la "trata de blancas" se efectúa legalmente para las clases altas. Las mujeres, ociosas, viajan, atraviesan continuamente el océano para venir a Europa, escapan al prohibicionismo patrio y contraen "matrimonios" estacionales (debe recordarse que a los capitanes marítimos de los E.E.UU. se les retiró la facultad de sancionar matrimonios a bordo, porque muchas parejas se casaban al salir de Europa y se divorciaban antes del desembarco en América): la prostitución real se extiende, apenas larvada por frágiles normas jurídicas.

Estos fenómenos propios de las clases altas harán más difícil la coerción sobre las masas trabajadoras para conformarlas a las necesidades de la nueva industria; l de todos modos determinan una fractura psicológica y aceleran⁸ la cristalización y la saturación de los grupos sociales, haciendo evidente su transformación en castas tal como ha sucedido en Europa.

Cfr. Cuaderno 4 (XIII), pp. 22-24.

§ <12> Taylorismo y mecanización del trabajador. A propósito de la diferencia que el taylorismo determinaría entre el trabajo manual y el "contenido humano" del trabajo, se pueden hacer útiles observaciones sobre el pasado, y precisamente con respecto a aquellas profesiones que son consideradas de las más "intelectuales", esto es, las profesiones ligadas a la reproducción de escritos para su publicación o para otra forma de difusión y transmisión: los amanuenses de antes de la invención de la imprenta, los cajistas a mano, los linotipistas, los taquígrafos, los mecanógrafos. Si se re-

⁸ En el manuscrito: "acelera".

flexiona, se ve que en estos oficios el proceso de adaptación a la mecanización es más difícil que en los otros. ¿Por qué? Porque es difícil alcanzar la máxima calificación profesional, que exige por parte del obrero "olvidar" o no reflexionar en el contenido intelectual del escrito que reproduce, para fijar su atención sólo en la forma caligráfica de las letras aisladas, si es amanuense, o para descomponer las frases en palabras "abstractas" y éstas en letras-caracteres y rápidamente elegir las piezas de plomo de las casillas, para descomponer no ya sólo las palabras aisladas, sino grupos de palabras, en el contexto de un discurso, agrupándolas mecánicamente en siglas taquigráficas, para obtener velocidad, en el mecanógrafo, etcétera. El interés del trabajador por el contenido intelectual del texto se mide por sus errores, o sea que es una deficiencia profesional: su calificación es precisamente medida por su desinterés intelectual, o sea por su "mecanización". El copista medieval que se interesaba en el texto, cambiaba la ortografía, la morfología, la sintaxis del texto copiado, pasaba por alto frases enteras que no comprendía, por su escasa cultura, el curso de los pensamientos suscitados en él por el interés por el texto lo llevaba a interpolar glosas y advertencias; si su dialecto o su lengua eran distintos de los del texto, él introducía matices aloglóticos; era un mal amanuense porque en realidad "rehabía" el texto. La lentitud del arte de la escritura medieval explica muchas de estas deficiencias: había demasiado tiempo para reflexionar y por consiguiente la "mecanización" era más difícil. El tipógrafo debe ser muy rápido, debe tener en continuo movimiento las manos y los ojos y eso hace más fácil su mecanización. Pero pensándolo bien, el esfuerzo que estos trabajadores tienen que hacer para aislarse del contenido intelectual del texto, a veces muy apasionante (y entonces de hecho se trabaja menos y peor), su simbolización gráfica y el aplicarse sólo a ésta, es el esfuerzo más grande que sea exigido de ningún oficio. Sin embargo, se hace y no destruye espiritualmente al hombre. Cuando el proceso de adaptación se ha producido, se comprueba en realidad que el cerebro del obrero, en vez de momificarse, ha alcanzado un estado de completa libertad. Se ha mecanizado completamente sólo el gesto físico; la memoria del oficio, reducido a gestos simples repetidos con ritmo intenso, se ha "anidado" en los haces musculares y nerviosos que ha dejado el cerebro libre y desocupado para otras ocupaciones. Así como se camina sin necesidad de reflexionar en todos los movimientos necesarios para mover sincrónicamente todas las partes del cuerpo, del determinado modo que es necesario para caminar, así ha sucedido y seguirá sucediendo en la industria para los gestos fundamentales del oficio; se camina automáticamente y al mismo tiempo se piensa en todo lo que se quiere. Los industriales americanos han comprendido perfectamente esta dialéctica

insita en los nuevos métodos industriales. Han comprendido que "gorila amaestrado" es una frase, que el obrero sigue siendo "desdichadamente" hombre e incluso que él, durante el trabajo, piensa más o por lo menos tiene muchas mayores posibilidades de pensar, al menos cuando ha superado la crisis de adaptación y no ha sido eliminado; y no sólo piensa, sino que el hecho de que no obtiene satisfacciones inmediatas del trabajo, y que comprende que se le quiere reducir a un gorila amaestrado, lo puede conducir a un curso de pensamientos poco conformistas. Que tal preocupación existe en los industriales se desprende de toda una serie de precauciones y de iniciativas "educativas" que se pueden extraer de los libros de Ford y de la obra de Philip.

Cfr. Cuaderno 4 (XIII), pp. 24-25.

§ <13> Los altos salarios. Es obvio pensar que los llamados altos salarios son una forma transitoria de retribución. La adaptación a los nuevos métodos de producción y de trabajo no puede darse sólo a través de la coacción social: éste es un "prejuicio" muy difundido en Europa [y especialmente en el Japón], donde no puede tardar en tener consecuencias graves para la salud física y psíquica de los trabajadores, "prejuicio" que por lo demás tiene una base sólo en la endémica desocupación que se ha producido en la posguerra. Si la situación fuese "normal", el aparato de coerción necesario para obtener el resultado deseado costaría más que los altos salarios. La coerción, por consiguiente, debe ser sabiamente combinada con la persuasión y el consenso y esto puede obtenerse en las formas propias de la sociedad dada, mediante una mayor retribución que permita un determinado nivel de vida capaz de mantener y reintegrar las fuerzas desgastadas por el nuevo tipo de fatiga. Pero apenas los nuevos métodos de trabajo y de producción se hayan generalizado y difundido, apenas el nuevo tipo de obrero sea creado universalmente y el aparato de producción material sea aún más perfeccionado, el turnover¹ excesivo será automáticamente limitado por una extensa desocupación y los altos salarios desaparecerán. En realidad, la industria americana de altos salarios explota todavía un monopolio debido a que tiene la iniciativa de los nuevos métodos; a las ganancias de monopolio corresponden salarios de monopolio. Pero el monopolio será necesariamente primero limitado y después destruido por la difusión de los nuevos métodos tanto en el interior de los Estados Unidos como en el extranjero (cfr. el fenómeno japonés de los bajos precios de las mercancías)² y con las grandes ganancias desaparecerán los altos salarios. Por otra parte, es sabido que los altos salarios están necesaria-

44 mente vinculados a una aristocracia obrera y no son dados a todos los trabajadores americanos.

Toda la ideología fordiana de los altos salarios es un fenómeno derivado de una necesidad objetiva de la industria moderna que ha alcanzado un determinado grado de desarrollo y no un fenómeno primario (lo que sin embargo no exime del estudio de la importancia y las repercusiones que la ideología puede tener por su cuenta). Entre tanto, ¿qué significa "alto salario"? ¿El salario pagado por Ford es alto sólo en comparación con la media de los salarios americanos, o es alto como precio de la fuerza de trabajo que los empleados de Ford consumen en la producción y con los métodos de trabajo de Ford? No parece que semejante investigación se haya hecho sistemáticamente, pero sin embargo sólo ella podría dar una respuesta concluyente. La investigación es difícil, pero las causas mismas de tal dificultad son una respuesta indirecta. La respuesta es difícil porque la mano de obra de Ford es muy inestable y por eso no es posible establecer una media de la mortalidad "racional" entre los obreros de Ford para compararla con la media de las otras industrias. ¿Pero por qué esta inestabilidad? ¿Cómo es que un obrero puede preferir un salario "más bajo" al salario pagado por Ford? ¿No significa esto que los llamados "altos salarios" son menos convenientes para reconstituir la fuerza de trabajo consumida, de lo que lo son los salarios más bajos de las otras empresas? La inestabilidad de la mano de obra demuestra que las condiciones normales de competencia entre los obreros (diferencia de salario) no operan por lo que concierne a la industria Ford más que dentro de ciertos límites: no opera el nivel distinto entre las medias del salario y no opera la presión del ejército de reserva de los desocupados. Esto significa que en la industria Ford debe buscarse algún elemento nuevo, que será el origen real tanto de los "altos salarios" como de los otros fenómenos mencionados (inestabilidad etcétera). Este elemento no puede buscarse más que en esto: la industria Ford exige una discriminación, una calificación,

45 en sus obreros que las otras industrias todavía no exigen, un tipo de calificación de nuevo género, una forma de consumo de fuerza de trabajo y una cantidad de fuerza consumida en el mismo tiempo medio que son más gravosas y más extenuantes que en otras partes y que el salario no logra compensar en todos, y que han de reconstituirse en las condiciones dadas de la sociedad tal como es. Planteadas estas razones, se presenta el problema: si el tipo de industria y de organización del trabajo y de la producción propio de Ford es "racional", esto es, si puede y debe generalizarse o si por el contrario se trata de un fenómeno morboso que hay que combatir con la fuerza sindical y con la legislación. Es decir, si es posible, con la presión material y moral de la sociedad y del Estado, conducir a los

obreros como masa a sufrir todo el proceso de transformación psicofísica para obtener que el tipo medio del obrero Ford se convierta en el tipo medio del obrero moderno o si esto es imposible porque conduciría a la degeneración física y al deterioro de la raza, destruyendo toda fuerza de trabajo. Parece posible responder que el método Ford es "racional", o sea que debe generalizarse, pero que para ello es necesario un proceso largo, en el que se produzca un cambio de las condiciones sociales y un cambio de las costumbres y hábitos individuales, lo que no puede suceder únicamente con la "coerción", sino sólo con una combinación de coerción (autodisciplina) y de persuasión, también bajo la forma de altos salarios, o sea de posibilidades de mejor nivel de vida, o quizá, más exactamente, de posibilidades de realizar el nivel de vida adecuado a los nuevos modos de producción y de trabajo, que exigen un particular dispendio de energías musculares y nerviosas.

En medida limitada, pero sin embargo relevante, fenómenos similares a los determinados en gran escala por el fordismo, se daban y se dan en ciertas ramas de la industria o en ciertos establecimientos no "fordizados". Constituir una maestranza de fábrica o una escuadra de trabajo especializada orgánica y bien articulada no ha sido nunca cosa fácil: ahora bien, una vez que la maestranza y la escuadra están constituidas, sus componentes, o una parte de ellos, acaban en ocasiones por beneficiarse de un salario de monopolio, y no sólo esto, sino que no son despedidos en caso de interrupción temporal de la producción; sería antieconómico dejar dispersarse los elementos de un todo orgánico constituido fatigosamente porque sería casi imposible volverlos a reunir, mientras que su reconstitución con elementos nuevos, de fortuna, costaría intentos y gastos no despreciables. Es éste un límite a la ley de la competencia determinada por el ejército de reserva y por la desocupación, y este límite se ha hallado siempre en el origen de las formaciones de aristocracias privilegiadas. Puesto que nunca ha funcionado y no funciona una ley de equiparación perfecta de los sistemas y los métodos de producción y de trabajo para todas las empresas de una determinada rama de la industria, se da la consecuencia de que cada empresa, en cierta medida más o menos amplia, es "única", y se forma una mano de obra con una calificación propia a esa empresa particular: pequeños "secretos" de fabricación y de trabajo, "trucos" que parecen desdeñables en sí mismos, pero que, repetidos infinitas veces, pueden tener un alcance económico importante. Un caso particular se puede estudiar en la organización del trabajo de los puertos, especialmente en aquéllos donde existe desequilibrio entre embarque y desembarque de mercancías y donde se producen embotellamientos estacionales de trabajo y estaciones muertas. Es necesario tener una mano de obra

que esté siempre disponible (que no se aleje del puesto de trabajo) para el mínimo de trabajo estacional o de otro género, y de ahí la formación de plantillas cerradas, con altos salarios y otros privilegios, en contraposición a la masa de los "adventicios" etcétera. Esto ocurre también en la agricultura, en la relación entre colonos fijos y braceros y en muchas industrias donde existen las "estaciones muertas", por razones inherentes a la industria misma, como la del vestido, o por la defectuosa organización del comercio al por mayor que hace sus compras según ciclos propios, no engranados con el ciclo de producción, etcétera.

Cfr. *Cuaderno 4* (XIII), pp. 25-25 bis; *Cuaderno 9* (XIV), pp. 56-57 y 58.

§ <14> *Acciones, obligaciones, títulos del Estado.* ¿Qué cambio radical traerá a la orientación del pequeño y mediano ahorro la actual depresión económica si ésta, como parece probable, se prolonga aún durante algún tiempo? Se puede observar que la caída del mercado de acciones ha determinado un desmesurado traslado de riqueza y un fenómeno de expropiación "simultánea" del ahorro de vastísimas masas de la población, un poco por todas partes, pero especialmente en América: así los procesos morbosos que se habían verificado a causa de la inflación, en la primera posguerra, se han renovado en toda una serie de países, y han operado en los países que en el período precedente no conocieron la inflación.

El sistema que el gobierno italiano ha intensificado en estos años (continuando una tradición ya existente, aunque a escala menor) parece el más racional y orgánico, al menos para un grupo de países, ¿pero qué consecuencias podrá tener? Diferencia entre acciones comunes y acciones privilegiadas, entre éstas y las obligaciones, y entre acciones y obligaciones del mercado libre y obligaciones o títulos del Estado. La masa de los ahorradores trata de deshacerse completamente de las acciones de todo tipo, devaluadas en forma insólita, prefiere las obligaciones a las acciones, pero prefiere los títulos del Estado a cualquier otra forma de inversión. Puede decirse que la masa de los ahorradores quiere romper todo vínculo directo con el conjunto del sistema capitalista privado, pero no niega su confianza al Estado: quiere participar en la actividad económica, pero a través del Estado, que garantiza un interés módico pero seguro. El Estado viene así a ser investido de una función de primer orden en el sistema capitalista, como empresa (holding estatal) que concentra el ahorro
48 l que se ha de poner a disposición de la industria y de la actividad privada, como inversionista a mediano y largo plazo (creación italiana de los diversos Institutos, de crédito inmobiliario, de reconstrucción industrial et-

cétera;¹ transformación de la banca comercial, consolidación de las cajas de ahorro, creación de nuevas formas en el ahorro postal etcétera). Pero, una vez asumida esta función, por necesidades económicas imprescindibles, ¿puede el Estado desinteresarse de la organización de la producción y del cambio?, ¿dejarla, como antes, a la iniciativa de la competencia y a la iniciativa^a privada? Si esto sucediera, la desconfianza que hoy afecta a la industria y al comercio privado, arrullaría también al Estado: la formación de una situación que obligase al Estado a devaluar sus títulos (con la inflación o en otra forma) como se han devaluado las acciones privadas, resultaría catastrófica para el conjunto de la organización económico-social. El Estado es empujado así necesariamente a intervenir para controlar que las inversiones efectuadas por su trámite sean bien administradas y así se comprende un aspecto al menos de las discusiones teóricas sobre el régimen corporativo. Pero el puro control no es suficiente. En efecto, no se trata sólo de conservar el aparato productivo tal como es en un momento dado; se trata de reorganizarlo para desarrollarlo paralelamente al aumento de la población y de las necesidades colectivas. Precisamente en estos desarrollos necesarios está el mayor riesgo de la iniciativa privada y debería ser mayor la intervención estatal, que no está tampoco exenta de peligros, todo lo contrario. (Se mencionan estos elementos como los más orgánicos y esenciales, pero también los otros elementos conducen a la intervención estatal, o la justifican teóricamente: la agravación de los regímenes aduanales y de las tendencias autárquicas, las primas, el dumping, los salvamentos de grandes empresas en vías de quiebra o en peligro de quebrar; o sea, como ya se ha dicho, la "nacionalización de las pérdidas y de los déficits industriales" etcétera.)

Si el Estado se propusiera imponer una dirección económica por la que la producción del ahorro, de "función" de una clase parasitaria debería convertirse en función del mismo organismo productivo, estos desarrollos hipotéticos serían progresistas, podrían caber en un vasto plan de racionalización integral: para ello habría que promover una reforma agraria (con la abolición de la renta agrícola como renta de una clase no trabajadora e incorporación de ésta en el organismo productivo, como ahorro colectivo que se dedicaría a la reconstrucción y a ulteriores progresos) y una reforma industrial, para reconducir todas las rentas a necesidades funcionales técnico-industriales y no ya a consecuencias jurídicas del puro derecho de propiedad.

De este conjunto de exigencias, no siempre confesadas, nace la justificación histórica de las llamadas tendencias corporativas, que se manifiestan

^a En el manuscrito: "de la iniciativa".

tan predominantemente como exaltación del Estado en general, concebido como algo absoluto, y como desconfianza y aversión a las formas tradicionales del capitalismo. De ahí se sigue que teóricamente el Estado parece tener su base político-social en la "gente pequeña" y en los intelectuales, pero en realidad su estructura sigue siendo plutocrática y resulta imposible romper los vínculos con el gran capital financiero: por lo demás, es el Estado mismo el que se convierte en el mayor organismo plutocrático, el holding de las grandes masas de ahorro de los pequeños capitalistas. (El Estado jesuítico del Paraguay podría tomarse útilmente como modelo de muchas tendencias contemporáneas.)

Que pueda existir un Estado que se base políticamente en la plutocracia y en la gente pequeña al mismo tiempo no es totalmente contradictorio, como lo demuestra un país ejemplar, Francia, donde precisamente no se comprendería el dominio del capital financiero sin la base política de una democracia de rentistas pequeñoburgueses y campesinos. Sin embargo Francia, por razones complejas, tiene todavía una composición social bastante sana, porque en ella existe una amplia base de pequeña y mediana propiedad cultivadora. En otros países, por el contrario, los ahorradores están separados del mundo de la producción y del trabajo; el ahorro ahí es "socialmente" demasiado caro, porque se obtiene con un nivel de vida demasiado bajo de los trabajadores industriales y especialmente agrícolas. Si la nueva estructura del crédito consolidara esta situación, en realidad habría un empeoramiento: si el ahorro parasitario, gracias a la garantía estatal, no tuviera ya ni siquiera que correr los riesgos generales del mercado normal, la propiedad agrícola parasitaria se reforzaría por una parte y por la otra las obligaciones industriales, de dividendo legal, ciertamente gravarían sobre el trabajo en forma aún más aplastante.

Cfr. Cuaderno 9 (XIV), pp. 11-13.

§ <15> *Civilización americana y europea*. En una entrevista con Corrado Alvaro (*L'Italia Letteraria*, 14 de abril de 1929), Luigi Pirandello afirma: "El americanismo nos inunda. Creo que un nuevo faro de civilización se ha encendido allí". "El dinero que corre por el mundo es americano (!), y detrás del dinero (!) corre el modo de vida y la cultura (esto es cierto sólo para la crema de la sociedad, y de tal crema cosmopolita parece que Pirandello, y con él muchos otros, creen que esté constituido todo el 'mundo'). ¿Tiene América una cultura? (habría que decir: ¿tiene una cultura unitaria y centralizada, o sea América es una nación del tipo francés, ale-

mán e inglés?) Tiene libros y costumbres. Sus costumbres son su nueva literatura, aquella que penetra a través de las puertas más sólidas y defendidas. En Berlín usted no siente la separación entre vieja y nueva Europa porque la estructura misma de la ciudad no ofrece resistencias (Pirandello hoy no podría decir lo mismo, y por consiguiente debe entenderse que se refería al Berlín de los cafés nocturnos). En París, donde existe una estructura histórica y artística, donde los testimonios de una civilización autóctona están presentes, el americanismo es tan estridente como el colorette sobre el viejo rostro de una prostituta".

Pero el problema no es si en América existe una nueva civilización, una nueva cultura, aunque esté todavía en el estado de "faro", y si éstas están invadiendo o han invadido ya a Europa: si el problema tuviese que plantearse así, la respuesta sería fácil: no, no existe etcétera, e incluso en América no se hace más que rumiar la vieja cultura europea. El problema es éste: si América, con el peso implacable de su producción económica (y eso indirectamente) obligará o está obligando a Europa a un cambio de su eje económico-social demasiado anticuado, que de todos modos se habría producido, pero con ritmo lento y que inmediatamente se presenta por el contrario como un contragolpe de la "prepotencia" americana, o sea que se está dando una transformación de las bases materiales de la civilización europea, lo que a largo plazo (y no muy largo, porque en el periodo actual todo es más rápido que en los periodos pasados) conducirá a una transformación de la forma de civilización existente y al obligado nacimiento de una nueva civilización.

Los elementos de "nueva cultura" y de "nuevo modo de vida" que hoy se difunden bajo la etiqueta americana, son apenas los primeros intentos a trompicones, debidos no ya a un "orden" que nace de unos nuevos cimientos, que todavía no se han formado, sino a la iniciativa superficial y simiesca de los elementos que empiezan a sentirse socialmente eliminados de la operación (todavía destructiva y disolutiva) de los nuevos cimientos en formación. Lo que hoy se llama "americanismo" es en gran parte la crítica preventiva de los viejos estratos que precisamente serán aniquilados por el posible nuevo orden y que ya hoy son presa de una oleada de pánico social, de disolución, de desesperación, es un intento de reacción inconsciente de quien es impotente para reconstruir y recalca los aspectos negativos de la transformación.⁴ No es de los grupos sociales "condenados" por el nuevo orden que se puede esperar la reconstrucción, sino de aquellos que están creando, por imposición y con sus propios sufrimientos, las bases materiales de este nuevo orden: ellos "deben"

⁴ En el manuscrito: "de la transformación que presentan".

encontrar el sistema de vida "original" y no de marca americana, para convertir en "libertad" lo que hoy es "necesidad".

Este criterio de que tanto las reacciones intelectuales y morales al establecimiento de un nuevo método productivo, como las exaltaciones superficiales del americanismo, se deben a los detritus de los viejos estratos en descomposición y no a los grupos cuyo destino está ligado a un ulterior desarrollo del nuevo método, es extremadamente importante y explica cómo algunos elementos responsables de la política moderna, que basan su éxito en la organización del conjunto del estrato medio, no quieren tomar posición sino que se mantienen neutrales "teóricamente", resolviendo los problemas prácticos con el tradicional método del empirismo y del oportunismo (cfr. las diversas interpretaciones del ruralismo, desde U. Spirito, que quiere "urbanizar" el campo,² hasta los otros que tocan la flauta de Pan).

Que no se trata, en el caso del americanismo, entendido no sólo como vida de café sino también como ideología del Rotary Club, de un nuevo tipo de civilización, se ve por el hecho de que nada ha cambiado en el carácter y en las relaciones de los grupos fundamentales: se trata de una prolongación orgánica y de una intensificación de la civilización europea, que sólo ha asumido una nueva epidermis en el clima americano. La observación de Pirandello sobre la oposición que el americanismo encuentra en París (¿pero en el Creusot?)³ y sobre la acogida inmediata que habría hallado en Berlín, prueba, en todo caso, la no diferencia de naturaleza sino sólo de grado con el "europeísmo". En Berlín las clases medias ya fueron arruinadas por la guerra y la inflación y la industria berlinesa en su conjunto tiene características bien distintas de la parisiense: las clases medias francesas no sufrieron las crisis ocasionales como la inflación alemana ni la crisis orgánica del 1929 y siguientes,⁴ con el mismo ritmo acelerado con que la sufrió Alemania. Por eso es la verdad que en París el americanismo parece como un colorete, una superficial moda extranjera.

Cfr. Cuaderno 3 (XX), pp. 7 bis-8 bis.

§ <16> *Varios*. Deben recordarse algunos libros de Guglielmo Ferrero sobre América: ¿cuántos de los lugares comunes acuñados por Ferrero han entrado en circulación y siguen circulando sin recordar el cuño y la casa de moneda? (Cantidad contra calidad, por ejemplo, de origen ferreriano,

^a En el manuscrito siguen algunas palabras canceladas: "que fue en Alemania más rápida que el ritmo normal".

que por lo tanto es el padre espiritual de toda la ideología tonta sobre el retorno al artesanado etcétera. El libro de Ferrero *Fra i due mondi*⁵ debe verse como la biblia de una serie de trivialidades de las más trilladas y vulgares.)

Sobre el americanismo debe verse el artículo "L'America nella letteratura francese del 1927", de Étienne Fournol en la *Nuova Antologia* del 1^o de abril de 1928,² útil como repertorio de las banalidades más garrafales sobre el tema. Habla del libro de Siegfried y del de Romier (*Qui sera le maître?*),³ alude a un libro de Andrea Tardieu (*Devant l'obstacle: l'Amérique et nous*, París, Librairie Emil Paul) y a dos libros de Luc Durtain, una novela, *Hollywood dépassé*, y una colección de cuentos, *Quarantième étage*, ambas editadas por la N.R.F. y que parecen interesantes.⁴

A propósito del profesor Siegfried debe señalarse esta contradicción suya: en la p. 350 de su libro *Les États-Unis d'aujourd'hui* reconoce en la vida americana "el aspecto de una sociedad realmente (!) colectivista, deseado por las clases elegidas y aceptado alegremente (sic) por la multitud",⁵ pero Siegfried escribe luego el prefacio al libro de Philip sobre el movimiento obrero americano⁶ y lo alaba, no obstante que en él no se demuestre precisamente esta "alegría" y que en América no exista lucha de clases, sino que por el contrario se demuestra la existencia de la más desenfrenada y feroz lucha de una parte contra la otra. La misma comparación se podría hacer entre el libro de Romier y el de Philip. Hay que señalar cómo en Europa ha sido aceptado muy fácilmente (y difundido muy hábilmente) el cuadro oleográfico de una América sin luchas internas (actualmente todo está saliendo a la luz) etcétera, etcétera. Así que al mismo tiempo se ha combatido al americanismo como subversivo de la estancada sociedad europea, pero se ha presentado a América como ejemplo de homogeneidad social para uso de propaganda y como premisa ideológica de leyes excepcionales.

Cfr. Cuaderno 3 (XX), pp. 38 bis-39.

2. CATEGORÍAS GRAMSCIANAS PARA ENTENDER EL CAMBIO HISTÓRICO: HEGEMONÍA, BLOQUE HISTÓRICO, REVOLUCIÓN PASIVA, INTELLECTUALES Y SISTEMA DE HEGEMONÍA DE ESTADOS.

a) Hegemonía

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 19, párrafo 24: *El problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y el Estado moderno en Italia* (primer párrafo).
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 12: *Introducción al estudio de la filosofía*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 8, párrafo 185: *Fase económico-corporativa del Estado*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 23: *Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los periodos de crisis orgánicas* (primer párrafo).
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 11, párrafo 53: *Filosofía especulativa*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 12, párrafo 1: *Los intelectuales son un grupo socialmente autónomo...* (párrafo 8: “La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción...”).
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 15: *“En la noción de gran potencia...”*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 44: *Introducción al estudio de la filosofía*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 29, párrafo 3: *Focos de irradiación de innovaciones lingüísticas y de un conformismo nacional lingüístico en las grandes masas nacionales*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 11, párrafo 12: *Algunos puntos preliminares de referencia* (párrafo 19: “El hombre activo de masa...”).

§ <22> *Corrientes populares*. Para los movimientos populares de izquierda del 48-49 hay que ver: Nicola Valdimiro Testa, *Gli Irpini nei moti politici e nella reazione del 1848-49*, Nápoles, R. Contessa e Fratelli, 1932, en 8°, pp. 320, 15 liras.¹

Cfr. Cuaderno 9 (XIV), p. 93 bis.

§ <23> *E. De Amicis y G. C. Abba*. Significado de la *Vita Militare* de De Amicis. La *Vita Militare* debe ponerse junto a algunas publicaciones de G. C. Abba, no obstante el contraste íntimo y la diferente actitud. G. C. Abba es más "educador" y más "nacional-popular": él es ciertamente más concretamente democrático que De Amicis, porque políticamente es más robusto y éticamente más austero. De Amicis, no obstante las apariencias superficiales, es más servil frente a los grupos dirigentes en formas paternalistas.

En la *Vita Militare* hay que ver el capítulo: "L'Esercito Italiano durante il colera del 1867" porque pinta la actitud del pueblo siciliano frente al gobierno y a los "italianos" después del levantamiento de septiembre de 1866.¹ Guerra de 1866, insurrección de Palermo, cólera: tres hechos que no pueden separarse. Habrá que ver la demás literatura sobre el cólera en todo el Mediodía en 1866-67. No se puede juzgar el nivel civil de la vida popular de aquella época sin tratar este tema. (¿Existen publicaciones oficiales sobre los delitos contra la autoridad —soldados, oficiales, etcétera— durante el cólera?)

En el momento del levantamiento era prefecto de Palermo Luigi Torelli, sobre el cual cfr. Antonio Monti, *Il conte Luigi Torelli*, Milán, R. Istituto Lombardo di Scienze e Lettere, 1931, en 8°, pp. 513, 30 liras. Después de la represión, Torelli recibió la medalla de oro al valor civil.² El libro debe verse también porque Torelli tuvo en todo el Risorgimento una función bastante significativa.

Cfr. Cuaderno 9 (XIV), pp. 10 y 92 bis.

§ <24> *El problema de la dirección política en la formación y desarrollo de la nación y del Estado moderno en Italia*. Todo el problema de la conexión entre las diversas corrientes políticas del Risorgimento, o sea de sus relaciones recíprocas y de sus relaciones con los grupos sociales homogéneos o subordinados existentes en las diversas secciones (o sectores) históricas del territorio nacional, se reduce a este dato de hecho fundamental: los mo-

derados representaban un grupo social relativamente homogéneo, por lo que su dirección sufrió oscilaciones relativamente limitadas (y en todo caso según una línea de desarrollo orgánicamente progresista), mientras que el llamado Partido de Acción no se apoyaba específicamente en ninguna clase histórica y las oscilaciones sufridas por sus órganos dirigentes en último análisis se componían según los intereses de los moderados: la afirmación atribuida a Vittorio Emanuele II de "tener en el bolsillo" al Partido de Acción o algo parecido¹ es prácticamente exacta y no sólo por los contactos personales del Rey con Garibaldi sino porque de hecho el Partido de Acción fue dirigido "indirectamente" por Cavour y el Rey. El criterio metodológico en que hay que basar el propio examen es el siguiente: que la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como "dominio" y como "dirección intelectual y moral". Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a "liquidar" o a someter incluso con la fuerza armada y es dirigente de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en el puño, se vuelve dominante pero debe seguir siendo también "dirigente". Los moderados siguieron dirigiendo el Partido de Acción incluso después de 1870 y 1876 y el llamado "transformismo" no fue sino la expresión parlamentaria de esta acción hegemónica intelectual, moral y política. Puede incluso decirse que toda la vida estatal italiana desde 1848 en adelante está caracterizada por el transformismo, o sea por la elaboración de una clase dirigente cada vez más numerosa en los cuadros establecidos por los moderados después de 1848 y la caída de las utopías neoguelfas y federalistas, con la absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos diversos en su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados e incluso de los adversarios y que parecían irreconciliablemente enemigos. En este sentido la dirección política se convirtió en un aspecto de la función de dominio, en cuanto que la absorción de las élites de los grupos enemigos conduce a la decapitación de éstos y a su aniquilamiento durante un periodo a menudo muy largo. De la política de los moderados resulta claro que puede y debe existir una actividad hegemónica incluso antes del ascenso al poder y que no hay que contar sólo con la fuerza material que el poder da para ejercer una dirección eficaz: precisamente la brillante solución de estos problemas hizo posible el Risorgimento en las formas y los límites en que se realizó, sin "Terror", como "revolución sin revolución", o sea como "revolución pasiva" para emplear una expresión de Cuoco en un sentido un poco distinto del que Cuoco quiere decir.²

Desde (1876).

69 El problema de la dirección política en la...
parágrafo: 24

¿En qué formas y con qué medios los moderados consiguieron establecer el aparato (el mecanismo) de su hegemonía intelectual, moral y política? En formas y con medios que se pueden llamar "liberales", o sea a través de la iniciativa individual, "molecular", "privada" (o sea no por un programa de partido elaborado y constituido según un plan precedentemente a la acción práctica y organizativa). Por otra parte, esto era "normal" dadas las estructuras y la función de los grupos sociales representados por los moderados, de los que los moderados eran el grupo dirigente, los intelectuales en sentido orgánico. Para el Partido de Acción el problema se presentaba de modo distinto y distintos sistemas organizativos habrían debido emplearse. Los moderados eran intelectuales "condensados" ya naturalmente por la organicidad de sus relaciones con los grupos sociales de los que eran expresión (para toda una serie de ellos se realizaba la identidad de representado y representante, o sea que los moderados eran una vanguardia real, orgánica de las clases altas, porque ellos mismos pertenecían económicamente a las clases altas: eran intelectuales y organizadores políticos y al mismo tiempo jefes de empresa, grandes agricultores o administradores de fincas, empresarios comerciales e industriales, etcétera). Dada esta condensación o concentración orgánica, los moderados ejercían una poderosa atracción, de modo "espontáneo", sobre toda la masa de intelectuales de todo grado existentes en la península en estado "difuso", "molecular", por las necesidades, aunque fuese elementalmente satisfechas, de la instrucción y de la administración. Resalta aquí la consistencia metodológica de un criterio de investigación histórico-política: no existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada grupo social tiene su propia capa de intelectuales o tiende a formársela; pero los intelectuales de la clase históricamente (y realísticamente) progresista, en las condiciones dadas, ejercen un poder de atracción tal que acaban, en último análisis, por subordinarse a los intelectuales de los otros grupos sociales y en consecuencia por crear un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales con vínculos de orden psicológico (vanidad, etcétera) y a menudo de casta (técnico-jurídicos, corporativos, etcétera).

Este hecho se da "espontáneamente" en los periodos históricos en los que el grupo social dado es realmente progresista, o sea que hace avanzar realmente a toda la sociedad, satisfaciendo no sólo sus exigencias existenciales, sino ampliando continuamente sus propios cuadros por la continua toma de posesión de nuevas esferas de actividad económico-productiva. Apenas el grupo social dominante ha agotado su función, el bloque ideológico tiende a desmoronarse y entonces a la "espontaneidad" puede suceder la "constricción" en formas cada vez menos larvadas e indirectas, hasta las auténticas medidas de policía y los golpes de Estado.

70 El problema de la dirección política en la...
parágrafo: 24

El Partido de Acción no sólo no podía tener, dada su naturaleza, un poder de atracción semejante, sino que él mismo era atraído e influido, bien fuese por la atmósfera de intimidación (pánico de un 93 terrorista reforzado por los acontecimientos franceses del 48-49) que lo hacía dudar de acoger en su programa determinadas reivindicaciones populares (por ejemplo la reforma agraria), bien fuese porque algunas de sus mayores personalidades (Garibaldi) estaban, aunque fuese de tiempo en tiempo (oscilaciones), en relación personal de subordinación con los jefes de los moderados. Para que el Partido de Acción se hubiese convertido en una fuerza autónoma y, en último análisis, hubiese logrado por lo menos imprimir al movimiento del Risorgimento un carácter más marcadamente popular y democrático (más allá no podía seguramente llegar dadas las premisas fundamentales del movimiento mismo), habría debido contraponer a la actividad "empírica" de los moderados (que era empírica sólo como un decir, porque correspondía perfectamente al fin) un programa orgánico de gobierno que reflejara las reivindicaciones esenciales de las masas populares, en primer lugar de los campesinos: a la "atracción espontánea" ejercida por los moderados habría debido contraponer una resistencia y una contraofensiva "organizadas" según un plan.

71 Cuaderno 19

Como ejemplo típico de atracción espontánea de los moderados debe recordarse la formación y desarrollo del movimiento "católico-liberal", que tanto impresionó al papado y en parte logró paralizar sus movimientos, desmoralizándolo, en un primer tiempo impulsándolo demasiado a la izquierda —con las manifestaciones liberalizantes de Pío IX— y en un segundo tiempo empujándolo a una posición más a la derecha de la que habría podido ocupar y en definitiva determinando su aislamiento en la península y en Europa. El papado ha demostrado posteriormente haber aprendido la lección y ha sabido en tiempos recientes maniobrar brillantemente: el modernismo primero y el popularismo son movimientos similares al católico-liberal del Risorgimento, debidos en gran parte al poder de atracción espontánea ejercida por el historicismo moderno de los intelectuales laicos de las clases altas por una parte, y por la otra por el movimiento práctico de la filosofía de la praxis. El papado ha atacado al modernismo como tendencia reformista de la Iglesia y de la religión católica, pero ha desarrollado el popularismo, o sea la base económico-social del modernismo y hoy con Pío XI hace de éste el punto de apoyo de su política mundial.

Por el contrario, el Partido de Acción careció incluso de un programa concreto de gobierno. Aquél, en sustancia, fue siempre, más que nada, un organismo de agitación y propaganda al servicio de los moderados. Las disensiones y los conflictos internos del Partido de Acción, los odios tre-

mendos que Mazzini suscitó contra su persona y su actividad por parte de los más gallardos hombres de acción (Garibaldi, Felice Orsini, etcétera) fueron determinados por la falta de una firme dirección política. Las polémicas internas fueron en gran parte tan abstractas como lo era la predicción de Mazzini, pero de aquéllas se pueden extraer útiles indicaciones históricas (valgan por todas los escritos de Pisacane, que por lo demás cometió errores políticos y militares irreparables, como la oposición a la dictadura militar de Garibaldi en la República Romana). El Partido de Acción estaba empapado de la tradición retórica de la literatura italiana: confundía la unidad cultural existente en la península —aunque limitada a un estrato muy sutil de la población y contaminada por el cosmopolitismo vaticano— con la unidad política y territorial de las grandes masas populares que eran extrañas a aquella tradición cultural y les tenía completamente sin cuidado, suponiendo que conocieran su misma existencia. Se puede hacer una comparación entre los jacobinos y el Partido de Acción. Los jacobinos lucharon valerosamente para asegurar un vínculo entre ciudad y campo y lo consiguieron victoriosamente. Su derrota como partido determinado se debió al hecho de que en cierto punto chocaron contra las exigencias de los obreros parisienses, pero ellos en realidad fueron continuados en otra forma por Napoleón y hoy, muy miserablemente, por los radicales-socialistas de Herriot y Daladier.

En la literatura política francesa la necesidad de vincular la ciudad (París) con el campo fue siempre vivamente sentida y expresada; basta recordar la colección de novelas de Eugenio Sue, conocidísimas incluso en Italia (Fogazzaro en su *Piccolo mondo antico* muestra cómo Franco^a Maironi recibía clandestinamente de Suiza las entregas de los *Misteri del Popolo* que fueron quemadas por mano del verdugo en algunas ciudades europeas, por ejemplo en Viena) y que insisten con particular constancia en la necesidad de ocuparse de los campesinos y vincularlos a París; y Sue fue el novelista popular de la tradición política jacobina y un "incunable" de Herriot y Daladier desde tantos puntos de vista (leyenda napoleónica, anticlericalismo y antijesuitismo, reformismo pequeñoburgués, teorías penitenciarias, etcétera).³ Es verdad que el Partido de Acción fue siempre implícitamente antifrancés por la ideología mazziniana (cfr. en la *Critica*, año 1929, pp. 223 sig. el ensayo de Omodeo sobre "Primato francese e iniziativa italiana"),⁴ pero tenía en la historia de la península la tradición a la que remitirse y vincularse. La historia de las Comunas es rica en experiencias a este respecto: la burguesía naciente busca aliados entre los campesinos contra el Imperio y contra el feudalismo local (es cierto que la

^a En el manuscrito: "Piero".

cuestión se vuelve compleja por la lucha entre burgueses y nobles por disputarse la mano de obra barata: los burgueses necesitan mano de obra abundante y ésta sólo pueden darla las masas rurales, pero los nobles quieren a los campesinos ligados al suelo: fuga de campesinos a las ciudades, donde los nobles no pueden capturarlos. De todos modos, aunque en situación distinta, aparece, en el desarrollo de la civilización comunal, la función de la ciudad como elemento directivo, de la ciudad que profundiza los conflictos internos en el campo y que se sirve de ellos como instrumento político-militar para abatir el feudalismo). Pero el más clásico maestro de arte político para los grupos dirigentes italianos, Maquiavelo, había planteado ya el problema, naturalmente en los términos y con las preocupaciones de su tiempo; en los escritos político-militares de Maquiavelo se ve bastante bien la necesidad de subordinar orgánicamente las masas populares a las capas dirigentes para crear una milicia nacional capaz de eliminar las compañías de fortuna.⁵

A esta corriente de Maquiavelo debe seguramente vincularse a Carlo Pisacane, para el cual el problema de satisfacer las reivindicaciones populares (después de haberlas provocado mediante la propaganda) es visto predominantemente desde el punto de vista militar. A propósito de Pisacane hay que analizar algunas anomalías de su concepción: Pisacane, noble napolitano, consiguió adueñarse de una serie de conceptos político-militares puestos en circulación por las experiencias guerreras de la revolución francesa y de Napoleón, trasplantados a Nápoles bajo el reinado de José Bonaparte y de Joaquín Murat, pero especialmente por la experiencia viva de los oficiales napolitanos que habían militado con Napoleón (en la conmemoración de Cadorna hecha por M. Missiroli en la *Nuova Antologia* se insiste en la importancia que tal experiencia y tradición militar napolitana, a través de Pianell, por ejemplo, tuvo en la reorganización del ejército italiano después de 1870);⁶ Pisacane comprendió que sin una política democrática no se pueden tener ejércitos nacionales de conscripción obligatoria, pero es inexplicable su aversión contra la estrategia de Garibaldi y su desconfianza hacia Garibaldi; él tiene frente a Garibaldi la misma actitud despectiva que tenían frente a Napoleón los Estados Mayores del antiguo régimen.

La individualidad que más se requiere estudiar para estos problemas del Risorgimento es Giuseppe Ferrari, pero no tanto en sus obras llamadas mayores, verdaderos mamotretos farragosos y confusos, sino en los opúsculos de ocasión y en las cartas.⁷ Pero Ferrari estaba en gran parte fuera de la realidad italiana concreta: se había afrancesado demasiado. A menudo sus juicios parecen más agudos de lo que realmente son, porque él aplicaba a Italia esquemas franceses, los cuales representaban situacio-

El problema de la dirección política en la...
nes mucho más avanzadas que las italianas. Puede decirse que Ferrari se encontraba, con respecto a Italia, en la posición de la "posteridad" y que en cierto sentido poseía "clarividencia". El político, por el contrario, debe ser un realizador efectivo y actual; Ferrari no veía que entre la situación italiana y la francesa faltaba un eslabón intermedio y que precisamente este eslabón era el que había que soldar para pasar al siguiente.⁸ Ferrari no supo "traducir" el francés al italiano y por eso su misma "agudeza" se convertía en un elemento de confusión, suscitaba nuevas sectas y escuelitas pero no incidía en el movimiento real.

Si se profundiza la cuestión resulta que, en muchos aspectos, la diferencia entre muchos hombres del Partido de Acción y los moderados era más de "temperamento" que de carácter orgánicamente político. El término "jacobino" ha acabado por asumir dos significados: uno es el propio, históricamente caracterizado, de un determinado partido de la revolución francesa, que concebía el desarrollo de la vida francesa de un modo determinado, con un programa determinado, sobre la base de fuerzas sociales determinadas y que explicó su acción de partido y de gobierno con un método determinado que se caracterizaba por una extremada energía, decisión y resolución, dependiente de la creencia fanática en la bondad de aquel programa y de aquel método. En el lenguaje político los dos aspectos del jacobinismo se escindieron y se llamó jacobino al hombre político enérgico, resuelto y fanático, por estar fanáticamente convencido de las virtudes taumaturgicas de sus ideas, cualesquiera que éstas fuesen: en esta definición prevalecieron los elementos destructivos derivados del odio contra los adversarios y enemigos, más que los constructivos, derivados de haber hecho propias las reivindicaciones de las masas populares, el elemento sectario, de camarilla, de pequeño grupo, de desenfrenado individualismo, más que de elemento político nacional. Así cuando se lee que Crispi fue un jacobino, es en este significado peyorativo que hay que entender la afirmación. Por su programa, Crispi fue un moderado puro y simple. Su "obsesión" jacobina más noble fue la unidad político-territorial del país. Este principio fue siempre su brújula de orientación, no sólo en el periodo del Risorgimento, en sentido estricto, sino también en el periodo subsiguiente, de su participación en el gobierno. Hombre fuertemente pasional, él odia a los moderados como personas: ve en los moderados a los hombres de la última hora, los héroes de la sexta jornada, gente que habría hecho la paz con los viejos regímenes si éstos se hubieran vuelto constitucionales, gente, como los moderados toscanos, que se habían afeerrado a la casaca del gran duque para no dejarlo escapar; él se fiaba poco de una unidad hecha por no-unitarios. Por eso se liga a la monarquía que él comprende será absolutamente unitaria por razones dinásticas y abraza

el principio de la hegemonía piemontesa con una energía y un ardor que no tenían los mismos políticos piemonteses. Cavour había advertido que no se tratara al Mediodía con estados de sitio: Crispi, por el contrario, inmediatamente establece el estado de sitio y las cortes marciales en Sicilia para el movimiento de los Fasci y acusa a los dirigentes de los Fasci de tramar con Inglaterra para la separación de Sicilia (seudo-tratado de Bisacquino).⁹ Se liga estrechamente a los latifundistas sicilianos, porque era la capa más unitaria por miedo a las reivindicaciones campesinas, al mismo tiempo en que su política general tiende a reforzar el industrialismo septentrional con la guerra de tarifas contra Francia y con el proteccionismo aduanal: no titubea en arrojar al Mediodía y las islas en una crisis comercial pavorosa, con tal de reforzar la industria que podía dar al país una independencia real y habría ampliado los cuadros del grupo social dominante; es la política de fabricar al fabricante. El gobierno de la derecha desde el 61 hasta el 76 sólo había creado, y tímidamente, las condiciones generales externas para el desarrollo económico: organización del aparato gubernamental, caminos, vías férreas, telégrafos, y había saneado las finanzas cargadas de deudas por las guerras del Risorgimento. La Izquierda había tratado de poner remedio al odio suscitado en el pueblo por el fiscalismo unilateral de la Derecha, pero no había conseguido más que ser una válvula de seguridad: había continuado la política de la Derecha con hombres y frases de izquierda. Por el contrario, Crispi dio un verdadero empujón hacia adelante a la nueva sociedad italiana, fue el verdadero hombre de la nueva burguesía. Su figura se caracteriza sin embargo por la desproporción entre los hechos y las palabras, entre las represiones y el objeto a reprimir, entre el instrumento y el golpe asestado; manejaba una culbrina herrumbrosa como si hubiera sido una moderna pieza de artillería. También la política colonial de Crispi está ligada a su obsesión unitaria y en ello supo comprender la inocencia política del Mediodía; el campesino meridional quería la tierra y Crispi, que no se la quería (ni podía) dar en la misma Italia, que no quería hacer "jacobinismo económico", proyectó el espejismo de las tierras coloniales que explotar. El imperialismo de Crispi fue un imperialismo pasional, oratorio, sin ninguna base económico-financiera. La Europa capitalista, rica en recursos y llegada al punto en que la tasa de ganancia comenzaba a mostrar una tendencia decreciente, tenía necesidad de ampliar el área de expansión de sus inversiones rentables; así fueron creados, después de 1890, los grandes imperios coloniales. Pero la Italia todavía inmadura no sólo no tenía capitales que exportar, sino que tenía que recurrir al capital extranjero para sus propias y más estrictas necesidades. Faltaba, pues, un impulso real para el imperialismo italiano y esta carencia fue sustituida por la pasión popular de los rurales cie-

Por eso la política de Crispi tuvo en su contra a los mismos capitalistas (septentrionales) que más gustosamente habrían visto empleadas en Italia las sumas ingentes gastadas en África; pero en el Mediodía Crispi fue popular por haber creado el "mito" de la tierra fácil.

Crispi imprimió un fuerte sello a un vasto grupo de intelectuales sicilianos (especialmente, porque influyó en todos los intelectuales italianos creando las primeras células de un socialismo nacional que debía desarrollarse más tarde impetuosamente), creó aquel fanatismo unitario que determinó una permanente atmósfera de suspicacia contra todo lo que pudiera oler a separatismo. Esto no impidió, sin embargo (y se comprende) que en 1920 los latifundistas sicilianos se reuniesen en Palermo y pronunciasen un verdadero ultimátum contra el gobierno "de Roma", amenazando con la separación,¹⁰ así como no impidió que muchos de estos latifundistas siguieran conservando la ciudadanía española e hicieran intervenir diplomáticamente al gobierno de Madrid (caso del duque de Bivona en 1919) para la tutela de sus intereses amenazados por la agitación de los campesinos ex-combatientes.¹¹ La actitud de los diversos grupos sociales del Mediodía desde el 19 hasta el 26 sirve para iluminar y poner de relieve algunas debilidades de la orientación obsesivamente unitaria de Crispi y para poner de relieve algunas correcciones aportadas por Giolitti (pocas en realidad, porque Giolitti se mantuvo esencialmente en la vía trazada por Crispi; el jacobinismo de temperamento de Crispi, Giolitti lo sustituyó por la diligencia y la continuidad burocrática; mantuvo el "espejismo de la tierra" en la política colonial, pero además apuntaló esta política con una concepción "defensiva" militar y con la premisa de que hay que crear las condiciones de libertad de expansión para el futuro).

El episodio del ultimátum de los latifundistas en 1920 no está aislado y del mismo podría darse otra interpretación, por el precedente de las clases altas lombardas que en alguna ocasión amenazaron con "actuar por sí solas" reconstituyendo el antiguo ducado de Milán (política de extorsión momentánea contra el gobierno), si no hallaba una interpretación auténtica en las campañas libradas por el *Mattino* desde 1919 hasta la defenestración de los hermanos Sacarfoglio,¹² que sería demasiado simplista considerar totalmente casuales, o sea no ligadas de alguna manera a corrientes de opinión pública y de estados de ánimo que permanecían subterráneos, latentes, potenciales por la atmósfera de intimidación creada por el unitarismo obsesivo. El *Mattino* en dos ocasiones sostuvo esta tesis: que el Mediodía entró a formar parte del Estado italiano sobre una base contractual, el Estatuto albertino, pero que (implícitamente) sigue conservando su pro-

pia personalidad real, de hecho, y tiene el derecho de salirse del vínculo estatal unitario si la base contractual es de cualquier modo disminuida, o sea si se cambia la constitución del 48. Esta tesis fue desarrollada en el 19-20 contra un cambio constitucional en cierto sentido, y fue retomada en el 24-25 contra un cambio en otro sentido. Hay que tener presente la importancia que tenía el *Mattino* en el Mediodía (era entonces el periódico más difundido); el *Mattino* fue siempre crispino, expansionista, dando el tono a la ideología meridional, creada por el hambre de tierra y los sufrimientos de la emigración, tendiente a toda vaga forma de colonialismo de población. Del *Mattino* hay que recordar además: 1] la violentísima campaña contra el Norte a propósito del [intento de] manumisión por parte de los textiles lombardos de algunas industrias algodoneras meridionales, llegando al punto en que se estaba por transportar las máquinas a Lombardía, disfrazadas de hierro viejo para eludir la legislación sobre zonas industriales, intento frustrado precisamente por el periódico que llegó hasta a hacer una exaltación de los Borbones y su política económica (esto sucedió en 1923);¹³ 2] la conmemoración "aflicta" y "nostálgica" de María Sofía hecha en 1925 y que provocó protestas y escándalo.¹⁴

Es cierto que para apreciar esta posición del *Mattino* hay que tener en cuenta algunos elementos de control metodológico: el carácter aventurero y la venalidad de los Scarfoglio (hay que recordar que María Sofía trató continuamente de intervenir en la política interna italiana, por espíritu de venganza si no es que con la esperanza de restaurar el reino de Nápoles, incluso gastando dinero como no parece dudoso: en la *Unità* de 1914 o 15 fue publicado un suelto contra Errico Malatesta en el que se afirmaba que los acontecimientos de junio de 1914 podían haber sido patrocinados y subsidiados por el Estado Mayor austriaco a través de Zita de Borbón,¹⁵ dadas las relaciones de "amistad", parece que nunca interrumpida, entre Malatesta y María Sofía; en la obra *Uomini e cose della vecchia Italia*, B. Croce reexamina [tales] relaciones a propósito de un intento de hacer evadirse a un anarquista que había cometido un atentado, seguido de una gestión diplomática del gobierno italiano ante el gobierno francés para hacer cesar estas actividades de María Sofía;¹⁶ recordar además las anécdotas sobre María Sofía contadas por la señora B., que en 1919 frecuentó a la ex reina para hacerle un retrato; por último Malatesta no respondió jamás a estas acusaciones, como era su obligación, a menos que sea cierto que él respondió en una carta a un periodiquito clandestino, editado en Francia por P. Schicchi y titulado *Il Picconiere*, cosa muy dudosa),¹⁷ el dilettantismo político e ideológico de los Scarfoglio. Pero hay que insistir en el hecho de que el *Mattino* era el periódico más difundido del Mediodía y que los Scarfoglio eran periodistas natos, o sea que poseían aquella in-

tuición rápida y "simpática" de las corrientes pasionales populares más profundas que hace posible la difusión de la prensa amarillista.

Otro elemento para calibrar el alcance real de la política unitaria obsesiva de Crispi es el conjunto de sentimientos que se crearon en el Septentrión con respecto al Mediodía. La "miseria" del Mediodía era "inexplicable" históricamente para las masas populares del Norte; éstas no comprendían que la unidad no se había producido sobre una base de igualdad, sino como hegemonía del Norte sobre el Mediodía en la relación territorial de ciudad-campo, o sea que el Norte concretamente era un "pulpo" que se enriquecía a expensas del Sur y que [su] incremento económico-industrial estaba en relación directa al empobrecimiento de la economía y la agricultura meridionales. El hombre del pueblo de la Alta Italia pensaba por el contrario que si el Mediodía no progresaba después de haber sido liberado de los obstáculos que al desarrollo moderno oponía el régimen borbónico, esto significaba que las causas de la miseria no eran externas, encontrables en las condiciones económico-políticas objetivas, sino internas, innatas en la población meridional, tanto más que estaba arraigado el convencimiento de la gran riqueza natural de la tierra; no quedaba más que una explicación, la incapacidad orgánica de los hombres, su barbarie, su inferioridad biológica. Estas opiniones ya difundidas (la haraganería napolitana era una leyenda de vieja cepa) fueron consolidadas e incluso teorizadas por los sociólogos del positivismo (Niceforo, Sergi, Ferri, Orano, etcétera) asumiendo la fuerza de "verdad científica" en una época de superstición de la ciencia.¹⁸ Se produjo así una polémica Norte-Sur sobre las razas y sobre la superioridad e inferioridad del Norte y del Sur (cfr. los libros de N. Colajanni en defensa del Mediodía desde este punto de vista, y la colección de la *Rivista Popolare*).¹⁹ Quedó en el Norte la creencia de que el Mediodía era una "bola de plomo" para Italia, la persuasión de que los progresos de la civilización industrial moderna de la Alta Italia habrían sido mucho mayores sin esta "bola de plomo", etcétera. A principios del siglo se inicia una fuerte reacción meridional también en este terreno. En el Congreso Sardo de 1911, celebrado bajo la presidencia del general Rugiu, se calcula cuántos centenares de millones fueron extorsionados a Cerdeña en los primeros cincuenta años de Estado unitario, a favor del continente.²⁰ Campañas de Salvemini, culminadas en la fundación de *Unità*, pero conducidas ya en la *Voce* (cfr. número único de la *Voce* sobre la "Cuestión meridional" reeditado luego en opúsculo):²¹ en Cerdeña se inicia un movimiento autonomista, bajo la dirección de Umberto Cau, que tuvo también un periódico cotidiano, *Il Paese*. En este principio de siglo se realiza también un cierto "bloque intelectual", "panitaliano", con B. Croce y Giustino Fortunato a su cabeza,

que trata de imponer la cuestión meridional como problema nacional capaz de renovar la vida política y parlamentaria. En toda revista de jóvenes que tengan tendencias liberales democráticas y en general se propongan rejuvenecer y desprovincializar la vida y la cultura nacionales, en todos los campos, en el arte, en la literatura, en la política, aparece no sólo la influencia de Croce y de Fortunato, sino su colaboración; así en la *Voce* y en *Unità*, pero también en la *Patria* de Bolonia, en la *Azione Liberale* de Milán, en el movimiento joven liberal guiado por Giovanni Borelli, etcétera.²² La influencia de este bloque se abrirá paso al establecer la línea política del *Corriere della Sera* de Albertini, l y en la posguerra, dada la nueva situación, aparece en la *Stampa* (a través de Cosmo, Salvatorelli y también Ambrosini) y en el giolittismo, con la inclusión de Croce en el último gobierno Giolitti.

De este movimiento, ciertamente muy complejo y multilateral, se da hoy una interpretación tendenciosa incluso por G. Prezzolini, quien sin embargo fue una típica encarnación del mismo; pero queda la primera edición de la *Cultura italiana* del mismo Prezzolini (1923) especialmente con sus omisiones, como documento auténtico.²³

El movimiento se desarrolló hasta su máximo, que es también su punto de disolución: este punto debe identificarse en la particular toma de posición de P. Gobetti y en sus iniciativas culturales: la polémica de Giovanni Ansaldo (y de sus colaboradores como "Calcante" o sea Francesco Ciccotti) contra Guido Dorso es el documento más expresivo de tal punto de llegada y de resolución, incluso por la comicidad que ahora ya resulta evidente en las actitudes de gladiadores y de intimidación del unitarismo obsesivo²⁴ (que Ansaldo, en el 25-26, creyera poder hacer creer en un retorno de los Borbones a Nápoles, parecería inconcebible sin el conocimiento de todos los antecedentes de la cuestión y de las vías subterráneas a través de las cuales se producían las polémicas, por sobreentendidos y por referencias enigmáticas para los no "iniciados": sin embargo es notable que incluso en algunos elementos populares, que habían leído a Oriani, existía todavía el temor de que en Nápoles fuese posible una restauración borbónica y por consiguiente una disolución más amplia del nexo estatal unitario).

De esta serie de observaciones y de análisis de algunos elementos de la historia italiana después de la unidad se pueden extraer algunos criterios para apreciar la posición de contraste entre los moderados y el Partido de Acción, y para descubrir la distinta "sabiduría" política de estos dos partidos y de las diversas corrientes que se disputaban la dirección política e ideológica del último de éstos. Es evidente que para oponerse eficazmente a los moderados, el Partido de Acción debía ligarse a las masas rurales,

especialmente meridionales, ser "jacobino" no sólo por la "forma" externa, de temperamento, sino especialmente por el contenido económico-social: la unión de las diversas clases rurales que se realizaba en un bloque reaccionario a través de las diversas capas intelectuales legitimistas-clericales podía ser disuelta para llegar a una nueva formación liberal-nacional sólo si se hacía fuerza en dos direcciones: sobre los campesinos de base, aceptando sus reivindicaciones elementales y haciendo de ellas parte integrante del nuevo programa de gobierno, y sobre los intelectuales de los estratos medios e inferiores, concentrándolos e insistiendo en los asuntos que más les podían interesar (y ya la perspectiva de la formación de un nuevo aparato de gobierno, con las posibilidades de empleo que ofrece, era un elemento formidable de atracción para ellos, si la perspectiva se hubiese presentado como concreta por estar apoyada en las aspiraciones de los rurales). La relación entre estas dos acciones era dialéctica y recíproca: la experiencia de muchos países, y ante todo de Francia en el periodo de la gran revolución, ha demostrado que si los campesinos se mueven por impulsos "espontáneos", los intelectuales comienzan a oscilar y, recíprocamente, si un grupo de intelectuales se sitúa sobre la nueva base de una política filocampesina concreta, esto acaba por arrastrar consigo fracciones de masa cada vez más importantes. Puede decirse sin embargo que, dada la dispersión y aislamiento de la población rural y, por lo tanto, la dificultad de concentrarla en organizaciones sólidas, conviene iniciar el movimiento por los grupos intelectuales; pero en general la relación dialéctica entre las dos acciones es lo que se necesita tener presente.²⁵ Puede decirse también que partidos campesinos en el sentido estricto de la palabra es casi imposible crearlos: el partido campesino se realiza en general sólo como fuerte corriente de opiniones, no ya en formas esquemáticas de encuadramiento burocrático; sin embargo, la existencia aunque sólo sea de un esqueleto organizativo es de utilidad inmensa, bien sea para una cierta selección^a de hombres, bien sea para controlar los grupos intelectuales e impedir que los intereses de casta los transporten imperceptiblemente a otro terreno.

Estos criterios deben tenerse presentes en el estudio de la personalidad de Giuseppe Ferrari, que fue el "especialista" inatendido de cuestiones agrarias en el Partido de Acción. En Ferrari también hay que estudiar bien su actitud respecto del bracerismo agrícola, o sea los campesinos sin tierra y que viven al día, en los cuales funda una parte conspicua de sus ideologías, por las cuales él es todavía buscado y leído por determinadas corrientes (obras de Ferrari reeditadas por Monanni con prefacio de Lui-

^a En el manuscrito: "solución", corregido según el texto A.

gi Fabbri).²⁶ Hay que reconocer que el problema del bracerismo es difícilísimo e incluso hoy de ardua solución. En general hay que tener presentes estos criterios: los braceros son todavía hoy, en la mayor parte, y lo eran por lo tanto mucho más en el periodo del Risorgimento, simples campesinos sin tierra, no obreros de una industria agrícola desarrollada con capital concentrado y con división del trabajo; en el periodo del Risorgimento estaba más difundido, en forma relevante, el tipo del obligado frente al del adventicio. Por lo tanto su psicología, con las debidas excepciones, es la misma del colono y del pequeño propietario (hay que recordar la polémica entre los senadores Tanari y Bassini en el *Resto del Carlino* y en la *Perseveranza* que tuvo lugar hacia finales de 1917 o principios del 18, a propósito de la realización de la fórmula "la tierra para los campesinos" lanzada en aquella época: Tanari estaba a favor, Bassini en contra, y Bassini se fundaba en su experiencia de gran industrial agrícola, de propietario de haciendas agrícolas en donde la división del trabajo estaba a tal punto avanzada que hacía indivisible la tierra por la desaparición del campesino-artesano y la aparición del obrero moderno).²⁷ La cuestión se planteaba en forma aguda no tanto en el Mediodía, donde el carácter artesanal del trabajo agrícola era demasiado evidente, sino en el valle paduano, donde éste es más velado. Pero también en tiempos recientes la existencia de un agudo problema de bracerismo en el valle paduano se debía en parte a causas "extraeconómicas": 1] sobrepoblación que no encontraba desahogo en la emigración como en el Sur y era mantenida artificialmente con la política de obras públicas; 2] política de los propietarios que no querían consolidar en una única clase de braceros y medieros la población trabajadora, alternando la aparcería con la conducción de economía sirviéndose de esta alternancia para determinar una mejor selección de aparceros privilegiados que fuesen sus aliados (en todo Congreso de terratenientes de la región paduana se discutía siempre si convenía mejor la aparcería o el cultivo directo y estaba claro que la decisión se tomaba por motivos de orden político-social). Durante el Risorgimento el problema del bracerismo paduano se presentaba bajo la forma de un fenómeno terrible de pauperismo. Así es visto por el economista Tullio Martollo en su *Storia dell'Internazionale*, escrita en 1871-72, trabajo que hay que tener presente porque refleja las posiciones políticas y las preocupaciones sociales del periodo precedente.²⁸

La posición de Ferrari es debilitada además por su "federalismo" que, especialmente en él, que vivía en Francia, parecía aún más como un reflejo de los intereses nacionales y estatales franceses. Hay que recordar a Proudhon y sus libelos contra la unidad italiana combatida desde el confesado punto de vista de los intereses estatales franceses y de la democra-

86 cia.²⁹ En realidad las principales corrientes de la política francesa eran violentamente contrarias a la unidad italiana. Todavía hoy los monárquicos (Bainville y Cía.)³⁰ "reprochan" retrospectivamente a los dos Napoleones el haber creado el mito nacionalitario y haber contribuido a hacerlo realizar en Alemania y en Italia, rebajando así la estatura relativa de Francia que "debería" estar rodeada por un puñado de estaditos tipo Suiza para estar "segura".

Ahora bien, fue precisamente bajo la consigna de "independencia y unidad", sin tomar en cuenta el contenido político concreto de tales fórmulas genéricas, que los moderados después del 48 formaron el bloque nacional bajo su hegemonía, influyendo en los dos jefes supremos del Partido de Acción, Mazzini y Garibaldi, en distinta forma y medida. Cómo es que los moderados tuvieron éxito en su intento de desviar la atención del fruto a la cáscara lo demuestra, entre tantas otras cosas, esta expresión de Guerrazzi en una carta a un estudiante siciliano (publicada en el *Archivio Storico Siciliano* por Eugenio de Carlo —correspondencia de F. D. Guerrazzi con el notario Francesco Paolo Sardofontana di Riella, reproducida en el *Marzocco* del 29 de noviembre de 1929): "Sea lo que fuere lo que deseéis —o despotismo, o república o lo que sea— no tratamos de dividirlos; con esta palanca, así se hunda el mundo, hallaremos el camino".³¹ Por lo demás, toda la laboriosidad de Mazzini ha sido concretamente resumida en la continua y permanente predicación de la unidad.

87 A propósito del jacobinismo y del Partido de Acción, un elemento a situar en primer plano es éste: que los jacobinos conquistaron con la lucha sin cuartel su función de partido dirigente; ellos en realidad se "impusieron" a la burguesía francesa, conduciéndola a una posición mucho más avanzada que la que los núcleos burgueses primitivamente más fuertes habrían querido "espontáneamente" ocupar, e incluso mucho más avanzada que la que las premisas históricas debían consentir, y de ahí los contragolpes y la función de Napoleón I. Este rasgo, característico del jacobinismo (pero antes también de Cromwell y de los "cabezas redondas") y por lo tanto de toda la gran revolución, de forzar la situación (aparentemente) y de crear hechos consumados irreparables, empujando hacia adelante a la burguesía a fuerza de patadas en el trasero, por parte de un grupo de hombres extremadamente enérgicos y resueltos, puede ser así "esquemático": el tercer estado era el menos homogéneo de los estados; tenía una élite intelectual muy dispar y un grupo económicamente muy avanzado pero políticamente moderado. El desarrollo de los acontecimientos sigue un proceso de los más interesantes. Los representantes del tercer estado inicialmente plantean sólo las cuestiones que interesan a los componentes físicos actuales del grupo social, sus intereses "corpo-

rativos" inmediatos (corporativos, en el sentido tradicional de inmediatos y egoístas en sentido burdo de una determinada categoría): los precursores de la revolución son de hecho reformadores moderados, que engolan la voz pero que en realidad exigen bien poco. Poco a poco se va seleccionando una nueva élite que no se interesa únicamente en reformas "corporativas", sino que tiende a concebir la burguesía como el grupo hegemónico de todas las fuerzas populares, y esta selección ocurre por la acción de dos factores: la resistencia de las viejas fuerzas sociales y la amenaza internacional. Las viejas fuerzas no quieren ceder nada y si ceden algo lo hacen con la voluntad de ganar tiempo y preparar una contraofensiva. El tercer estado habría caído en estas "trampas" sucesivas sin la acción enérgica de los jacobinos, que se oponen a cualquier detención "intermedia" del proceso revolucionario y mandan a la guillotina no sólo a los elementos de la vieja sociedad que se resiste a morir, sino también a los revolucionarios de ayer convertidos hoy en reaccionarios. Los jacobinos, por lo tanto, fueron el único partido de la revolución en acción, en cuanto que no sólo representaban las necesidades y aspiraciones inmediatas de las personas físicas actuales que constituían la burguesía francesa, sino que representaban el movimiento revolucionario en su conjunto, como desarrollo histórico integral, porque representaban las necesidades incluso futuras y, de nuevo, no sólo de aquellas determinadas personas físicas, sino de todos los grupos nacionales que debían ser asimilados al grupo fundamental existente. Hay que insistir, contra una corriente tendenciosa y en el fondo antihistórica, que los jacobinos fueron realistas al estilo Maquiavelo y no abstraccionistas. Estaban convencidos de la absoluta veracidad de las fórmulas sobre la igualdad, la fraternidad, la libertad y, lo que importa aún más, de tales verdades estaban convencidas las grandes masas populares que los jacobinos movilizaban y llevaban a la lucha. El lenguaje de los jacobinos, su ideología, sus métodos de acción, reflejaban perfectamente las exigencias de la época, aunque "hoy", en una situación distinta y después de más de un siglo de elaboración cultural, puedan parecer "abstraccionistas" y "frenéticos". Naturalmente las reflejaban según la tradición cultural francesa y de ello es una prueba el análisis que del lenguaje jacobino se hace en la *Sagrada Familia*³² y la admisión de Hegel que considera paralelos y recíprocamente traducibles el lenguaje jurídico-político de los jacobinos y los conceptos de la filosofía clásica alemana,³³ a la cual por el contrario se le reconoce hoy el máximo de concreción y que ha originado el historicismo moderno. La primera exigencia era la de aniquilar las fuerzas adversarias o al menos reducirlas a la impotencia para hacer imposible una contrarrevolución; la segunda exigencia era la de ampliar los cuadros de la burguesía como tal y ponerla a la cabeza

de todas las fuerzas nacionales, identificando los intereses y las exigencias comunes a todas las fuerzas nacionales, para poner en movimiento estas fuerzas y conducir las a la lucha obteniendo dos resultados: a) oponer un blanco más amplio a los golpes de los adversarios, o sea crear una relación político-militar favorable a la revolución; b) quitar a los adversarios toda zona de pasividad en la que fuese posible enrolar ejércitos vandeanos. Sin la política agraria de los jacobinos, París habría tenido la Vandée ya a sus puertas. La resistencia de la Vandée propiamente dicha está ligada a la cuestión nacional agudizada en las poblaciones bretonas, y en general alógenas, por la fórmula de la "república una e indivisible" y por la política de centralización burocrático-militar, a las cuales los jacobinos no podían renunciar sin suicidarse. Los girondinos trataron de hacer palanca en el federalismo para aplastar al París jacobino, pero las tropas provinciales llevadas a París se pasaron a los revolucionarios. Excepto en algunas zonas periféricas, donde la distinción nacional (y lingüística) era grandísima, la cuestión agraria predominó sobre las aspiraciones a la autonomía local: la Francia rural aceptó la hegemonía de París, o sea comprendió que para destruir definitivamente el viejo régimen debía formar un bloque con los elementos más avanzados del tercer estado, y no con los moderados girondinos. Si es verdad que los jacobinos "forzaron" la mano, también es verdad que ello sucedió siempre en el sentido del desarrollo histórico real, porque no sólo organizaron un gobierno burgués, o sea que hicieron de la burguesía la clase dominante, sino que hicieron aún más, crearon el Estado burgués, hegemónico, o sea que dieron al Estado nuevo una base permanente, crearon la sólida nación moderna francesa.

El que, a pesar de todo, los jacobinos permanecieran siempre en el terreno de la burguesía, está demostrado por los acontecimientos que marcaron su fin como partido de formación demasiado determinada y rígida y la muerte de Robespierre: no quisieron reconocer a los obreros el derecho de coalición, manteniendo la ley Chapelier, y como consecuencia tuvieron que promulgar la ley del "maximum". Destruyeron así el bloque urbano de París: sus fuerzas de asalto, que se agrupaban en la comuna, se dispersaron, 90 decepcionadas, y el Termidor consiguió el predominio. La revolución había encontrado los límites más vastos de clase; la política de las alianzas y de la revolución permanente había acabado por plantear nuevas cuestiones que entonces no podían ser resueltas,³⁴ había desencadenado fuerzas elementales que sólo una dictadura militar habría logrado contener.

En el Partido de Acción no se encuentra nada que se parezca a esta orientación jacobina, a esta inflexible voluntad de convertirse en el partido dirigente. Ciertamente, hay que tener en cuenta las diferencias: en Italia la lucha se presentaba como lucha contra los viejos tratados y el orden

internacional vigente y contra una potencia extranjera, Austria, que los representaba y sostenía en Italia, ocupando una parte de la península y controlando el resto. También en Francia este problema se presentó, al menos en cierto sentido, porque en cierto punto la lucha interna se convirtió en lucha nacional librada en la frontera, pero esto sucedió después que todo el territorio estaba conquistado por la revolución y los jacobinos supieron obtener de la amenaza externa elementos para una mayor energía en el interior: comprendieron bien que para vencer al enemigo externo debían aplastar en el interior a los aliados de éste y no titubearon en llevar a cabo las masacres de septiembre. En Italia este vínculo, que sin embargo existía, explícito e implícito, entre Austria y al menos una parte de los intelectuales, de los nobles y de los terratenientes, no fue denunciado por el Partido de Acción o al menos no fue denunciado con la debida energía y del modo prácticamente más eficaz, no se convirtió en elemento político activo. Se transformó "curiosamente" en una cuestión de mayor o menor dignidad patriótica y dio lugar además a una serie de polémicas acrimoniosas y estériles hasta después de 1898 (cfr. los artículos de "Rerum Scriptor" en la *Critica Sociale*, después que reanudó sus publicaciones, y el libro de Romualdo Bonfadini, *Cinquanta anni di patriottismo*).³⁵

Hay que recordar a este respecto la cuestión de los "interrogatorios" de Federico Confalonieri: Bonfadini, en el libro antes citado, afirma en una nota haber visto la colección de los "interrogatorios" en el Archivo de Estado de Milán y alude a cerca de 80 fascículos.³⁶ Otros han negado siempre que la recolección de interrogatorios existiese en Italia y así explicaban su no publicación; en un artículo del senador Salata, encargado de hacer investigaciones en los archivos de Viena sobre los documentos concernientes a Italia, artículo publicado en 1925 (?), se decía que los interrogatorios habían sido descubiertos y serían publicados.³⁷ Recordar el hecho de que en cierto periodo la *Civiltà Cattolica* desafió a los liberales a publicarlos, afirmando que aquéllos, de conocerse, habrían nada menos que hecho saltar por los aires la unidad del Estado.³⁸ En la cuestión Confalonieri el hecho más notable consiste en esto, que a diferencia de otros patriotas indultados por Austria, Confalonieri, que sin embargo era un notable hombre político, se retiró de la vida activa y mantuvo después de su liberación una actitud muy reservada. Toda la cuestión Confalonieri debe reexaminarse críticamente, junto con la actitud mantenida por él y sus compañeros, con un examen profundo de las memorias escritas por cada uno, cuando las escribieron: para las polémicas que provocó son interesantes las memorias del francés Alejandro Andryane, que tributa mucho respeto y admiración a Confalonieri, mientras ataca a G. Pallavicino por su debilidad.³⁹

A propósito de las defensas hechas incluso recientemente de la actitud adoptada por la aristocracia lombarda frente a Austria, especialmente después del intento insurreccional de Milán de febrero de 1853 y durante el virreinato de Maximiliano, hay que recordar que Alessandro Luzio, cuya obra histórica es siempre tendenciosa y acrimoniosa contra los demócratas, llega al punto de legitimar los fieles servicios prestados a Austria por Salvotti: ¡muy lejos del espíritu jacobino!⁴⁰ La nota cómica en la cuestión la da Alfredo Panzini, que en la *Vita di Cavour*, hace toda una variación tan melindrosa como nauseabunda y jesuítica acerca de una "piel de tigre" expuesta en una ventana aristocrática durante una visita a Milán de Francisco José.⁴¹

92 Desde todos estos puntos de vista deben ser consideradas las concepciones de Missiroli, Gobetti, Dorso, etcétera, sobre el Risorgimento italiano como "conquista regia".⁴²

Si en Italia no se formó un partido jacobino las razones deben buscarse en el campo económico, o sea en la relativa debilidad de la burguesía italiana y en el clima histórico distinto del de Europa después de 1815. El límite encontrado por los jacobinos, en su política de forzado despertar de las energías populares francesas para aliarlas a la burguesía, con la ley Chapelier y aquella sobre el "maximum", se presentaba en el 48 como un "espectro"⁴³ ya amenazante, sabiamente utilizado por Austria, por los viejos gobiernos e incluso por Cavour (además de por el papa). La burguesía no podía (quizá) extender más su hegemonía sobre vastos estratos populares a los que por el contrario pudo abrazar en Francia (no podía por razones subjetivas, no objetivas), pero la acción sobre los campesinos ciertamente siempre era posible.

Diferencias entre Francia, Alemania e Italia en el proceso de toma del poder por parte de la burguesía (e Inglaterra). En Francia se da el proceso más rico en desarrollos y en elementos políticos activos y positivos. En Alemania el proceso se desarrolla en algunos aspectos de modos que se parecen a los italianos, en otros a los ingleses. En Alemania el movimiento del 48 fracasó por la escasa concentración burguesa (la consigna de tipo jacobino fue dada por la extrema izquierda democrática: "revolución en permanencia")⁴⁴ y porque la cuestión de la renovación estatal se halla entrelazada con la cuestión nacional; las guerras del 64, del 66 y del 70 resuelven juntamente la cuestión nacional y la de clase en un tipo intermedio: la burguesía obtiene el gobierno económico-industrial, pero las viejas clases feudales permanecen como capa gubernamental del Estado político con amplios privilegios corporativos en el ejército, en la administración y sobre la tierra: pero al menos, si estas viejas clases conservan en Alemania tanta importancia y gozan de tantos privilegios, ejercen una

función nacional, se convierten en los "intelectuales" de la burguesía, con un determinado temperamento dado por el origen de casta y por la tradición. En Inglaterra, donde la revolución burguesa se desarrolla antes que en Francia, tenemos un fenómeno semejante al alemán de fusión entre lo viejo y lo nuevo, no obstante la extremada energía de los "jacobinos" ingleses, o sea las "cabezas redondas" de Cromwell; la vieja aristocracia permanece como capa gubernamental, con ciertos privilegios, se convierte también ella en la capa intelectual de la burguesía inglesa (por lo demás la aristocracia inglesa es de cuadros abiertos y se renueva continuamente con elementos provenientes de los intelectuales y la burguesía). A propósito son dignas de verse algunas observaciones contenidas en el prefacio a la traducción inglesa de *Utopia e Scienza*⁴⁵ que hay que recordar para la investigación sobre los intelectuales y sus funciones histórico-sociales.

La explicación dada por Antonio Labriola de la permanencia en el poder en Alemania de los Junkers y el kaiserismo no obstante el gran desarrollo capitalista,⁴⁶ oscurece la explicación correcta: la relación de clases creada por el desarrollo industrial con la fijación del límite de la hegemonía burguesa y el cambio de posiciones de las clases progresistas, indujo a la burguesía a no luchar a fondo contra el viejo régimen, sino dejar subsistir una parte de su fachada tras la cual ocultar su propio dominio real.

Esta diferencia de proceso en la manifestación del mismo desarrollo histórico en los diversos países debe vincularse no sólo con las distintas combinaciones de relaciones internas en la vida de las distintas naciones, sino también con las distintas relaciones internacionales (las relaciones internacionales suelen ser subestimadas en este tipo de investigaciones). El espíritu jacobino, audaz, temerario, está ciertamente ligado a la hegemonía ejercida durante tanto tiempo por Francia en Europa, además de a la existencia de un centro urbano como París y la centralización conseguida en Francia por obra de la monarquía absoluta. Las guerras de Napoleón, por el contrario, con la enorme destrucción de hombres, entre los más audaces y emprendedores, debilitaron no sólo la energía política militante francesa, sino también la de las otras naciones, si bien intelectualmente fueron tan fecundas para la renovación de Europa.

Las relaciones internacionales ciertamente han tenido gran importancia para determinar la línea de desarrollo del Risorgimento italiano, pero han sido exageradas por el partido moderado y por Cavour para los fines de su partido. Es notable, a este respecto, el hecho de Cavour que temía como al fuego la iniciativa garibaldina antes de la expedición de Quarto y del paso del Estrecho, por las complicaciones internacionales que podía

⁴⁵ En el manuscrito: "es".

crear y luego fue impulsado él mismo por el entusiasmo creado por los Mil en la opinión europea hasta ver como factible una nueva guerra inmediata contra Austria. Existía en Cavour cierta deformación profesional del diplomático, que lo llevaba a ver "demasiadas" dificultades y lo inducía a exageraciones "conspirativas" y a prodigios, que en buena parte son funambuleros, de sutileza y de intriga. En todo caso Cavour actuó egregiamente como hombre de partido: que además su partido representase los más profundos y duraderos intereses nacionales, aunque sólo en el sentido de dar la más vasta extensión a la comunidad de exigencias de la burguesía con la masa popular, es otra cuestión.

A propósito de la consigna "jacobina" formulada en el 48-49 hay que estudiar su complicado destino. Retomada, sistematizada, elaborada, intelectualizada por el grupo Parvus-Bronstein, se manifestó inerte e ineficaz en 1905 y a continuación: se había convertido en una cosa abstracta, de gabinete científico. La corriente que se le opuso en ésta su manifestación literaria, por el contrario, sin emplearla "de propósito", la aplicó de hecho en una forma apegada a la historia actual, concreta, viva, adaptada al tiempo y al lugar, como surgida por todos los poros de la determinada sociedad que había que transformar, como alianza de dos grupos sociales, con la hegemonía del grupo urbano.¹⁷

En un caso se tuvo el temperamento jacobino sin un contenido político adecuado; en el segundo, temperamento y contenido "jacobino" según las nuevas relaciones históricas, y no según una etiqueta literaria e intelectualista.

Cfr. Cuaderno 1 (XVI), pp. 30-42.

§ <25> *Antisemitismo en el Risorgimento*. En las *Confessioni e professioni di fede di Letterati, Filosofi, uomini politici*, etcétera (en 3 vols. Bocca, Turín, 1921) se publica una correría lírico-sentimental de Raffaele Ottolenghi que refiere algunos de sus recuerdos de "judío" piamontés, de los que pueden extraerse algunos datos sobre la condición de los judíos en el período del primer Risorgimento.¹

Un judío, veterano de Napoleón, regresó a su país con una mujer francesa: el obispo, habiendo sabido que la mujer era cristiana, hizo que los gendarmes se la llevaran contra su voluntad. El obispo se adueñaba, manu militari, de los niños judíos que, durante alguna disputa con sus padres, hubieran amenazado con hacerse cristianos (Brofferio registra una serie de estos hechos en su historia).²

Después de 1815 los judíos fueron arrojados de las universidades y por consiguiente de las profesiones liberales.

En 1799, durante la invasión austro-rusa, hubo pogromos; en Acqui sólo la intervención del obispo logró salvar al bisabuelo de Ottolenghi de los fusiles de la multitud. En Siena, durante un pogromo, los judíos fueron mandados a la hoguera sin que el obispo quisiera intervenir a su favor.

En el 48 el padre de Ottolenghi regresó a Acqui desde Turín, vestido de guardia nacional: irritación de los reaccionarios que hicieron correr la voz del sacrificio ritual de un niño cristiano por parte de Ottolenghi; campanas a rebato, venida de los villanos de los campos para saquear el Ghetto. El obispo se negó a intervenir y Ottolenghi fue salvado por el alcalde con un simulacro de arresto hasta la llegada de las tropas. Los reaccionarios y los clericales querían hacer aparecer las innovaciones liberales del 48 como una invención de los judíos. (Habría que reconstruir la historia del niño Mortara que tuvo tan clamoroso eco en las polémicas contra el clericalismo.)³

Cfr. Cuaderno 1 (XVI), pp. 9-9 bis.

§ <26> *La relación ciudad-campo en el Risorgimento y en la estructura nacional italiana*. Las relaciones entre población urbana y población rural no son de un solo tipo esquemático, especialmente en Italia. Por lo tanto hay que establecer qué se entiende por "urbano" y por "rural" en la civilización moderna y qué combinaciones pueden resultar de la permanencia de formas anticuadas y retrógradas en la composición general de la población, estudiada desde el punto de vista de su mayor o menor aglomeración. A veces se da la paradoja de que un tipo rural sea más progresista que un tipo supuestamente urbano.

Una ciudad "industrial" es siempre más progresista que el campo que depende de ella orgánicamente. Pero en Italia no todas las ciudades son "industriales" y menos aún son las ciudades típicamente industriales. Las "cien" ciudades italianas son ciudades industriales, la aglomeración de la población en centros no rurales, que es casi el doble de la francesa, ¿demuestra que existe en Italia una industrialización dos veces mayor que en Francia? En Italia el urbanismo no es sólo, y ni siquiera "especialmente", un fenómeno de desarrollo capitalista y de la gran industria. La que fue durante mucho tiempo la más grande ciudad italiana y sigue siendo de las más grandes, Nápoles, no es una ciudad industrial: tampoco Roma, la actual mayor ciudad italiana, es industrial. Sin embargo también en estas ciudades, de tipo medieval, existen fuertes núcleos de población del tipo

sofía en una unidad dialéctica intrínseca a un grupo social no sólo francés o alemán, sino europeo y mundial. Es preciso que la herencia de la filosofía clásica alemana sea no sólo inventariada, sino hecha nuevamente vida operante, y para ello hay que hacer el balance de la filosofía de Croce, o sea, que para nosotros los italianos ser herederos de la filosofía clásica alemana significa ser herederos de la filosofía crociana, que representa el momento mundial actual de la filosofía clásica alemana.

49^a Croce combate con excesivo encarnizamiento la filosofía de la praxis y en su lucha recurre a aliados paradójicos, como el mediocrísimo De Man.⁴ Este encarnizamiento | es sospechoso, puede resultar una coartada para negar una rendición de cuentas. Hay, por el contrario, que llegar a esta rendición de cuentas, del modo más amplio y profundo posible. Un trabajo de este tipo, un *Anti-Croce* que en la atmósfera cultural moderna pudiera tener el significado y la importancia que tuvo el *Anti-Dühring* para la generación anterior a la guerra mundial, valdría la pena de que todo un grupo de hombres le dedicasen diez años de actividad.

Nota I. Los rastros de la filosofía de la praxis pueden encontrarse especialmente en la solución que Croce dio a problemas particulares. Un ejemplo típico me parece la doctrina del origen práctico del error. En general se puede decir que la polémica contra la filosofía del acto puro de Giovanni Gentile ha obligado a Croce a un mayor realismo y a experimentar cierto fastidio e impaciencia al menos frente a las exageraciones del lenguaje especulativo, convertido en jerga y "ábrete, sésamo" de los frailecillos menores actualistas.

Nota II. Pero la filosofía de Croce no puede ser, sin embargo, examinada independientemente de la de Gentile. Un *Anti-Croce* debe ser también un *Anti-Gentile*; el actualismo dará los efectos de claroscuro en el cuadro que son necesarios para un mayor relieve.

<§> 12. De todo lo dicho anteriormente se desprende que la concepción historiográfica de Croce de la historia como historia ético-política no debe ser juzgada como una futilidad que haya que rechazar sin más. Por el contrario, hay que establecer con gran energía que el pensamiento historiográfico de Croce, incluso en su fase más reciente, debe ser estudiado y meditado con la máxima atención. Representa esencialmente una reacción frente al "economismo" y al mecanicismo fatalista, aunque se presente como superación destructiva de la filosofía de la praxis. Incluso en el juicio del pensamiento crociano, vale el criterio de que una corriente filosófica debe ser criticada y valorada no por lo que pretende ser, sino por lo que es realmente y se manifiesta en las obras históricas concretas. Para la filosofía de la praxis el mismo método especulativo no es futilidad, sino que ha sido fecundo en valores "instrumentales" del

pensamiento en el desarrollo de la cultura, valores instrumentales que la filosofía de la praxis se ha incorporado (la dialéctica, por ejemplo). El pensamiento de Croce debe pues, por lo menos, ser apreciado como valor instrumental, y así puede decirse que ha atraído enérgicamente la atención sobre la importancia de los hechos de cultura y de pensamiento en el desarrollo de la historia, sobre la función de los grandes intelectuales en la vida orgánica de la sociedad civil y del Estado, sobre el momento de la hegemonía y del consenso como forma necesaria del bloque histórico concreto. Que esto no es "fútil" queda demostrado por el hecho de que contemporáneamente a Croce, al más grande teórico moderno de la filosofía de la praxis, en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política, en oposición a las diversas tendencias "economistas" ha revalorizado el frente de lucha cultural y construido la doctrina de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza y como forma actual de la doctrina cuarentaiochesca de la "revolución permanente".¹ Para la filosofía de la praxis, la concepción de la historia ético-política, en cuanto dependiente de toda concepción realista, puede ser asumida | como un "canon empírico" de investigación histórica a tener siempre presente en el examen y profundización del desarrollo histórico, si se quiere hacer historia integral y no historia parcial y extrínseca (historia de las fuerzas económicas como tales, etcétera).

<§> 13. *Notas.* 1] Elementos de historia ético-política en la filosofía de la praxis: concepto de hegemonía, revalorización del frente filosófico, estudio sistemático de la función de los intelectuales en la vida estatal e histórica, doctrina del partido político como vanguardia de todo movimiento histórico progresista.

2] Croce-Loria. Se puede demostrar que entre Croce y Loria la diferencia no es realmente muy grande en el modo de interpretar la filosofía de la praxis. Croce, reduciendo la filosofía de la praxis a un canon práctico de interpretación histórica, con el cual se atrae la atención de los historiadores sobre la importancia de los hechos económicos, no ha hecho más que reducirla a una forma de "economismo". Si se despoja a Loria de todas sus extravagancias estilísticas y desenfrenos fantasmagóricos (y ciertamente mucho de lo que es característico de Loria se pierde de esta manera) se ve que éste se aproxima a Croce en el núcleo más serio de su interpretación (cfr. a este propósito *Conversazioni Critiche*, I, pp. 291 ss.).¹

3] Historia especulativa y necesidad de una Minerva más gruesa. Leon Battista Alberti escribió de los matemáticos: "Éstos, con sólo su ingenio, separada toda materia, miden las formas de las cosas. Nosotros, porque queremos las cosas puestas a la vista, usaremos una Minerva más gruesa".²

§ <184>. *Lógica formal*. Cfr. Mario Govi, *Fondazione della Metodologia. Logica ed Epistemologia*, Turín, Bocca, 1929, pp. 579. Govi es un positivista; su libro pertenece a la tendencia de renovar el viejo positivismo, de crear un neopositivismo. Me parece que el intento puede emparentarse con el de los filósofos matemáticos como Bertrand Russell;¹ lo que es la "matemática" para Russell es la "metodología" para Govi, o sea la construcción de una nueva lógica formal, abstraída de todo contenido, incluso donde trata de las diversas ciencias que son presentadas en su particular lógica abstracta (especializada pero abstracta) que Govi llama "Epistemología". Govi divide la Metodología en dos partes. Metodología general o Lógica propiamente dicha y Metodología especial o Epistemología.

La Epistemología tiene como objetivo primario y principal el conocimiento exacto de aquel especial fin cognoscitivo al que se dirige cada diferente investigación, para poder luego determinar los medios y los procedimientos para conseguirlo. Govi reduce a tres los diversos fines cognoscitivos legítimos de las investigaciones humanas; estos tres objetivos constituyen todo el conocimiento humano y son irreductibles a uno solo, o sea que son esencialmente diversos. Dos son objetivos cognoscitivos finales: el conocimiento teórico o de la realidad; el conocimiento práctico o de lo que se debe o no se debe hacer; el tercero consiste en los conocimientos que son medios para la adquisición de los anteriores. Así pues, se tienen tres partes en la Epistemología: Ciencia teórica o de la realidad, Ciencia práctica, Ciencia instrumental. De ahí se deriva toda una clasificación analítica de las ciencias. El concepto de *legítimo* tiene gran importancia en el sistema de Govi (forma parte de la Metodología general, o ciencia de los juicios): cada juicio, considerado en sí mismo, es verdadero o falso: considerado subjetivamente, o sea como producto de la actividad del pensamiento de quien lo hace, es legítimo o ilegítimo. Un juicio puede ser reconocido como verdadero o falso sólo en cuanto que es reconocido legítimo o ilegítimo. Son legítimos los juicios que son iguales en todos los hombres [que los tengan o los hagan], y se forman en todos igualmente: son, pues, legítimos los conceptos primitivos formados naturalmente o sin los cuales no se puede pensar, los conceptos científicos formados metodológicamente, los juicios primitivos y los juicios metodológicamente derivados de los juicios legítimos. (Es evidente la filiación con Russell, que viene "embrollado" metodológicamente; en Russell la referencia a la matemática hace menos fatigoso y farragoso el sistema.)

He tomado estos apuntes de un artículo "Metodología o agnosticismo" en la *Civiltà Cattolica* del 15 de noviembre de 1930.² El libro de Govi parece interesante por el material histórico que recoge especialmente en torno al contenido de la Lógica general y especial, al problema del conocimiento y a las teorías sobre el origen de las ideas, a la clasificación de las ciencias y a las diversas divisiones del saber humano, a las diversas concepciones y divisiones de la ciencia teórica, práctica, etcétera. A su filosofía Govi la llama "empírico-integralista" distinguiéndola de la concepción "religiosa" y de la "racionalista", en la que predomina la filosofía kantiana; la distingue también, pero en forma subordinada, de la concepción "empírico-particularista" que es el positivismo. Él se distingue del positivismo en cuan-

to que rebate algunos de sus excesos, a saber, la negación no sólo de toda metafísica religiosa o racionalista, sino también de toda posibilidad y legitimidad de una metafísica: Govi admite por el contrario la legitimidad de una metafísica, pero con fundamentos puramente empíricos y construida, en parte, después o sobre la base de las ciencias reales particulares.

Cfr. *Cuaderno 11* (XVIII), pp. 53 bis-54 bis.

§ <185>. *Fase económico-corporativa del Estado*. Si es verdad que ningún tipo de Estado puede dejar de atravesar una fase de primitivismo económico-corporativa, de ahí se deduce que el contenido de la hegemonía política del nuevo grupo social que ha fundado el nuevo tipo de Estado debe ser predominantemente de orden económico: se trata de reorganizar la estructura y las relaciones reales entre los hombres y el mundo económico o de la producción. Los elementos de superestructura no pueden sino ser escasos y su carácter será de previsión y de lucha, pero con elementos "de plan" todavía escasos: el plan cultural será sobre todo negativo, de crítica del pasado, tenderá a hacer olvidar y a destruir: las líneas de la construcción serán todavía "grandes líneas", esbozos, que podrían (o deberían) ser cambiadas en cualquier momento, para que sean coherentes con la nueva estructura en formación. Eso es precisamente lo que no se verifica en el periodo de las Comunas; incluso la cultura, que permanece como función de la Iglesia, es precisamente de carácter antieconómico (de la economía capitalista naciente), no está orientada a dar la hegemonía a la nueva clase, sino incluso a impedir que ésta la conquiste: el Humanismo y el Renacimiento, por lo mismo, son reaccionarios, porque marcan la derrota de la nueva clase, la negación del mundo económico que le es propio, etcétera.

§ <186>. *Sobre el Ensayo popular*. La filosofía del *Ensayo popular* es puro aristotelismo [positivista], o sea una readaptación de la lógica formalista según los métodos de las ciencias naturales: la ley de causalidad "sustituye a la dialéctica; la clasificación abstracta, la sociología, etcétera. Si "idealismo" es la ciencia de las categorías a priori del espíritu, o sea es una forma de abstracción antihistoricista, este ensayo popular es idealismo al revés en el sentido de que sustituye las categorías del espíritu con categorías empíricas igualmente a priori y abstractas. [*Causalismo* y no dialéctica. Búsqueda de la ley de "regularidad, normalidad, uniformidad" sin superación, porque el efecto no puede ser superior a la causa, mecánicamente.]

Cfr. *Cuaderno 11* (XVIII), p. 25 bis.

§ <187>. *Intelectuales*. En la concepción no sólo de la [ciencia] po-

§ <23> *Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en periodos de crisis orgánica* (a vincular con las notas sobre las situaciones y las relaciones de fuerza). En cierto punto de su vida histórica los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales, o sea que los partidos tradicionales en aquella determinada forma organizativa, con aquellos determinados hombres que los constituyen, los representan y los dirigen no son ya reconocidos como su expresión por su clase o fracción de clase. Cuando estas crisis tienen lugar, la situación inmediata se vuelve delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras representadas por los hombres providenciales o carismáticos. ¿Cómo se crean estas situaciones de oposición entre representantes y representados, que del terreno de los partidos (organizaciones de partido en sentido estricto, campo electoral-parlamentario, organización periodística) se refleja en todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de la alta finanza, de la Iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es distinto, si bien el contenido es el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeñosburgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución. Se habla de "crisis de autoridad" y esto precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto.

La crisis crea situaciones inmediatas peligrosas, porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase tradicional dirigente, que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reabsorbe el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor que la que poseen las clases subalternas; hace incluso sacrificios, se expone a un futuro oscuro con promesas demagógicas, pero conserva el poder, lo refuerza por el momento, y se sirve de él para aniquilar al adversario y dispersar a su personal de dirección, que no puede ser muy numeroso ni muy adiestrado. El hecho de que las tropas de muchos partidos pasen a colocarse bajo la bandera de un partido único que mejor represente y resuma las necesidades de toda la clase es un fenómeno orgánico y normal, aunque su ritmo sea rapidísimo y casi fulminante en comparación con tiempos tranquilos: representa la fusión de todo un

grupo social bajo una dirección única considerada la única capaz de resolver un problema dominante existencial y de alejar un peligro mortal. Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica, sino la del jefe carismático, significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser dispares, pero en el que prevalece la inmadurez de las fuerzas progresistas), que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, tiene la fuerza necesaria para la victoria^a y que incluso el grupo conservador tiene necesidad de un amo (cfr. *El 18 brumario de Luis Napoleón*).²

Este orden de fenómenos está vinculado a una de las cuestiones más importantes que conciernen al partido político, a saber, la incapacidad del partido para reaccionar contra el espíritu de hábito, contra las tendencias a momificarse y a volverse anacrónico. Los partidos nacen y se constituyen en organización para dirigir la situación en momentos históricamente vitales para su clase; pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y a las nuevas épocas, no siempre saben desarrollarse según se van desarrollando las relaciones totales de fuerza (y por lo tanto la posición relativa de sus clases) en el país determinado o en el campo internacional. Al analizar estos desarrollos de los partidos hay que distinguir: el grupo social; la masa del partido; la burocracia y el estado mayor del partido. La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si ésta acaba por constituir un grupo solidario, que se apoya en sí mismo y se siente independiente de la masa, el partido acaba por volverse anacrónico, y en los momentos de crisis aguda queda vacío de su contenido social y queda como apoyado en el aire. Se puede ver lo que sucede a una serie de partidos alemanes por la expansión del hitlerismo. Los partidos franceses son un campo rico para tales investigaciones: todos ellos están momificados y son anacrónicos, documentos histórico-políticos de las diversas fases de la historia francesa pasada, cuya terminología envejecida repiten: su crisis puede volverse aún más catastrófica que la de los partidos alemanes.

Al examinar este orden de acontecimientos suele descuidarse el dar su justo lugar al elemento burocrático, civil y militar, y no se tiene presente, además, que en tales análisis no deben entrar sólo los elementos militares y burocráticos en la acción, sino los estratos sociales en los que, en los conjuntos estatales dados, la burocracia es tradicionalmente reclutada. Un movimiento político puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe en él abiertamente; un gobierno puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe en el gobierno. En de-

^a En el manuscrito el texto contiene una palabra ilegible, aquí integrada según el sentido.

terminadas situaciones puede suceder que convenga no "descubrir" al ejército, no hacerlo salir de la constitucionalidad, no llevar la política entre los soldados, como se dice, para mantener la homogeneidad entre oficiales y soldados en un terreno de aparente neutralidad y superioridad sobre las facciones; no obstante es el ejército, o sea el Estado Mayor y la oficialidad, quien determina la nueva situación y la domina. Por otra parte, no es cierto que el ejército, según las constituciones, no deba nunca hacer política; el ejército debería precisamente defender la constitución, o sea la forma legal del Estado, con las instituciones conexas; por eso la llamada neutralidad significa solamente apoyo a la parte retrógrada, pero en tales situaciones es preciso plantear así la cuestión para impedir que en el ejército se reproduzca el desacuerdo del país y con ello desaparezca el poder determinante del Estado Mayor por la disgregación del instrumento militar. Todos estos elementos de observación ciertamente no son absolutos, en los diversos momentos históricos y en los diversos países tienen pesos muy distintos.

La primera investigación a hacer es ésta: ¿existe en un determinado país un estrato social difuso para el cual la carrera burocrática, civil y militar, sea un elemento muy importante de vida económica y de afirmación política (participación efectiva en el poder, aunque sea indirectamente, por "extorsión")? En la Europa moderna este estrato se puede identificar en la burguesía rural mediana y pequeña que está más o menos difundida en los distintos países según el desarrollo de las fuerzas industriales por una parte y de la reforma agraria por la otra. Ciertamente la carrera burocrática (civil y militar) no es un monopolio de este estrato social, sin embargo le es particularmente adecuada por la función social que este estrato desempeña y por las tendencias psicológicas que la función determina o favorece; estos dos elementos dan al conjunto del grupo social cierta homogeneidad y energía de directivas, y por lo tanto un valor político y una función a menudo decisiva en el conjunto del organismo social. Los elementos de este grupo social están habituados a mandar directamente a núcleos de hombres aunque sean exigüos y a mandar "políticamente", no "económicamente"; o sea que en su arte de mando no existe la aptitud para ordenar las "cosas", para ordenar "hombres y cosas" en un todo orgánico, como sucede en la producción industrial, porque este grupo no tiene funciones económicas en el sentido moderno de la palabra. Tiene una renta porque jurídicamente es propietario de una parte del suelo nacional y su función consiste en impedirle "políticamente" al campesino cultivador el mejoramiento de su propia existencia, porque todo mejoramiento de la posición relativa del campesino sería catastrófico para su po-

^a En el manuscrito: "deban".

sición social. La miseria crónica y el trabajo prolongado del campesino, con el consiguiente embrutecimiento, son para aquel grupo una necesidad primordial. Por eso despliega la máxima energía en la resistencia y el contraataque a cada mínimo intento de organización autónoma del trabajo campesino y a cada movimiento cultural campesino que salga de los límites de la religión oficial. Este grupo social encuentra sus límites y las razones de su íntima debilidad en su dispersión territorial y en la "inhomogeneidad" que está íntimamente vinculada a tal dispersión; esto explica también otras características: la volubilidad, la multiplicidad de los sistemas ideológicos seguidos, la misma extrañeza de las ideologías a veces seguidas. La voluntad está dirigida hacia un fin, pero es tarda y requiere, por lo general, de un largo proceso para centralizarse organizativa y políticamente. El proceso se acelera cuando la "voluntad" específica de este grupo coincide con la voluntad y los intereses inmediatos de la clase alta; no sólo el proceso se acelera, sino que se manifiesta inmediatamente la "fuerza militar" de este estrato, que a veces, organizado, dicta leyes a la clase alta, al menos por lo que respecta a la "forma" de la solución, si no es que al contenido. Se ven funcionar así las mismas leyes que fueron indicadas³ para las relaciones ciudad-campo con respecto a las clases subalternas: la fuerza de la ciudad automáticamente se convierte en fuerza del campo, pero porque en el campo los conflictos asumen inmediatamente una forma aguda y "personal", por la ausencia de márgenes económicos y por la normalmente más pesada compresión ejercida de arriba hacia abajo, así en el campo los contraataques deben ser más rápidos y decididos. Este grupo comprende y ve que el origen de sus problemas está en la ciudad, en la fuerza de la ciudad y por eso comprende que "debe" dictar la solución a las clases altas urbanas, a fin de que el foco principal sea apagado, aunque tal cosa a las clases altas urbanas no les convenga inmediatamente o porque sea demasiado dispendioso o porque sea peligroso a largo plazo (estas clases ven ciclos de desarrollo más amplios, en los que es posible maniobrar y no sólo el interés "físico" inmediato). En este sentido debe entenderse la función directiva de este estrato y no en sentido absoluto; sin embargo no es poca cosa.

Un reflejo de este grupo se ve en la actividad ideológica de los intelectuales conservadores, de derecha. El libro de Gaetano Mosca *Teoretica dei governi e governo parlamentare* (2ª ed. de 1925, 1ª ed. de 1883)⁴ es ejemplar a este respecto; desde 1883 Mosca estaba aterrizado por un posible contacto entre la ciudad y el campo. Mosca, por su posición defensiva (de contraataque) comprendía mejor en 1883 la técnica de la política de las clases subalternas que lo que la comprendían, incluso muchas décadas después, los representantes de estas fuerzas subalternas incluso urbanas.

(Debe observarse cómo este carácter "militar" del grupo social en cuestión, que era tradicionalmente un reflejo espontáneo de ciertas condiciones de existencia, es ahora conscientemente educado y predispuerto orgánicamente. En este movimiento consciente entran los esfuerzos sistemáticos para hacer surgir y para mantener establemente asociaciones diversas de militares en reserva y de ex combatientes de diversos cuerpos y armas, especialmente de oficiales, que están ligados a los Estados Mayores y pueden ser movilizados oportunamente sin necesidad de movilizar el ejército de leva, que mantendría así su carácter de reserva en alerta, reforzada e inmunizada por la descomposición política de estas fuerzas "privadas" que no podrán dejar de influir en su "moral", sosteniéndola y robusteciéndola. Se puede decir que tiene lugar un movimiento del tipo "cosaco", no en formaciones escalonadas a base de los límites de la nacionalidad, como sucedía con los cosacos zaristas, sino a base de los "límites" del grupo social.)

En toda una serie de países, por lo tanto, la influencia del elemento militar en la vida estatal no significa sólo influencia y peso del elemento técnico militar, sino influencia y peso del estrato social en el que el elemento técnico militar (especialmente los oficiales subalternos) tiene especialmente su origen. Esta serie de observaciones son indispensables para analizar el aspecto más íntimo de aquella determinada forma política que se suele llamar cesarismo y bonapartismo, para distinguirla de otras formas en las que el elemento técnico militar, como tal, predomina en formas quizá aún más visibles y exclusivas. España y Grecia ofrecen dos ejemplos típicos, con rasgos semejantes y diferentes. En España hay que tomar en cuenta algunos detalles: gran número y escasa densidad de la población campesina. Entre el noble latifundista y el campesino no existe una numerosa burguesía rural, por lo tanto escasa importancia de la oficialidad subalterna como fuerza en sí misma (por el contrario tenía cierta importancia antagónica la oficialidad de las armas instruidas, artillería e ingenieros, de origen burgués urbano, que se oponía a los generales y trataba de tener una política propia). Los gobiernos militares son, por lo tanto, gobiernos de "grandes" generales. Pasividad de las masas campesinas como ciudadanía y como tropa. Si en el ejército se produce disgregación política, es en sentido vertical, no horizontal, por la competencia de las camarillas dirigentes: la tropa se escinde para seguir a los jefes en lucha recíproca. El gobierno militar es un paréntesis entre dos gobiernos constitucionales; el elemento militar es la reserva permanente del orden y de la conservación, es una fuerza política que opera en "forma pública" cuando la "legalidad" está en peligro. Lo mismo sucede en Grecia con la diferencia de que el territorio griego está desparramado en un sis-

tema de islas y que una parte de la población más enérgica y activa está siempre en el mar, lo que hace más fácil la intriga y el complot militar; el campesino griego es pasivo como el español, pero en el cuadro de la población total, el griego es más enérgico y activo siendo marinero y casi siempre alejado de su centro de vida política, la pasividad general debe ser analizada de otra manera y la solución del problema no puede ser la misma (los fusilamientos ocurridos en Grecia hace algunos años, de los miembros de un gobierno derrocado, probablemente pueden explicarse como un estallido de cólera de este elemento enérgico y activo que quiso dar una sangrienta lección). Lo que debe observarse especialmente es que en Grecia y en España la experiencia del gobierno militar no ha creado una ideología política y social permanente y formalmente orgánica, como por el contrario sucede en los países potencialmente bonapartistas por así decirlo. Pero las condiciones históricas generales de los dos tipos son las mismas: equilibrio de los grupos urbanos en lucha, que impide el juego de la democracia "normal", el parlamentarismo; es distinta sin embargo la influencia del campo en este equilibrio. En países como España, el campo, completamente pasivo, permite a los generales de la nobleza terrateniente servirse políticamente del ejército para restablecer el equilibrio en peligro, o sea el predominio de los grupos altos. En otros países el campo no es pasivo, pero su movimiento no está políticamente coordinado con el urbano: el ejército debe permanecer neutral porque es posible que de otra manera se disgregue horizontalmente (permanecerá neutral hasta cierto punto, se entiende), y entra por el contrario en acción la clase militar-burocrática que con medios militares sofoca el movimiento en el campo (inmediatamente más peligroso), en esta lucha encuentra cierta unificación política e ideológica, encuentra aliados en las clases medias urbanas (medias en sentido italiano) reforzadas por los estudiantes de origen rural que están en la ciudad, impone sus métodos políticos a las clases altas, que deben hacerles muchas concesiones y permitir una determinada legislación favorable; en suma, consigue permear el Estado con sus intereses hasta cierto punto y sustituir una parte del personal dirigente, sin dejar de mantenerse armada en el desarme general y contemplando el peligro de una guerra civil entre sus propios miembros armados y el ejército de leva si la clase alta muestra demasiadas veleidades de resistencia.

Estas observaciones no deben ser concebidas como esquemas rígidos, sino sólo como criterios prácticos de interpretación histórica y política. En el análisis concreto de acontecimientos reales las formas históricas son individuales y casi "únicas". César representa una combinación de circunstancias reales muy distinta de la representada por Napoleón I, como Primo de Rivera de la de Zivkovich, etcétera.

En el análisis del tercer grado o momento del sistema de las relaciones de fuerza existentes en una determinada situación, se puede recurrir útilmente al concepto que en la ciencia militar se llama de la "coyuntura estratégica", o sea, con más precisión, del grado de preparación estratégica del teatro de la lucha, uno de cuyos principales elementos es dado por las condiciones cualitativas del personal dirigente y de las fuerzas activas que se pueden llamar de primera línea (incluidas en éstas las de asalto). El grado de preparación estratégica puede dar la victoria a fuerzas "aparentemente" (o sea cuantitativamente) inferiores a las del adversario. Puede decirse que la preparación estratégica tiende a reducir a cero los llamados "factores imponderables", o sea las reacciones inmediatas, de sorpresa, por parte, en un momento dado, de las fuerzas tradicionalmente inertes y pasivas. Entre los elementos de la preparación de una coyuntura estratégica favorable deben incluirse precisamente aquellos considerados en las observaciones sobre la existencia y organización de una capa militar junto al organismo técnico del ejército nacional.

Otros elementos se pueden elaborar partiendo de este fragmento del discurso pronunciado en el Senado el 19 de mayo de 1932 por el ministro de la guerra general Gazzera (cfr. *Corriere della Sera* del 20 de mayo): "El régimen de disciplina de nuestro Ejército por virtud del Fascismo resulta hoy una norma directiva que tiene valor para toda la Nación. Otros ejércitos han tenido y todavía conservan una disciplina formal y rígida. Nosotros tenemos siempre presente el principio de que el Ejército está hecho para la guerra y para ella debe prepararse; la disciplina de paz debe ser por lo tanto la misma de tiempos de guerra, que en tiempos de paz debe hallar su fundamento espiritual. Nuestra disciplina se basa en un espíritu de cohesión entre los jefes y los subordinados que es fruto espontáneo del sistema seguido. Este sistema ha resistido magníficamente durante una larga y durísima guerra hasta la victoria; es mérito del Régimen fascista el haber extendido a todo el pueblo italiano una tradición disciplinaria tan insigne. De la disciplina de los individuos depende el éxito de la concepción estratégica y de las operaciones tácticas. La guerra ha enseñado muchas cosas, entre ellas que hay una separación profunda entre la preparación de paz y la realidad de la guerra. Ciertamente es que, cualquiera que sea la preparación, las operaciones iniciales de la campaña ponen a los beligerantes ante problemas nuevos que dan lugar a sorpresas por ambas partes. Sin embargo, no hay que sacar la conclusión de que no es útil tener una concepción a priori y que ninguna enseñanza puede derivarse de la guerra pasada. Se puede obtener de ella una doctrina de guerra que debe ser entendida con disciplina intelectual y como medio para promover modos de razonamiento no discordes y una uniformidad de lenguaje tal

que permita a todos comprender y hacerse comprender. Si, en ocasiones, la unidad de doctrina ha amenazado con degenerar en esquematismo, de inmediato se ha reaccionado prontamente, imprimiendo a la táctica, incluso por los progresos de la técnica, una rápida renovación. Tal reglamentación, por lo tanto, no es estática, no es tradicional, como algunos creen. La tradición es considerada sólo como fuerza y los reglamentos están siempre en curso de revisión no por deseo de cambio, sino para poder adecuarlos a la realidad".⁵ (Una ejemplificación de "preparación de la coyuntura estratégica" se puede encontrar en las *Memorias* de Churchill, donde habla de la batalla de Jutlandia.)⁶

Un elemento que añadir al parágrafo del economismo, como ejemplificación de las teorías llamadas de la intransigencia, es el de la rígida aversión de principio a los llamados compromisos, que tiene como manifestación subordinada aquella que se le puede llamar el "miedo a los peligros". Que la aversión de principio a los compromisos está estrechamente vinculada al economismo está claro, en cuanto que la concepción en que se funda esta aversión no puede ser sino la convicción férrea de que existen para el desarrollo histórico leyes objetivas del mismo carácter de las leyes naturales, junto con, además, la persuasión de un finalismo fatalista de carácter semejante al religioso: puesto que las condiciones favorables deberán fatalmente darse y por ellas serán determinados, en forma un tanto misteriosa, acontecimientos palingenéticos, no sólo resulta una inutilidad, sino un daño a toda iniciativa voluntaria tendiente a predisponer estas situaciones según un plan. Junto a estas convicciones fatalistas está sin embargo la tendencia a confiarse "a continuación" ciegamente y sin ningún criterio a la virtud reguladora de las armas, lo que sin embargo no carece totalmente de lógica y coherencia, porque se piensa que la intervención de la voluntad es útil para la destrucción, no para la reconstrucción (ya en acto en el momento mismo de la destrucción). La destrucción es concebida mecánicamente no como destrucción-reconstrucción.⁷ En tal modo de pensar no se tiene en cuenta el factor "tiempo" y no se tiene en cuenta, en último análisis, la misma "economía" en el sentido de que no se entiende cómo los hechos ideológicos de masas están siempre retrasados con respecto a los fenómenos económicos de masas y cómo, por lo tanto, en ciertos momentos, el impulso automático debido al factor económico es retardado, obstaculizado o incluso destruido momentáneamente por elementos ideológicos tradicionales, que por ello debe existir la lucha consciente y predispuesta para hacer "comprender" las exigencias de la posición económica de masas que pueden hallarse en oposición a las directivas de los jefes tradicionales. Una iniciativa política apropiada es siempre necesaria para liberar el impulso económico de las trabas de

la política tradicional, esto es, para cambiar la dirección política de ciertas fuerzas que es necesario absorber para realizar un nuevo bloque histórico económico-político homogéneo, sin contradicciones internas, y puesto que dos fuerzas "similares" no pueden fundirse en un nuevo organismo más que a través de una serie de compromisos o por la fuerza de las armas, aliándolas en un plan de alianza o subordinando la una a la otra por la coacción, la cuestión es si se tiene esta fuerza y si es "productivo" emplearla. Si la unión de dos fuerzas es necesaria para vencer a una tercera, el recurso a las armas y a la coacción (dado que se tenga la disponibilidad) es una pura hipótesis metodológica y la única posibilidad concreta es el compromiso, porque la fuerza puede ser empleada contra los enemigos, no contra una parte de uno mismo que se quiere asimilar rápidamente y de la que se necesita la "buena voluntad" y el entusiasmo.

(A propósito del "estrato militar" es interesante lo que escribe T. Tittoni en los "Ricordi personali di politica interna", *Nuova Antologia*, 1° de abril-16 de abril de 1929. Recuerda Tittoni haber meditado sobre el hecho de que para reunir la fuerza pública necesaria para hacer frente a los tumultos que habían estallado en una localidad, había que desguarnecer otras regiones: durante la semana roja de junio de 1914, para reprimir los movimientos de Ancona se desguarneció a Rávena, en donde el prefecto, privado de la fuerza pública, tuvo que encerrarse en la Prefectura abandonando la ciudad a los revoltosos. "Numerosas veces me ocurrió preguntarme qué hubiera podido hacer el Gobierno si un movimiento revolucionario hubiese estallado simultáneamente en toda la península." Tittoni propuso al Gobierno el enrolamiento de "voluntarios del orden", ex combatientes encuadrados como oficiales de la reserva. El proyecto de Tittoni pareció digno de consideración, pero no tuvo consecuencias.)⁸

Cfr. *Cuaderno 4* (XIII), p. 39; *Cuaderno 7* (VII), p. 41 bis; *Cuaderno 4* (XIII), pp. 36-38 bis; *Cuaderno 9* (XIV), pp. 30, 21-22, 30-31.

- 18 § <24> A propósito de las confrontaciones entre los conceptos de guerra de maniobras y guerra de posiciones en el arte militar y los conceptos relativos en el arte político, debe recordarse el librito de Rosa traducido al italiano en 1919 por C. Alessandri (traducido del francés).¹ En ese librito se teorizan un poco apresuradamente y también superficialmente las experiencias históricas de 1905: de hecho Rosa descuidó los elementos "voluntarios" y organizativos que en aquellos sucesos fueron mucho más difundidos y eficientes de lo que Rosa fue capaz de creer por cierto prejuicio suyo "economista y espontaneísta". Sin embargo, este librito (y

otros ensayos de la misma autora) es uno de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de maniobras aplicada al arte político. El elemento económico inmediato (crisis, etcétera) es considerado como la artillería de campo que en la guerra abría la brecha en la defensa enemiga, brecha suficiente para que las tropas propias hagan irrupción y obtengan un triunfo definitivo (estratégico) o al menos un éxito importante en la directriz de la línea estratégica. Naturalmente en la ciencia histórica la eficacia del elemento económico inmediato es considerada mucho más compleja que la de la artillería pesada^a en la guerra de maniobras, porque este elemento era concebido como poseedor de un doble efecto: 1] abrir la brecha en la defensa enemiga después de haber desorganizado y hecho perder la confianza en sí mismo y en sus fuerzas y en su futuro al enemigo mismo; 2] organizar fulminantemente a las tropas propias, crear los cuadros, o al menos poner los cuadros existentes (elaborados hasta entonces por el proceso histórico general) fulminantemente en su puesto de encuadramiento por las tropas diseminadas; 3] crear fulminantemente la concentración ideológica de la identidad del fin a alcanzar. Era una forma de férreo determinismo economista, con el agravante de que los efectos eran concebidos como rapidísimos en el tiempo y en el espacio; por eso era un auténtico misticismo histórico, la expectativa de una especie de fulguración milagrosa.

La observación del general Krasnov (en su novela)² de que la Entente (que no quería una victoria de la Rusia imperial, para que no se resolviese definitivamente a favor del zarismo la cuestión oriental) impuso al Estado Mayor ruso la guerra de trincheras (absurda dada la enorme extensión del frente del Báltico hasta el Mar Negro, con grandes zonas pantanosas y boscosas) mientras que la única posible era la guerra de maniobras, es una simple estupidez. En realidad el ejército ruso intentó la guerra de maniobras y de rompimiento, especialmente en el sector austriaco (pero también en Prusia oriental) y tuvo triunfos brillantísimos, aunque efímeros. La verdad es que no se puede elegir la forma de guerra que se quiere, a menos que se tenga inmediatamente una superioridad aplastante sobre el enemigo, y es sabido cuántas pérdidas costó la obstinación de los Estados Mayores al no querer reconocer que la guerra de posiciones estaba "impuesta" por las relaciones generales de las fuerzas en conflicto. La guerra de posiciones no está constituida sólo por las trincheras propiamente dichas, sino por todo el sistema organizativo e industrial del territorio que está a espaldas del ejército alineado, y es impuesta especialmen-

^a En el manuscrito: "mucho más compleja que aquella que no sea la de la artillería pesada".

del humanismo, sino que son simples y profundas intuiciones (¡¡por lo tanto, filosofía!!) de la vida, y como símbolos de sentimiento son entendidos y explicados.⁴

Sobre la lenta formación metafísica de estos conceptos, para el periodo premaquiavélico, Russo remite a Gentile, *Giordano Bruno e il pensiero del Rinascimento* (cap. "Il concetto dell'uomo nel Rinascimento" y el "Appendice"), Florencia, Vallecchi. (Sobre los mismos conceptos de Maquiavelo cfr. F. Ercole, *La politica di Machiavelli*.)⁵

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), pp. 40-41 y 78 bis-79.

§ <53>. *Filosofía especulativa*. No hay que ocultarse las dificultades que presenta la discusión y la crítica del carácter "especulativo" de ciertos sistemas filosóficos y la "negación" teórica de la "forma especulativa" de las concepciones filosóficas. Cuestiones que se presentan: 1] ¿el elemento "especulativo" es propio de toda filosofía, es la forma misma que debe asumir toda construcción teórica en cuanto tal, o sea "especulación" es sinónimo de filosofía y de teoría? 2] o bien debe plantearse una cuestión "histórica": ¿el problema es sólo un problema histórico y no teórico en el sentido de que toda concepción del mundo, en una de sus fases históricas determinadas, asume una forma "especulativa" que representa su apogeo y el inicio de su disolución? Analogía y relación con el desarrollo del Estado, ¿que de la fase "económico-corporativa" pasa a la fase "hegemónica" (de consenso [activo]). Esto es, puede decirse que cada cultura tiene su momento especulativo o religioso, que coincide con el periodo de completa hegemonía del grupo social que expresa y quizá coincide precisamente con el momento en que la hegemonía real se disgrega en la base, molecularmente, pero el sistema de pensamiento, precisamente por eso (para reaccionar contra la disgregación) se perfecciona dogmáticamente, se convierte en una "fe" trascendental: por eso se observa que cada época considerada de decadencia (en la que se produce una disgregación del viejo mundo) se caracteriza por un pensamiento refinado y altamente "especulativo". Por lo tanto, la crítica debe resolver la especulación en sus términos reales de ideología política, de instrumento de acción práctica; pero la crítica misma tendrá su fase especulativa, que marcará su apogeo. La cuestión es ésta: si este apogeo no existe para ser el inicio de una fase histórica de nuevo tipo, en la que habiéndose necesidad-libertad penetrado orgánicamente, no habrá más contradicciones sociales y la única dialéctica será la ideal, la de los conceptos y no ya la de las fuerzas históricas.

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), p. 79.

§ <54>. *Unidad de la teoría y la práctica*. Hay que investigar, analizar y criticar la diversa forma en que se ha presentado en la historia de las ideas el concepto de unidad de la teoría y la práctica, porque parece indudable que cada concepción del mundo y cada filosofía se han preocupado de este problema.

Afirmación de S. Tomás y de la escolástica: "Intellectus speculativus extensione fit practicus", la teoría por simple extensión se hace práctica, o sea afirmación de la necesaria conexión entre el orden de las ideas y el de la acción.

Aforismo de Leibniz, tan repetido por los idealistas italianos: "quo magis speculativa, magis practica" dicho de la ciencia.¹

La proposición de G. B. Vico "verum ipsum factum" tan discutida y diversamente interpretada (cfr. el libro de Croce sobre Vico y otros escritos polémicos del mismo Croce)² y que Croce desarrolla en el sentido idealista de que el conocer es un hacer y que se conoce aquello que se hace, en el que "hace" tiene un significado particular, tan particular que además significa nada menos que "conocer" o sea que se resuelve en una tautología (concepción que sin embargo debe ser puesta en relación con la concepción propia de la filosofía de la praxis).

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), p. 62.

§ <55>. *Originalidad y orden intelectual*. Una máxima de Vauvenargues: "Es más fácil decir cosas nuevas que poner de acuerdo las que ya han sido dichas".¹ Se puede analizar esta máxima en sus elementos. Es más difícil instaurar un orden intelectual colectivo que inventar arbitrariamente principios nuevos y originales. Necesidad de un orden intelectual, junto al orden moral, y al orden... público. Para crear un orden intelectual, necesidad de un "lenguaje común" (contra neolalismo intelectual y bohemismo). Originalidad "racional"; también el filisteo es un original, así como el disoluto. En la pretensión de la originalidad hay mucha vanidad e individualismo, y poco espíritu creador, etcétera.

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), p. 60.

§ <56>. *Buen sentido y sentido común*. Manzoni hace una distinción entre sentido común y buen sentido (cfr. *Los novios*, cap. XXXII sobre la peste y sobre los untadores).² Hablando del hecho de que a pesar de todo había algunos que no creían en los untadores, pero que no podían sostener

¹ Untore: individuo que, en el siglo xviii, se creía contagiaba la peste a los milaneses untándoles con un veneno. [T.]

< § 1 >. ¿Son los intelectuales un grupo social autónomo e independiente, o bien cada grupo social tiene su propia categoría especializada de intelectuales? El problema es complejo por las variadas formas que ha adoptado hasta ahora el proceso histórico real de formación de las diversas categorías intelectuales. Las más importantes de estas formas son dos:

1] Cada grupo social, naciendo en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo, orgánicamente, una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función no sólo en el campo económico, sino también en el social y político: el empresario capitalista crea junto con él al técnico de la industria, al científico de la economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etcétera, etcétera. Hay que observar el hecho de que el empresario representa una elaboración social superior, ya caracterizada por una cierta capacidad dirigente y técnica (o sea intelectual): debe tener una cierta capacidad técnica, además de en la esfera circunscrita de su actividad y de su iniciativa, también en otras esferas, al menos en aquellas más cercanas a la producción económica (debe ser un organizador de masas de hombres, debe ser un organizador de la "confianza" de los ahorradores en su empresa, de los compradores de su mercancía, etcétera). Si no todos los empresarios, al menos una élite de ellos debe tener una capacidad de organizador de la sociedad en general, en todo su complejo organismo de servicios, hasta el organismo estatal, por la necesidad de crear las condiciones más favorables a la expansión de su propia clase; o debe poseer por lo menos la capacidad de escoger los "delegados" (empleados especializados) a los que se confiará esta actividad organizativa de las relaciones generales externas a la empresa. Puede observarse que los intelectuales "orgánicos" que cada nueva clase crea consigo y elabora en su desarrollo progresivo, son en su mayor parte "especializaciones" de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha sacado a la luz. (Incluso los señores feudales eran detentadores de una particular capacidad técnica, la militar, y es precisamente desde el momento en que la aristocracia pierde el monopolio de la capacidad técnico-militar que se inicia la crisis del feudalismo. Pero la formación de los intelectuales en el mundo feudal y en el precedente mundo clásico es una cuestión a examinar aparte: esta formación y elaboración sigue vías y modos que hay que estu-

diar concretamente. Así hay que señalar que la masa de los campesinos, por más que desempeñe una función esencial en el mundo de la producción, no elabora sus propios intelectuales "orgánicos" y no "asimila"^a ningún estrato de intelectuales "tradicionales", por más que de la masa de los campesinos otros grupos sociales extraigan muchos de sus intelectuales y gran parte de los intelectuales tradicionales sean de origen campesino.)

2] Pero todo grupo social "esencial", emergiendo a la historia desde la precedente estructura económica y como expresión de su desarrollo (de esta estructura), ha encontrado, al menos en la historia conocida hasta ahora, categorías sociales preexistentes y que incluso aparecían como representantes de una continuidad histórica ininterrumpida incluso por los más complicados y radicales cambios de las formas sociales y políticas. La más típica de estas categorías intelectuales es la de los eclesiásticos, monopolizadores durante largo tiempo (durante toda una fase histórica que incluso se caracteriza en parte por este monopolio) de algunos servicios importantes: la ideología religiosa, o sea la filosofía y la ciencia de la época, con la escuela, la instrucción, la moral, la justicia, la beneficencia, la asistencia, etcétera. La categoría de los eclesiásticos puede ser considerada como la categoría intelectual orgánicamente ligada a la aristocracia terrateniente: era equiparada jurídicamente a la aristocracia, con la que compartía el ejercicio de la propiedad feudal de la tierra y el uso de los privilegios-estatales ligados a la propiedad. Pero el monopolio de las superestructuras por parte de los eclesiásticos (de ahí nació la acepción general de "intelectual" —o de "especialista"— de la palabra "clérigo", en muchas lenguas de origen neolatino o influidas fuertemente, a través del latín eclesiástico, por las lenguas neolatinas, con su correlativo de "laico" en el sentido de profano —no especialista) no fue ejercido sin luchas y limitaciones, y por lo tanto se produjo el nacimiento, en varias formas (que habrá que buscar y estudiar concretamente) de otras categorías, favorecidas y engrandecidas por el fortalecimiento del poder central del monarca, hasta el absolutismo. Así se fue formando la aristocracia de la toga, con sus propios privilegios; un estrato de administradores, etcétera, científicos, teóricos, filósofos no eclesiásticos, etcétera.

Así como estas diversas categorías de intelectuales tradicionales sienten con "espíritu de cuerpo" su ininterrumpida continuidad histórica y su "calificación"; de igual manera se ven a sí mismas como autónomas e independientes del grupo social dominante; esta autopercepción no carece de consecuencias en el campo ideológico y político, consecuencias de vasto alcance (toda la filosofía idealista puede fácilmente conectarse con esta posición asumida por el complejo social de los intelectuales y se puede definir la expresión de esta utopía social por la que los intelectuales se creen "independientes", autónomos, revestidos de características propias a

^a En el manuscrito: "asimile".

ellos solos, etcétera. Hay que señalar, sin embargo, que si el papa y la alta jerarquía de la Iglesia se creen más ligados a Cristo y a los apóstoles que a los senadores Agnelli y Benni, no sucede lo mismo con Gentile y Croce, por ejemplo; Croce, especialmente, se siente fuertemente ligado a Aristóteles y Platón, pero no oculta, tampoco, que está ligado a los senadores Agnelli y Benni y es precisamente en esto donde hay que buscar el carácter más relevante de la filosofía de Croce).

(Esta investigación sobre la historia de los intelectuales no será de carácter "sociológico", sino que dará lugar a una serie de ensayos de "historia de la cultura" (*Kulturgeschichte*) y de historia de la ciencia política. Sin embargo, será difícil evitar algunas formas esquemáticas y abstractas que recuerdan a las de la "sociología": por lo tanto, habrá que encontrar la forma literaria más adecuada para que la exposición sea "no-sociológica". La primera parte de la investigación podría ser una crítica metodológica de las obras ya existentes sobre los intelectuales, que son casi todas de carácter sociológico. Por lo tanto es indispensable recopilar la bibliografía sobre el tema.)

¿Cuáles son los límites "máximos" de la acepción de "intelectual"? ¿Se puede encontrar un criterio unitario para caracterizar igualmente todas las diversas y dispares actividades intelectuales y para distinguir éstas al mismo tiempo y en forma esencial de las actividades de los otros agrupamientos sociales? El error metodológico más difundido me parece el de haber buscado este criterio de distinción en lo intrínseco de las actividades intelectuales y no, por el contrario, en el conjunto del sistema de relaciones en el que aquéllas (y por lo tanto los grupos que las encarnan) vienen a encontrarse en el complejo general de las relaciones sociales. Y en verdad el obrero o proletario, por ejemplo, no es específicamente caracterizado por el trabajo manual o instrumental (aparte la consideración de que no existe trabajo puramente físico y que incluso la expresión de Taylor de "gorila amaestrado"¹ es una metáfora para indicar un límite en una determinada dirección: en cualquier trabajo físico, incluso el más mecánico y degradado, existe un mínimo de calificación técnica, o sea un mínimo de actividad intelectual creadora), sino por este trabajo en determinadas condiciones y en determinadas relaciones sociales. Y ya ha sido observado que el empresario, por su misma función, debe tener en cierta medida un cierto número de calificaciones de carácter intelectual, si bien su figura social no sea determinada por ellas sino por las relaciones generales sociales que precisamente caracterizan la posición del empresario en la industria.

Todos los hombres son intelectuales, podría decirse por lo tanto; pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales (de igual modo, porque puede darse que cualquiera en cualquier momento se fría dos huevos o se remiende un desgarrón del abrigo, no se dirá que

todos son cocineros y sastres). Se forman así históricamente categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en conexión con todos los grupos sociales, pero especialmente en conexión con los grupos sociales más importantes y sufren elaboraciones más amplias y complejas en conexión con el grupo social dominante. Una de las características más relevantes de cada grupo que se desarrolla hacia el dominio es su lucha por la asimilación y la conquista "ideológica" de los intelectuales tradicionales, asimilación y conquista que es tanto más rápida y eficaz cuanto más elabora simultáneamente el grupo dado sus propios intelectuales orgánicos. El enorme desarrollo alcanzado por la actividad y la organización escolar (en sentido amplio) en las sociedades surgidas del mundo medieval indica qué importancia han asumido en el mundo moderno las categorías y las funciones intelectuales: así como se ha tratado de profundizar y dilatar la "intelectualidad" de cada individuo, así se ha tratado también de multiplicar las especializaciones y de afinarlas. Ello resulta de las instituciones escolares de diverso grado, hasta llegar a los organismos para promover la llamada "alta cultura", en cada campo de la ciencia y de la técnica. (La escuela es el instrumento para elaborar los intelectuales de diverso grado. La complejidad de la función intelectual en los diversos Estados se puede medir objetivamente por la cantidad de escuelas especializadas y por su jerarquización: cuanto más extensa es el "área" escolar y cuanto más numerosos los "grados" "verticales" de la escuela, tanto más complejo es el mundo cultural, la civilización, de un determinado Estado. Se puede tener un término de parangón en la esfera de la técnica industrial; la industrialización de un país se mide por su capacidad en la construcción de máquinas para construir máquinas y en la fabricación de instrumentos cada vez más precisos para construir máquinas e instrumentos para construir máquinas, etcétera. El país que tiene la mejor infraestructura para construir instrumentos para los laboratorios experimentales de los científicos y para construir instrumentos para la verificación de estos instrumentos, puede considerarse el más complejo en el campo técnico-industrial, el más civilizado, etcétera. Lo mismo en la preparación de los intelectuales y en las escuelas dedicadas a esta preparación: escuelas e institutos de alta cultura son asimilables.) (También en este campo la cantidad no puede separarse de la calidad. A la más refinada especialización técnico-cultural no puede dejar de corresponder la mayor extensión posible de la difusión de la instrucción primaria y la mayor solicitud para favorecer los grados intermedios en el mayor número posible. Naturalmente esta necesidad de crear la más amplia base posible para la selección y elaboración de las más altas calificaciones intelectuales —esto es, de dar a la alta cultura y a la técnica superior una estructura democrática— no carece de inconvenientes: se crea así la posibilidad de vastas crisis de desocupación de los estratos medios

intelectuales, tal como de hecho sucede en todas las sociedades modernas.)

Hay que señalar que la elaboración de estratos intelectuales en la realidad concreta no ocurre sobre un terreno democrático abstracto, sino según procesos históricos tradicionales muy concretos. Se han formado estratos que tradicionalmente "producen" intelectuales y son los mismos que de costumbre están especializados en el "ahorro", o sea la pequeña y mediana burguesía terrateniente y algunos estratos de la pequeña y mediana burguesía urbana. La diversa distribución de los diversos tipos de escuelas (clásicas y profesionales) en el territorio "económico" y las diversas aspiraciones de las varias categorías de estos estratos, determinan o dan forma a la producción de las diversas ramas de especialización intelectual. Así, en Italia, la burguesía rural produce especialmente funcionarios estatales y profesionistas libres, mientras que la burguesía citadina produce técnicos para la industria; y por eso Italia septentrional produce especialmente técnicos e Italia meridional especialmente funcionarios y profesionistas.

La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es inmediata, como sucede para los grupos sociales fundamentales, sino que es "mediada", en diverso grado, por todo el tejido social, por el conjunto de las superestructuras, de las que, precisamente, los intelectuales son los "funcionarios". Podría medirse la "organicidad" de los diversos estratos intelectuales, su más o menos estrecha conexión con un grupo social fundamental, estableciendo una gradación de las funciones y de las superestructuras desde abajo hacia arriba (desde la base estructural para arriba). Es posible, por ahora, establecer dos grandes "planos" superestructurales, el que se puede llamar de la "sociedad civil", o sea del conjunto de organismos vulgarmente llamados "privados", y el de la "sociedad política o Estado" y que corresponden a la función de "hegemonía" que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y al de "dominio directo" o de mando que se expresa en el Estado y en el gobierno "jurídico". Estas funciones son precisamente organizativas y conectivas. Los intelectuales son los "encargados" por el grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, esto es: 1] del consenso "espontáneo" dado por las grandes masas de la población a la orientación imprimida a la vida social por el grupo dominante fundamental, consenso que nace "históricamente" del prestigio (y por lo tanto de la confianza) derivado por el grupo dominante de su posición y de su función en el mundo de la producción; 2] del aparato de coerción estatal que asegura "legalmente" la disciplina de aquellos grupos que no "consienten" ni activa ni pasivamente, pero que está constituido por toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis en el mando y en la dirección en que el consenso espontáneo viene a faltar. Este planteamiento

* En el manuscrito: "de la".

del problema da como resultado una extensión muy grande del concepto de intelectual, pero sólo así es posible llegar a una aproximación concreta de la realidad. Este modo de plantear la cuestión choca contra prejuicios de casta: es verdad que la misma función organizativa de la hegemonía social y del dominio estatal da lugar a una cierta división del trabajo y por lo tanto a toda una gradación de calificaciones, en algunas de las cuales no aparece ya ninguna atribución directiva y organizativa: en el aparato de dirección social y estatal existe toda una serie de empleos de carácter manual e instrumental (de orden y no de concepto, de agente y no de oficial o de funcionario, etcétera), pero evidentemente hay que hacer esta distinción, igual que habrá que hacer también algunas otras. De hecho la actividad intelectual debe ser diferenciada en grados incluso desde el punto de vista intrínseco, grados que en los momentos de extrema oposición dan una auténtica diferencia cualitativa: en el escalón más elevado habrá que poner a los creadores de las diversas ciencias, de la filosofía, del arte, etcétera; en el más bajo a los más humildes "administradores" y divulgadores de la riqueza intelectual ya existente, tradicional, acumulada. El organismo militar, también en este caso, ofrece un modelo de estas complejas graduaciones: oficiales subalternos, oficiales superiores. Estado mayor; y no hay que olvidar a los graduados de tropa, cuya importancia real es superior a lo que suele pensarse. Es interesante notar que todas estas partes se sienten solidarias e incluso que los estratos inferiores manifiestan un espíritu de cuerpo más marcado y extraen del mismo una jactancia que a menudo los expone a pullas y chanzas.

En el mundo moderno, la categoría de los intelectuales, así entendida, se ha ampliado de forma inaudita. Han sido elaboradas por el sistema social democrático-burocrático masas imponentes, no todas ellas justificadas por las necesidades sociales de la producción, aunque sí justificadas por las necesidades políticas del grupo dominante fundamental. De ahí la concepción loriana del "trabajador" improductivo (¿pero improductivo con referencia a quién y a qué modo de producción?), que podría en parte justificarse si se toma en cuenta que estas masas explotan su posición para hacerse asignar tajadas ingentes de la renta nacional. La formación de masas ha estandarizado a los individuos tanto como calificación individual y como psicología, determinando los mismos fenómenos que en todas las demás masas estandarizadas: competencia que plantea la necesidad de la organización profesional de defensa, desocupación, superproducción escolar, emigración, etcétera.

Diversa posición de los intelectuales de tipo urbano y de tipo rural.² Los intelectuales de tipo urbano han crecido junto con la industria y están ligados a su destino. Su función puede ser parangonada con la de los oficiales subalternos en el ejército: no tienen ninguna iniciativa autónoma para construir los planes de construcción; ponen en relación, articulándola,

la masa instrumental con el empresario, elaboran la ejecución inmediata del plan de producción establecido por el estado mayor de la industria, controlando sus fases laborales elementales. En su media general, los intelectuales urbanos están muy estandarizados; los altos intelectuales urbanos se confunden siempre con el auténtico estado mayor industrial.

Los intelectuales de tipo rural son en gran parte "tradicionales", o sea ligados a la masa social campesina y pequeñoburguesa, de ciudad (especialmente de los centros menores), todavía no elaborada y puesta en movimiento por el sistema capitalista: este tipo de intelectual pone en contacto a la masa campesina con la administración estatal o local (abogados, notarios, etcétera) y por esta misma función tiene una gran función político-social, porque la mediación profesional es difícilmente separable de la mediación política. Además: en el campo el intelectual (cura, abogado, maestro, notario, médico, etcétera) tiene un nivel de vida medio superior o al menos distinto del correspondiente al campesino medio y por ello representa para éste un modelo social en la aspiración a salir de su condición y mejorarla. El campesino piensa siempre que al menos uno de sus hijos podría llegar a ser intelectual (especialmente cura), o sea convertirse en un señor, elevando el grado social de la familia y facilitando su vida económica con las afinidades que no podrá dejar de tener con los otros señores. La actitud del campesino con respecto al intelectual es dual y parece contradictoria: admira la posición social del intelectual y en general del empleado estatal, pero en ocasiones finge despreciarla, o sea que su admiración está teñida instintivamente de elementos de envidia y rabia apasionada. No se comprende nada de la vida colectiva de los campesinos y de los gérmenes y fermentos de desarrollo que en ella existen si no se toma en consideración, si no se estudia en concreto y no se profundiza, esta subordinación efectiva a los intelectuales: todo desarrollo orgánico de las masas campesinas, hasta cierto punto, está vinculado a los movimientos de los intelectuales y depende de ellos.

Otro es el caso de los intelectuales urbanos: los técnicos de fábrica no explican ninguna función política sobre sus masas instrumentales, o al menos ésta es una fase ya superada; a veces ocurre precisamente lo contrario, que las masas instrumentales, al menos a través de sus propios intelectuales orgánicos, ejercen una influencia política sobre los técnicos.

El punto central de la cuestión sigue siendo la distinción entre intelectuales como categoría orgánica de todo grupo social fundamental, e intelectuales como categoría tradicional; distinción de la que brota toda una serie de problemas y de posibles investigaciones históricas. El problema más interesante es el que concierne, si se considera desde este punto de vista, al partido político moderno, sus orígenes reales, sus desarrollos, sus formas. ¿Qué viene a ser el partido político por lo que toca al problema de los intelectuales? Hay que hacer algunas distinciones: 1) para

Cuaderno nº 12, párrafo 1: Los intelectuales son un grupo socialmente...

algunos grupos sociales el partido político no es otra cosa que el modo propio de elaborar su propia categoría de intelectuales orgánicos, que se forman así y no pueden dejar de formarse, dadas las características generales y las condiciones de formación, de vida y desarrollo del grupo social dado, directamente en el campo político y filosófico y no ya en el campo de la técnica productiva (en el campo de la técnica productiva se forman aquellos estratos que puede decirse corresponden a los "graduados de tropa" en el ejército, o sea los obreros calificados y especializados en la ciudad y en forma más compleja los medieros^a y colonos en el campo, porque el mediero y el colono en general corresponden más bien al tipo artesano, que es el obrero calificado de una economía medieval); 2] el partido político, para todos los grupos, es precisamente el mecanismo que en la sociedad civil cumple la misma función que cumple el Estado, en medida más vasta y más sintéticamente, en la sociedad política, o sea que procura la fusión entre intelectuales orgánicos de un dado grupo, el dominante, e intelectuales tradicionales, y esta función el partido la cumple precisamente en dependencia de su función fundamental que es la de elaborar sus propios componentes, elementos de un grupo social nacido y desarrollado como "económico", hasta hacerlos convertirse en intelectuales políticos calificados, dirigentes, organizadores de todas las actividades y las funciones inherentes al desarrollo orgánico de una sociedad integral, civil y política. Puede decirse incluso que, en su ámbito, el partido político cumple su función mucho más cumplida y orgánicamente de lo que el Estado cumple la suya en un ámbito más vasto: un intelectual que entra a formar parte del partido político de un determinado grupo social, se confunde con los intelectuales orgánicos del grupo mismo, se liga estrechamente al grupo, lo que no sucede a través de la participación en la vida estatal sino mediocrementemente y a veces de ningún modo. También sucede que muchos intelectuales creen que ellos son el Estado, creencia que, dada la masa imponente de la categoría, a veces tiene consecuencias notables y lleva a complicaciones desagradables para el grupo económico fundamental que realmente es el Estado.

Que todos los miembros de un partido político deban ser considerados como intelectuales es una afirmación que puede prestarse a la burla y a la caricatura; no obstante, si se reflexiona, nada es más exacto. Habrá que hacer distinciones de grados, un partido podrá tener una mayor o menor composición del grado más alto o del más bajo, no es eso lo que importa: importa la función que es directiva y organizativa, o sea educativa, o sea intelectual. Un comerciante no entra a formar parte de un partido político para hacer comercio, ni un industrial para producir más a costos reducidos, ni un campesino para aprender nuevos métodos de cultivar la tierra, aunque algunos aspectos de estas exigencias del comerciante, del

^a En el manuscrito: "con los medieros".

industrial, del campesino puedan hallar satisfacción en el partido político (la opinión general contradice lo anterior, afirmando que el comerciante, el industrial, el campesino "politiqueros" pierden en vez de ganar, y son los peores de su categoría, lo cual puede discutirse). Para estos fines, dentro de ciertos límites, existe el sindicato profesional en el que la actividad económico-corporativa del comerciante, del industrial, del campesino, encuentra su cuadro más adecuado. En el partido político los elementos de un grupo social económico superan este momento de su desarrollo histórico y se convierten en agentes de actividades generales, de carácter nacional e internacional. Esta función del partido político debería aparecer mucho más clara después de un análisis histórico concreto de cómo se han desarrollado las categorías orgánicas y las categorías tradicionales de los intelectuales tanto en el terreno de las diversas historias nacionales como en el del desarrollo de los diversos grupos sociales más importantes, en el cuadro de las diversas naciones, especialmente en aquellos grupos cuya actividad económica ha sido predominantemente instrumental.

La formación de los intelectuales tradicionales es el problema histórico más interesante. Está ciertamente vinculado a la esclavitud del mundo clásico y a la posición de los libertos de origen griego y oriental en la organización social del Imperio romano. Esta separación no sólo social sino nacional, de raza, entre masas notables de intelectuales y la clase dominante del Imperio romano se reproduce después de la caída del Imperio entre guerreros germánicos e intelectuales de origen romanizado, continuadores de la categoría de los libertos. Se entrelaza con estos fenómenos el nacimiento y desarrollo del catolicismo y la organización eclesiástica que durante muchos siglos absorbió la mayor parte de las actividades intelectuales y ejerció el monopolio de la dirección cultural, con sanciones penales para quienes quisieran oponerse o incluso eludir el monopolio. En Italia se da el fenómeno, más o menos intenso según las épocas, de la función cosmopolita de los intelectuales de la península. Mencionaré las diferencias que saltan inmediatamente a la vista en el desarrollo de los intelectuales en toda una serie de países, al menos las más notables, con la advertencia de que estas observaciones deberán ser controladas y profundizadas (por lo demás, todas estas notas deben ser consideradas simplemente como apuntes y temas para la memoria, que deben ser controladas y profundizadas):

Para Italia el hecho central es precisamente la función internacional y cosmopolita de sus intelectuales, que es causa y efecto del estado de disgregación en que permaneció la península desde la caída del Imperio romano hasta 1870.

Francia ofrece un tipo logrado de desarrollo armónico de todas las energías nacionales y especialmente de las categorías intelectuales; cuando en 1789 un nuevo agrupamiento social aflora políticamente a la historia,

parágrafo 1: Los intelectuales son un grupo socialmente...

4º

está completamente equipado para todas sus funciones sociales y por ello lucha por el dominio total de la nación, sin entrar en compromisos especiales con las viejas clases, sino por el contrario subordinándolas a sus propios fines. Las primeras células intelectuales del nuevo tipo nacen con las primeras células económicas: la misma organización eclesiástica resulta influida (galicismo, luchas muy precoces entre la Iglesia y el Estado). Esta masiva construcción intelectual explica la función de la cultura francesa en los siglos XVIII y XIX, función de irradiación internacional y cosmopolita y de expansión de carácter imperialista y hegemónico de modo orgánico, por lo tanto muy distinta de la italiana, de carácter inmigratorio personal y disgregado, que no refluye sobre la base nacional para potenciarla sino que por el contrario coopera a hacer imposible la constitución de una sólida base nacional.

En Rusia diversos aspectos: la organización política y económico-comercial es creada por los normandos (variegos), la religiosa por los griegos bizantinos; en un segundo tiempo los alemanes y los franceses llevan a Rusia la experiencia europea y dan un primer esqueleto consistente a la gelatina histórica rusa. Las fuerzas nacionales son inertes, pasivas y receptivas, pero seguramente por eso mismo asimilan completamente las influencias extranjeras y a los mismos extranjeros, rusificándolos. En el periodo histórico más reciente ocurre el fenómeno inverso: una élite de personas entre las más activas, enérgicas, emprendedoras y disciplinadas, emigra al extranjero, asimila la cultura y las experiencias históricas de los países más avanzados de Occidente, sin por ello perder las características más esenciales de su propia nacionalidad, esto es, sin romper los vínculos sentimentales e históricos con su propio pueblo; hecho así su aprendizaje intelectual, regresa a su país, obligando al pueblo a un forzado despertar, a una marcha acelerada, hacia adelante, quemando etapas. La diferencia entre esta élite y la alemana importada (por Pedro el Grande, por ejemplo) consiste en su carácter esencial nacional-popular: no puede ser asimilada por la pasividad inerte del pueblo ruso, porque ella misma es una enérgica reacción rusa a su propia inercia histórica.

En otro terreno y en muy distintas condiciones de tiempo y lugar, este fenómeno ruso puede parangonarse con el nacimiento de la nación norteamericana (Estados Unidos): los inmigrantes anglosajones son también ellos una élite intelectual, pero especialmente moral. Naturalmente queremos referirnos a los primeros inmigrantes, a los pioneros, protagonistas de las luchas religiosas y políticas inglesas, derrotados, pero no humillados ni deprimidos en su patria de origen. Ellos importan a América, con ellos mismos, además de la energía moral y volitiva, un cierto grado de civilización, una cierta fase de la evolución histórica europea, que trasplantada al suelo virgen americano por tales agentes, continúa desarrollando las fuerzas implícitas en su naturaleza pero con un ritmo incomparablemente

más rápido que en la vieja Europa, donde existe toda una serie de frenos (morales intelectuales políticos económicos, incorporados en determinados grupos de la población, reliquias de los regímenes pasados que no quieren desaparecer) que se oponen a un proceso rápido y equilibran en la mediocridad toda iniciativa, diluyéndola en el tiempo y en el espacio.

En Inglaterra el desarrollo es muy distinto que en Francia. El nuevo agrupamiento social nacido sobre la base del industrialismo moderno, tiene un sorprendente desarrollo económico-corporativo, pero avanza a tientas en el campo intelectual-político. Muy vasta la categoría de los intelectuales orgánicos, esto es, nacidos en el mismo terreno industrial con el grupo económico, pero en la esfera más elevada encontramos conservada la posición de casi monopolio de la vieja clase terrateniente, que pierde la supremacía económica pero conserva durante largo tiempo una supremacía político-intelectual y es asimilada como "intelectuales tradicionales" y estrato dirigente por el nuevo grupo en el poder. La vieja aristocracia terrateniente se une a los industriales con un tipo de estructura que en otros países es precisamente el que une a los intelectuales tradicionales a las nuevas clases dominantes.

El fenómeno inglés se presentó también en Alemania, complicado por otros elementos históricos y tradicionales. Alemania, como Italia, fue la sede de una institución y de una ideología universalista, supranacional (Sacro Romano Imperio de la Nación alemana) y dio una cierta cantidad de personal a la cosmópolis medieval, depauperando sus propias energías internas y suscitando luchas que derivaban de los problemas de organización nacional y mantenían la disgregación territorial de la Edad Media. El desarrollo industrial se produjo bajo una apariencia semifeudal que duró hasta noviembre de 1918 y los *junkers* mantuvieron una supremacía político-intelectual mucho mayor que la del mismo grupo inglés. Ellos fueron los intelectuales tradicionales de los industriales alemanes, pero con especiales privilegios y con una fuerte conciencia de ser un grupo social independiente, basada en el hecho de que ejercían un notable poder económico sobre la tierra, más "productiva" que en Inglaterra. Los *junkers* prusianos se parecen a una casta sacerdotal-militar, que tiene un casi monopolio de las funciones directivas-organizativas en la sociedad política, pero que tiene al mismo tiempo una base económica propia y no depende exclusivamente de la liberalidad del grupo económico dominante. Por otra parte, a diferencia de los nobles terratenientes ingleses, los *junkers* constituían la oficialidad de un gran ejército permanente, lo que les daba cuadros organizativos sólidos, favorables a la conservación del espíritu de cuerpo y del monopolio político (en el libro *Parlamento e governo nel nuovo ordinamento della Germania* de Max Weber³ se pueden hallar muchos elementos para ver cómo el monopolio político de los nobles impidió la elaboración de un personal político burgués vasto y expe-

rimentado y cómo se encuentra en la base de las corrientes... tarias y de la disgregación de los partidos liberales y democráticos; de ahí la importancia del Centro Católico y de la socialdemocracia, que en el periodo imperial lograron elaborar su propio estrato parlamentario y directivo bastante notable).

En los Estados Unidos debe observarse la ausencia, en cierta medida, de los intelectuales tradicionales y por lo tanto el diverso equilibrio de los intelectuales en general. Se dio una formación masiva sobre la base industrial de todas las superestructuras modernas. La necesidad de un equilibrio no es dada por el hecho de que hay que fusionar a los intelectuales orgánicos con los tradicionales que no existen como categoría cristalizada y misonista, sino por el hecho de que hay que fusionar en un único crisol nacional de cultura unitaria tipos de culturas distintas traídas por los inmigrantes de diversos orígenes nacionales. La falta de una vasta sedimentación de intelectuales tradicionales, como la que se dio en los países de antigua civilización, explica en parte, tanto la existencia de dos únicos grandes partidos políticos, que en realidad podrían fácilmente reducirse a uno solo (cfr. no sólo con la Francia de la posguerra, cuando la multiplicación de los partidos se convirtió en fenómeno general) y al contrario la multiplicación ilimitada de las sectas religiosas (me parece que se han catalogado más de doscientas; cfr. con Francia y con las encarnizadas luchas sostenidas para mantener la unidad religiosa y moral del pueblo francés).

Una manifestación interesante está todavía por estudiarse en los Estados Unidos y es la formación de un número sorprendente de intelectuales negros, que absorben la cultura y la técnica americana. Puede pensarse en la influencia indirecta que estos intelectuales negros pueden ejercer sobre las masas atrasadas de África y en la influencia directa si se verificase una de estas hipótesis: 1] que el expansionismo norteamericano se sirva de los negros nacionales como agentes para conquistar los mercados africanos y extender a éstos su propio tipo de civilización (algo parecido ha ocurrido ya, pero ignoro en qué medida); 2] que las luchas por la unificación del pueblo americano se agudicen en tal medida que determinen el éxodo de los negros y el retorno a África de los elementos intelectuales más independientes y enérgicos y por lo tanto menos propensos a someterse a una posible legislación todavía más humillante que las costumbres actualmente vigentes. Nacerían de ahí dos cuestiones fundamentales: 1] de la lengua, o sea ¿podría el inglés convertirse en la lengua culta de África, unificadora de la existente multiplicidad de dialectos? 2] la de si este estrato intelectual puede tener la capacidad asimiladora y organizadora en tal medida que llegue a convertir en "nacional" el actual sentimiento primitivo de raza despreciada, elevando al continente africano al mito y a la función de patria común de todos los negros. Me parece que,

por ahora, los negros de America deben de tener un sentimiento nacional más negativo que positivo, esto es, suscitado por la lucha que los blancos conducen para aislarlos y aplastarlos: ¿pero no fue éste el caso de los judíos hasta terminar el siglo XVIII? La Liberia ya americanizada y con el inglés como lengua oficial podría convertirse en la Sión de los negros americanos, con la tendencia a constituirse en el Piemonte africano.

En la América meridional y central la cuestión de los intelectuales me parece que debe examinarse tomando en cuenta estas condiciones fundamentales: tampoco en la América meridional y central existe una vasta categoría de intelectuales tradicionales, pero la cosa no se presenta en los mismos términos de los Estados Unidos. En efecto, encontramos en la base del desarrollo de estos países los cuadros de las civilizaciones española y portuguesa de los siglos XVI y XVII, caracterizada por la Contrarreforma y el militarismo parasitario. Las cristalizaciones resistentes todavía hoy en estos países son el clero y una casta militar, dos categorías de intelectuales tradicionales fosilizadas en la forma de la madre patria europea. La base industrial es muy restringida y no ha desarrollado superestructuras complicadas: la mayor cantidad de intelectuales es de tipo rural y puesto que domina el latifundio, con extensas propiedades eclesiásticas, estos intelectuales están vinculados al clero y a los grandes propietarios. La composición nacional es muy desequilibrada incluso entre los blancos, pero se complica por las masas notables de indios que en algunos países son la mayoría de la población. Puede decirse en general que en estas regiones americanas existe aún una situación de Kulturkampf y de proceso Dreyfus, o sea una situación en la que el elemento laico y burgués no ha alcanzado aun la fase de la subordinación a la política laica del Estado moderno de los intereses y de la influencia clerical y militarista. Así sucede que por oposición al jesuitismo tiene todavía mucha influencia la masonería y el tipo de organización cultural como la "Iglesia positivista". Los acontecimientos de estos últimos tiempos (noviembre de 1930), desde el Kulturkampf de Calles en México a las insurrecciones militares-populares en la Argentina, en el Brasil, en el Perú, en Chile, en Bolivia, demuestran precisamente la exactitud de estas observaciones.

Otros tipos de formación de las categorías intelectuales y de sus relaciones con las fuerzas nacionales se pueden encontrar en la India, en la China, en el Japón. En el Japón tenemos una formación del tipo inglés y alemán, o sea de una civilización industrial que se desarrolla dentro de una envoltura feudal-burocrática con características propias inconfundibles.

En la China existe el fenómeno de la escritura, expresión de la completa separación de los intelectuales y el pueblo. En la India y en la China la enorme distancia entre los intelectuales y el pueblo se manifiesta también en el campo religioso. El problema de las diversas creencias y del

modo diverso de concebir y practicar la misma religión entre los diversos estratos de la sociedad, pero especialmente entre clero e intelectuales y pueblo, debería ser estudiado en general, porque se manifiesta en todas partes en cierta medida, si bien en los países del Asia oriental tiene sus manifestaciones más extremas. En los países protestantes la diferencia es relativamente pequeña (la multiplicación de las sectas está ligada a la exigencia de una sutura completa entre intelectuales y pueblo, lo cual reproduce en la esfera de la organización superior todas las escabrosidades de la concepción real de las masas populares). Es muy notable en los países católicos, pero en grados diversos: menos grande en la Alemania católica y en Francia, más grande en Italia, especialmente en el Mediodía y en las islas; grandísima en la península ibérica y en los países de la América latina. El fenómeno aumenta de volumen en los países ortodoxos en los que hay que hablar de tres grados de la misma religión: el del alto clero y los monjes, el del clero secular y el del pueblo. Se vuelve absurdo en el Asia oriental, donde la religión del pueblo a menudo no tiene nada que ver con la de los libros, por más que a ambas se les dé el mismo nombre.

Aspectos diversos de la cuestión de los intelectuales, además de los arriba mencionados. Hay que realizar un plan orgánico, sistemático y razonado. Registro de la actividad de carácter predominantemente intelectual. Instituciones ligadas a la actividad cultural. Método y problemas de método del trabajo intelectual y cultural, tanto creativo como divulgativo. Escuela, academia, círculos de diverso tipo como instituciones de elaboración colegial de la vida cultural. Revistas y periódicos como medios para organizar y difundir determinados tipos de cultura.

Puede observarse en general que en la civilización moderna todas las actividades prácticas se han vuelto tan complejas y las ciencias se han entrelazado a tal punto con la vida, que toda actividad práctica tiende a crear una escuela para sus propios dirigentes y especialistas y por consiguiente a crear un grupo de intelectuales especialistas de grado más elevado, que enseñen en estas escuelas. Así, junto al tipo de escuela que se podría llamar "humanista", y es el tradicional más antiguo, y que estaba orientada a desarrollar en todo individuo humano la cultura general todavía indiferenciada, la potencia fundamental de pensar y saber dirigirse en la vida, se ha ido creando todo un sistema de escuelas particulares de diverso grado, para ramas profesionales enteras o para profesiones ya especializadas e indicadas con precisa identificación. Puede incluso decirse que la crisis escolar que hoy nos amenaza está precisamente ligada al hecho de que este proceso de diferenciación y particularización se produce caóticamente, sin principios claros y precisos, sin un plan bien estudiado y conscientemente establecido: la crisis del programa y de la organización esco-

lar, o sea de la orientación general de una política de formación de los modernos cuadros intelectuales, es en gran parte un aspecto y una complicación de la crisis orgánica más amplia y general. La división fundamental de la escuela en clásica y profesional era un esquema racional: la escuela profesional para las clases instrumentales, la clásica para las clases dominantes y para los intelectuales. El desarrollo de la base industrial tanto en la ciudad como en el campo tenía una creciente necesidad del nuevo tipo de intelectual urbano; se desarrolló, junto a la escuela clásica, la escuela técnica (profesional pero no manual), lo que puso en discusión el principio mismo de la orientación concreta de cultura general, de la orientación humanista de la cultura general fundada sobre la tradición grecorromana. Esta orientación, una vez puesta en discusión, puede considerarse arruinada, porque su capacidad formativa se basaba en gran parte en el prestigio general y tradicionalmente indiscutido de una determinada forma de civilización.

Hoy la tendencia es la de abolir todo tipo de escuela "desinteresada" (no inmediatamente interesada) y "formativa" o de dejar de ella sólo un ejemplar reducido para una pequeña élite de señores y damas que no tienen que pensar en prepararse un futuro profesional, y la de difundir cada vez más las escuelas profesionales especializadas en las que el destino del alumno y su futura actividad se hallan predeterminadas. La crisis tendrá una solución que racionalmente debería seguir esta línea: escuela única inicial de cultura general, humanista, formativa, que equilibre justamente el desarrollo de las capacidades de trabajar manualmente (técnicamente, industrialmente) y el desarrollo de las capacidades del trabajo intelectual. De este tipo de escuela única, a través de experiencias repetidas de orientación profesional, se pasará a una de las escuelas especializadas o al trabajo productivo.

Debe tenerse presente la tendencia en desarrollo por la que toda actividad práctica tiende a crearse su propia escuela especializada, así como cada actividad intelectual tiende a crearse sus propios círculos de cultura, que asumen la función de instituciones posescolares especializadas para organizar las condiciones en las que sea posible mantenerse al corriente de los progresos que se realizan en cada rama científica. Se puede observar también que cada vez más los órganos deliberantes tienden a distinguir su actividad en dos aspectos "orgánicos", la deliberativa que les es esencial y la técnica-cultural por la que las cuestiones acerca de las que hay que tomar resoluciones son primero examinadas por expertos y analizadas científicamente. Esta actividad ha creado ya todo un cuerpo burocrático de una nueva estructura, porque además de los oficios especializados de competentes que preparan el material técnico para los cuerpos deliberantes, se crea un segundo cuerpo de funcionarios, más o menos "voluntarios" y desinteresados, elegidos según las ocasiones en la industria, en la

banca, en las finanzas. Es éste uno de los mecanismos a través de los cuales la burocracia de carrera acabó por controlar los regímenes democráticos y parlamentarios; ahora el mecanismo se va extendiendo orgánicamente y absorbe en su círculo a los grandes especialistas de la actividad práctica privada, que así controla tanto a los regímenes como a la burocracia. Puesto que se trata de un desarrollo orgánico necesario que tiende a integrar el personal especializado en la técnica política con personal especializado en las cuestiones concretas de administración de las actividades prácticas esenciales de las grandes y complejas sociedades nacionales modernas, todo intento de exorcizar estas tendencias desde el exterior no produce otro resultado que prédicas moralistas y gemidos retóricos. Se plantea la cuestión de modificar la preparación del personal técnico político integrando su cultura según las nuevas necesidades, y la de elaborar nuevos tipos de funcionarios especializados que colegialmente integren la actividad deliberante. El tipo tradicional del "dirigente" político, preparado sólo para las actividades jurídico-formales, se vuelve anacrónico y representa un peligro para la vida estatal: el dirigente debe tener aquel mínimo de cultura general técnica que le permita, si no "crear" autónomamente la solución justa, sí saber juzgar entre las soluciones presentadas por los expertos y elegir en consecuencia la que es justa desde el punto de vista "sintético" de la técnica política. Un tipo de colegio deliberante que busca incorporarse la competencia técnica necesaria para operar realísticamente fue ya descrito en otro lugar,⁴ donde se habla de lo que sucede en las redacciones de ciertas revistas, que funcionan al mismo tiempo como redacciones y como círculos de cultura. El círculo critica colegialmente y contribuye así a elaborar los trabajos de los redactores, cuyas tareas están organizadas según un plan y una división del trabajo racionalmente dispuesta. A través de la discusión y la crítica colegial (hecha de sugerencias, consejos, indicaciones metodológicas, crítica constructiva y orientada a la educación recíproca) por la que cada uno funciona como especialista en su materia para integrar la competencia colectiva, en realidad se consigue elevar el nivel medio de los redactores, para alcanzar la elevación o la capacidad del más preparado, asegurando a la revista una colaboración cada vez más elegida y orgánica, y no sólo eso, sino creando las condiciones para el surgimiento de un grupo homogéneo de intelectuales preparado para producir una actividad "librera" regular y metódica (no sólo de publicaciones de ocasión y de ensayos parciales, sino de trabajos orgánicos de conjunto). Indudablemente, en esta especie de actividad colectiva, cada trabajo produce nuevas capacidades y posibilidades de trabajo, porque crea condiciones de trabajo cada vez más orgánicas: ficheros, clasificaciones bibliográficas, recopilación de obras especializadas fundamentales, etcétera. Se exige una lucha rigurosa contra las tendencias al diletantismo, a la improvisación, a las soluciones "oratorias" y declamatorias. El trabajo

debe hacerse especialmente por escrito, así como por escrito deben ser las críticas, en notas apretadas y sucintas, lo que puede obtenerse distribuyendo a tiempo el material, etcétera; el escribir las notas y las críticas es un principio didáctico que se hace necesario por la necesidad de combatir los hábitos de proflijidad, de la declamación y el paralogismo creados por la oratoria. Este tipo de trabajo intelectual es necesario para hacer adquirir a los autodidactos la disciplina de los estudios que procura una carrera escolar regular, para taylorizar el trabajo intelectual. Así, es útil el principio de los "ancianos de Santa Zita" del que habla De Sanctis en sus recuerdos sobre la escuela napolitana de Basilio Puoti:⁵ o sea que es útil una cierta "estratificación" de las capacidades y actitudes y la formación de grupos de trabajo bajo la guía de los más expertos y avanzados, que aceleren la preparación de los más atrasados y toscos.

Un punto importante en el estudio de la organización práctica de la escuela unitaria es el que concierne a la carrera escolar en sus diversos grados conforme a la edad y al desarrollo intelectual-moral de los alumnos y a los fines que la propia escuela quiere alcanzar. La escuela unitaria o de formación humanista (entendido este término de humanismo en sentido amplio y no sólo en el sentido tradicional) o de cultura general, debería proponerse introducir en la actividad social a los jóvenes después de haberlos conducido a cierto grado de madurez y capacidad para la creación intelectual y práctica y de autonomía en la orientación y en la iniciativa. El establecimiento de la edad escolar obligatoria depende de las condiciones económicas generales, porque éstas pueden obligar a exigir a los jóvenes y a los niños cierta aportación productiva inmediata. La escuela unitaria exige que el Estado pueda asumir los gastos que hoy están a cargo de las familias para el mantenimiento de los escolares, o sea que transforma el balance del Ministerio de Educación nacional de arriba a abajo, extendiéndolo en forma inaudita y complicándolo: toda la función de la educación y formación de las nuevas generaciones pasa a ser de privada, pública, porque sólo así puede abarcar a todas las generaciones sin divisiones de grupos o castas. Pero esta transformación de la actividad escolar exige una ampliación inaudita de la organización práctica de la escuela, o sea de los edificios, del material científico, del cuerpo docente, etcétera. El cuerpo de docentes especialmente debería ser aumentado, porque la eficiencia de la escuela es tanto mayor y más intensa cuanto más pequeña es la relación entre maestro y alumnos, lo que plantea otros problemas de no fácil ni rápida solución. Tampoco la cuestión de los edificios es sencilla, porque este tipo de escuela debería ser una escuela-colegio, con dormitorios, refectorios, bibliotecas especializadas, salas adecuadas para el trabajo de seminario, etcétera. Por eso inicialmente el nuevo tipo de escuela deberá y no podrá ser sino propia de grupos restringidos, de jóvenes seleccionados por concurso o indicados bajo su responsa-

bilidad por instituciones idóneas. La escuela unitaria debería corresponder al periodo representado hoy por las elementales y las medias, reorganizadas no sólo por lo que toca al contenido y al método de la enseñanza, sino también por la disposición de los diversos grados de la carrera escolar. El primer grado elemental no debería ser de más de 3-4 años y junto a la enseñanza de las primeras nociones "instrumentales" de la instrucción —leer, escribir, hacer cuentas, geografía, historia— debería desarrollar especialmente la parte hoy descuidada de los "derechos y deberes", o sea las primeras nociones del Estado y de la sociedad, como elementos primordiales de una nueva concepción del mundo que entra en lucha contra las concepciones dadas por los diversos ambientes sociales tradicionales, o sea las concepciones que se pueden llamar folklóricas. El problema didáctico a resolver es el de atemperar y fecundar la orientación dogmática que no puede ser otra en estos primeros años. El resto del curso no debería durar más de seis años, de modo que a los 15-16 años se debería poder cumplir todos los grados de la escuela unitaria. Se puede objetar que semejante curso es demasiado fatigoso por su rapidez, si se quieren efectivamente alcanzar los resultados que la actual organización de la escuela clásica se propone pero no alcanza. Se puede decir, sin embargo, que el conjunto de la nueva organización deberá contener en sí misma los elementos generales por los que hoy, al menos para una parte de los alumnos, el curso es por el contrario demasiado lento. ¿Cuáles son estos elementos? En una serie de familias, especialmente de los estratos intelectuales, los niños encuentran en la vida familiar una preparación, una prolongación y una integración de la vida escolar, absorben, como suele decirse, del "aire" toda una cantidad de nociones y actitudes que facilitan la carrera escolar propiamente dicha: ellos conocen ya y desarrollan el conocimiento de la lengua literaria, o sea el medio de expresión y de conocimiento, técnicamente superior a los medios poseídos por la media de la población escolar desde los seis a los doce años. Así los alumnos de la ciudad, por el solo hecho de vivir en la ciudad, han absorbido ya antes de los seis años una cantidad de nociones y actitudes que hacen más fácil, más provechosa y más rápida la carrera escolar. En la organización íntima de la escuela unitaria deben crearse al menos las principales de estas condiciones, además del hecho, que es de suponer, de que paralelamente a la escuela unitaria se desarrolle una red de asilos de infancia y otras instituciones en las que, incluso antes de la edad escolar, los niños sean habituados a cierta disciplina colectiva y adquieran nociones y actitudes preescolares. De hecho, la escuela unitaria debería ser organizada como colegio, con vida colectiva diurna y nocturna, liberada de las actuales formas de disciplina hipócrita y mecánica, y el estudio debería hacerse colectivamente, con la asistencia de los maestros y de los mejores alumnos, incluso en las horas de aplicación llamada individual, etcétera.

El problema fundamental se plantea para aquella fase de la actual carrera escolar que hoy está representada por el liceo y que hoy no se diferencia en nada, como tipo de enseñanza, de las clases precedentes, a no ser por la suposición abstracta de una mayor madurez intelectual y moral del alumno conforme a la edad mayor y a la experiencia precedentemente acumulada. De hecho, entre liceo y universidad, esto es, entre la escuela propiamente dicha y la vida, hay un salto, una verdadera solución de continuidad, no un paso racional de la cantidad (edad) a la calidad (madurez intelectual y moral). De la enseñanza casi puramente dogmática, en la que la memoria tiene gran parte, se pasa a la fase creativa o de trabajo autónomo e independiente: de la escuela con disciplina de estudio impuesta y controlada autoritariamente se pasa a una fase de estudio y trabajo profesional en la que la autodisciplina intelectual y la autonomía moral es teóricamente ilimitada. Y esto sucede inmediatamente después de la crisis de la pubertad, cuando el fuego de las pasiones instintivas y elementales no ha terminado aún de luchar con los frenos del carácter y de la conciencia moral en formación. En Italia, además, donde en las universidades no se halla difundido el principio del trabajo de "seminario", el paso es todavía más brusco y mecánico.

He ahí pues que en la escuela unitaria la fase última debe ser concebida y organizada como la fase decisiva en la que se tiende a crear los valores fundamentales del "humanismo", la autodisciplina intelectual y la autonomía moral necesarias para la ulterior especialización, bien sea de carácter científico (estudios universitarios), bien sea de carácter inmediatamente práctico-productivo (industria, burocracia, organización de cambios, etcétera). El estudio y aprendizaje de los métodos creativos en la ciencia y en la vida debe comenzar en esta última fase de la escuela y no ser más un monopolio de la Universidad o ser dejado al acaso de la vida práctica: esta fase escolar debe ya contribuir a desarrollar el elemento de la responsabilidad autónoma en los individuos, ser una escuela creativa (hay que distinguir entre escuela creativa y escuela activa, incluso en la forma dada por el método Dalton.⁸ Toda la escuela unitaria es escuela activa, si bien es preciso poner límites a las ideologías libertarias en este campo y reivindicar con cierta energía el deber de las generaciones adultas, o sea del Estado, de "confor|mar" a las nuevas generaciones. Se está aún en la fase romántica de la escuela activa, en la que los elementos de la lucha contra la escuela mecánica y jesuítica se han dilatado morbosamente por razones de contraste y de polémica: hay que entrar en la fase "clásica", racional, encontrar en los fines a alcanzar la fuente natural para elaborar los métodos y las formas. La escuela creativa es la coronación de la escuela activa: en la primera fase se tiende a disciplinar, por lo tanto también a nivelar, a obtener una cierta especie de "conformismo" que se puede llamar "dinámico"; en la fase creativa, sobre el fundamento alcan-

zado de "colectivización" del tipo social, se tiende a expandir la personalidad, convertida en autónoma y responsable, pero con una conciencia moral y social sólida y homogénea. Así, escuela creativa no significa escuela de "inventores y descubridores"; se indica una fase y un método de investigación y de conocimiento, y no un "programa" predeterminado con la obligación de la originalidad y de la innovación a toda costa. Indica que el aprendizaje se produce especialmente por un esfuerzo espontáneo y autónomo del estudiante, en el que el maestro ejerce sólo una función de guía amigable como sucede o debería suceder en la Universidad. Descubrir por sí mismos, sin sugerencias y ayudas externas, una verdad, es creación, aunque la verdad sea vieja, y demuestra la posesión del método; indica que de cualquier modo se ha entrado en la fase de madurez intelectual en la que se pueden descubrir verdades nuevas. Por eso en esta fase la actividad escolar fundamental se desarrollará en los seminarios, en las bibliotecas, en los laboratorios experimentales; en ésta se recogerán las indicaciones orgánicas para la orientación profesional).

El advenimiento de la escuela unitaria significa el comienzo de nuevas relaciones entre trabajo intelectual y trabajo industrial no sólo en la escuela, sino en toda la vida social. El principio unitario se reflejará por lo tanto en todos los organismos de cultura, transformándolos y dándoles un nuevo contenido. Problema de la nueva función que podrán asumir las Universidades y las Academias. Hoy estas dos instituciones son independientes la una de la otra y las Academias son el símbolo, a menudo justamente ridiculizado, de la separación existente entre la alta cultura y la vida, entre los intelectuales y el pueblo (de ahí el cierto éxito que tuvieron los futuristas en su primer periodo de *Sturm und Drang* antiacadémico, antitradicionalista, etcétera). En una nueva situación de relaciones entre vida y cultura, entre trabajo intelectual y trabajo industrial, las academias deberían convertirse en la organización cultural (de sistematización, expansión y creación intelectual) de aquellos elementos que después de la escuela unitaria pasarán al trabajo profesional, y en un terreno de encuentro entre ellos y los universitarios. Los elementos sociales empleados en el trabajo profesional no deben caer en la pasividad intelectual, sino que deben tener a su disposición (por iniciativa colectiva y no de individuos aislados, como función social orgánica reconocida de pública necesidad y utilidad) institutos especializados en todas las ramas de investigación y trabajo científico, en los cuales podrán colaborar y en los que encontrarán todos los subsidios necesarios para cualquier forma de actividad cultural que se propongan emprender. La organización académica <deberá ser> reorganizada y vivificada de arriba abajo. Territorialmente tendrá una centralización de competencias y de especializaciones: centros nacionales que se agregarán las grandes instituciones existentes, secciones regionales y provinciales y círculos locales urbanos y rurales. Se seccionará

por competencias científico-culturales, que estarán todas representadas en los centros superiores pero sólo parcialmente en los círculos locales. Unificar los diversos tipos de organización cultural existentes: Academias, Institutos de cultura, círculos filológicos, etcétera, integrando el trabajo académico tradicional, que se explica predominantemente en la sistematización del saber pasado o en el intento de establecer una media del pensamiento nacional como guía de la actividad intelectual, con actividades vinculadas a la vida colectiva, al mundo de la producción y del trabajo. Se controlarán^a las conferencias industriales, la actividad de la organización científica del trabajo, los laboratorios experimentales de fábrica, etcétera. Se construirá un mecanismo para seleccionar y hacer avanzar las capacidades individuales de la masa popular, que hoy son sacrificadas y se debilitan en errores y tentativas sin salida. Cada círculo local debería tener necesariamente la sección de ciencias morales y políticas, y poco a poco organizará las otras secciones especiales para discutir los aspectos técnicos de los problemas industriales, agrarios, de organización y racionalización del trabajo, de fábrica, agrícola, burocrático, etcétera. Congresos periódicos de diverso grado harán conocer a los más capaces.

Sería útil tener la lista completa de las Academias y de las otras organizaciones culturales actualmente existentes y de los temas que son predominantemente tratados en sus trabajos y publicados en sus Actas: en gran parte se trata de cementerios de la cultura, pero no obstante tienen una función en la psicología de la clase dirigente.

La colaboración entre estos organismos y las universidades deberá ser estrecha, así como con todas las escuelas superiores especializadas de todo género (militares, navales, etcétera). El objetivo es obtener una centralización y un impulso de la cultura nacional que serían superiores a los de la Iglesia Católica.

(Este esquema de organización del trabajo cultural según los principios generales de la escuela unitaria, debería ser desarrollado en todas sus partes cuidadosamente y servir de guía en la constitución incluso del más elemental y primitivo centro de cultura, que debería ser concebido como un embrión y una molécula de toda la estructura más masiva. Incluso las iniciativas que se saben transitorias y experimentales deberían ser concebidas como capaces de ser absorbidas en el esquema general y al mismo tiempo como elementos vitales que tienden a crear todo el esquema. Estudiar con atención la organización y el desarrollo del Rotary Club.)

Cfr. Cuaderno 4 (XIII), pp. 11-19, 19-21 bis.

<§ 2>. *Observaciones sobre la escuela: para la búsqueda del principio educativo.* La fractura determinada por la reforma Gentile entre la escuela

^a En el manuscrito: "se controlará".

mercantilismo y con el régimen de las corporaciones y son una fase para llegar a la economía clásica, pero me parece precisamente por eso que representan una sociedad futura mucho más compleja que aquella contra la que combaten e incluso que aquella que se desprende inmediatamente de sus afirmaciones: su lenguaje está demasiado ligado a la época y expresa el contraste inmediato entre la ciudad y el campo, pero deja prever una extensión del capitalismo a la agricultura. La fórmula del dejar hacer dejar pasar, o sea de la libertad industrial y de iniciativa, ciertamente no está ligada a intereses agrarios.

Cfr. *Cuaderno 1* (XVI), pp. 4-4 bis; *Cuaderno 8* (XXVIII), pp. 35 bis-36, 25 bis.

§ <14> Otro punto a establecer y desarrollar es el de la "doble perspectiva" en la acción política y en la vida estatal. Varios grados en los que puede presentarse la doble perspectiva, desde los más elementales hasta los más complejos, pero que pueden reducirse teóricamente a dos grados fundamentales, correspondientes a la doble naturaleza del Centauro maquiavélico, ferina y humana, de la fuerza y del consenso, de la autoridad y de la hegemonía, de la violencia y de la civilización, del momento individual y del universal (de la "Iglesia" y del "Estado"),¹ de la agitación y de la propaganda, de la táctica y de la estrategia, etcétera. Algunos han reducido la teoría de la "doble perspectiva" a algo mezquino y banal, esto es, a nada más que dos formas de "inmediación" que se suceden mecánicamente en el tiempo con mayor o menor "proximidad". Puede por el contrario suceder que cuanto más la primera "perspectiva" es "inmediatísima", elementalísima, tanto más la segunda debe ser "lejana" (no en el tiempo, sino como relación dialéctica), compleja, elevada, o sea que puede suceder como en la vida humana, que cuanto más obligado se ve un individuo a defender su existencia física inmediata, tanto más sostiene y se pone en el punto de vista de todos los complejos y más elevados valores de la civilización y de la humanidad.

Cfr. *Cuaderno 8* (XXVIII), p. 28 bis.

§ <15> En la noción de gran potencia debe considerarse también el elemento "tranquilidad interna" o sea el grado y la intensidad de la función hegemónica del grupo social dirigente (este elemento debe buscarse en la valoración del poder de cada Estado, pero adquiere mayor importancia en la consideración de las grandes potencias. Tampoco vale recordar la histo-

ria de la antigua Roma y de las luchas internas que no impidieron la expansión victoriosa, etcétera; además de los otros elementos diferenciales, basta considerar esto, que Roma era la única gran potencia de la época, y que no tenía que temer la competencia de rivales poderosos, después de la destrucción de Cartago). Por eso podría decirse que cuanto más fuerte es el aparato de policía, tanto más débil es el ejército y cuanto más débil (o sea relativamente inútil) la policía, tanto más fuerte es el ejército (frente a la perspectiva de una lucha internacional).

Cfr. *Cuaderno 8* (XXVIII), pp. 25 bis-26.

§ <16> El "demasiado" (y por lo tanto superficial y mecánico) realismo político conduce a menudo a afirmar que el hombre de Estado debe operar sólo en el ámbito de la "realidad efectiva", no interesarse en el "deber ser", sino sólo en el "ser". Esto significaría que el hombre de Estado no debe tener perspectivas más allá de su nariz. Este error ha conducido a Paolo Treves a encontrar en Guicciardini y no en Maquiavelo el "verdadero político".¹ Hay que distinguir, además de entre "diplomático" y "político", también entre científico de la política y político en acción. El diplomático no puede dejar de moverse sólo en la realidad efectiva, porque su actividad específica no es la de crear nuevos equilibrios, sino la de conservar dentro de ciertos cuadros jurídicos un equilibrio existente. Así, también el científico debe moverse sólo en la realidad efectiva en cuanto que mero científico. Pero Maquiavelo no es un mero científico; él es un hombre de partido, de pasiones poderosas, un político en acción, que quiere crear nuevas relaciones de fuerza y por eso no puede dejar de ocuparse del "deber ser", ciertamente no entendido en sentido moralista. La cuestión no debe, por lo tanto, plantearse en estos términos, es más compleja: se trata de ver si el "deber ser" es un acto arbitrario o necesario, es voluntad concreta, o veleidad, desco, amor a la fantasía. El político en acción es un creador, un suscitador, pero ni crea de la nada, ni se mueve en el vacío turbio de sus deseos y sueños. Se funda en la realidad efectiva, ¿pero qué cosa es esta realidad efectiva? ¿Es acaso algo estático e inmóvil o no es más bien una relación de fuerzas en continuo movimiento y cambio de equilibrio? Aplicar la voluntad a la creación de un nuevo equilibrio de las fuerzas realmente existentes y operantes, basándose en aquella determinada fuerza que se considera progresista, y potenciándola para hacerla triunfar y moverse siempre en el terreno de la realidad efectiva, pero para dominarla y superarla (o contribuir a ello). El "deber ser" es por lo tanto concreción, incluso es la única interpretación realista e historicista de la realidad, es la única historia en acción y filosofía en acción, la única polí-

7^a

es una "astucia de la Providencia" para determinar una maduración más rápida de las fuerzas internas que la práctica reformista mantiene refrenadas.

§ <42>. *Apéndice. El conocimiento filosófico como acto práctico, de voluntad.* Se puede estudiar este problema especialmente en Croce, pero en general en los filósofos idealistas, porque éstos insisten especialmente en la vida íntima del individuo-hombre, en los hechos y en la actividad espiritual. En Croce por la gran importancia que tiene en su sistema la teoría del arte, la estética. ¿En la actividad espiritual, y por la claridad del ejemplo, en la teoría del arte (pero también en la ciencia económica, por lo que el punto de partida para el planteamiento de este problema puede ser el ensayo "Le due scienze mondane: l'Estetica e l'Economica" publicado por Croce en la *Critica* del 20 de noviembre de 1931),¹ las teorías de los filósofos descubren verdades hasta entonces ignoradas, o "inventan", "crean" esquemas mentales, nexos lógicos que cambian la realidad espiritual hasta entonces existente, históricamente concreta como cultura difundida en un grupo de intelectuales, en una clase, en una civilización? Éste es uno de tantos modos de plantear la cuestión de la llamada "realidad del mundo externo" y de la realidad sin más. ¿Existe una "realidad" externa al pensador individual (el punto de vista del solipsismo puede ser útil didácticamente, las robinsonadas filosóficas pueden ser tan útiles prácticamente, si se emplean con discreción y gracia, como las robinsonadas económicas), desconocida (o sea todavía no conocida, pero no por ello "incognoscible", nouménica) en sentido histórico, y que es "descubierta" (en sentido etimológico), o bien en el mundo espiritual no se "descubre" nada (o sea no se revela nada) pero se "inventa" y se "impone" al mundo de la cultura?

§ <43>. *Introducción al estudio de la filosofía.* Debe verse, a este propósito, la obra de Vincenzo Gioberti, titulada precisamente: *Introduzione allo studio della Filosofia*, segunda edición, revisada y corregida por el autor, Bruselas, de la imprenta de Meline, Caus y compañía, 1844, 4 tomos, en 8º.¹ No se trata de un trabajo técnicamente orientado a "introducir" didácticamente al estudio de la filosofía, sino de un trabajo enciclopédico que se propone "revolucionar" un mundo cultural, en toda su complejidad, tratando todos los argumentos que pueden interesar a una "cultura" nacional, a una concepción del mundo nacional. La obra de Gioberti debe estudiarse precisamente desde este punto de vista. Dadas la época y las circunstancias históricas y dada la personalidad de Gioberti, la actividad filosófica del hombre no podía ser encerrada en esquemas de intelectual pro-

fesional: el filósofo y pensador no podía ser separado del hombre político y de partido. En este aspecto la personalidad histórica de Gioberti puede ser comparada con la de Mazzini, con las diferencias determinadas por los diversos fines y las diversas fuerzas sociales que representaban ambos, las que precisamente determinaban los fines. Me parece que el prototipo puede encontrarse en Fichte y en sus *Discursos a la nación alemana*.

§ <44>. *Introducción al estudio de la filosofía.* El lenguaje, las lenguas, el sentido común. Propuesta la filosofía como concepción del mundo y la actividad filosófica no concebida ya [solamente] como elaboración "individual" de conceptos sistemáticamente coherentes, sino además y especialmente como lucha cultural para transformar la "mentalidad" popular y difundir las innovaciones filosóficas que demostrarán ser "históricamente verdaderas" en la medida en que se vuelvan concretamente, o sea históricamente, universales, la cuestión del lenguaje y de las lenguas debe ser planteada "técnicamente" en primer plano. Habrá que revisar las publicaciones a propósito de los pragmáticos. Cfr. los *Scritti di G. Vailati* (Florencia, 1911), entre los cuales el estudio *Il linguaggio come ostacolo alla eliminazione di contrasti illusori*.¹

En el caso de los pragmáticos, como en general en el de cualquier otro intento de sistematización orgánica de la filosofía, no se ha dicho que la referencia sea a la totalidad del sistema o al núcleo esencial del mismo. Me parece poder decir que la concepción del lenguaje de Vailati y de otros pragmáticos no es aceptable: sin embargo, parece que tuvieron sentido de las exigencias reales y las "describieron" con exactitud aproximativa, aun cuando no lograron plantear los problemas y darles solución. Parece que puede decirse que "lenguaje" es esencialmente un nombre colectivo, que no presupone una cosa "única" ni en el tiempo ni en el espacio. Lenguaje significa también cultura y filosofía (aunque sea en el grado de sentido común), y por lo tanto el hecho "lenguaje" es en realidad una multiplicidad de hechos más o menos orgánicamente coherentes y coordinados: a lo sumo puede decirse que todo ser hablante tiene su propio lenguaje personal, o sea su propio modo de pensar y de sentir. La cultura, en sus diversos grados, unifica una mayor o menor cantidad de individuos en estratos numerosos, más o menos en contacto expresivo, que se entienden entre sí en grados diversos, etcétera. Son estas diferencias y distinciones histórico-sociales las que se reflejan en el lenguaje común y producen aquellos "obstáculos" y aquellas "causas de error" de las que trataron los pragmáticos.

De esto se deduce la importancia que tiene el "momento cultural" incluso en la actividad práctica (colectiva): cada acto histórico no puede ser realizado sino por el "hombre colectivo", o sea que presupone el agrupamiento de una unidad "cultural social", por la que una multiplicidad de

voluntades disgregadas, con heterogeneidad de fines, se funden para un mismo fin, sobre la base de una concepción (igual) y común del mundo (general y particular, transitoriamente operante —por vía emocional— o permanente, por lo que la base intelectual es tan arraigada, asimilada, vivida, que puede convertirse en pasión). Puesto que así sucede, se ve la importancia de la cuestión lingüística general, o sea del logro colectivo de un mismo "clima" cultural.

Este problema puede y debe ser relacionado con el planteamiento moderno de la doctrina y de la práctica pedagógica, según la cual la relación entre maestro y alumno es una relación activa, de relaciones recíprocas y por lo tanto todo maestro es siempre alumno y todo alumno maestro. Pero la relación pedagógica no puede limitarse a las relaciones específicamente "escolares", por las cuales las nuevas generaciones entran en contacto con las viejas y absorben sus experiencias y los valores históricamente necesarios, "madurando" y desarrollando su propia personalidad histórica y culturalmente superior. Esta relación existe en toda la sociedad en su conjunto y para cada individuo respecto a otros individuos, entre clases intelectuales y no intelectuales, entre gobernantes y gobernados, entre élites y seguidores, entre dirigentes y dirigidos, entre vanguardias y cuerpos de ejército. Toda relación de "hegemonía" es necesariamente una relación pedagógica y se verifica no sólo en el interior de una nación, entre las diversas fuerzas que la componen, sino en todo el campo internacional y mundial, entre complejos de civilizaciones nacionales y continentales.

Por eso puede decirse que la personalidad histórica de un filósofo individual es dada también por la relación activa entre él y el ambiente cultural que él quiere modificar, ambiente que reacciona sobre el filósofo y, obligándolo a una continua autocritica, funciona como "maestro". Así ha sucedido que una de las mayores reivindicaciones de las modernas clases intelectuales en el campo político ha sido la de las llamadas "libertad de pensamiento y de expresión del pensamiento (prensa y asociación)", porque sólo donde existe esta condición política se realiza la relación de maestro-discípulo en los sentidos más generales arriba mencionados y en realidad se realiza "históricamente" un nuevo tipo de filósofo que se puede llamar "filósofo democrático", o sea el filósofo convencido de que su personalidad no se limita al propio individuo físico, sino que es una relación social activa de modificación del ambiente cultural. Cuando el "pensador" se conforma con su propio pensamiento, "subjetivamente" libre, o sea abstractamente libre, hoy resulta motivo de burla: la unidad de ciencia y vida es precisamente una unidad activa, en la que sólo se realiza la libertad de pensamiento, es una relación maestro-alumno, filósofo-ambiente cultural en el cual se ha de actuar, del cual se han de extraer los problemas necesarios que habrá que plantear y resolver, es decir la relación filosofía-historia.

§ <45>. *Puntos para un ensayo sobre Croce*. Debe confrontarse a propósito de la *Storia d'Europa* el ensayo de Arrigo Cajumi "Dall'Otto-cento ad oggi" (en la *Cultura* de abril-junio de 1932, pp. 323-50). Cajumi se ocupa de Croce específicamente en el párrafo I de los VII que componen el estudio, pero alusiones (útiles) a Croce se encuentran aquí y allá en los otros seis párrafos que se refieren a otras publicaciones recientes de carácter histórico-político.¹ El punto de vista de Cajumi en sus críticas y observaciones es difícil de resumir con brevedad: es el de los principales escritores de la *Cultura*, los cuales representan un grupo de intelectuales bien definido en la vida cultural italiana y dignos de estudio en la actual fase de la vida nacional. Se hallan vinculados a De Lollis, su maestro, y por lo tanto a ciertas tendencias de la cultura francesa más seria y críticamente sustanciosa, pero esto significa poco, porque De Lollis no elaboró un método crítico fecundo en desarrollos y en universalizaciones. En realidad se trata de una forma de "erudición", pero no en el sentido más común y tradicional del término. Una erudición "humanista", que desarrolla el "buen gusto" y la "glotonería" refinada; en los colaboradores de la *Cultura* aparecen a menudo los adjetivos "apetitoso", "gustoso". Cajumi, entre los redactores de la *Cultura*, es el menos "universitario", no en el sentido de que no se preocupe por la "presentación" universitaria de sus escritos y sus investigaciones, sino en el sentido de que su actividad se ha dirigido frecuentemente a empresas "prácticas" y políticas, desde el periodismo militante hasta operaciones incluso más prácticas (como la dirección del *Ambrosiano* que le dio el financiero Gualino ciertamente no sólo por "mecenazgo"). Sobre Cajumi se han escrito algunas notas en otros cuadernos.² Sobre Riccardo Gualino Cajumi escribió una nota muy vivaz y punzante en la *Cultura* de enero-marzo de 1932 ("Confessioni di un figlio del secolo", pp. 193-95, a propósito del libro de Gualino *Frammenti di vita*),³ insistiendo precisamente en el hecho de que Gualino se servía de su "mecenazgo" y de las empresas de cultura para mejor engatusar a los ahorradores italianos. ¡Pero también el cavalliere Enrico Cajumi (así firmaba Cajumi la gerencia del *Ambrosiano*) recogió algunas migajas del mecenazgo gualinesco!⁴

§ <46>. *Introducción al estudio de la filosofía*. La cuestión de la "objetividad externa de lo real" en cuanto se halla vinculada al concepto de la "cosa en sí" y del "nómeno" kantiano. Parece difícil excluir que la "cosa en sí" sea una derivación de la "objetividad externa de lo real" [y del llamado realismo greco-cristiano (Aristóteles-Santo Tomás)] y esto se ve también en el hecho de que toda una tendencia del materialismo vulgar y del positivismo ha dado lugar a la escuela neokantiana o neocrítica. Cfr. a propósito de la kantiana "cosa en sí" lo que está escrito en la *Sagrada Familia*.¹

una cultura hegemónica contra otras nacionalidades o residuos de nacionalidades.

Panzini no se plantea ni siquiera remotamente este problema y por lo mismo sus publicaciones gramaticales son inciertas, contradictorias, oscilantes. No se plantea por ejemplo el problema de cuál es hoy, desde abajo, el centro de irradiación de las innovaciones lingüísticas; que sin embargo no tiene poca importancia práctica. Florencia, Roma, Milán. Pero por otra parte no se plantea tampoco el problema de si existe (y cuál es) un centro de irradiación espontánea desde arriba, o sea en forma relativamente orgánica, continua, eficiente, y si ésta puede ser regulada e intensificada.

§ <3> *Focos de irradiación de innovaciones lingüísticas en la tradición y de un conformismo nacional lingüístico en las grandes masas nacionales.* 1] La escuela; 2] los periódicos; 3] los escritores de arte y los populares; 4] el teatro y el cinematógrafo sonoro; 5] la radio; 6] las reuniones públicas de todo tipo, incluidas las religiosas; 7] las relaciones de "conversación" entre los diversos estratos de la población más cultos y menos cultos —(una cuestión a la cual probablemente no se le da toda la importancia que merece la constituye esa parte de "palabras" versificadas que se aprende de memoria en forma de cancioncillas, fragmentos de ópera, etcétera. Hay que observar cómo el pueblo no se preocupa por aprender bien de memoria estas palabras, que a menudo son disparatadas, anticuadas, barrocas, sino que las reduce a una especie de retahílas útiles sólo para recordar el motivo musical); 8] los dialectos locales, entendidos en diversos sentidos (desde los dialectos más localizados a los que abarcan complejos regionales más o menos vastos: así el napolitano para Italia meridional, el palermitano o el catanés para Sicilia, etcétera).

Puesto que el proceso de formación, de difusión y de desarrollo de una lengua nacional unitaria ocurre a través de todo un complejo de procesos moleculares, es útil tener conciencia de todo el proceso en su conjunto, para estar en condiciones de intervenir activamente en el mismo con el máximo resultado. Esta intervención no hay que considerarla como "decisiva" e imaginar que los fines propuestos serán todos alcanzados en sus detalles, o sea que se obtendrá una *determinada* lengua unitaria: se obtendrá una *lengua unitaria*, si ésta es una necesidad, y la intervención organizada acelerará los tiempos del proceso ya existente; cuál vaya a ser esta lengua no se puede prever y establecer: en todo caso, si la intervención es "racional", aquélla estará orgánicamente ligada a la tradición, lo que no es de poca importancia en la economía de la cultura.

Manzonianos y "clasicistas". Tenían un tipo de lengua que hacer preva-

lecer. No es justo decir que estas discusiones hayan sido inútiles y que no hayan dejado rastros en la cultura moderna, aunque no muy grandes. En realidad en este último siglo la cultura unitaria se ha extendido y por lo tanto también una lengua unitaria común. Pero toda la formación histórica de la nación italiana iba a ritmo demasiado lento. Cada vez que aflora, de un modo u otro, la cuestión de la lengua, significa que se está imponiendo una serie de otros problemas: la formación y la ampliación de la clase dirigente, la necesidad de establecer relaciones más íntimas y seguras entre los grupos dirigentes y la masa popular-nacional, o sea de reorganizar la hegemonía cultural. Hoy han tenido lugar diversos fenómenos que indican un renacimiento de tales cuestiones: publicaciones de Panzini, Tralbalza-Allodoli, Monelli, secciones en los periódicos, intervención de las direcciones sindicales, etcétera.¹

§ <4> *Diversos tipos de gramática normativa.* Para las escuelas. Para las llamadas personas cultas. En realidad la diferencia se debe al diverso grado de desarrollo intelectual del lector o estudioso, y por lo tanto a la distinta técnica que hay que emplear para hacer aprender o intensificar el conocimiento orgánico de la lengua nacional a los niños, frente a los cuales no se puede prescindir didácticamente de cierta rigidez autoritaria perentoria ("hay que decirlo así") y los "otros" a los que por el contrario hay que "persuadir" para hacer [les] aceptar libremente una determinada solución como la mejor (demostrada como la mejor por haber alcanzado el fin propuesto y compartido, cuando es compartido). Por otra parte no hay que olvidar que en el estudio tradicional de la gramática normativa se han introducido otros elementos del programa didáctico de enseñanza general, como el de ciertos elementos de la lógica formal: se podrá discutir si esta introducción es oportuna o no, si el estudio de la lógica formal está justificado o no (parece justificado, e incluso parece justificado que vaya acompañado por el de la gramática, más que de la aritmética, etcétera, por el parecido de naturaleza y porque junto con la gramática la lógica formal es relativamente vivificada y facilitada), pero no hay que prescindir de la cuestión.

§ <5> *Gramática histórica y gramática normativa.* Puesto que la gramática normativa es un acto político, y que sólo partiendo de este punto de vista se puede justificar "científicamente" su existencia, y el enorme trabajo de paciencia que su aprendizaje exige (cuánto trabajo se necesita para obtener que de centenares de miles de reclutas de los más diversos orígenes y

de Maquiavelo estúpidamente cínica.^a Recordar su polémica con Gentile en el *Popolo d'Italia* después del Congreso de los filósofos⁴ celebrado en Milán en 1926:^a debe haber firmado el llamado Manifiesto de los Intelectuales redactado por Croce.⁵

Cfr. Cuaderno 3 (XX), p. 18.

§ <11>. *Corrado Barbagallo*. Su libro *L'oro e il fuoco*^a debe ser examinado, teniendo en cuenta la determinación del autor de encontrar en la antigüedad aquello que es esencialmente moderno, como el capitalismo, la gran industria y las manifestaciones vinculadas a éstos. Especialmente es preciso examinar sus conclusiones a propósito de las corporaciones profesionales y de sus funciones, confrontándolas con las investigaciones de los estudiosos del mundo clásico y del Medioevo. Cfr. las conclusiones de Mommsen y de Marquardt a propósito de los *collegia opificum et artificum*; para Marquardt éstas eran instituciones de carácter hacendario y servían a la economía y a las finanzas del Estado en sentido estricto y poco o nada instituciones sociales (cfr. el *mir* ruso).² Aparte de la observación de que en todo caso el sindicalismo moderno debería hallar su correspondencia en instituciones propias de los esclavos del mundo clásico. Lo que caracteriza, desde este punto de vista, al mundo moderno, es que por debajo de los proletarios no hay una clase a la cual le esté prohibido organizarse, como sucedía en el Medioevo e incluso en el mundo clásico con toda probabilidad; el artesano romano podía servirse de los esclavos como trabajadores y éstos ciertamente no pertenecían a los *collegia* y no está excluido que, en la misma plebe, alguna categoría no servil se hallase excluida de la organización.^b

Cfr. Cuaderno 3 (XX), pp. 59 bis-60.

^a En el manuscrito: "1925"

^b En el manuscrito la p. 6 bis no está completa; las páginas que siguen, desde la p. 7 hasta la p. 10 bis, quedaron en blanco. El texto se reanuda en la p. 11.

APUNTES PARA UNA INTRODUCCIÓN Y UNA INICIACIÓN
EN EL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA Y DE LA HISTORIA DE LA CULTURA

11

I. Algunos puntos preliminares de referencia

<§ 12>. Hay que destruir el prejuicio muy difundido de que la filosofía es algo muy difícil por el hecho de que es la actividad intelectual propia de una determinada categoría de científicos especialistas o de filósofos profesionales y sistemáticos. Por lo tanto, hay que demostrar preliminarmente que todos los hombres son "filósofos", definiendo los límites y las características de esta "filosofía espontánea", propia de "todo el mundo", esto es de la filosofía que está contenida: 1] en el lenguaje mismo, que es un conjunto de nociones y de conceptos determinados y no solamente de palabras gramaticalmente vacías de contenido; 2] en el sentido común y buen sentido; 3] en la religión popular y por lo tanto en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, modos de ver y actuar que se revelan en aquello que generalmente se llama "folklore".

Habiendo demostrado que todos son filósofos, aunque sea a su manera, inconscientemente, porque incluso en la mínima manifestación de cualquier actividad intelectual, el "lenguaje", se halla contenida una determinada concepción del mundo, se pasa al segundo momento, al momento de la crítica y de la conciencia, o sea a la cuestión: ¿es preferible "pensar" sin tener conciencia crítica, en forma disgregada y ocasional, o sea "participar" en una concepción del mundo "impuesta" mecánicamente por el ambiente externo, y por lo tanto por uno de tantos grupos sociales en los cuales cada cual se encuentra automáticamente incluido desde su entrada en el mundo consciente (y que puede ser la propia aldea o la provincia, puede tener origen en la parroquia y en la "actividad intelectual" del párroco o del viejo patriarcal cuya "sabiduría" dicta leyes, en la mujercilla que ha heredado la sabiduría de las brujas o en el pequeño intelectual agriado en su propia estupidez e impotencia para actuar) o es preferible elaborar la propia concepción del mundo consciente y críticamente y por lo tanto, en conexión con tal esfuerzo del propio cerebro, elegir la propia esfera de actividad, participar activamente en la producción de la historia del mundo, ser guía de sí mismos y no ya aceptar pasivamente y

supinamente desde el exterior el sello de la propia personalidad?

Nota I. Por la propia concepción del mundo se pertenece siempre a un determinado agrupamiento, y precisamente a aquel de todos los elementos sociales que comparten un mismo modo de pensar y actuar. Se es conformista de cierto conformismo, se es siempre hombres-masa u hombres-colectivos. La cuestión es ésta: ¿de qué tipo histórico es el conformismo, el hombre-masa del que se forma parte? Cuando la concepción del mundo no es crítica y coherente sino ocasional y disgregada, se pertenece simultáneamente a una multiplicidad de hombres-masa, la propia personalidad está compuesta en forma extraña: se encuentran en ella elementos del hombre de las cavernas y principios de la ciencia más moderna y avanzada, prejuicios de todas las fases históricas pasadas toscamente localistas e intuiciones de una filosofía futura tal como la que será propia del género humano unificado mundialmente. Criticar la propia concepción del mundo significa, pues, hacerla unitaria y coherente y elevarla hasta el punto al que ha llegado el pensamiento mundial más avanzado. Significa, pues, también, criticar toda la filosofía que hasta ahora ha existido, en cuanto que ésta ha dejado estratificaciones consolidadas en la filosofía popular. El inicio de la elaboración crítica es la conciencia de lo que es realmente, o sea un "conócete a ti mismo" como producto del proceso histórico desarrollado hasta ahora que ha dejado en ti mismo una infinidad de huellas recibidas sin beneficio de inventario. Hay que hacer inicialmente ese inventario.

12 Nota II. No se puede separar la filosofía de la historia de la filosofía y la cultura de la historia de la cultura. En el sentido más inmediato y adherente, no se puede ser filósofos, o sea tener una concepción del mundo críticamente coherente, sin la conciencia de su historicidad, de la fase de desarrollo por ella representada y del hecho de que ella está en contradicción con otras concepciones o con elementos de otras concepciones. La propia concepción del mundo responde a determinados problemas planteados por la realidad, que están bien determinados y son "originales" en su actualidad. ¿Cómo es posible pensar el presente o un presente bien determinado con un pensamiento elaborado para problemas del pasado a menudo bien remoto y superado? Si esto sucede, significa que se es "anacrónico" en el tiempo propio, que se es fósiles y no seres modernamente vivientes. Y en efecto sucede que grupos sociales que en ciertos aspectos expresan la más avanzada modernidad, en otros están en retraso con respecto a su posición social y por lo tanto son incapaces de una autonomía histórica completa.

Nota III. Si es cierto que todo lenguaje contiene los elementos de una concepción del mundo y de una cultura, también será cierto que por el lenguaje de cada uno se puede juzgar la mayor o menor complejidad de su concepción del mundo. Quien habla sólo un dialecto o comprende la

lengua nacional en grados diversos, participa necesariamente de una intuición del mundo más o menos restringida y provincial, fosilizada, anacrónica en comparación con las grandes corrientes de pensamiento que dominan la historia mundial. Sus intereses serán limitados, más o menos corporativos o economistas, no universales. Si no siempre es posible aprender más lenguas extranjeras para ponerse en contacto con vidas culturales distintas, es preciso al menos aprender bien la lengua nacional. Una gran cultura puede traducirse en la lengua de otra gran cultura, o sea que una gran lengua nacional, históricamente rica y compleja, puede traducir cualquier otra gran cultura, o sea ser una expresión mundial. Pero un dialecto no puede hacer lo mismo.

Nota IV. Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos "originales", significa también y especialmente difundir críticamente verdades ya descubiertas, "socializarlas" por así decirlo y por lo tanto hacer que se conviertan en base de acciones vitales, elemento de coordinación y de orden intelectual y moral. El que una masa de hombres sea conducida a pensar coherentemente y en forma unitaria el presente real es un hecho "filosófico" mucho más importante y "original" que el hallazgo por parte de un "genio" filosófico de una nueva verdad que permanece como patrimonio de pequeños grupos intelectuales.

12 bis

Conexión entre el sentido común, la religión y la filosofía. La filosofía es un orden intelectual, lo que no pueden ser ni la religión ni el sentido común. Ver cómo, en la realidad, ni siquiera la religión y el sentido común coinciden, pero la religión es un elemento del disgregado sentido común. Por lo demás, "sentido común" es nombre colectivo, como "religión": no existe un sólo sentido común, que es también él un producto y un devenir histórico. La filosofía es la crítica y la superación de la religión y del sentido común y en ese sentido coincide con el "buen sentido" que se contraponen al sentido común.

Relaciones entre ciencia-religión-sentido común. La religión y el sentido común no pueden constituir un orden intelectual porque no pueden reducirse a unidad y coherencia ni siquiera en la conciencia individual, para no hablar de la conciencia colectiva: no pueden reducirse a unidad y coherencia "libremente" porque "autoritariamente" ello podría suceder como en efecto ha sucedido en el pasado dentro de ciertos límites. El problema de la religión entendida no en el sentido confesional sino en el laico de unidad de fe entre una concepción del mundo y una norma de conducta correspondiente; pero por qué llamar a esta unidad de fe "religión" y no llamarla "ideología" o incluso "política"?

De hecho, no existe la filosofía en general; existen diversas filosofías o concepciones del mundo y siempre se hace una elección entre ellas. ¿Cómo se hace esta elección? ¿Es esta elección un hecho simplemente inte-

lectual o más complejo? ¿Y no sucede a menudo que entre el hecho intelectual y la norma de conducta existe contradicción? ¿Cuál será entonces la concepción real del mundo: aquella lógicamente afirmada como hecho intelectual, o aquella que resulta de la real actividad de cada uno, que está implícita en su actuar? Y puesto que el actuar es siempre un actuar político, ¿no se puede decir que la filosofía real de cada uno está toda ella contenida en su política? Este contraste entre el pensar y el actuar, o sea la coexistencia de dos concepciones del mundo, una afirmada mediante palabras y la otra que se explica en el actuar efectivo, no siempre es debido a mala fe. La mala fe puede ser una explicación satisfactoria para algunos individuos tomados aisladamente, o incluso para grupos más o menos numerosos, pero no es satisfactoria cuando el contraste se verifica en la manifestación de vida de grandes masas: entonces aquél no puede dejar de ser la expresión de contrastes más profundos de orden histórico social. Significa que un grupo social, que tiene su propia concepción del mundo, aunque sea embrionaria, que se manifiesta en la acción, y por lo tanto a saltos, ocasionalmente, o sea cuando tal grupo se mueve como un conjunto orgánico, por razones de sumisión y subordinación intelectual, ha tomado una concepción no suya en préstamo de otro grupo y ésta es la que afirma con palabras, y ésta es también la que cree seguir, porque la sigue en "tiempos normales", o sea cuando la conducta no es independiente y autónoma, sino precisamente sometida y subordinada. He ahí pues, que no se puede separar la filosofía de la política e incluso se puede mostrar que la elección y la crítica de una concepción del mundo es, también ella, un hecho político.

Así, pues, hay que explicar cómo sucede que en todo tiempo coexistan muchos sistemas y corrientes de filosofía, cómo nacen, cómo se difunden, por qué en la difusión siguen ciertas líneas de fractura y ciertas direcciones, etcétera. Esto demuestra hasta qué punto es necesario sistematizar crítica y coherentemente las propias intuiciones del mundo y de la vida, estableciendo con exactitud qué debe entenderse por "sistema" para que no sea entendido en el sentido pedante y magisterial de la palabra. Pero esta elaboración debe y sólo puede hacerse en el cuadro de la historia de la filosofía que muestra qué elaboración ha sufrido el pensamiento en el curso de los siglos y qué esfuerzo colectivo ha costado nuestro actual modo de pensar que resume y compendia toda esta historia pasada, incluso en sus errores y en sus delirios, que, por otra parte, por haber sido cometidos en el pasado y haber sido corregidos no garantizan que no se reproduzcan en el presente y no vuelvan a necesitar ser corregidos.

¿Cuál es la idea que se hace el pueblo de la filosofía? Se puede reconstruir a través de los modos de decir del lenguaje común. Uno de los más difundidos es el de "tomar las cosas con filosofía", que, bien analizado, no merece ser desechado del todo. Es cierto que en él se halla contenida

una invitación implícita a... que el punto más importante es por el contrario la invitación a la reflexión, a darse cuenta y razón de que lo que sucede es en el fondo racional y que como tal hay que afrontarlo, concentrando las propias fuerzas racionales y no dejándose arrastrar por los impulsos instintivos y violentos. Se podrían agrupar estos modos de decir populares con las expresiones similares de los escritores de carácter popular —tomándolos de los grandes diccionarios— en las que entran los términos de "filosofía" y "filosóficamente", y se podrá ver que éstos tienen un significado muy preciso, de superación de las pasiones bestiales y elementales en una concepción de la necesidad que da al propio actuar una dirección consciente. Éste es el núcleo sano del sentido común, lo que precisamente podría llamarse buen sentido y que merece ser desarrollado y hacerse unitario y coherente. Así resulta que también por eso no es posible separar lo que se llama filosofía "científica" de la filosofía "vulgar" y popular que es sólo un conjunto disgregado de ideas y opiniones.

Pero en este punto se plantea el problema fundamental de toda concepción del mundo, de toda filosofía, que se haya convertido en un movimiento cultural, en una "religión", en una "fe", o sea que haya producido una actividad práctica y una voluntad y en ellas se halle contenida como "premisa" teórica implícita (una "ideología" podría decirse, si al término ideología se le da precisamente el significado más alto de una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de vida individuales y colectivas), o sea el problema de conservar la unidad ideológica en todo el bloque social que precisamente esa determinada ideología fusiona y unifica. La fuerza de las religiones, y especialmente de la iglesia católica, ha consistido y consiste en que sienten enérgicamente la necesidad de la unión doctrinal de toda la masa "religiosa" y luchan para que los estratos intelectuales superiores no se separen de los inferiores. La iglesia romana ha sido siempre la más tenaz en la lucha para impedir que "oficialmente" se formen dos religiones, la de los "intelectuales" y la de las "almas simples". Esta lucha no ha carecido de graves inconvenientes para la propia iglesia, pero estos inconvenientes están vinculados al proceso histórico que transforma toda la sociedad civil y que en bloque contiene una crítica corrosiva de las religiones; tanto más resalta la capacidad organizadora en la esfera de la cultura del clero y la relación abstractamente racional y justa que en su círculo la iglesia ha sabido establecer entre intelectuales y hombres simples. Los jesuitas han sido indudablemente los mayores artífices de este equilibrio y para conservarlo han imprimido a la iglesia un movimiento progresista que tiende a dar ciertas satisfacciones a las exigencias de la ciencia y de la filosofía, pero con ritmo tan lento y metódico que las mutaciones no son percibidas por

cas a los "integralistas".

Una de las mayores debilidades de las filosofías immanentistas en general consiste precisamente en el no haber sabido crear una unidad ideológica entre lo bajo y lo alto, entre los "simples" y los intelectuales. En la historia de la civilización occidental el hecho se ha verificado a escala europea, con el fracaso inmediato del Renacimiento y en parte también de la Reforma con respecto a la iglesia romana. Esta debilidad se manifiesta en la cuestión escolar, en cuanto que por parte de las filosofías immanentistas ni siquiera se ha intentado construir una concepción que pudiese sustituir a la religión en la educación infantil, y de ahí el sofisma pseudohistoricista por el que pedagogos arreligiosos (aconfesionales), y en realidad ateos, conceden la enseñanza de la religión porque la religión es la filosofía de la infancia de la humanidad que se renueva en cada infancia no metafórica. El idealismo también se ha mostrado adverso a los movimientos culturales de "marcha hacia el pueblo", que se manifestaron en las llamadas universidades populares e instituciones similares y no sólo por sus aspectos inferiores, porque en tal caso solamente habrían tenido que tratar de hacerlo mejor. Sin embargo estos movimientos eran dignos de interés, y merecían ser estudiados: tuvieron éxito, en el sentido de que demostraron por parte de los "simples" un entusiasmo sincero y una fuerte voluntad de elevarse a una forma superior de cultura y de concepción del mundo. Faltaba sin embargo en ellos toda organicidad tanto de pensamiento filosófico como de solidez organizativa y de centralización cultural; se tenía la impresión de que se asemejaban a los primeros contactos entre los mercaderes ingleses y los negros de África: se daban mercancías de pacotilla para recibir pepitas de oro. Por otra parte, la organicidad de pensamiento y la solidez cultural podía haberse dado sólo si entre los intelectuales y los simples hubiese habido la misma unidad que debe haber entre teoría y práctica; esto es, si los intelectuales hubieran sido orgánicamente los intelectuales de aquellas masas, es decir, si hubieran elaborado y hecho coherentes los principios y los problemas que aquellas masas planteaban con su actividad práctica, constituyendo así un bloque cultural y social. Volvía a presentarse la misma cuestión ya mencionada: un movimiento filosófico es tal sólo en cuanto que se aplica a desarrollar una cultura especializada para grupos restringidos de intelectuales, o es tal, por el contrario, sólo en cuanto que, en el trabajo de elaboración de un pensamiento superior al sentido común y científicamente coherente, no olvida nunca permanecer en contacto con los "simples" e incluso en este contacto halla la fuente de los problemas a estudiar y resolver. Sólo por este contacto una filosofía se vuelve "histórica", se depura de los elementos intelectualistas de naturaleza individual y se hace "vida".

(Quizá es útil "prácticamente" distinguir la filosofía del sentido común para mejor indicar el paso de uno a otro momento: en la filosofía son especialmente marcadas las características de elaboración individual del pensamiento; en el sentido común, por el contrario, lo son las características difusas y dispersas de un pensamiento genérico de una cierta época en un cierto ambiente popular. Pero toda filosofía tiende a convertirse en sentido común de un ambiente también restringido —de todos los intelectuales—. Se trata por lo tanto de elaborar una filosofía que teniendo ya una difusión, o difusividad, por estar conectada con la vida práctica e implícita en ella, se convierta en un renovado sentido común con la coherencia y el nervio de las filosofías individuales: esto no puede suceder si no se sigue sintiendo siempre la exigencia del contacto cultural con los "simples".)

Una filosofía de la praxis no puede sino presentarse inicialmente en una actitud polémica y crítica, como superación del modo de pensar precedente y del pensamiento concreto existente (o mundo cultural existente). Por lo tanto, ante todo como crítica del "sentido común" (después de haberse basado en el sentido común para demostrar que "todos" son filósofos y que no se trata de introducir *ex novo* una ciencia en la vida individual de "todos", sino de innovar y hacer "crítica" una actividad ya existente) y por lo tanto de la filosofía de los intelectuales, que ha dado lugar a la historia de la filosofía, y que, en cuanto individual (y de hecho se desarrolla esencialmente en la actividad de individuos aislados particularmente dotados) puede considerarse como las "puntas" de progreso del sentido común, por lo menos del sentido común de los estratos más cultos de la sociedad, y a través de éstos también del sentido común popular. Vemos, pues, que una iniciación al estudio de la filosofía debe exponer sintéticamente los problemas nacidos en el proceso de desarrollo de la cultura general, que se refleja sólo parcialmente en la historia de la filosofía, que sin embargo, a falta de una historia del sentido común (imposible de construirse por la ausencia de material documental) sigue siendo la fuente máxima de referencia para criticarlos, demostrar su valor real (si es que aún lo tienen) o el significado que han tenido como eslabones superados de una cadena y establecer los problemas nuevos actuales o el planteamiento actual de los viejos problemas.

La relación entre filosofía "superior" y sentido común es asegurada por la "política", así como es asegurada por la política la relación entre el catolicismo de los intelectuales y el de los "simples". Las diferencias en ambos casos, sin embargo, son fundamentales. Que la iglesia deba afrontar un problema de los "simples" significa precisamente que ha habido una ruptura en la comunidad de los "fieles", ruptura que no puede subsanarse elevando a los "simples" al nivel de los intelectuales (la iglesia no se propone ni siquiera esta tarea, ideal y económicamente desproporcionada a

15 bis

sus fuerzas actuales), pero con una disciplina de hierro sobre los intelectuales para que no traspasen ciertos límites en la distinción y no la hagan catastrófica e irreparable. En el pasado estas "rupturas" en la comunidad de los fieles eran subsanadas por fuertes movimientos de masas que determinaban o eran resumidos en la formación de nuevas órdenes religiosas en torno a fuertes personalidades (Domingo, Francisco). (Los movimientos heréticos del Medioevo como reacción simultánea a la politiquería de la iglesia y a la filosofía escolástica que fue una expresión suya, sobre la base de los conflictos sociales determinados por el nacimiento de las comunas, fueron una ruptura entre masa e intelectuales en la iglesia "cicatrizada" por el nacimiento de movimientos populares religiosos reabsorbidos por la iglesia en la formación de las órdenes mendicantes y en una nueva unidad religiosa.) Pero la Contrarreforma esterilizó este pulular de fuerzas populares: la Compañía de Jesús es la última gran orden religiosa, de origen reaccionario y autoritario, con carácter represivo y "diplomático, que marcó, con su nacimiento, el endurecimiento del organismo católico. Las nuevas órdenes surgidas después tienen poquísimo significado "religioso" y un gran significado "disciplinario" sobre la masa de los fieles, son ramificaciones y tentáculos de la Compañía de Jesús o se han convertido en tales, instrumentos de "resistencia" para conservar las posiciones políticas adquiridas, no fuerzas renovadoras de desarrollo. El catolicismo se ha convertido en "jesuitismo". El modernismo no ha creado "órdenes religiosas" sino un partido político, la democracia cristiana. (Recordar la anécdota, referida por Steed en sus *Memorias*, del cardenal que explica al protestante inglés filocatólico que los milagros de San Gennaro son útiles^a para el bajo pueblo napolitano, no para los intelectuales; que también en el Evangelio hay "exageraciones", y a la pregunta: "¿pero no somos cristianos?", responde, "nosotros somos prelados", o sea "políticos" de la Iglesia de Roma).¹

La posición de la filosofía de la praxis es antitética a esta filosofía católica: la filosofía de la praxis no tiende a mantener a los "simples" en su filosofía primitiva del sentido común, sino por el contrario a conducirlos a una concepción superior de la vida. Si afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples no es para limitar la actividad científica y para mantener una unidad al bajo nivel de las masas, sino precisamente para construir un bloque intelectual-moral que haga políticamente posible un progreso intelectual de masas y no sólo de escasos grupos intelectuales.

El hombre activo de masas actúa prácticamente, pero no tiene una clara conciencia teórica de este su actuar que, sin embargo, es un conocer el mundo en cuanto que lo transforma. Su conciencia teórica incluso puede estar históricamente en contraste con su actuar. Casi puede decirse

^a En el manuscrito una variante interlineal a "útiles"; "artículos de fe".

que tiene dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria), una implícita en su actuar y que realmente le une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad y una superficialmente explícita o verbal que ha heredado del pasado y ha acogido sin crítica. No obstante, esta concepción "verbal" no carece de consecuencias: ata a un grupo social determinado, influye en la conducta moral, en la orientación de la voluntad, de modo más o menos enérgico, que puede llegar hasta un punto en el que la contradictoriedad de la conciencia no permite ninguna acción, ninguna decisión, ninguna elección y produce un estado de pasividad moral y política. La comprensión crítica de sí mismos se produce pues a través de una lucha de "hegemonías" políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real. La conciencia de ser parte de una determinada fuerza hegemónica (o sea la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia en la que teoría y práctica finalmente se unifican. Tampoco la unidad de teoría y práctica es un dato de hecho mecánico, sino un devenir histórico, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido de "distinción", de "desapego", de independencia apenas instintivo, y progresa hasta la posesión real y completa de una concepción del mundo coherente y unitaria. He ahí por qué debe hacerse resaltar cómo el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico además de político-práctico, porque necesariamente implica y supone una unidad intelectual y una ética correspondiente a una concepción de lo real que ha superado el sentido común y se ha convertido, aunque dentro de límites todavía restringidos, en crítica.

Sin embargo, en los más recientes desarrollos de la filosofía de la praxis, la profundización del concepto de unidad de la teoría y de la práctica no está aún más que en una fase inicial: quedan aún residuos de mecanicismo, porque se habla de teoría como "complemento", "accesorio" de la práctica, de teoría como sierva de la práctica. Parece justo que también esta cuestión deba ser planteada históricamente, o sea como un aspecto de la cuestión política de los intelectuales. Autoconciencia crítica significa histórica y políticamente creación de una élite de intelectuales: una masa humana no se "distingue" y no se vuelve independiente "por sí misma" sin organizarse (en sentido lato) y no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes, o sea sin que el aspecto teórico del nexo | teoría-práctica se distinga concretamente en un estrato de personas "especializadas" en la elaboración conceptual y filosófica. Pero este proceso de creación de los intelectuales es largo, difícil, lleno de contradicciones, de avances y retiradas, de desbandadas y reagrupamientos, en los que la "fidelidad" de la masa (y la fidelidad y la disciplina son inicialmente la forma que asume la adhesión de la masa y su

colaboración en el desarrollo de todo el fenómeno cultural) es sometida en ocasiones a duras pruebas. El proceso de desarrollo está ligado a una dialéctica intelectuales-masa; el estrato de los intelectuales se desarrolla cuantitativa y cualitativamente, pero cada salto hacia una nueva "amplitud" y complejidad del estrato de los intelectuales está ligado a un movimiento análogo de la masa de simples, que se eleva hacia niveles superiores de cultura y amplía simultáneamente su círculo de influencia, con puntas individuales o incluso de grupos más o menos importantes hacia el estrato de los intelectuales especializados. Sin embargo, en el proceso se repiten continuamente momentos en los que entre masa e intelectuales (o algunos de éstos, o un grupo de éstos) se forma una separación, una pérdida de contacto, de ahí la impresión de "accesorio", de complementario, de subordinado. El insistir en el elemento "práctico" del nexo teoría-práctica, después de haber escindido, separado y no sólo distinguido los dos elementos (operación meramente mecánica y convencional) significa que se atraviesa una fase histórica relativamente primitiva, una fase todavía económico-corporativa, en la que se transforma cuantitativamente el cuadro general de la "estructura" y la calidad-superestructura adecuada está en vías de surgir, pero no está aún orgánicamente formada. Debe ponerse de relieve la importancia y el significado que tienen, en el mundo moderno, los partidos políticos en la elaboración y difusión de las concepciones del mundo en cuanto que esencialmente elaboran la ética y la política conformes a aquéllas, o sea que funcionan casi como "experimentadores" históricos de aquellas concepciones. Los partidos seleccionan individualmente la masa operante, y la selección | ocurre tanto en el campo práctico como en el teórico conjuntamente, con una relación tanto más estrecha entre teoría y práctica cuanto más es la concepción vital y radicalmente innovadora y antagónica a los viejos modos de pensar. Por eso puede decirse que los partidos son los elaboradores de las nuevas intelectualidades integrales y totalitarias, o sea el crisol de la unificación de teoría y práctica entendida como proceso histórico real, y se comprende cómo es necesaria la formación por adhesión individual y no del tipo "laborista" porque, si se trata de dirigir orgánicamente "toda la masa económicamente activa" se trata de dirigirla no según viejos esquemas sino innovando, y la innovación no puede llegar a ser de masas en sus primeras etapas, sino por mediación de una élite en la que la concepción implícita en la humana actividad se haya convertido ya en cierta medida en conciencia actual coherente y sistemática y voluntad precisa y decidida. Una de estas fases se puede estudiar en la discusión por medio de la cual se han producido los más recientes desarrollos de la filosofía de la praxis, discusión resumida en un artículo de D. S. Mirskij,^a colaborador

^a En el manuscrito: "Mirschi".

de la *Cultura*.² Puede verse cómo se ha efectuado el paso de una concepción mecanicista y puramente exterior a una concepción activista, que se aproxima más, como se ha observado, a una justa comprensión de la unidad de teoría y práctica, si bien no ha alcanzado aun todo su significado sintético. Se puede observar cómo el elemento determinista, fatalista, mecanicista, ha sido un "aroma" ideológico inmediato de la filosofía de la praxis, una forma de religión y de excitante (pero a la manera de los estupefacientes), requerida y justificada históricamente por el carácter "subalterno" de determinados estratos sociales. Cuando no se tiene la iniciativa en la lucha y la lucha misma acaba en consecuencia por identificarse con una serie de derrotas, el determinismo mecánico se convierte en una fuerza formidable de resistencia moral, de cohesión, de perseverancia paciente y obstinada. "Yo estoy derrotado momentáneamente, pero la fuerza | de las cosas trabaja para mí a largo plazo, etcétera." La voluntad real adopta la apariencia de acto de fe, de una cierta racionalidad de la historia, de una forma empírica y primitiva de finalismo apasionado que aparece como un sustituto de la predestinación, de la providencia, etcétera, de las religiones confesionales. Hay que insistir en el hecho de que en tal caso existe realmente una fuerte actividad volitiva, una intervención directa sobre la "fuerza de las cosas", pero precisamente en una forma implícita, velada, que se avergüenza de sí misma y por lo tanto la conciencia es contradictoria, carece de unidad crítica, etcétera. Pero cuando el "subalterno" se vuelve dirigente y responsable de la actividad económica de masas, el mecanicismo aparece en cierto punto como un peligro inminente, se produce una revisión de todo el modo de pensar porque se ha producido una transformación en el modo social de ser. ¿Por qué son restringidos los límites y el dominio de la "fuerza de las cosas"? Porque, en el fondo, si el subalterno era ayer una cosa, hoy no es ya una cosa sino una persona histórica, un protagonista, si ayer era irresponsable porque era "resistente" a una voluntad extraña, hoy siente ser responsable porque no es ya resistente sino agente y necesariamente activo y emprendedor. ¿Pero incluso ayer era él mera "resistencia", mera "cosa", mera "irresponsabilidad"? Ciertamente no, e incluso debe ponerse de relieve cómo el fatalismo no es más que un revestimiento en los débiles de una voluntad activa y real. He ahí por qué siempre hay que demostrar la futilidad del determinismo mecánico, que, explicable como filosofía ingenua de la masa en cuanto que solamente tal elemento intrínseco de fuerza, cuando es asumido como filosofía refleja y coherente por parte de los intelectuales, se convierte en causa de pasividad, de imbécil autosuficiencia, y ello sin esperar a que el subalterno se haya convertido en dirigente y responsable. Una parte de la masa incluso subalterna es siempre dirigente y responsable y la filosofía de la parte precede siempre a la filosofía del todo, no sólo como antici|pación teórica, sino como necesidad actual.

Que la concepción mecanicista haya sido una religión de subalternos se desprende de un análisis del desarrollo de la religión cristiana, que en cierto periodo histórico y en condiciones históricas determinadas fue y sigue siendo una "necesidad", una forma necesaria de la voluntad de las masas populares, una forma determinada de racionalidad del mundo y de la vida y proporcionó los cuadros generales para la actividad práctica real. En este fragmento de un artículo de la *Civiltà Cattolica* ("Individualismo pagano e individualismo cristiano", fasc. del 5 de marzo de 1932) me parece bien expresada esta función del cristianismo: "La fe en un futuro seguro, en la inmortalidad del alma, destinada a la beatitud, en la seguridad de poder llegar al goce eterno, fue el mecanismo de propulsión para un trabajo de intensa perfección interna y de elevación espiritual. El verdadero individualismo cristiano encontró ahí el impulso para sus victorias. Todas las fuerzas del cristiano se agruparon en torno a este noble fin. Liberado de las fluctuaciones especulativas que enervan el alma en la duda, e iluminado por principios inmortales, el hombre sintió renacer las esperanzas; seguro de que una fuerza superior lo sostenía en la lucha contra el mal, hizo violencia contra sí mismo y venció al mundo".³ Pero también en este caso, es el cristianismo ingenuo lo que aquí se entiende; no el cristianismo jesuitizado, convertido en un puro narcótico para las masas populares.

Pero la posición del calvinismo, con su concepción férrea de la predestinación y de la gracia, que determina una vasta expansión del espíritu de iniciativa (o se convierte en la forma de este movimiento) es aún más expresiva y significativa. (A este propósito se puede ver: Max Weber, *Ética protestante e lo spirito del capitalismo*, publicado en los *Nuovi Studi*, fascículos de 1931 y sig.,⁴ y el libro de Groethuysen sobre los orígenes religiosos de la burguesía en Francia.)⁵

19 ¿Por qué y cómo se difunden, haciéndose populares, las nuevas concepciones del mundo? ¿En este proceso de difusión (que es al mismo tiempo de sustitución del viejo y muy a menudo de combinación entre el nuevo y el viejo) influyen, y cómo y en qué medida, la forma racional en la que la nueva concepción es expuesta y presentada, la autoridad (en cuanto que sea reconocida y apreciada al menos genéricamente) del expositor y de los pensadores y científicos que el expositor llama en su auxilio, el pertenecer a la misma organización de quien sostiene la nueva concepción (aunque después de haber entrado en la organización por otro motivo que no sea el compartir la nueva concepción)? Estos elementos en realidad varían según el grupo social y el nivel cultural del grupo dado. Pero la investigación interesa especialmente por lo que concierne a las masas populares, que cambian más difícilmente de concepción, y que no la cambian jamás, en todo caso, aceptándolas en la forma "pura", por así decirlo, sino sólo y siempre como combinación más o menos heteroclita

y extraña. La forma racional, lógicamente coherente, la plenitud del razonamiento que no descuida ningún argumento positivo o negativo de cierto peso, tiene su importancia, pero dista mucho de ser decisiva; puede ser decisiva en forma subordinada, cuando la persona dada está ya en condiciones de crisis intelectual, titubea entre lo viejo y lo nuevo, ha perdido la fe en lo viejo y aún no se decide por lo nuevo, etcétera. Lo mismo puede decirse en cuanto a la autoridad de los pensadores y científicos. Ésta es muy grande en el pueblo, pero de hecho cada concepción tiene sus pensadores y científicos a los que apelar y la autoridad está dividida; además es posible en el caso de cada pensador distinguir, poner en duda el que precisamente lo haya dicho de tal forma, etcétera. Se puede concluir que el proceso de difusión de las nuevas concepciones sucede por razones políticas, o sea en última instancia sociales, pero que el elemento formal, de la coherencia lógica, el elemento autoritario y el elemento organizativo tienen en este proceso una función muy grande inmediatamente después de que la orientación general se ha producido, tanto en los individuos aislados como en grupos numerosos. De ahí se concluye, sin embargo, que en las masas en cuanto tales la filosofía no puede ser vivida sino como una fe. Imáginése, por lo demás, la posición intelectual de un hombre del pueblo; él se ha formado opiniones, convicciones, criterios de discriminación y normas de conducta. Cada defensor de un punto de vista opuesto al suyo, en cuanto que es intelectualmente superior, sabe argumentar sus razones mejor que él, lo enreda lógicamente, etcétera. ¿debería por ello el hombre del pueblo cambiar sus convicciones, porque en la discusión inmediata no sabe hacerse valer? Pero entonces podría sucederle tener que cambiar una vez cada día, o sea cada vez que encuentre a un adversario ideológico intelectualmente superior. ¿En qué elementos se basa, pues, su filosofía, y especialmente su filosofía en la forma que para él tiene mayor importancia como norma de conducta? El elemento más importante es indudablemente de carácter no racional, de fe. ¿Pero en quién y en qué cosa? Especialmente en el grupo social al cual pertenece en cuanto que piensa difusamente como él: el hombre del pueblo piensa que tantos no pueden equivocarse, así en bloque, como el adversario argumentador querría hacer creer; que él mismo, es cierto, no es capaz de sostener y desarrollar sus propias razones como el adversario las suyas, pero que en su grupo hay quienes sí sabrían hacer esto, ciertamente aún mejor que aquel determinado adversario, y él recuerda en efecto haber oído exponer difusamente, coherentemente, de manera que él quedó convencido, las razones de su fe. No recuerda las razones en concreto y no sabría repetirlas, pero sabe que existen porque las ha oído exponer y ha quedado convencido. El haber sido convencido una vez en forma fulgurante es la razón permanente de la permanencia de la convicción, aun cuando ya no se sepa cómo argumentar ésta.

20 Pero estas consideraciones conducen a la conclusión de una extrema fragilidad en las convicciones nuevas de las masas populares, especialmente si estas nuevas convicciones están en contraste con las convicciones (incluso nuevas) ortodoxas, socialmente conformistas según los intereses generales de las clases dominantes. Puede verse esto reflexionando en los destinos de las religiones y las iglesias. La religión, y una determinada iglesia, mantiene su comunidad de fieles (dentro de ciertos límites, de las necesidades del desarrollo histórico general) en la medida en que mantiene permanente y organizadamente la fe propia, repitiendo su apologética infatigablemente, luchando en todo momento y siempre con argumentos similares, y manteniendo una jerarquía de intelectuales que dan a la fe al menos la apariencia de la dignidad del pensamiento. Cada vez que la continuidad de las relaciones entre iglesia y fieles ha sido interrumpida violentamente, por razones políticas, como sucedió durante la Revolución francesa, las pérdidas sufridas por la iglesia fueron incalculables, y si las condiciones de difícil ejercicio de las prácticas habituales se hubiesen prolongado más allá de ciertos límites de tiempo, cabe pensar que tales pérdidas habrían sido definitivas y una nueva religión hubiera surgido, como por lo demás surgió en Francia en combinación con el viejo catolicismo. De ahí se deducen determinadas necesidades para cada movimiento cultural que tienda a sustituir el sentido común y las viejas concepciones del mundo en general: 1] no cansarse nunca de repetir sus propios argumentos (variando literariamente su forma): la repetición es el medio didáctico más eficaz para operar sobre la mentalidad popular; 2] trabajar sin cesar para elevarla intelectualmente a estratos populares cada vez más vastos, lo que significa trabajar para crear élites de intelectuales de un tipo nuevo que surjan directamente de la masa aunque permaneciendo en contacto con ella para convertirse en el "armazón" del busto. Esta segunda necesidad, si es satisfecha, es la que realmente modifica el "panorama ideológico" de una época. Por otra parte, estas élites tampoco pueden constituirse y desarrollarse sin que en su interior se produzca una jerarquización de autoridad y de competencia intelectual, que puede culminar en un gran filósofo individual, si éste es capaz de revivir concretamente las exigencias de la masiva comunidad ideológica, de comprender que ésta no puede tener la ligereza de movimientos propia de un cerebro individual y por lo tanto logre elaborar formalmente la doctrina colectiva del modo más apegado y adecuado a los modos de pensar de un pensador colectivo.

Es evidente que una construcción de masas de tal género no puede darse "arbitrariamente", en torno a una ideología cualquiera, por la voluntad formalmente constructiva de una personalidad o de un grupo que se lo proponga por fanatismo de sus propias convicciones filosóficas o religiosas. La adhesión de masas a una ideología o la no adhesión es el

modo con que se efectúa la crítica de los modos de pensar. Las construcciones arbitrarias son rápidamente eliminadas de la competencia histórica, aunque a veces, por una combinación de circunstancias inmediatas favorables, llegan a disfrutar de una cierta popularidad, mientras que las construcciones que corresponden a las exigencias de un periodo histórico complejo y orgánico acaban siempre por imponerse y prevalecer aunque atraviesan muchas fases intermedias en las que su afirmación acaece sólo en combinaciones más o menos extrañas o heteróclitas.

Estos desarrollos plantean muchos problemas, los más importantes de los cuales se resumen en el modo y la calidad de las relaciones entre los diversos estratos intelectualmente calificados, o sea en la importancia y en la función que debe y puede tener la aportación creativa de los grupos superiores en conexión con la capacidad orgánica de discusión y de desarrollo de nuevos conceptos críticos por parte de los estratos subordinados intelectualmente. Es decir, se trata de establecer los límites de la libertad de discusión y de propaganda, libertad que no debe ser entendida en el sentido administrativo y policiaco, sino en el sentido de autolimitación que los dirigentes ponen a su propia actividad, o sea, en sentido propio, de fijación de una orientación de política cultural. En otras palabras: ¿quién establecerá los "derechos de la ciencia" y los límites de la investigación científica, y podrán estos derechos y estos límites ser apropiadamente fijados? Parece necesario que el trabajo de búsqueda de nuevas verdades y de mejores, más coherentes y claras formulaciones de las verdades mismas sea dejado a la libre iniciativa de los científicos individuales, aunque éstos continuamente reponen en discusión los mismos principios que parecen los más esenciales. Por lo demás, no será difícil poner en claro cuándo tales iniciativas de discusión tengan motivos interesados y no de carácter científico. No es imposible por lo demás pensar que las iniciativas individuales sean disciplinadas y ordenadas, de modo que pasen a través del cedazo de academias o institutos culturales de diverso género y sólo después de haber sido seleccionadas se hagan públicas, etcétera.

Sería interesante estudiar en concreto, para un solo país, la organización cultural que tiene en movimiento el mundo ideológico y examinar su funcionamiento práctico. Un estudio de la relación numérica entre el personal que profesionalmente está dedicado al trabajo cultural activo y la población de cada país sería también útil, con un cálculo aproximado de las fuerzas libres. La escuela, en todos sus grados, y la iglesia, son las dos mayores organizaciones culturales en cada país, por el número del personal que ocupan. Los periódicos, las revistas, y la actividad editorial, las instituciones educativas privadas, tanto como integrantes de la escuela de Estado y como instituciones de cultura del tipo universidades populares. Otras profesiones incorporan en su actividad especializada una frac-

ción cultural que no es indiferente, como la de los médicos, los oficiales del ejército, la magistratura. Pero debe notarse que en todos los países, aunque sea en distinta medida, existe una gran fractura entre las masas populares y los grupos intelectuales, incluso los más numerosos y más cercanos a la periferia nacional, como los maestros y los curas. Y que esto sucede porque, incluso allí donde los gobernantes lo afirman con sus palabras, el Estado como tal no tiene una concepción unitaria, coherente y homogénea, por lo que los grupos intelectuales están disgregados entre estrato y estrato y en la esfera del mismo estrato. La universidad, excepto en algunos países, no ejerce ninguna función unificadora; a menudo un pensador libre tiene más influencia que toda la institución universitaria, etcétera.

21 bis *Nota I.* A propósito de la función histórica desempeñada por la concepción fatalista de la filosofía de la praxis se podría hacer un elogio fúnebre de la misma, reivindicando su utilidad para cierto periodo histórico, pero precisamente por ello sosteniendo la necesidad de sepultarla con todos los honores del caso. Verdaderamente se podría parangonar su función con la de la teoría de la gracia y de la predestinación en los comienzos del mundo moderno que luego culminó, sin embargo, en la filosofía clásica alemana y en su concepción de la libertad como conciencia de la necesidad. Ella ha sido un sucedáneo popular del grito "dios lo quiere", sin embargo incluso en este plano primitivo y elemental era un inicio de concepción más moderna y fecunda que la contenida en el "dios lo quiere" o en la teoría de la gracia. ¿Es posible que "formalmente" una nueva concepción se presente en otra vestimenta que no sea la tosca y cruda de una plebe? Y sin embargo el historiador, con toda la perspectiva necesaria, logra fijar y comprender que los inicios de un mundo nuevo, siempre ásperos y lamentables, son superiores al declinar de un mundo en agonia y a los cantos de cisne que esto produce. La decadencia del "fatalismo" y del "mecanicismo" indica un gran viraje histórico; de ahí la gran impresión causada por el estudio recapitulativo de Mirskij.⁶ Recuerdos que éste ha despertado; recordar en Florencia en noviembre de 1917 la discusión con el abogado Mario Trozzi y la primera indicación de bergsonismo, de voluntarismo, etcétera.⁷ Podría hacerse un cuadro semiserio de cómo se presentaba realmente esta concepción. Recordar también la discusión con el profesor Presutti en Roma en junio de 1924.⁸ Parangón con el capitán Giulietti hecho por G. M. Serrati^a y que para él era decisivo y de condena capital.⁹ Para G. M. Serrati,^a Giulietti era como el confuciano para el taoísta, el chino del sur, mercader activo y laborioso para el literato mandarín del norte, que miraba, con supremo desprecio de iluminado y sabio para quien la vida ya no tiene misterios, a estos hombrecillos del

^a En el manuscrito: "G. M. S."

sur que creían con sus movimientos inquietos de hormigas poder forzar la "vía". Discurso de Claudio Treves sobre la expiación.¹⁰ Había en este discurso cierto espíritu de profeta bíblico: quien había deseado y hecho la guerra, quien había sacudido al mundo en sus cimientos | y era por consiguiente responsable del desorden de la posguerra, debía expiar cargando con la responsabilidad de este mismo desorden. Habían pecado de "voluntarismo", debían ser castigados en su pecado, etcétera. Había cierta grandeza sacerdotal en este discurso, un aullido de maldiciones que debían petrificar de espanto y por el contrario fueron una gran consolación, porque indicaba que el sepulturero todavía no estaba preparado y Lázaro podía resucitar.

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), pp. 63 bis-64, 67 bis-68 bis, 72 bis-73 bis, 51 bis-52, 64-64 bis: y Cuaderno 10 (XXXIII), p. 6a.

II. Observaciones y notas críticas sobre un intento de "Ensayo popular de sociología".

§ <13>. Un trabajo como el *Ensayo popular*, destinado esencialmente a una comunidad de lectores que no son intelectuales de profesión, habría debido tomar como punto de partida el análisis crítico de la filosofía del sentido común, que es la "filosofía de los no filósofos", o sea la concepción del mundo absorbida acríticamente por los diversos ambientes sociales y culturales en los que se desarrolla la individualidad moral del hombre medio. El sentido común no es una concepción única, idéntica en el tiempo y en el espacio: es el "folklore" de la filosofía y como el folklore se presenta en formas innumerables: su rasgo fundamental y más característico es el de ser una concepción (incluso en los cerebros individuales) disgregada, incoherente, inconsecuente, correspondiente a la posición social y cultural de las multitudes de las que aquél es la filosofía. Cuando en la historia se elabora un grupo social homogéneo, se elabora también, contra el sentido común, una filosofía homogénea, o sea coherente y sistemática. El *Ensayo popular* se equivoca al partir (implícitamente) del presupuesto de que a esta elaboración de una filosofía original de las masas populares se oponen los grandes sistemas de las filosofías tradicionales y la religión del alto clero, o sea las concepciones del mundo de los intelectuales y de la alta cultura. En realidad estos sistemas son desconocidos para la multitud y no tienen eficacia directa en su modo de pensar y actuar. Ciertamente esto no significa que carezcan | totalmente de eficacia histórica: pero esta eficacia es de otro género. Estos sistemas influyen en las masas populares como fuerza política externa, como elemento de fuerza cohesiva de las clases dirigentes, como elemento, pues, de subordinación a una hegemonía exterior, que limita el pensamiento ori-

b) Bloque histórico

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 8, párrafo 182: *Estructura y superestructura.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 13: *Notas.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 48: *Introducción al estudio de la filosofía* (sobre todo a partir del párrafo que inicia con la pregunta ¿qué es el hombre?).
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 10: *“La cuestión inicial que debe plantearse y resolverse en un tratado sobre Maquiavelo...”*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 11, párrafo 67: *“Pasaje del saber la comprender, al sentir y viceversa...”*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 41: *“La importancia que han tenido el maquiavelismo y el antimachiavelismo...”* (la parte referida al concepto de bloque histórico en Sorel)
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 9, párrafo 40: *Maquiavelo. Relaciones de fuerza, etc.*

realidad, a ese fin tienden una multiplicidad de otras iniciativas y actividades supuestamente privadas que forman el aparato de la hegemonía política y cultural de las clases dominantes. La concepción de Hegel es propia de un periodo en el que el desarrollo de la burguesía en expansión podía aparecer ilimitado, por consiguiente la eticidad o universalidad de aquélla podía ser afirmada: todo el género humano será burgués. Pero en realidad sólo el grupo social que postula el fin del Estado y de sí mismo como fin a alcanzar, puede crear un Estado ético, tendiente a poner fin a las divisiones internas de los dominados etcétera, y a crear un organismo social unitario técnico-moral.

§ <180>. *Pasado y presente. Las grandes ideas.* Las grandes ideas y las fórmulas vagas. Las ideas son grandes en cuanto que son actuales, o sea en cuanto que hacen clara una relación real que es inmanente a la situación, y la hacen clara en cuanto que muestran concretamente el proceso de actos a través de los cuales una voluntad colectiva organizada saca a la luz aquella relación (la crea) o una vez sacada a la luz la destruye, sustituyéndola. Los grandes proyectistas habladores lo son precisamente porque no saben ver los vínculos de la "gran idea" lanzada con la realidad concreta, no saben establecer el proceso real de actuación. El estadista de clase intuye simultáneamente la idea y el proceso real de actuación: compila el proyecto y al mismo tiempo el "reglamento" para su ejecución. El proyectista hablador procede "probandos y reprobando", de su actividad se dice que "hacer y deshacer es toda una tarea". ¿Qué quiere decir en "idea" que al proyecto debe ir vinculado un reglamento? Que el proyecto debe ser entendido por cada elemento activo, de modo que vea cuál debe ser su obligación en su realización y actuación; que sugiriendo un acto hace prever sus consecuencias positivas y negativas, de adhesión y de reacción, y contiene en sí las respuestas a estas adhesiones o reacciones, esto es, ofrece un terreno de organización. Éste es un aspecto de la unidad de teoría y práctica.

57 bis

Corolario: todo gran hombre político tiene que ser también un gran administrador, todo gran estratega un gran táctico, todo gran doctrinario un gran organizador. Éste puede ser incluso un criterio de valoración: se juzga al teórico, al elaborador de planes, por sus cualidades de administrador, y administrar significa prever los actos y las operaciones, hasta las "moleculares" (y las más complejas, se comprende) necesarias para realizar el plan.

Naturalmente, es correcto también lo contrario: de un acto necesario hay que saber remontarse al principio correspondiente. Críticamente este proceso es de suma importancia. Se juzga por lo que se hace, no por lo que se dice. Constituciones estatales <leyes> reglamentos: son

los reglamentos e incluso su aplicación (hecha en virtud de circulares) los que indican la estructura política y jurídica real de un país y de un Estado.

§ <181>. *El hegelianismo en Francia.* Un "Rapport sur l'état des études hégéliennes en France" de A. Koyré es reproducido en los *Verhandlungen der ersten Hegelskongresses*, vom 22 bis April 1930 im Haag, Mohr, Tübingen, en 8o. gr., pp. 243. Koyré, entre otros, habla de "Luciano Herr, que ha pasado veinticinco años de su vida estudiando el pensamiento hegeliano, y que ha muerto sin haber podido escribir el libro que se proponía darnos y que hubiera ocupado un lugar al lado de los de Delbos y Xavier León", pero sin embargo nos ha dejado un ensayo, en el artículo sobre Hegel publicado en la *Grande Encyclopédie*, notable por su lucidez y penetración.¹ Sobre Luciano Herr ha publicado una "Vie de Lucien Herr" Charles Andler en la *Europe* del 15 de octubre de 1931 y siguientes. Escribe Andler: "Lucien Herr est présent dans tout le travail scientifique français depuis plus de quarante ans; et son action a été décisive dans la formation du socialisme en France".²

Cfr. *Cuaderno 11* (XVIII), p. 4 bis.

§ <182>. *Estructura y superestructuras.* La estructura y las superestructuras forman un "bloque histórico", o sea que el conjunto complejo y discordante de las superestructuras son el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción. De ahí se deduce: que sólo un sistema de ideologías totalitario refleja racionalmente la contradicción de la estructura y representa la existencia de las condiciones objetivas para la subversión de la praxis. Si se forma un grupo social homogéneo al 100% para la ideología, eso significa que existen al 100% las premisas para esta transformación, o sea que lo "racional" es real efectiva y actualmente. El razonamiento se basa en la reciprocidad necesaria entre estructura y superestructuras (reciprocidad que es precisamente el proceso dialéctico real).

§ <183>. *Dialéctica.* Ver el librito *Dialectica* de los padres Liberatore-Corsi S.I., Nápoles, Tip. commerciale, 1930, en 8o. pp. 80, 7 liras.¹ Estará compuesto con extractos del célebre polemista jesuita padre Liberatore. Puede ser interesante para establecer qué entienden por "dialéctica" los escolásticos.

Cfr. *Cuaderno 11* (XVIII), pp. 54 bis.

¹ En el manuscrito una variante interlineal: "contradictorio"

sosía en una unidad dialéctica intrínseca a un grupo social no sólo francés o alemán, sino europeo y mundial. Es preciso que la herencia de la filosofía clásica alemana sea no sólo inventariada, sino hecha nuevamente vida operante, y para ello hay que hacer el balance de la filosofía de Croce, o sea, que para nosotros los italianos ser herederos de la filosofía clásica alemana significa ser herederos de la filosofía crociana, que representa el momento mundial actual de la filosofía clásica alemana.

49^a Croce combate con excesivo encarnizamiento la filosofía de la praxis y en su lucha recurre a aliados paradójicos, como el mediocrísimo De Man.⁴ Este encarnizamiento | es sospechoso, puede resultar una coartada para negar una rendición de cuentas. Hay, por el contrario, que llegar a esta rendición de cuentas, del modo más amplio y profundo posible. Un trabajo de este tipo, un *Anti-Croce* que en la atmósfera cultural moderna pudiera tener el significado y la importancia que tuvo el *Anti-Dühring* para la generación anterior a la guerra mundial, valdría la pena de que todo un grupo de hombres le dedicasen diez años de actividad.

Nota I. Los rastros de la filosofía de la praxis pueden encontrarse especialmente en la solución que Croce dio a problemas particulares. Un ejemplo típico me parece la doctrina del origen práctico del error. En general se puede decir que la polémica contra la filosofía del acto puro de Giovanni Gentile ha obligado a Croce a un mayor realismo y a experimentar cierto fastidio e impaciencia al menos frente a las exageraciones del lenguaje especulativo, convertido en jerga y "ábrete, sésamo" de los frailecillos menores actualistas.

Nota II. Pero la filosofía de Croce no puede ser, sin embargo, examinada independientemente de la de Gentile. Un *Anti-Croce* debe ser también un *Anti-Gentile*; el actualismo dará los efectos de claroscuro en el cuadro que son necesarios para un mayor relieve.

<§> 12. De todo lo dicho anteriormente se desprende que la concepción historiográfica de Croce de la historia como historia ético-política no debe ser juzgada como una futilidad que haya que rechazar sin más. Por el contrario, hay que establecer con gran energía que el pensamiento historiográfico de Croce, incluso en su fase más reciente, debe ser estudiado y meditado con la máxima atención. Representa esencialmente una reacción frente al "economismo" y al mecanicismo fatalista, aunque se presente como superación destructiva de la filosofía de la praxis. Incluso en el juicio del pensamiento crociano, vale el criterio de que una corriente filosófica debe ser criticada y valorada no por lo que pretende ser, sino por lo que es realmente y se manifiesta en las obras históricas concretas. Para la filosofía de la praxis el mismo método especulativo no es futilidad, sino que ha sido fecundo en valores "instrumentales" del

pensamiento en el desarrollo de la cultura, valores instrumentales que la filosofía de la praxis se ha incorporado (la dialéctica, por ejemplo). El pensamiento de Croce debe pues, por lo menos, ser apreciado como valor instrumental, y así puede decirse que ha atraído enérgicamente la atención sobre la importancia de los hechos de cultura y de pensamiento en el desarrollo de la historia, sobre la función de los grandes intelectuales en la vida orgánica de la sociedad civil y del Estado, sobre el momento de la hegemonía y del consenso como forma necesaria del bloque histórico concreto. Que esto no es "fútil" queda demostrado por el hecho de que contemporáneamente a Croce, al más grande teórico moderno de la filosofía de la praxis, en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política, en oposición a las diversas tendencias "economistas" ha revalorizado el frente de lucha cultural y construido la doctrina de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza y como forma actual de la doctrina cuarentaiochesca de la "revolución permanente".¹ Para la filosofía de la praxis, la concepción de la historia ético-política, en cuanto dependiente de toda concepción realista, puede ser asumida | como un "canon empírico" de investigación histórica a tener siempre presente en el examen y profundización del desarrollo histórico, si se quiere hacer historia integral y no historia parcial y extrínseca (historia de las fuerzas económicas como tales, etcétera).

<§> 13. *Notas.* 1] Elementos de historia ético-política en la filosofía de la praxis: concepto de hegemonía, revalorización del frente filosófico, estudio sistemático de la función de los intelectuales en la vida estatal e histórica, doctrina del partido político como vanguardia de todo movimiento histórico progresista.

2] Croce-Loria. Se puede demostrar que entre Croce y Loria la diferencia no es realmente muy grande en el modo de interpretar la filosofía de la praxis. Croce, reduciendo la filosofía de la praxis a un canon práctico de interpretación histórica, con el cual se atrae la atención de los historiadores sobre la importancia de los hechos económicos, no ha hecho más que reducirla a una forma de "economismo". Si se despoja a Loria de todas sus extravagancias estilísticas y desenfrenos fantasmagóricos (y ciertamente mucho de lo que es característico de Loria se pierde de esta manera) se ve que éste se aproxima a Croce en el núcleo más serio de su interpretación (cfr. a este propósito *Conversazioni Critiche*, I, pp. 291 ss.).¹

3] Historia especulativa y necesidad de una Minerva más gruesa. Leon Battista Alberti escribió de los matemáticos: "Éstos, con sólo su ingenio, separada toda materia, miden las formas de las cosas. Nosotros, porque queremos las cosas puestas a la vista, usaremos una Minerva más gruesa".²

4] Si fuese cierto, en forma tan genérica, que la historia de Europa en el siglo XIX ha sido historia de la libertad, toda la historia anterior habría sido, de manera igualmente genérica, historia de la autoridad; todos los siglos precedentes habrían sido de un mismo color gris e indistinto, sin desarrollo, sin lucha. Por otra parte: un principio hegemónico (ético-político) triunfa después de haber vencido a otro principio (y de haberlo asumido como su momento, diría precisamente Croce). ¿Pero por qué lo vencerá? ¿Por sus dotes intrínsecas de carácter "lógico" y racional abstracto? No buscar las razones de esta victoria significa hacer historia exteriormente descriptiva, sin relieve de nexos necesarios y causales. Incluso el Borbón representaba un principio ético-político, personificaba una "religión" que tenía a sus fieles en los campesinos y en los holgazanes. Así pues, siempre ha habido lucha entre dos principios hegemónicos, entre dos "religiones", y no sólo habrá que describir la expansión triunfal de una de ellas, sino justificarla históricamente. Habrá que explicar por qué en 1848 los campesinos croatas combatieron contra los liberales milaneses y los campesinos lombardo-vénetos combatieron contra los liberales vieneses. Entonces el vínculo real ético-político entre gobernantes y gobernados era la persona del emperador o del rey ("¡hemos escrito en bronce, que viva Francisco III!"), como más tarde el vínculo será no el del concepto de libertad, sino el concepto de patria y de nación. La "religión" popular sustituyendo al catolicismo (o mejor en combinación con éste) ha sido la del "patriotismo" y del nacionalismo. He leído que durante el *affaire* Dreyfus un científico francés masón y ministro dijo explícitamente que su partido quería aniquilar la influencia de la Iglesia en Francia, y puesto que la multitud tenía necesidad de un fanatismo (los franceses usan en política el término "mystique") se organizaría la exaltación del sentimiento patriótico. Hay que recordar, por lo demás, el significado que asumió el término "patriota" durante la Revolución Francesa (ciertamente significó "liberal", pero con un significado concreto nacional) y cómo éste, a través de las luchas del siglo XIX, fue sustituido por el de "republicano", por el nuevo significado asumido por el término patriota que se ha convertido en monopolio de los nacionalistas y derechistas en general. Que el contenido concreto del liberalismo popular haya sido el concepto de patria y de nación se puede ver por su misma evolución en nacionalismo, y en la lucha contra el nacionalismo tanto de parte de Croce, representante de la religión de la libertad, como del papa, representante del catolicismo. (En forma popular una documentación de esta religión popular puede extraerse de los sonetos sobre la *Scoperta dell'America* de Pascarella).³

5] La historia especulativa puede ser considerada como un retorno, en formas literarias hechas más sagaces o menos ingenuas por el desarrollo de la capacidad crítica, a modos de historia ya caídos en descrédito como

vacíos y retóricos^a y registrados en diversos libros del mismo Croce. La historia ético-política, en cuanto que prescinde del concepto de bloque histórico en el cual contenido económico social y forma ético-política se identifican concretamente en la reconstrucción de los diversos periodos históricos, no es otra cosa que una presentación polémica de filosofemas más o menos interesantes, pero no es historia. En las ciencias naturales ello equivaldría a un retorno a las clasificaciones según el color de la piel, de las plumas, del pelo de los animales, y no según la estructura anatómica. La referencia a las ciencias naturales en el materialismo histórico y el hablar de "anatomía" de la sociedad era sólo una metáfora y un impulso de profundizar las investigaciones metodológicas y filosóficas.⁴ En la historia de los hombres, que no tiene la misión de clasificar de manera naturalista los hechos, el "color de la piel" hace "bloque" con la estructura anatómica y con todas las funciones fisiológicas; no se puede pensar un individuo "desollado" como el verdadero "individuo", pero tampoco el individuo "deshuesado" y sin esqueleto. Un escultor, Rodin, ha dicho (cfr. Maurice Barrès, *Mes Cahiers*, IV serie): "Si nous n'étions pas prévenus contre le squelette, nous verrions comme il est beau".⁵ En un cuadro o en una estatua de Miguel Ángel se "ve" el esqueleto de las figuras retratadas, se siente la solidez de la estructura bajo los colores o el relieve del mármol. La historia de Croce representa "figuras" deshuesadas, sin esqueleto, con carnes flácidas y flojas incluso bajo los afeites de los barnices literarios del escritor.

6] El transformismo como una forma de la revolución pasiva en el periodo desde 1870 en adelante.

7] Para evaluar la función de Croce en la vida italiana recordar que tanto las Memorias de Giolitti como las de Salandra concluyen con una carta de Croce.⁶

8] Con lenguaje crociano se puede decir que la religión de la libertad se opone a la religión del Sillabo, que niega en bloque la civilización moderna; la filosofía de la praxis es una "herejía" de la religión de la libertad, porque ha nacido en el mismo terreno de la civilización moderna.

Cfr. *Cuaderno 8* (XXVIII), pp. 73 bis, 75, 79-80.

^a En el manuscrito: "caídas en descrédito como vacías y retóricas".

§ <47>. *Puntos para un ensayo sobre B. Croce y J. Benda.* Se puede hacer un parangón entre las ideas y las posiciones adoptadas por B. Croce y el diluvio de escritos de J. Benda sobre el problema de los intelectuales (además del libro sobre *La traición de los intelectuales* de Benda habría que examinar los artículos publicados en las *Nouvelles Littéraires* y seguramente en otras revistas).¹ En realidad, entre Croce y Benda, no obstante ciertas apariencias, el acuerdo es sólo superficial o respecto a algún aspecto particular de la cuestión. En Croce existe una construcción orgánica de pensamiento, una doctrina sobre el Estado, sobre la religión y sobre la función de los intelectuales en la vida estatal, que no existe en Benda, quien es más que nada un "periodista". Hay que decir también que la posición de los intelectuales en Francia y en Italia es muy distinta, orgánica e inmediatamente; las preocupaciones político-ideológicas de Croce no son las de Benda, también por esta razón. Ambos son "liberales", pero con tradiciones nacionales y culturales bien distintas.

Croce y el Modernismo. Debe confrontarse, en la entrevista sobre la masonería (*Cultura e vita morale*, 2a. edición), lo que Croce dice del modernismo² con lo que escribe A. Omodeo en la *Critica* del 20 de julio de 1932 reseñando los tres volúmenes de Alfred Loisy (*Mémoires pour servir à l'histoire religieuse*);³ en la p. 291 por ejemplo: "A los fáciles aliados acatólicos de Pío X, de la misma república anticlerical (y, en Italia, Croce),⁴ Loisy les reprocha la ignorancia de lo que es el catolicismo absolutista y del peligro representado por este imperio internacional en manos del papa; reprocha el perjuicio (ya revelado en su época por Quinet) de dejar reducir tanta parte de la humanidad a una estúpida grey vacía de pensamiento y de vida moral y solamente animada por una pasiva aquiescencia. Indudablemente en estas observaciones hay gran parte de verdad".

§ <48>. *Introducción al estudio de la filosofía.*

<I>. *El sentido común o buen sentido.* ¿En qué consiste exactamente el mérito de lo que suele llamarse "sentido común" o "buen sentido"? No solamente en el hecho de que, aunque sea implícitamente, el sentido común emplea el principio de causalidad, sino en el hecho mucho más restringido de que en una serie de juicios el sentido común identifica la causa exacta, simple y a la mano, y no se deja desviar por fantasías y oscuridades metafísicas, seudoprofundas, seudocientíficas, etcétera. El "sentido común" no podía dejar de ser exaltado en los siglos XVII y XVIII, cuando se reaccionó contra el principio de autoridad representado por la Biblia y Aristóteles: se descubrió que en el "sentido común" había cierta dosis de "experimentalismo" y de observación directa de la realidad, aunque empírica y limitada. Incluso hoy, en relaciones similares, se da el mismo jui-

cio de aprecio del sentido común, si bien la situación ha cambiado y el "sentido común" actual tiene mucha más limitación en su mérito intrínseco.

II. *Progreso y devenir.* ¿Se trata de dos cosas distintas o de aspectos distintos de un mismo concepto? El progreso es una ideología, el devenir es un concepto filosófico. El "progreso" depende de una determinada mentalidad, en cuya constitución entran ciertos elementos culturales históricamente determinados; el "devenir" es un concepto filosófico, del cual puede estar ausente el "progreso". En la idea de progreso se halla sobreentendida la posibilidad de una medición cuantitativa y cualitativa: más es mejor. Se supone, pues, una medida "fija" o fijable, pero esta medida es dada por el pasado, por una cierta fase del pasado, o por ciertos aspectos mensurables, etcétera. (No es que se piense en un sistema métrico del progreso). ¿Cómo nació la idea del progreso? ¿Representa este nacimiento un hecho cultural fundamental, capaz de hacer época? Parece que sí. El nacimiento y desarrollo de la idea de progreso corresponde a la conciencia difusa de que ha sido alcanzada una cierta relación entre la sociedad y la naturaleza (incluyendo en el concepto de naturaleza el de azar y de "irracionalidad") por la cual los hombres, en su conjunto, están más seguros de su futuro, pueden concebir "racionalmente" planes globales de su vida. Para combatir la idea de progreso, Leopardi debe recurrir a las erupciones volcánicas, o sea a aquellos fenómenos naturales que son aún "irresistibles" y sin remedio. Pero en el pasado había muchas más fuerzas irresistibles: carestías, epidemias, etcétera, que dentro de ciertos límites han sido dominadas. Que el progreso haya sido una ideología democrática está fuera de duda; que haya servido políticamente para la formación de los modernos Estados constitucionales, etcétera, también. El que hoy ya no esté en auge, también; ¿pero en qué sentido? No en el de que se haya perdido la fe en la posibilidad de dominar racionalmente la naturaleza y el azar, sino en sentido "democrático"; o sea que los "portadores" oficiales del progreso se han vuelto incapaces de este dominio, porque han suscitado fuerzas destructivas reales tan angustiosas y peligrosas como las del pasado (ya olvidadas "socialmente" si no por todos los elementos sociales, por el hecho de que los campesinos siguen sin comprender el "progreso", o sea creen estar, y lo están aún, demasiado a merced de las fuerzas naturales y del azar, conservan pues una mentalidad "mágica", medieval, "religiosa") como las "crisis", la desocupación, etcétera. La crisis de la idea de progreso no es pues crisis de la idea misma, sino crisis de los portadores de esa idea, que se han convertido en "naturaleza" que dominar ellos mismos. Los asaltos a la idea de progreso, en esta situación, son muy interesados y tendenciosos.

¿Puede desligarse la idea de progreso de la de devenir? No lo parece. Nacieron juntas, como política (en Francia), como filosofía (en Alema-

nia, luego desarrollada en Italia). En el "devenir" se ha tratado de salvar lo que de más concreto hay en el "progreso", el movimiento e incluso el movimiento dialéctico (por lo tanto también una profundización, porque el progreso está ligado a la concepción vulgar de la evolución).

De un artículo de Aldo Capasso en la *Italia Letteraria* del 4 de diciembre de 1932 reproduzco algunos pasajes que presentan las dudas vulgares sobre estos problemas: "También entre nosotros es común la irrisión frente al optimismo humanitario y democrático de estilo decimonónico, y Leopardi no es un solitario cuando habla de los 'destinos progresistas' con ironía; pero se ha inventado ese astuto disfraz del 'Progreso' que es el idealista 'Devenir': idea que perdurará en la historia, creemos, más aún como italiana que como alemana. ¿Pero qué sentido puede tener un Devenir que prosigue *ad infinitum*, un mejoramiento que no será nunca parangonable a un bien físico? Faltando el criterio de un *último* escalón estable, falta la unidad de medida del 'mejoramiento'. Y por otra parte no se puede llegar ni siquiera a contentarse con la fe de ser, nosotros hombres reales y vivos, mejores, qué sé yo, que los romanos o los primeros cristianos, porque entendiéndose el "mejoramiento" en un sentido totalmente ideal, es perfectamente admisible que hoy nosotros seamos todos "decadentes", mientras que, entonces todos pudieron ser hombres completos o tal vez santos. Puesto que, desde el punto de vista ético, la idea de ascensión *ad infinitum* implícita en el concepto de Devenir resulta un tanto injustificable, dado que el 'mejoramiento' ético es un hecho individual y que en el plano individual es posible concluir, tomando caso por caso, que toda la época última es inferior. . . Y entonces el concepto del Devenir optimista se hace inasible tanto en el plano ideal como en el plano real [. . .]. Es sabido que Croce negaba el valor racionante de Leopardi, afirmando que pesimismo y optimismo son actitudes sentimentales, no filosóficas. Pero el pesimista [. . .] podría observar que, cabalmente, la concepción del Devenir idealista, es un hecho de optimismo y de sentimiento: porque el pesimista y el optimista (si no se hallan animados por la fe en lo Trascendente) conciben del mismo modo la Historia: como el discurrir de un río sin desembocadura; y luego poner el acento en la palabra 'río' o en la palabra 'sin desembocadura', según su estado sentimental. Dicen los unos: no hay desembocadura, pero, como en un río armonioso, hay la continuidad de las ondas y la supervivencia, desarrollada, en el hoy, del ayer. . . Y los otros: hay la continuidad de un río, pero no hay desembocadura. . . En suma, no olvidemos que el optimismo es sentimiento, no menos que el pesimismo. Queda en pie que ninguna 'filosofía' puede evitar situarse sentimentalmente, como pesimismo o como optimismo", etcétera, etcétera.

No hay mucha coherencia en el pensamiento de Copasso, pero su modo de pensar es expresivo de un estado de ánimo difundido, muy esnob e in-

cierto, muy inconexo y superficial | e incluso a veces sin mucha honradez 33 y lealtad intelectual y sin la necesaria lógica formal.

La cuestión es siempre la misma: ¿qué es el hombre? ¿qué es la naturaleza humana? Si se define al hombre como individuo, psicológica y especulativamente, estos problemas del progreso y el devenir son insolubles o se quedan en puras palabras. Pero si se concibe al hombre como el conjunto de las relaciones sociales, resulta que cualquier parangón entre hombres en el tiempo es imposible, porque se trata de cosas distintas, si no heterogéneas. Por otra parte, puesto que el hombre es también el conjunto de sus condiciones de vida, se puede medir cuantitativamente la diferencia entre el pasado y el presente, porque se puede medir la medida en que el hombre domina la naturaleza y el azar. La posibilidad no es la realidad, pero es también ella una realidad: que el hombre pueda hacer una cosa o no pueda hacerla, tiene su importancia para valorar lo que realmente se hace. Posibilidad quiere decir "libertad". La medida de la libertad entra en el concepto de hombre. Que existan las posibilidades objetivas de no morir de hambre, y que se muera de hambre, tiene su importancia, por lo que parece. Pero la existencia de las condiciones objetivas, o posibilidad o libertad no es todavía suficiente: hay que "conocerlas" o saber servirse de ellas. Querer servirse de ellas. El hombre, en este sentido, es voluntad concreta, o sea aplicación efectiva del abstracto querer o impulso vital a los medios concretos que realizan tal voluntad. Se crea la propia personalidad: 1] dando una orientación determinada y concreta ("racional") al propio impulso vital o voluntad; 2] identificando los medios que hacen tal voluntad concreta e indeterminada y no arbitraria; 3] contribuyendo a modificar el conjunto de las condiciones concretas que realizan esta voluntad en la medida de los propios límites de potencia y en la forma más fructífera. El hombre debe concebirse como un bloque histórico de elementos puramente individuales y subjetivos y de elementos de masa y objetivos o materiales con los cuales el individuo se halla en relación activa. Transformar el mundo externo, las relaciones generales, significa potenciarse a sí mismo, desarrollarse a sí mismo. Que el "mejoramiento" ético sea puramente individual es ilusión y error: la síntesis de los elementos constitutivos de la individualidad es "individual", pero ella no se realiza y desarrolla sin una actividad frente a lo externo, modificadora de las relaciones externas, desde aquellas con la naturaleza hasta aquellas con los otros hombres en varios grados, en los distintos círculos sociales en que se vive, hasta la relación máxima, que abraza a todo el género humano. Por eso puede decirse que el hombre es esencialmente "político", porque la actividad para transformar y dirigir conscientemente a los otros hombres realiza su "humanidad", su "naturaleza humana".

§ <10> La cuestión inicial a plantear y resolver en un tratado sobre Maquiavelo es la cuestión de la política como ciencia autónoma, o sea del lugar que la ciencia política ocupa o debe ocupar en una concepción del mundo sistemática (coherente y consecuente) —en una filosofía de la praxis—. El progreso que representa Croce, a este respecto, en los estudios sobre Maquiavelo y sobre la ciencia política, consiste principalmente (como en otros campos de la actividad crítica crociana) en la disolución de una serie de problemas falsos, inexistentes o mal planteados. Croce se ha basado en su distinción de los momentos del Espíritu y en la afirmación de un momento de la práctica, de un espíritu práctico, autónomo e independiente, aunque ligado circularmente a toda la realidad por la dialéctica de los distintos. En una filosofía de la praxis la distinción no será ciertamente entre los momentos del Espíritu absoluto, sino entre los grados de la superestructura, y se tratará por lo tanto de establecer la posición dialéctica de la actividad política (y de la ciencia correspondiente) como determinado grado superestructural: se podrá decir, como primer apunte y aproximación, que la actividad política es precisamente el primer momento o primer grado, el momento en que la superestructura está todavía en fase inmediata de simple afirmación voluntaria, indistinta y elemental.

En qué sentido se puede identificar la política y la historia y por consiguiente toda la vida y la política. Cómo, por ello, todo el sistema de las superestructuras puede concebirse como distinción de la política y por lo mismo se justifica la introducción del concepto de distinción en una filosofía de la praxis. ¿Pero se puede hablar de dialéctica de los distintos, y cómo se puede entender el concepto de círculo entre los grados de la superestructura? Concepto de "bloque histórico", o sea unidad entre la naturaleza y el espíritu (estructura y superestructura) unidad de los contrarios y de los distintos.

¿El criterio de distinción se puede introducir también en la estructura? Cómo habrá de entenderse la estructura: cómo, en el sistema de las relaciones sociales, se podrá distinguir el elemento "técnica", "trabajo", "clase", etcétera, entendidos históricamente y no "metafísicamente". Crítica de la posición de Croce por la cual, a los fines de la polémica, la estructura se convierte en un "dios oculto", un "nómeno" en contraposición a las "apariencias" de la superestructura. "Apariencias" en sentido metafórico y en sentido positivo. Por qué "históricamente" y como lenguaje se ha hablado de "apariencias".

Es interesante establecer cómo Croce, de esta concepción general, extrae su particular doctrina del error y del origen práctico del error. Para Croce el error tiene su origen en una "pasión" inmediata, o sea de carácter individual o de grupo; ¿pero qué cosa producirá la "pasión" de alcan-

ce histórico más vasto, la pasión como "categoría"? La pasión interés inmediato que es origen del "error" es el momento que en las *Glosse al Feuerbach* es llamado "schmutzig-jüdisch":¹ pero así como la pasión-interés "schmutzig-jüdisch" determina el error inmediato, así la pasión del más vasto grupo social determina el "error" filosófico (intermedio el error-ideología, el cual Croce trata aparte): lo importante en esta serie: egoísmo (error inmediato)-ideología-filosofía es el término común "error" ligado a los diversos grados de pasión, y que habrá que entender no en el significado moralista o doctrinario sino en el sentido puramente "histórico" y dialéctico de "lo que es históricamente caduco y digno de desaparecer", en el sentido de la "no definitividad" de toda filosofía, de la "muerte-vida", "ser-no ser", o sea del término dialéctico a superar en el desarrollo.

El término de "aparente", "apariencia", significa precisamente esto y nada más que esto y debe justificarse contra el dogmatismo: es la afirmación de la caducidad de todo sistema ideológico, junto a la afirmación de una validez histórica de todo sistema, y de una necesidad del mismo ("en el terreno ideológico el hombre adquiere conciencia de las relaciones sociales":² ¿decir esto no es afirmar la necesidad y validez de las "apariencias"?)

Cfr. *Cuaderno 8* (XXVIII), pp. 21 bis-22 bis.

§ <11> Una concepción del derecho que debe ser esencialmente renovadora. Esta no puede encontrarse, íntegramente, en ninguna doctrina preexistente (ni siquiera en la doctrina de la llamada escuela positiva, y particularmente en la doctrina de Ferri). Si todo Estado tiende a crear y mantener cierto tipo de civilización y de ciudadano (y por lo tanto de convivencia y de relaciones individuales), tiende a hacer desaparecer ciertas costumbres y actitudes y a difundir otras, el derecho será el instrumento para este fin (junto a la escuela y otras instituciones y actividades) y debe ser elaborado para que sea conforme al fin, para que sea máximamente eficaz y productivo de resultados positivos. La concepción del derecho deberá ser liberada de todo residuo de trascendencia y de absoluto, prácticamente de todo fanatismo moralista, sin embargo me parece que no puede partir del punto de vista de que el Estado no "castiga" (si este término es reducido a su significado humano) sino que lucha sólo contra la "peligrosidad" social. En realidad el Estado debe ser concebido como "educador" en cuanto que tiende precisamente a crear un nuevo tipo o nivel de civilización. Por el hecho de que se opera esencialmente sobre las fuerzas económicas, que se organiza y se desarrolla el aparato de producción económica, que se renueva la estructura, no debe sacarse la consecuencia de que los hechos de superestructura deban abandonarse a sí mis-

lado exclusivamente idealista, aconseja una educación genérica de las masas y con ello se pone fuera de aquel socialismo del que sin embargo, a lo largo de toda la obra, se había declarado fiel e iluminado partidario".

En la *Civiltà Cattolica* del 7 de septiembre de 1929, en el artículo "*Per la pace sociale*" (del padre Brucculeri) que comenta el famoso laudo emitido por la Congregación del Concilio en el conflicto entre obreros e industriales católicos de la región Roubaix-Tourcoing, hay este pasaje: "El marxismo —como demuestra De Man en sus más bellas páginas— fue una corriente materializadora del mundo obrero moderno".³¹ O sea, las páginas de De Man son todas bellas, pero algunas son todavía más bellas. (Dada esta actitud de los católicos con respecto a la tendencia de De Man, puede explicarse cómo Giuseppe Prezzolini, aludiendo en el *Pé-gaso* de septiembre^a de 1930 al libro de Philip sobre el *Movimiento operario americano*, califica a Philip como un "demócrata cristiano", si bien del libro no se desprende ni está justificada semejante calificación).³²

En los fascículos de la *Civiltà Cattolica* del 5 de octubre y del 16 de noviembre de 1929 se publica un ensayo muy difundido sobre el libro de De Man.³³ La obra de De Man es reputada "no obstante sus deficiencias, la más importante y, digamos aún, genial, de cuantas hasta ahora existen en la literatura antimarxista".³⁴ Hacia el final del ensayo se encuentra esta impresión general: "El autor (De Man), aunque ha superado una crisis de pensamiento rechazando, con gesto magnánimo, el marxismo, está aún titubeante, y su inteligencia ávida de verdad no está plenamente satisfecha. Él se agita en los umbrales de la verdad, capta sus rayos, pero no se lanza adelante para hundirse en la luz. Auguramos a De Man que, una vez superada su crisis, podrá elevarse, como el gran obispo de Tagaste, del divino reflejo que es la ley moral en el alma, al divino infinito, a la fuente eternamente espléndida de todo aquello que por el universo se expande".³⁵

Cfr. *Cuaderno 4* (XIII), pp. 61-64, 39, 78-78 bis, 36; *Cuaderno 8* (XXVIII), p. 51, y *Cuaderno 4* (XIII), pp. 42-42 bis, 60-61 y 80 bis.

§ <67>. Paso del saber al comprender, al sentir, y viceversa, del sentir al comprender, al saber. El elemento popular "siente", pero no siempre comprende o sabe; el elemento intelectual "sabe", pero no siempre comprende y especialmente "siente". Por lo tanto, los dos extremos son la pedantería y el filisteísmo por una parte y la pasión ciega y el sectarismo por la otra. No es que el pedante no pueda ser apasionado, todo lo contrario; la pedantería apasionada es tan ridícula y peligrosa como el sectarismo y la demagogia más desenfrenados. El error del intelectual consiste

^a En el manuscrito: "de octubre".

<en creer> que se pueda *saber* sin comprender y especialmente sin sentir y ser apasionado (no sólo del saber en sí, sino por el objeto del saber) o sea que el intelectual puede ser tal (y no un puro pedante) si es distinto y separado del pueblo-nación, o sea sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprendiéndolas y en consecuencia explicándolas y justificándolas en esa situación histórica determinada, y vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una concepción superior del mundo, científica y coherentemente elaborada, el "saber"; no se hace política-historia sin esta pasión, o sea sin esta conexión sentimental entre intelectuales y pueblo-nación. En ausencia de tal nexo las relaciones del intelectual con el pueblo-nación son o se reducen a relaciones de orden puramente burocrático, formal; los intelectuales se convierten en una casta o un sacerdocio (el llamado centralismo orgánico). Si la relación entre los intelectuales y el pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y gobernados, es dada por una adhesión orgánica en la que el sentimiento-pasión se convierte en comprensión y por lo tanto en saber (no mecánicamente, sino en forma viva), sólo entonces la relación es de representación, y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernados y gobernantes, entre dirigidos y dirigentes, o sea que se realiza la vida de conjunto que es la única fuerza social, se crea el "bloque histórico". De Man "estudia" los sentimientos populares, no consiente con ellos para guiarlos y conducirlos a una catarsis de civilización moderna; su posición es la del estudioso de folklore que tiene continuamente el temor de que la modernidad le destruya el objeto de su ciencia. Por lo demás, hay en su libro el reflejo pedante de una exigencia real: que los sentimientos populares sean conocidos y estudiados tal como se presentan objetivamente y no considerados como algo desdeñable e inerte en el movimiento histórico.

Cfr. *Cuaderno 4* (XIII), pp. 64 bis-65.

§ <68>. La "nueva" ciencia. G. A. Borgese y Michel Ardan. En la novela de Julio Verne *De la tierra a la luna*, Michel Ardan, en su discurso programático, dice líricamente que "el espacio no existe, porque los astros están a tal punto próximos los unos de los otros que se puede pensar el universo como un todo sólido, cuyas distancias recíprocas pueden compararse a las distancias existentes entre las moléculas del metal más compacto como el oro o el platino". Borgese, siguiendo las huellas de Eddington, ha volteado el razonamiento de Verne y sostiene que la "materia sólida" no existe, porque el vacío en el átomo es tal que un cuerpo humano, reducido a las partes sólidas, se convertiría en un corpúsculo sólo visible bajo el microscopio.⁷ Es la "fantasía" de Verne aplicada a la ciencia de los científicos y no ya a la de los niños. (Verne imagina que

capitular). La extensión de los nuevos métodos determina una serie de crisis, cada una de las cuales se plantea los mismos problemas de los costos crecientes y cuyo ciclo se puede imaginar recurrente hasta que: 1] no se haya alcanzado el límite extremo de resistencia del material; 2] no se haya alcanzado el límite en la introducción de nuevas máquinas automáticas, o sea la relación última entre hombres y máquinas; 3] no se haya alcanzado el límite de saturación de industrialización mundial, tomando en cuenta la tasa de crecimiento de la población (que por lo demás declina con la extensión del industrialismo) y de la producción para renovar las mercancías de uso y los bienes instrumentales. La ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia estaría pues en la base del americanismo, o sea que sería la causa del ritmo acelerado en el progreso de los métodos de trabajo y de producción y de modificación del tipo tradicional de obrero.

Cfr. Cuaderno 7 (VII), p. 68 bis.

<§ 41>. VIII. El punto más importante en el que Croce resume las críticas, según él decisivas y que habrían representado una época histórica, es la *Storia d'Italia dal 1871^a al 1915* en el capítulo en que alude al destino de la filosofía de la praxis y de la economía crítica.¹ En el prefacio a la segunda edición del libro *MSEM* fija en cuatro las tesis principales de su revisionismo: la primera, que la filosofía de la praxis debe valer como simple canon de interpretación, y la segunda, que la teoría del valor-trabajo no es otra cosa sino el resultado de un parangón elíptico entre dos tipos de sociedad, él afirma haber "sido generalmente acogidas", "se han vuelto usuales, y ya se oyen repetir casi sin que se recuerde quién fue el primero en ponerlas en circulación". La tercera tesis, crítica de la ley acerca del descenso de la tasa de ganancia ("ley que, si fuese exactamente establecida, <...> significaría ni más ni menos que el fin automático e inminente (!?) de la sociedad capitalista) "es seguramente más dura de aceptar"; pero Croce se alegra de la adhesión del "economista y filósofo" Ch. Andler (en las *Notes critiques de science sociale*, año I, n. 5, París, 10 de marzo de 1900, p. 77). La cuarta tesis, la de una economía filosófica, "es ofrecida más propiamente a la meditación de los filósofos" y Croce remite a su futuro libro sobre la práctica. Respecto a las relaciones entre filosofía de la praxis y hegelianismo, remite a su ensayo sobre Hegel.²

En la "Conclusión" a su ensayo "Per la interpretazione e la critica di alcuni concetti" (*MSEM*, pp. 55-113, la conclusión está en las pp. 110-13), Croce resume en cuatro puntos los resultados positivos de su in-

¹ En el manuscrito: "1870".

vestigación: 1] En lo tocante a la ciencia económica, la justificación de la economía crítica, entendida no en cuanto ciencia económica general, sino en cuanto economía sociológica comparativa, que trata de las condiciones del trabajo en la sociedad; 2] En lo tocante a la ciencia de la historia, la liberación de la filosofía de la praxis de todo concepto apriorístico (bien sea herencia hegeliana o contagio de vulgar evolucionismo), y el entendimiento de la doctrina como fecundo, pero simple canon de interpretación histórica; 3] En lo tocante al aspecto práctico, la imposibilidad de deducir el programa social del movimiento (como también cualquier otro programa social) de proposiciones de pura ciencia, debiéndose llevar el juicio de los programas sociales al campo de la observación empírica y de las persuasiones prácticas; 4] En lo tocante al aspecto ético, la negación de la amoralidad intrínseca y de la anticitidad intrínseca de la filosofía de la praxis.³ (Será útil buscar otros puntos de discusión y de crítica en todos los escritos de Croce sobre el tema, resumiéndolos atentamente con todas las anotaciones bibliográficas del caso, aunque conservándoles un puesto especial a estos puntos que el mismo Croce indica como los que principalmente han atraído su interés <y> su^b reflexión más metódica y sistemática.)

<§ 41>. IX. Para comprender mejor la teoría crociana expuesta en la relación presentada en el Congreso de Oxford sobre "Historia y Antihistoria" (y que en otro punto ha sido emparentada con la discusión desarrollada por la generación pasada sobre el punto de la posibilidad de los "saltos" en la historia y en la naturaleza),¹ hay que estudiar el estudio de Croce *Interpretazione storica della proposizioni filosofiche*,² en el cual, además del tema del que deriva el título, de por sí muy interesante y que no es observado por Croce en su polémica última contra la filosofía de la praxis, se contiene una interpretación restrictiva y capciosa de la proposición hegeliana: "lo que es real es racional y lo que es racional es real", precisamente en el sentido de la antihistoria.

<§ 41>. X. La importancia que han tenido el maquiavelismo y el antimachiavelismo en Italia para el desarrollo de la ciencia política y el significado que en este desarrollo ha tenido recientemente la proposición de Croce sobre la autonomía del momento político-económico y las páginas dedicadas a Maquiavelo. ¿Puede decirse que Croce no habría llegado a este resultado sin la aportación cultural de la filosofía de la praxis? Debe recordarse a este propósito que Croce escribió que no podía

¹ En el manuscrito: "de cualquier".

² En el manuscrito: "su su".

comprender cómo es que nunca nadie pensó en desarrollar el concepto de que el fundador de la filosofía de la praxis llevó a cabo, para un grupo social moderno, la misma obra realizada por Maquiavelo en su tiempo.¹ De este parangón de Croce se podría deducir toda la injusticia de su actual posición cultural, incluso porque el fundador de la filosofía de la praxis tuvo intereses mucho más amplios que Maquiavelo y que el mismo Botero (que para Croce integra a Maquiavelo en el desarrollo de la ciencia política.² aunque esto no sea muy exacto, si de Maquiavelo no se considera sólo el *Príncipe* sino también los *Discursos*), no sólo eso, sino que en él está contenido en embrión también el aspecto ético-político de la política o la teoría de la hegemonía y del consenso, además del aspecto de la fuerza y de la economía.

La cuestión es ésta: dado el principio crociano de la dialéctica y de los distintos (que debe criticarse como solución puramente verbal de una exigencia metodológica real, en cuanto que es verdad que no existen sólo los opuestos, sino también los distintos), ¿qué relación que no sea la de "implicación en la unidad del espíritu" existirá entre el momento económico-político y las otras actividades históricas? ¿Es posible una solución especulativa de estos problemas, o sólo una solución histórica, dada por el concepto de "bloque histórico" presupuesto por Sorel?³ Por lo pronto se puede decir que mientras la obse sión político-económica (práctica, didáctica) destruye el arte, la moral, la filosofía, por el contrario estas actividades son también "política". O sea que la pasión económico-política es destructiva cuando es exterior, impuesta con la fuerza, según un plan preestablecido (y también el que sea así puede ser necesario políticamente y se tienen periodos en los que el arte, la filosofía, etcétera se adormecen, mientras que la actividad práctica está siempre viva), pero puede volverse implícita en el arte, etcétera, cuando el proceso es normal, no violento, cuando entre estructura y superestructuras hay homogeneidad y el Estado ha superado su fase económico-corporativa. El mismo Croce (en el libro *Ética e política*) alude a estas diversas fases, una de violencia, de miseria, de lucha encarnizada, de la que no se puede hacer historia ético-política (en su sentido restringido), y una de expansión cultural que sería la "verdadera" historia.⁴ En sus dos recientes libros: *Storia d'Italia* y *Storia d'Europa*, se omiten precisamente los momentos de la fuerza, de la lucha, de la miseria y la historia comienza en uno después de 1870 y en el otro a partir de 1815. Según estos criterios esquemáticos, se puede decir que el mismo Croce reconoce implícitamente la prioridad del hecho económico, o sea de la estructura como punto de referencia y de impulso dialéctico para las superestructuras, o sea los "momentos distintos del espíritu". El punto de la filosofía crociana sobre el que hay que insistir parece que debe ser precisamente la llamada dialéctica de los distintos. Hay una exigencia real en el distinguir los opuestos de los distintos, pero hay también

una contradicción en los términos, porque dialéctica se tiene sólo de los opuestos. ¿Ver las objeciones no verbalistas presentadas por los gentilianos a esta teoría crociana y remontarse a Hegel? Hay que ver si el movimiento desde Hegel hasta Croce-Gentile no ha sido un paso atrás, una reforma "reaccionaria". ¿No han hecho ellos más abstracto a Hegel? ¿No le han amputado la parte más realista, más historicista? ¿y no es, por el contrario, precisamente de esta parte que sólo la filosofía de la praxis, dentro de ciertos límites, es una reforma y una superación? ¿Y no ha sido precisamente el conjunto de la filosofía de la praxis el que ha hecho desviarse en este sentido a Croce y a Gentile, aunque ellos se hayan servido de esta filosofía para doctrinas particulares? (¿o sea por razones implícitamente políticas?). Entre Croce-Gentile y Hegel se ha formado un eslabón tradición Vico-Spaventa-(Gioberti). ¿Pero no significa eso un paso atrás respecto a Hegel? ¿Hegel no puede ser pensado sin la Revolución Francesa y Napoleón con sus guerras, o sea sin las experiencias vitales e inmediatas de un periodo histórico intensísimo de luchas, de miserias, cuando el mundo externo atrapa al individuo y le hace tocar la tierra, lo aplasta contra la tierra, cuando todas las filosofías pasadas fueron criticadas por la realidad de manera tan perentoria? ¿Qué podían dar de similar Vico y Spaventa? (¿Incluso Spaventa que participó en sucesos históricos de alcance regional y provincial, en comparación con los ocurridos desde 1789 hasta 1815 que trastornaron todo el mundo civilizado de entonces y obligaron a pensar "mundialmente"? ¿Que pusieron en movimiento la "totalidad" social, todo el género humano concebible, todo el "espíritu"? ¿He ahí por qué Napoleón puede parecerle a Hegel el "espíritu del mundo" a caballo!) ¿En qué movimiento histórico de gran envergadura participa Vico? Por más que su talento consista | precisamente en haber concebido un vasto mundo desde un rincón muerto de la "historia" ayudado por la concepción unitaria y cosmopolita del catolicismo... Ahí está la diferencia esencial entre Vico y Hegel, entre dios y la providencia y Napoleón-espíritu del mundo, entre una abstracción remota y la historia de la filosofía concebida como única filosofía, que llevará a la identificación aunque sea especulativa entre historia y filosofía, del hacer y del pensar, hasta el proletariado alemán como único heredero de la filosofía clásica alemana.⁵

Cfr. Cuaderno 4 (XIII), pp. 33-34.

<§ 41>. XI. La biografía político-intelectual de Croce no está recogida por entero en la obra *Contributo alla critica di me stesso*.¹ Por lo que toca a sus relaciones con la filosofía de la praxis, muchos elementos e ideas esenciales se hallan diseminados en todas las obras. En el libro *Cultura e vita morale* (2ª ed., p. 45, pero también en otras páginas, como aquellas en

1923.) ¿Y cuántas veces ha sido Italia invadida por los franceses? ¿Y cuántas veces ha sido Francia invadida por los ingleses, etcétera? (Las invasiones inglesas: la lucha de la nación francesa para expulsar al invasor y liberar el territorio formó la nación francesa antes de la Revolución; se da por descontada desde el punto de vista del patriotismo y del nacionalismo, aunque el motivo antinglés, a causa de las guerras de la revolución y de Napoleón, haya perdurado, especialmente en la literatura para jóvenes —Verne, etcétera— hasta la época de la Tercera República y no haya muerto todavía totalmente.) Pero después de 1870 el mito nacionalista del peligro prusiano ha absorbido toda o casi toda la atención de los propagandistas de derecha y ha creado la atmósfera de política exterior que sofoca a Francia.

§ <40>. *Maquiavelo. Relaciones de fuerza, etcétera.* En el estudio del tercer grado o momento del sistema de relaciones de fuerza existentes en una determinada situación; se puede recurrir al concepto que en la ciencia militar es llamado de la "coyuntura estratégica", o sea, con más precisión, del grado de preparación estratégica del teatro de la lucha, uno de cuyos elementos principales es dado por las condiciones cualitativas del personal dirigente y de las fuerzas activas que se pueden llamar de primera línea (incluidas en éstas las de asalto). El grado de preparación estratégica puede dar la victoria a fuerzas "aparentemente" inferiores a las adversarias. (Puede decirse que esta preparación tiende a reducir a cero los llamados "imponderables", o sea las reacciones inmediatas, en un momento dado, de las fuerzas tradicionalmente pasivas o semipasivas.) (Entre los elementos de esta preparación estratégica deben contarse aquellos que son considerados en las observaciones hechas sobre una "capa militar" que flanquea al organismo técnico del ejército, cuya preparación es cuidada por todos los países: oficiales de la reserva, asociaciones de cuerpos militares en la reserva, que mantienen el espíritu de cuerpo incluso después de concluir el servicio militar activo, etcétera.)

Otro elemento que añadir al parágrafo sobre el economismo es éste: como ejemplificación de la llamada intransigencia, la aversión [rígida] de principio al compromiso con su manifestación subordinada del "temor a los peligros". La aversión al compromiso está estrechamente ligada al economismo, en cuanto que la concepción en que se basa esta aversión no puede ser más que una fatal realización de ciertas situaciones favorables sin necesidad de "prepararlas" con iniciativas voluntarias y predispuestas según un plan; existe además el elemento de confiarse ciegamente y sin criterio a la virtud de las armas. No se toma en cuenta el factor tiempo y no se toma en cuenta, en último análisis, la misma "economía" en el sentido de que no se comprende cómo en ciertos momentos el impulso debido al factor económico es frenado o estorbado por un elemento ideológico tradicional, que existe una lucha, en el seno de ciertos bloques sociales económico-políticos, entre las exigencias de la posición económica de masas y la fortuna política de

los dirigentes tradicionales, y que una iniciativa política apropiada por parte de una fuerza extraña al bloque es "necesaria" para liberar el impulso económico del obstáculo político y cambiar la dirección tradicional en una nueva dirección conforme al contenido económico que se haya desarrollado en una fase más progresista, etcétera. Dos fuerzas "semejantes" no pueden fundirse en un organismo nuevo más que a través de una serie de compromisos, o bien con la fuerza de las armas; aliándose en un plano de igualdad o subordinando una fuerza a la otra mediante la coerción. Si la unidad de las dos fuerzas es necesaria para vencer a una tercera fuerza, evidentemente el recurso a la coacción (dado que se tenga la disponibilidad para ello) es una pura hipótesis metodológica y la única posibilidad concreta es un compromiso.

Cfr. *Cuaderno 13 (XXX)*, pp. 17-17a.

§ <41>. *Nociones enciclopédicas. "Paritario"*. El significado de paritario es de los más interesantes y curiosos. Paritario significa que 1 000 000 tiene los mismos derechos que 10 000, etcétera, a veces que 1 tiene los mismos derechos que 50 000. ¿Qué significa paritario en las empresas Schneider de Creusot? ¿Qué significa en el Consejo Nacional para la Industria de las Minas de Carbón, existente en Inglaterra? ¿Qué significa en el Consejo Directivo del OIT de Ginebra? etcétera.

Cfr. *Cuaderno 16 (XXII)*, pp. 28.

§ <42>. *Los sobrinitos del padre Bresciani*. ¿Por qué formas de actividad tienen "simpatía" los literatos italianos? ¿Por qué la actividad económica, el trabajo como producción individual y de grupo no les interesa? Si en los libros se trata de un tema económico, es el aspecto de la "dirección", del "dominio", del mando, de un "héroe" sobre los productores lo que les interesa. O bien les interesa la producción en general, el trabajo en general en cuanto elemento de vida y de poder nacional, en cuanto elemento para parrafadas retóricas. La vida del campesino ocupa un mayor espacio, pero también en este caso no como trabajo, sino del campesino como "folklore", como pintoresca representación de sentimientos y costumbres curiosas y raras. Por eso la "mujer" tiene mucho espacio, con los problemas sexuales en su aspecto más exterior y romántico. El "trabajo" del empleado es fuente de comicidad. El trabajo del intelectual tiene poco espacio o bien es presentado en su expresión de "dominio", de retórica.

Ciertamente no se puede imponer a una o muchas generaciones de escritores el sentir "simpatía" por uno u otro aspecto de la vida, pero que una | o muchas generaciones de escritores tengan ciertas simpatías y no otras tiene ciertamente un significado, indica una cierta orientación con preferencia a otras en el interés de los intelectuales. Incluso el verismo italiano (excepto, en parte, Verga) se distingue de las corrientes realistas de los demás países en cuanto que se limita a la "bestia-

c) Revolución pasiva

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 15, párrafo 11: *Maquiavelo*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 15, párrafo 17: *Maquiavelo*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 15, párrafo 59: *Resurgimiento italiano*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, párrafo 6: *Croce y la tradición historiográfica italiana*.
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 8, párrafo 36: *Resurgimiento. El transformismo*.

por impericia, negligencia, o incluso voluntad perversa, que se sufrieran ciertas pruebas. [Contra este modo de ver antimoralista está la concepción falsamente heroica, retórica, fraseológica, contra la cual todo esfuerzo de lucha es poco.]¹

§ <10> *Maquiavelo. Sociología y ciencia política* (ver los párrafos sobre el *Ensayo popular*).¹ El éxito de la sociología está en relación con la decadencia del concepto de ciencia política y de arte político que ha tenido lugar en el siglo XIX (con más exactitud en la segunda mitad, con el éxito de las doctrinas evolucionistas y positivistas). Lo que de realmente importante hay en la sociología no es más que ciencia política. "Política" se vuelve sinónimo de política parlamentaria o de camarillas personales. Persuasión de que con las constituciones y los parlamentos se hubiese iniciado una época de "evolución natural", que la sociedad hubiese encontrado sus fundamentos definitivos por ser racionales, etcétera, etcétera. He ahí que la sociedad puede ser estudiada con el método de las ciencias naturales. Empobrecimiento del concepto de Estado consiguiente a tal modo de ver las cosas. Si ciencia política significa ciencia del Estado y Estado es todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que logra obtener el consenso activo de los gobernados, es evidente que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son otra cosa que las cuestiones de la ciencia política. Si hay un residuo, éste no puede ser más que de falsos problemas o sea de problemas ociosos. Por lo tanto, la cuestión que se le planteaba al autor del *Ensayo popular* era la de determinar en qué relaciones podía ser puesta la ciencia política con la filosofía de la praxis, si entre las dos existe identidad (cosa no sostenible, o sostenible sólo desde un punto de vista del más burdo positivismo) o si la ciencia política es el conjunto de principios empíricos o prácticos que se deducen de una más vasta concepción del mundo o filosofía propiamente dicha, o si esta filosofía es sólo la ciencia de los conceptos o categorías generales que nacen de la ciencia política, etcétera. Si es verdad que el hombre no puede ser concebido sino como hombre históricamente determinado, o sea que se ha desarrollado y vive en ciertas condiciones, en un determinado complejo social o conjunto de relaciones sociales, ¿se puede concebir la sociología sólo como estudio de estas condiciones y de las leyes que regulan su desarrollo? Puesto que no se puede prescindir de la voluntad y de la iniciativa de los hombres mismos, este concepto no puede dejar de ser falso.

El problema de qué es la "ciencia" misma debe ser planteado. ¿La ciencia no es ella misma "actividad política" y pensamiento político, en cuanto

que transforma a los hombres, los hace distintos de lo que eran antes? Si todo es "político", es preciso, para no caer en una fraseología tautológica y fastidiosa, distinguir con conceptos nuevos la política que corresponde a aquella ciencia que tradicionalmente se llama "filosofía", de la política que se llama ciencia política en sentido estricto. Si la ciencia es "descubrimiento" de realidades ignoradas antes, ¿esta realidad no es concebida como trascendente en cierto sentido? ¿Y no se piensa que existe aún algo de "ignoto" y por lo tanto de trascendente? ¿Y el concepto de ciencia como "creación" no significa además como "política"? Todo consiste en ver si se trata de creación "arbitraria" o racional, o sea "útil" a los hombres para ampliar su concepto de la vida, para hacer superior (desarrollar) la vida misma.

A propósito del *Ensayo popular* y de su apéndice "Teoría y práctica" hay que ver en la *Nuova Antologia* del 16 de marzo² de 1933 la reseña filosófica de Armando Carlini, de la que resulta que la ecuación Teoría : práctica = matemática pura : matemática aplicada, ha sido enunciada por un inglés (me parece que Whittaker).³

§ <11> *Maquiavelo. El concepto de "revolución pasiva" en el sentido de Vincenzo Cuoco*¹ atribuida al primer período del Risorgimento italiano, ¿puede ser relacionado con el concepto de "guerra de posiciones" en contraposición a la guerra de maniobras? Esto es, ¿estos conceptos han surgido después de la Revolución francesa y el binomio Proudhon-Goberti puede ser justificado por el pánico creado por el terror de 1793 como el sorelismo por el pánico subsiguiente a los estragos parisienses de 1871? Es decir, ¿existe una identidad absoluta entre guerra de posiciones y revolución pasiva? ¿O existe al menos o puede concebirse todo un período histórico en el que los dos conceptos se deban identificar, hasta el punto en que la guerra de posiciones vuelve a convertirse en guerra de maniobras? Es un juicio "dinámico" que hay que dar sobre las "restauraciones" que serían una "astucia de la providencia" en sentido viquiano. Un problema es éste: en la lucha Cavour-Mazzini, en la que Cavour es el exponente de la revolución pasiva-guerra de posiciones y Mazzini de la iniciativa popular-guerra de maniobras, ¿no son ambos indispensables en la misma y precisa medida? Sin embargo hay que tener en cuenta que mientras Cavour era consciente de su misión (al menos en cierta medida) en cuanto que comprendía la misión de Mazzini, Mazzini no parece haber sido consciente de la suya ni de la de Cavour; si por el contrario Maz-

³ En el manuscrito: "1" de abril".

zini hubiese tenido tal conciencia, o sea si hubiese sido un político realista y no un apóstol iluminado (o sea si no hubiese sido Mazzini) el equilibrio resultante de la confluencia de ambas actividades hubiera sido distinto, más favorable al mazzinismo: o sea que el Estado italiano se habría constituido sobre bases menos atrasadas, y más modernas. Y puesto que en todo evento histórico se dan casi siempre situaciones similares, hay que ver si no se puede extraer de ello algún principio general de ciencia y arte políticos. Se puede aplicar al concepto de revolución pasiva (y se puede documentar en el Risorgimento italiano) el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones. Así en el Risorgimento italiano se ha visto cómo el paso al cavourismo [después de 1848] de elementos siempre nuevos del Partido de Acción, modificó progresivamente la composición de las fuerzas moderadas, liquidando el neoguelfismo por una parte y por la otra empobreciendo el movimiento mazziniano (a este proceso pertenecen también las oscilaciones de Garibaldi, etcétera). Por lo tanto, este elemento es la fase originaria de aquel fenómeno que fue llamado más tarde "transformismo" y cuya importancia no ha sido, hasta ahora, sacada a la luz que le corresponde como forma de desarrollo histórico.

Insistir en el desarrollo del concepto de que mientras Cavour era consciente de su misión en cuanto que era consciente críticamente de la misión de Mazzini, Mazzini, por su escasa o nula conciencia de la misión de Cavour, era en realidad también poco consciente de su propia misión, por eso sus vacilaciones (así en Milán en el periodo siguiente a las cinco jornadas y en otras ocasiones) y sus iniciativas fuera de tiempo, que por lo tanto se convertían en elementos sólo útiles a la política piemontesa. Es ésta una ejemplificación del problema teórico de cómo debía ser comprendida la dialéctica, planteado en la *Miseria de la filosofía*:² que cada miembro de la oposición dialéctica debe tratar de ser todo él mismo y lanzar a la lucha todos sus propios "recursos" políticos y morales, y que sólo así se tiene una superación real, no fue comprendido ni por Proudhon ni por Mazzini. Se dirá que no fue comprendido tampoco por Gioberti y los teóricos de la revolución pasiva y "revolución-restauración", pero la cuestión cambia: en éstos la "incomprensión" teórica era la expresión práctica de las necesidades de la "tesis" de desarrollarse enteramente, hasta el punto de llegar a incorporar una parte de la antítesis misma, para no dejarse "superar", o sea que en la oposición dialéctica sólo la tesis, en realidad, desarrolla todas sus posibilidades de lucha hasta ganarse a los que se dicen representantes de la antítesis: precisamente en esto consiste la revolución pasiva o revolución-restauración. Ciertamente, en este punto hay

que considerar la cuestión del paso de la lucha política de "guerra de maniobras" a "guerra de posiciones", lo que en Europa sucedió después de 1848 y que no fue comprendido por Mazzini y los mazzinianos como por el contrario fue comprendido por algunos otros; el mismo paso se dio después de 1871, etcétera. La cuestión era difícil de entender entonces para hombres como Mazzini, dado que las guerras militares no habían dado el modelo, sino que incluso las doctrinas militares se desarrollaban en el sentido de la guerra de movimientos: habrá que ver si Pisacane, que fue el teórico militar del mazzinismo, haya indicado algo en este sentido. (Habrá que ver la literatura política sobre el 48 debida a estudiosos de la filosofía de la praxis; pero no parece que haya mucho que esperar en este sentido. Los acontecimientos italianos, por ejemplo, fueron examinados sólo con la guía de los libros de Bolton King, etcétera). Pisacane también merece verse porque fue el único que intentó dar al Partido de Acción un contenido no sólo formal, sino sustancial de antítesis superadora de las posiciones tradicionales. Tampoco puede decirse que para obtener estos resultados históricos fuese necesaria perentoriamente la insurrección armada popular, como pensaba Mazzini hasta la obsesión, o sea no realísticamente, sino como misionero religioso. La intervención popular que no fue posible en la forma concentrada y simultánea de la insurrección, no se dio tampoco en la forma "difusa" y capilar de la presión indirecta, lo que por el contrario era posible y seguramente hubiera sido la premisa indispensable de la primera forma. La forma concentrada o simultánea se había hecho imposible por la técnica militar de la época, pero sólo en parte, o sea que la imposibilidad existía en cuanto a la forma concentrada y simultánea, no se hizo preceder una preparación política ideológica de largo aliento, orgánicamente predispuesta para despertar las pasiones populares y hacer posible su concentración y el estallido simultáneo.

Después de 1848 una crítica de los métodos anteriores a la derrota fue hecha sólo por los moderados y de hecho todo el movimiento moderado se renovó, el neoguelfismo fue liquidado, nuevos hombres ocuparon los primeros puestos de dirección. Ninguna autocrítica, por el contrario, de parte del mazzinianismo o bien autocrítica liquidadora, en el sentido de que muchos elementos abandonaron a Mazzini y formaron el ala izquierda del partido piemontés; el único intento "ortodoxo", o sea desde dentro, fueron los ensayos de Pisacane, que sin embargo no llegaron nunca a ser plataforma de una nueva política orgánica y eso no obstante que Mazzini mismo reconocía que Pisacane tenía una "concepción estratégica" de la Revolución nacional italiana.³

§ <15> *Maquiavelo*. La relación "revolución pasiva-guerra de posiciones" en el Risorgimento italiano puede ser estudiada también en otros aspectos. Importantísimo el que se puede llamar del "personal" y el otro del "reclutamiento revolucionario". El del "personal" puede ser parangonado con lo que ocurrió en la guerra mundial en la relación entre oficiales de carrera y oficiales de complemento por una parte, y entre soldados de leva y voluntarios-*arditi* por la otra. Los oficiales de carrera correspondieron en el Risorgimento a los partidos políticos regulares, orgánicos, tradicionales, etcétera, que en el momento de la acción (1848) demostraron ser ineptos o casi y en 1848-49 fueron dominados por la oleada popular-mazziniana-democrática, oleada caótica, desordenada, "extemporánea" por así decirlo, pero que sin embargo, a las órdenes de jefes improvisados o poco menos (en todo caso no de formaciones preconstituidas como era el partido moderado) obtuvieron triunfos indudablemente mayores que los obtenidos por los moderados: la República romana y Venecia demostraron una fuerza de resistencia muy notable. En el periodo posterior a 1848 la relación entre las dos fuerzas, la regular y la "carismática", se organizó en torno a Cavour y Garibaldi y dio el máximo resultado, si bien este resultado fue luego confiscado por Cavour.

Este aspecto está vinculado al otro, del "reclutamiento". Hay que observar que la dificultad técnica contra la que fueron siempre a estrellarse las iniciativas mazzinianas fue precisamente la del "reclutamiento revolucionario". Sería interesante, desde este punto de vista, estudiar el intento de invadir Saboya con Ramorino, luego el de los hermanos Bandiera, de Pisacane, etcétera, comparado con la situación que se ofreció a Mazzini en el 48 en Milán y en el 49 en Roma y que él no tuvo la capacidad de organizar. Estos intentos de pocos no podían dejar de ser aniquilados en germen, porque hubiera sido asombroso que las fuerzas reaccionarias, que estaban concentradas y podían operar libremente (es decir, que no encontraban ninguna oposición en amplios movimientos de la población) no aniquilasen las iniciativas tipo Ramorino, Pisacane, Bandiera, aunque éstas hubiesen sido mejor preparadas de lo que lo fueron en realidad. En el segundo periodo (1859-60) el reclutamiento revolucionario, como el de los Mil de Garibaldi, fue hecho posible por el hecho de que Garibaldi, primero, se apoyaba en las fuerzas estatales piamontesas y, luego, que la flota inglesa protegió de hecho el desembarco de Marsala, la toma de Palermo, y anuló la flota borbónica. En Milán después de las cinco jornadas, en la Roma republicana, Mazzini hubiera tenido la posibilidad de construir plazas de armas para reclutamientos orgánicos, pero no se propuso hacerlo, y de ahí su conflicto con Garibaldi en Roma y su inutilización en Milán frente a Cattaneo y el grupo democrático milanés.

De todos modos el desarrollo del proceso del Risorgimento, si bien sacó a la luz la enorme importancia del movimiento "demagógico" de masas, con jefes de fortuna, improvisados, etcétera, en realidad fue expresado por las fuerzas tradicionales orgánicas, o sea por los partidos formados desde hace mucho tiempo antes, con elaboración racional de los jefes, etcétera. En todos los acontecimientos políticos del mismo tipo siempre se tuvo el mismo resultado (así en 1830, en Francia, el predominio de los orleanistas sobre las fuerzas populares radicales democráticas, y así también en el fondo en la Revolución Francesa de 1789, en la que Napoleón representa, en último análisis, el triunfo de las fuerzas burguesas orgánicas contra las fuerzas pequeño-burguesas jacobinas). Así en la guerra mundial el predominio de los viejos oficiales de carrera sobre los de complemento, etcétera (sobre este tema cfr. notas en otros cuadernos).¹ En todo caso, la ausencia en las fuerzas radicales populares de una conciencia de la misión de la otra parte les impidió tener plena conciencia de su propia misión y por lo tanto pesar en el equilibrio final de fuerzas, en relación a su peso efectivo de intervención, y por consiguiente les impidió determinar un resultado más avanzado, según una línea de mayor progreso y modernismo.

§ <16> *Nociones enciclopédicas. Aporía*. Duda, o sea nexo de pensamiento todavía en formación, lleno de contradicciones que esperan solución. Por lo tanto la aporía puede resolverse, como cualquier duda, positiva y negativamente.

Coyuntura. Se puede definir la coyuntura como el conjunto de circunstancias que determinan el mercado en una fase dada, aunque estas circunstancias sean concebidas como en movimiento, o sea como un conjunto que da lugar a un proceso de combinaciones siempre nuevas, proceso que es el ciclo económico. Se estudia la coyuntura para prever y por lo tanto también, dentro de ciertos límites, determinar el ciclo económico en sentido favorable a los negocios. Por eso la coyuntura ha sido también definida como la oscilación de la situación económica, o el conjunto de las oscilaciones.¹

§ <17> *Maquiavelo*. El concepto de revolución pasiva debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de ciencia política. 1) que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo; 2) que la sociedad no se impone tareas para cuya solución no se hayan incubado las condiciones necesarias, etcétera.¹

de Marx el político

Se entiende que estos principios deben primero ser desarrollados críticamente en todo su alcance y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo. Así, deben ser referidos a la descripción de los tres momentos fundamentales en que puede distinguirse una "situación" o un equilibrio de fuerzas, con el máximo de valorización del segundo momento, o equilibrio de las fuerzas políticas y especialmente del tercer momento o equilibrio político-militar. Se puede observar que Pisacane, en sus *Ensayos*, se preocupa precisamente de este tercer momento: él comprende, a diferencia de Mazzini, toda la importancia que tiene la presencia en Italia de un aguerrido ejército austriaco, siempre dispuesto a intervenir en cualquier parte de la península, y que además tiene tras de sí toda la potencia militar del Imperio de los Habsburgo, o sea una matriz siempre dispuesta a formar nuevos ejércitos de refuerzo.

Otro elemento histórico a recordar es el desarrollo del cristianismo en el seno del Imperio Romano, así como el fenómeno actual del gandhismo en la India y la teoría de la no resistencia al mal de Tolstoi que tanto se aproximan a la primera fase del cristianismo (antes del edicto de Milán). El gandhismo y el tolstoísmo son teorizaciones ingenuas y de tinte religioso de la "revolución pasiva". Deben recordarse también algunos movimientos de los llamados "liquidacionistas" y las reacciones que suscitaron, en relación a las épocas y a las formas determinadas de situaciones (especialmente del tercer momento).

El punto de partida del estudio será el tratado de Vincenzo Cuoco, pero es evidente que la expresión de Cuoco a propósito de la Revolución Napolitana de 1799 no es más que un comienzo, porque el concepto ha sido completamente modificado y enriquecido.

§ <18> *Pasado y presente*. (Cfr. nota en p. 2 bis abajo.)¹ Y, sin embargo, el hecho de que el Estado-gobierno, concebido como una fuerza autónoma, haga refluir su prestigio sobre la clase que es su fundamento, es de los más importantes práctica y teóricamente y merece ser analizado en toda su extensión si se quiere tener un concepto más realista del Estado mismo. Por otra parte, no se trata de cosas excepcionales o que sean propias de un solo tipo de Estado: parece que puede incluirse en la función de las élites o vanguardias, por lo tanto de los partidos, en confrontación con la clase que representan. Esta clase, a menudo, como hecho económico (y tal es esencialmente toda clase) no gozaría de ningún prestigio intelectual y moral, o sea que sería incapaz de ejercer una hegemonía y, en consecuencia, de fundar un Estado. De ahí la función de las monarquías incluso en la época moderna, y de ahí especialmente el hecho, que

se da especialmente en Inglaterra y en Alemania, de que el personal dirigente de la clase burguesa organizada en Estado esté constituido por elementos de las viejas clases feudales desposeídas en el predominio económico (junkers y lords) tradicional, pero que han hallado en la industria y en la banca nuevas formas de potencia económica, aun no queriéndose fundir con la burguesía y permaneciendo unidas a su grupo social tradicional.

§ <19> *Pasado y presente*. Extraer de esta sección una serie de notas que sean del tipo de los *Ricordi politici e civili* de Guicciardini (todas las proposiciones respetadas). Los "Recuerdos" son tales en cuanto que resumen no tanto acontecimientos autobiográficos en sentido estricto (si bien tampoco éstos faltan), cuanto "experiencias" civiles y morales (morales más en el sentido ético-político) estrechamente vinculadas a la propia vida y sus vicisitudes, consideradas en su valor universal o nacional. En muchos aspectos, semejante forma de escritura puede ser más útil que las autobiografías en sentido estricto, especialmente si aquélla se refiere a procesos vitales que se caracterizan por el continuo intento de superar un modo de vivir y pensar atrasado como el que era propio de un sardo de principios de siglo para apropiarse un modo de vivir y pensar ya no regional y de "aldea", sino nacional, y tanto más nacional (incluso nacional precisamente por ello) en cuanto que trataba de insertarse en modos de vivir y pensar europeos, o al menos confrontaba el modo nacional con modos europeos, confrontaba las necesidades culturales italianas con las necesidades culturales y las corrientes europeas (del modo como esto era posible y factible en las condiciones personales dadas, es cierto, pero al menos según exigencias y necesidades fuertemente sentidas en este sentido). Si es verdad que una de las necesidades más fuertes de la cultura italiana era la de desprovincializarse incluso en los centros urbanos más avanzados y modernos, tanto más evidente debería aparecer el proceso en cuanto era experimentado por un "triple o cuádruple provinciano", como ciertamente lo era un joven sardo de principios de siglo.

§ <20> *Características no nacionales-populares de la literatura italiana*. Polémica desarrollada en la *Italia Letteraria*, en el *Tevere*, en el *Lavoro Fascista*, en la *Critica Fascista*, entre "contenidistas" y "calígrafos". Por algunas alusiones de Gherardo Casini (director del *Lavoro Fascista* y redactor jefe de la *Critica Fascista*), parecía que éste debía plantear al menos críticamente de manera exacta el problema, pero su artículo en la *Critica* del 1° de mayo es una desilusión.¹ No logra definir las relaciones entre "política" y "li-

debe identificarse con una escuela artística de origen intelectual, como fue para el futurismo. La premisa de la nueva literatura no puede dejar de ser histórico-política, popular: debe tender a elaborar lo que ya existe, polémicamente o de otro modo no importa; lo que importa es que hunda sus raíces en el humus de la cultura popular tal como ésta es, con sus gustos, sus tendencias, etcétera, con su mundo moral e intelectual aunque sea atrasado y convencional.

§ <59> *Risorgimento italiano.* <I>. La función del Piamonte en el Risorgimento italiano es la de una "clase dirigente". En realidad no se trata del hecho de que en todo el territorio de la península existiesen núcleos de clase dirigente homogénea cuya irresistible tendencia a unificarse determinó la formación del nuevo Estado nacional italiano. Estos núcleos existían, indudablemente, pero su tendencia a unirse era muy problemática, y lo que más cuenta, ellos, cada uno en su ámbito, no eran "dirigentes". El dirigente presupone al "dirigido", ¿y quién era dirigido por estos núcleos? Estos núcleos no querían "dirigir" a nadie, o sea no querían poner de acuerdo sus intereses y aspiraciones con los intereses y aspiraciones de otros grupos. Querían "dominar", no "dirigir", y aún más: querían que dominasen sus intereses, no sus personas, o sea querían que una fuerza nueva, independiente de todo compromiso y condición, se convirtiese en árbitro de la Nación: esta fuerza fue el Piamonte y de ahí la función de la monarquía. El Piamonte tuvo por lo tanto una función que puede ser comparada, en ciertos aspectos, con la del partido, o sea del personal dirigente de un grupo social (y de hecho siempre se habló de "partido piamontés"); con la determinación de que se trataba de un Estado, con un ejército, una diplomacia, etcétera.

Este hecho es de la máxima importancia para el concepto de "revolución pasiva": que no es que un grupo social sea el dirigente de otros grupos, sino que un Estado, aunque limitado como potencia, sea el "dirigente" del grupo que debería ser dirigente y pueda poner a disposición de éste un ejército y una fuerza político-diplomática. Es posible referirse a lo que se llamó la función del "Piamonte" en el lenguaje político-histórico internacional. Servía antes de la guerra venía a ser el "Piamonte" de los Balcanes. (Por lo demás Francia, después de 1789 y durante muchos años, hasta el golpe de Estado de Luis Napoleón fue, en este sentido, el Piamonte de Europa.) El que Servia no lograra éxito como lo logró el Piamonte se debe al hecho de que en la posguerra hubo un despertar político de los campesinos tal como no había existido desde 1848. Si se estudia de cerca lo que sucedió en el reino yugoslavo, se ve que en él las fuerzas

"servistas" o favorables a la hegemonía servia, son las fuerzas contrarias a la reforma agraria. Encontramos un bloque rural-intelectual antiservio, y las fuerzas conservadoras partidarias de Servia tanto en Croacia como en las otras regiones no servias. Tampoco en este caso existen núcleos locales "dirigentes", sino dirigidos por la fuerza servia, mientras que las fuerzas subversivas no tienen, como función social, gran importancia. Para quien observa superficialmente las cosas servias, habría que preguntar qué habría sucedido si el supuesto bandidaje que se dio en el napolitano y en Sicilia desde el 60 hasta el 70 se hubiese dado después de 1919. Indudablemente el fenómeno es el mismo, pero el peso social y la experiencia política de las masas campesinas eran muy distintos después de 1919, de lo que eran después de 1848.

Lo importante es profundizar el significado que tiene una función tipo "Piamonte" en las revoluciones pasivas, o sea el hecho de que un Estado sustituye a los grupos sociales locales para dirigir una lucha de renovación. Es uno de los casos en que se da la función de "dominio" y no de "dirección" en estos grupos: dictadura sin hegemonía. La hegemonía será de una parte del grupo social sobre todo el grupo, no de éste sobre otras fuerzas para potenciar el movimiento, radicalizarlo etcétera, según el modelo "jacobino".

II. Estudios orientados a captar las analogías entre el periodo siguiente a la caída de Napoleón y el siguiente a la guerra del 14-18. Las analogías son vistas sólo desde dos puntos de vista: la división territorial y aquella, más vistosa y superficial, del intento de dar una organización jurídica estable a las relaciones internacionales (Santa Alianza y Sociedad de Naciones). Parece por el contrario que el rasgo más importante que debe estudiarse es el que se ha llamado de la "revolución pasiva", problema que no resalta llamativamente porque falta un paralelismo exterior a la Francia del 1789-1815. Y sin embargo todos reconocen que la guerra del 14-18 representa una fractura histórica, en el sentido de que toda una serie de cuestiones que molecularmente se acumulaban antes de 1914 se han "amontonado", modificando la estructura general del proceso precedente: basta pensar en la importancia que ha asumido el fenómeno sindical, término general en el que se suman diversos problemas y procesos de desarrollo de distinta importancia y significado (parlamentarismo, organización industrial, democracia, liberalismo etcétera), pero que objetivamente refleja el hecho de que una nueva fuerza social se ha constituido, tiene un peso ya no desdeñable, etcétera, etcétera.

§ <60> *Risorgimento italiano, Cavour.* ¿Qué significa en el libro de Alberto Cappa sobre Cavour, el insistir continuamente en la afirmación de que

36 bis

origen práctico del error).² Hubo un periodo en el cual los neoescolásticos, que habían representado la tentativa de incorporar en el tomismo las modernas doctrinas científicas y el positivismo del siglo XIX, frente al descrédito de que gozaba el positivismo entre los intelectuales y los éxitos del neidealismo, trataron de hallar un terreno de acuerdo entre el tomismo y el idealismo y de ahí un cierto éxito, entre ellos, de las filosofías de Croce y Gentile. Desde hace algún tiempo los neoescolásticos están concentrándose en un terreno más restringido y más propio, y combaten contra cualquier infiltración idealista en sus doctrinas: ciertamente creen poder heredar todo lo que pueda ser salvado del positivismo y apropiárselo, convirtiéndose en los únicos opositores teóricos del idealismo.

Actualmente la oposición de los católicos a Croce se va intensificando, por razones especialmente prácticas (es muy distinta la posición crítica de la *Civiltà Cattolica* con respecto a Croce y con respecto a Gentile); los católicos comprenden muy bien que el significado y la función intelectual de Croce no son comparables con las de los filósofos tradicionales, sino que son las de un verdadero reformador religioso, que por lo menos consigue mantener la distancia entre intelectuales y catolicismo y por lo tanto hacer difícil, en cierta medida, incluso una fuerte recuperación clerical entre las masas populares. Para Croce, "después de Cristo todos nos hemos vuelto cristianos",³ o sea que la parte vital del cristianismo ha sido absorbida por la civilización moderna y se puede vivir sin "religión mitológica".

La polémica anticrociana por parte de los católicos laicos no es de gran importancia: deben mencionarse el artículo de Giovanni Papini, "Il Croce e la Croce" en la *Nuova Antologia* del 1º de marzo de 1932⁴ y el de Aldo Ferrabino, "L'Europa in Utopia" en la *Nuova Antologia* del 1º de abril de 1932.⁵

Nota 1ª. La observación de mayor relieve hecha por Papini a la *Storia d'Europa*, y que resulta congruente, es la referente a las órdenes religiosas. Pero la observación no es válida, porque es certísimo que después del Concilio de Trento y la fundación de la Compañía de Jesús, ya no volvió a surgir ninguna orden religiosamente activa y fecunda de nuevas o renovadas corrientes de sentimiento cristiano; surgieron nuevas órdenes, es cierto, pero tuvieron un carácter, por así decirlo, predominantemente administrativo y corporativo. El jansenismo y el modernismo, que fueron los dos grandes movimientos religiosos y renovadores que surgieron en el seno de la Iglesia en este periodo, no suscitaron órdenes nuevas ni renovaron las viejas.⁶

Nota 2ª. El artículo de Ferrabino es más notable por una cierta reivindicación de realismo histórico contra las abstracciones especulativas. Pero es abstracto también él mismo y presenta una improvisación interpretativa de la historia del siglo XIX muy inconexa y de carácter católico-

retórico, con predominio de la retórica. La observación de la p. 348 referente a Marx es anacrónica,⁷ porque las teorías marxistas sobre el Estado se habían elaborado todas ellas antes de la fundación del Imperio alemán e incluso fueron abandonadas por la socialdemocracia precisamente en el periodo de expansión del principio imperial, lo que demuestra, al contrario de cuanto escribe Ferrabino, cómo el Imperio tuvo la capacidad de influir en todas las fuerzas sociales de Alemania y assimilarlas.

Cfr. *Cuaderno 8* (XXVIII), pp. 74-74 bis y 77.

<§> 6. Croce y la tradición historiográfica italiana. Puede decirse que la historiografía de Croce es un renacimiento de la historiografía de la Restauración adaptada a las necesidades y a los intereses del periodo actual. Croce continúa la historiografía de la corriente neoguelfa de antes de 1848 tal como fue fortalecida a través del hegelianismo de los moderados que después de 1848 continuaron la corriente neoguelfa. Esta historiografía es un hegelianismo degenerado y mutilado, porque su preocupación fundamental es un temor pánico a los movimientos jacobinos, a toda intervención activa de las grandes masas populares como factor de progreso histórico. Es digno de verse cómo la fórmula crítica de Vincenzo Cuoco sobre las "revoluciones pasivas", que cuando fue emitida (después del trágico experimento de la República Partenopea de 1799) tenía un valor de advertencia y habría debido crear una moral nacional de mayor energía y de iniciativa revolucionaria popular, se convirtió, a través del cerebro y el pánico social de los neoguelfos-moderados, en una concepción positiva, en un programa político y en una moral que tras los rutilantes oropeles retóricos y nacionalistas de "primacía", de "iniciativa italiana", de "Italia lo hará por sí sola", ocultaba la inquietud del "aprendiz de nigromante" y la intención de abdicar y capitular a la primera amenaza seria de una revolución italiana profundamente popular, o sea radicalmente nacional.

Un fenómeno cultural parangonable al de los neoguelfos-moderados, aunque en una posición histórico-política más avanzada, es el sistema de ideología de Proudhon en Francia. Aunque la afirmación pueda parecer paradójica, me parece que puede decirse que Proudhon es el Gioberti de la situación francesa, porque Proudhon tiene con respecto al movimiento obrero francés la misma posición de Gioberti frente al movimiento liberal-nacional italiano. Se tiene en Proudhon una mutilación del hegelianismo y de la dialéctica igual a la de los moderados italianos, y por lo tanto la crítica a esta concepción político-historiográfica es la misma, siempre viva y actual, que está contenida en la *Miseria de la filosofía*.¹ Esta concepción fue definida por Edgar Quinet como "revolución-restauración",² que no es sino la traducción francesa del concepto de "revolución pasiva"

interpretado "positivamente" por los moderados italianos. El error filosófico (¡de origen práctico!) de tal concepción consiste en el hecho de que en el proceso dialéctico se presupone "mecánicamente" que la tesis debe ser "conservada" por la antítesis para no destruir el proceso mismo, que por lo tanto es "previsto", como una repetición al infinito, mecánica, arbitrariamente prefijada. En realidad se trata de uno de tantos modos de "ponerle frenos al mundo". de una de tantas formas de racionalismo antihistoricista. La concepción hegeliana, aun en su forma especulativa, no permite tales domesticaciones y constricciones mutiladoras, aunque sin dar lugar con ello a formas de irracionalismo y arbitrariedad, como las que están contenidas en la concepción bergsoniana. En la historia real la antítesis tiende a destruir a la tesis, la síntesis será una superación, pero sin que se pueda establecer a priori qué es lo que de la tesis será "conservado" en la síntesis, sin que se pueda a priori "medir" los golpes como en un "ring" convencionalmente regulado. Que esto suceda luego de hecho es cuestión de "política" inmediata, porque en la historia real el proceso dialéctico se desmenuza en momentos parciales innumerables; el error consiste en elevar a momento metodológico lo que es pura inmediatez, elevando la ideología a filosofía (sería como si se considerase elemento "matemático" lo que resulta de este apólogo: se pregunta a un niño: tú tienes una manzana, le das la mitad a tu hermano ¿cuánta manzana comerás tú? —El niño responde: —una manzana. —¿Pero cómo, no le has dado media manzana a tu hermano? —Pero yo no se la di, etcétera. En el sistema lógico se introduce el elemento pasional inmediato y luego se pretende que permanezca válido el valor instrumental del sistema). Que tal modo de concebir la dialéctica era errado y "políticamente" peligroso, fue advertido por los mismos moderados hegelianos del Risorgimento como Spaventa: basta recordar sus observaciones sobre aquellos que querían, con la excusa de que el momento de la autoridad es imprescindible y necesario, conservar al hombre siempre en la "cuna" y en la esclavitud.⁴⁵ Pero no podían reaccionar más allá de ciertos términos, más allá de los límites de su grupo social al que se trataba "concretamente" de hacer salir de la "cuna": el acuerdo fue encontrado en la concepción "revolución-restauración", o sea en un conservadurismo reformista atemperado. Se puede observar que semejante modo de concebir la dialéctica es propio de los intelectuales, los cuales se conciben a sí mismos como los árbitros y mediadores de las luchas políticas reales, aquellos que personifican la "catarsis" del momento económico al momento ético-político, o sea la síntesis del proceso dialéctico mismo, síntesis que ellos "manipulan" especulativamente en su cerebro dosificando los elementos "arbitrariamente" (o sea pasionalmente). Esta posición justifica su no "comprometerse" enteramente en el acto histórico real y es indudablemente cómoda: es la posición de Erasmo respecto a la Reforma.

Cfr. Cuaderno 8 (XXVIII), p. 74 bis.

<§> 7. Definición del concepto de historia ético-política. Se observa que la historia ético-política es una hipóstasis arbitraria y mecánica del momento de la hegemonía, de la dirección política, del consenso, en la vida y en el desarrollo de la actividad del Estado y de la sociedad civil. Este planteamiento que Croce ha hecho del problema historiográfico reproduce su planteamiento del problema estético; el momento ético-político es en la historia lo que el momento de la "forma" <es> en el arte; es el "lirismo de la historia", la "catarsis" de la historia. Pero las cosas no son tan simples en la historia como en el arte. En el arte la producción de "lirismo" es individualizada perfectamente en un mundo cultural personalizado, en el cual se puede admitir la identificación de contenido y forma y la llamada dialéctica de los distintos en la unidad del espíritu (se trata sólo de traducir a lenguaje historicista el lenguaje especulativo, esto es, de encontrar si este lenguaje especulativo tiene un valor instrumental concreto que sea superior a los precedentes valores instrumentales). Pero en la historia y en la producción de la historia la representación "individualizada" de los Estados y de las naciones es una simple metáfora. Las "distinciones" que en tales representaciones es preciso hacer no son y no pueden ser presentadas "especulativamente" so pena de caer en una nueva forma de retórica y en una nueva especie de "sociología", que por ser "especulativa" no sería menos una abstracta y mecánica sociología: aquellas existen como distinciones de grupos "verticales" y como estratificaciones "horizontales", o sea como una coexistencia y yuxtaposición de civilizaciones y culturas diversas, vinculadas por la coacción estatal y organizadas culturalmente en una "conciencia moral", contradictoria y al mismo tiempo "sincrética". En este punto se precisa una crítica de la concepción crociana del momento político como momento de la "pasión" (inconcebibilidad de una "pasión" permanente y sistemática), su negación de los "partidos políticos" (que son precisamente la manifestación concreta de la inconcebible permanencia pasional, la prueba de la contradicción íntima del concepto "política-pasión") y por lo tanto la inexplicabilidad de los ejércitos permanentes y de la existencia organizada de la burocracia militar y civil, y la necesidad para Croce y para la filosofía crociana de ser la matriz del "actualismo" gentiliano. En realidad, sólo en una filosofía ultraespeculativa como la actualista, estas contradicciones e insuficiencias de la filosofía crociana encuentran una composición formal y verbal, pero al mismo tiempo el actualismo muestra en forma más evidente el carácter poco concreto de la filosofía de Croce, así como el "solipsismo" documenta la íntima debilidad de la concepción subjetiva-especulativa de la realidad. Que la historia ético-política es la historia del momento de la hegemonía

habla Guido Bustico en la *Nuova Antologia* de 1927) un informe de Rossetti a Gioacchino Murat (de junio de 1814), en el que se habla de los primeros tiempos del carbonarismo, que habría sido conocidísimo en Francia, sobre todo en el Franco Condado, y al cual Rossetti se habría afiliado en 1802, estando destinado en Gray. (Pero son cosas vagas y que se pierden en la noche de los tiempos, entre los fundadores del carbonarismo habría estado Francesco I, etcétera.) Según Rossetti el carbonarismo del Reino de Nápoles habría comenzado a propagarse en la provincia de Avellino en 1811, extendiéndose sólo hacia mediados de 1812.¹

§ <32>. *Risorgimento. Orígenes.* Las cuestiones "tendenciales" planteadas a propósito de los orígenes del movimiento nacional del Risorgimento: 1] tesis francófila-democrática: el movimiento se debe a la revolución francesa, lo que ha determinado la otra tesis: 2] la revolución francesa, con su intervención en la península, interrumpió el movimiento "verdaderamente" nacional, tesis que tiene un doble aspecto: el jesuítico y el moderado que se refiere a los principios reformadores. Nunca el movimiento reformador fue interrumpido por miedo a la revolución francesa, por lo tanto: 3] la revolución francesa, con su intervención, no interrumpió el movimiento indígena, sino que incluso hizo posible su recuperación y realización.

Cfr. *Cuaderno 9 (XIV)*, p. 75; y *Cuaderno 19 (X)*, p. 15.

§ <33>. *Nexo histórico 1848-49. El federalismo de Ferrari-Cattaneo.* Fue el planteamiento político-histórico de las contradicciones existentes entre el Piamonte y la Lombardía. Lombardía no quería ser anexada, como una provincia, al Piamonte: era más avanzada, intelectualmente, políticamente, económicamente, que el Piamonte. Había realizado, con fuerzas y medios propios, su revolución democrática con las cinco jornadas: era, seguramente, más italiana que el Piamonte, en el sentido de que representaba a Italia mejor que el Piamonte. Que Cattaneo presentase el federalismo como inmanente en toda la historia italiana no es más que un elemento ideológico, mítico, para reforzar el programa político actual. ¿Por qué *acusar* al federalismo de haber retardado el movimiento nacional y unitario? Hay que seguir insistiendo en el criterio metodológico de que una cosa es la historia del Risorgimento y otra la hagiografía de las fuerzas patrióticas e incluso de una fracción de ellas, las unitarias. El Risorgimento es un desarrollo histórico complejo y contradictorio que resulta integral gracias a todos sus elementos antitéticos, a sus protagonistas y a sus antagonistas, a sus luchas, a las modificaciones recíprocas que las mismas luchas determinaron e incluso a la función de las fuerzas pasivas y latentes como las grandes masas agrarias, además, naturalmente, de la función eminente de las relaciones internacionales.

§ <34>. *Pasado y presente. Bibliografía.* Proveduría General del Estado: Publicaciones editadas por el Estado o con su ayuda: *Spoglio dei periodici e delle opere collettive 1926-1930* (Parte 1a.: *Scritti biografici e critici*; parte 2a.: *Ripartizione per materia*), ed. Libreria del Estado, Roma.¹

§ <35>. *Risorgimento. Giuseppe Ferrari.* Cómo el jacobinismo histórico (unión de la ciudad y el campo) se ha diluido y vuelto abstracto en Giuseppe Ferrari. La "ley agraria", de ser punto programático concreto y actual, bien circunscrito en el espacio y en el tiempo, se ha convertido en una vaga ideología, un principio de filosofía de la historia. Hay que observar que en los jacobinos franceses la política campesina no fue más que una intuición política inmediata (arma de lucha | contra la aristocracia terrateniente y contra el federalismo girondino) y que se opusieron a toda "exageración" utópica de los "agraristas" abstractos. El planteamiento de la "reforma agraria" en Ferrari, explica el hecho de la relativa popularidad que Ferrari tuvo y sigue teniendo entre los libertarios: muchos puntos de contacto entre Ferrari y Bakunin y en general los narodniki rusos: los desposeídos del campo son convertidos en mito para la "pandestrucción". En Ferrari, a diferencia de Bakunin, está aún más viva la conciencia de que se trata de una reforma liberalésca. Habría que confrontar las ideas de Ferrari sobre la reforma agraria como punto de inserción de las masas agrarias en la revolución nacional, con las ideas de Carlo Pisacane. Pisacane se acerca más a Maquiavelo; concepto más limitado y concretamente político. (Ferrari contra el principio de herencia en la posesión de la tierra, contra los residuos del feudalismo, pero no contra la herencia en la forma capitalista; cfr. con las ideas de Eugenio Rignano.)¹

§ <36>. *Risorgimento. El transformismo.* El transformismo como una de las formas históricas de lo que ya ha sido señalado sobre la "revolución-restauración" o "revolución pasiva" a propósito del proceso de formación del Estado moderno en Italia. El transformismo como "documento histórico real" de la real naturaleza de los partidos que se presentaban como extremistas en el periodo de la acción militante (Partido de Acción). Dos periodos de transformismo: 1] de 1860 a 1900 transformismo "molecular", o sea las personalidades políticas individuales elaboradas por los partidos democráticos de oposición se incorporaban aisladamente en la "clase política" conservadora-moderada (caracterizada por la aversión a toda intervención de las masas populares en la vida estatal, a toda reforma orgánica que propusiera una "hegemonía" como sustitución del crudo "dominio" dictatorial); 2] de 1900 en adelante

transformismo de grupos extremistas enteros que se pasan al campo moderado (el primer acontecimiento es la formación del Partido Nacionalista con los grupos ex-sindicalistas y anarquistas, que culmina en la guerra de Libia en un primer tiempo y en el intervencionismo en un segundo tiempo). Entre los dos periodos debe situarse el periodo intermedio —1890-1900— en el que una masa de intelectuales se pasa a los partidos de izquierda, llamados socialistas, pero en realidad puramente democráticos. Guglielmo Ferrero en su opúsculo *Reazione* (Turín, Roux edit., 1895) representa así el movimiento de los intelectuales italianos | de los años noventa (el paisaje lo tomo de los *Elementi di scienza politica* de G. Mosca, 11a. ed., 1923): "Hay siempre cierto número de individuos que tienen necesidad de apasionarse por cualquier cosa que no sea inmediata, que no sea personal y sí lejana; a los que el círculo de sus propios quehaceres de la ciencia, del arte, no basta para agotar toda la actividad de su espíritu. ¿Qué les quedaba a éstos en Italia sino la idea socialista? Venía de lejos, lo cual siempre seduce; era bastante compleja y bastante vaga, al menos en ciertas de sus partes, para satisfacer las necesidades morales tan diferentes de los muchos prosélitos; por un lado implicaba un espíritu amplio de hermandad y de internacionalismo, que corresponde a una necesidad moderna real; por el otro tenía el sello de un método científico que tranquilizaba a los espíritus educados en las escuelas experimentales. Considerando esto, no hay que asombrarse de que gran número de jóvenes se inscribieran en un partido donde al menos, si había el peligro de encontrarse con algún humilde salido de la cárcel o con algún modesto *repris de justice*, no se podía encontrar a ningún estafador, a ningún especulador de la política, a ningún intrigante del patriotismo, a ningún miembro de aquella banda de aventureros sin conciencia y sin pudor que, después de haber hecho a Italia, la han devorado. La más superficial observación nos muestra de inmediato que en Italia no existen casi en ningún lugar las condiciones económicas y sociales para la formación de un auténtico y gran partido socialista; además, un partido socialista debería encontrar lógicamente el grueso de sus reclutas en las clases obreras, no en la burguesía, como sucedió en Italia. Ahora bien, si un partido socialista se desarrolló en Italia en condiciones tan desfavorables y de un modo tan ilógico, es porque respondía más que nada a una necesidad moral de cierto número de jóvenes, asqueados de tanta corrupción, bajeza y vileza; y que se hubieran entregado al diablo con tal de escapar a los viejos partidos corrompidos hasta la médula de sus huesos".¹

Un punto que hay que señalar es la función desempeñada por el Senado en Italia como terreno para el transformismo "molecular". Ferrari, no obstante su republicanismo federalista, etcétera, entra en el senado y lo mismo tantos otros hasta 1914: recordar las afirmaciones cómicas del

senador Pullè llegado al Senado con Gerolamo Gatti y otros bissolattianos.²

§ <37.> *El moderno Príncipe*. En esta serie de observaciones podrían hallar lugar las notas escritas a propósito del estudio de las situaciones y de lo que hay que entender por "relaciones de fuerza". El estudio de cómo hay que analizar las "situaciones", o sea de cómo hay que establecer los diversos grados de relaciones de fuerza, podría prestarse a una exposición elemental de ciencia política, entendida como un conjunto de cánones prácticos de investigación. Juntamente una exposición de lo que en política hay que entender por estrategia y táctica, por "plan", por propaganda y agitación; elementos de organización, etcétera.

Los elementos prácticos que de costumbre son expuestos confusamente en los tratados de política (se puede tomar como ejemplar el libro *Elementi di scienza politica* de Mosca)¹ deberían, en cuanto que no son cuestiones abstractas o sustentadas en el aire, encontrar un lugar en los diversos sectores de las relaciones de fuerza, empezando por las relaciones de fuerza internacional (en donde entrarían las notas escritas sobre lo que es una gran potencia) para pasar a las relaciones objetivas sociales, o sea al grado de desarrollo de las fuerzas productivas, a las relaciones de fuerza política ([o de hegemonía]) o de partido, y a las relaciones militares o, mejor, políticas inmediatas.

¿Las relaciones internacionales preceden o siguen a las relaciones sociales fundamentales? Siguen, indudablemente. Toda innovación orgánica en la estructura modifica orgánicamente las relaciones absolutas y relativas en el campo internacional a través de sus expresiones técnico-militares. Incluso la posición geográfica de un Estado nacional no precede, sino que sigue, a las innovaciones estructurales, aunque reaccionando sobre ellas en cierta medida (precisamente en la medida en que las superestructuras reaccionan sobre la estructura, la política sobre la economía). Por otra parte, las relaciones internacionales reaccionan pasivamente y activamente especialmente sobre las relaciones políticas (de hegemonía de los partidos). Cuanto más la vida económica inmediata de una nación está subordinada a las relaciones internacionales, tanto más un determinado partido representa esta situación y la explota para impedir el predominio de los partidos adversarios. De esta serie de hechos se puede llegar a la conclusión de que a menudo el llamado "partido del extranjero" no es precisamente aquél que es indicado como tal, sino precisamente el partido más nacionalista ([una alusión a este elemento internacional "represivo" de las energías internas, se encuentra en los artículos de G. Volpe publicados por el *Corriere* del 22 y 23 de marzo])² que en realidad, más que representar las fuerzas vitales del propio país, representa su subordinación y sometimiento económico respecto a las naciones o a un grupo de naciones hegemónicas.

Cfr. *Cuaderno 13* (XXX), pp. 2a-3.

d) Estado Ampliado

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 15, párrafo 10: *Maquiavelo*. Sociología y ciencia política. (Nota: aparece en “c”)
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 6, párrafo 88: *Estado gendarmen-vigilante nocturno, etc.*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 13, párrafo 17: *Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza*. (Nota: aparece en “1.”)
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 10, Parte II, párrafo 15: *Notas de economía*.

39 El fortalecimiento estatal puede influir muy débilmente: Florencia podía influir haciéndose más fuerte, por ejemplo, pero este fortalecimiento, aunque pudiera haber mejorado su posición en el equilibrio italiano y europeo, ciertamente no podía considerarse como decisivo para trastornar el conjunto del equilibrio mismo. Por eso el diplomático, por el mismo hábito profesional, se inclina al escepticismo y a la mezquinidad conservadora.

En las relaciones internas de un Estado, la situación es incomparablemente más favorable a la iniciativa central, a una voluntad de mando, tal como la entendía Maquiavelo. El juicio dado por De Sanctis acerca de Guicciardini es mucho más realista de lo que cree Treves.² Hay que plantear la cuestión de por qué De Sanctis estaba mejor preparado que Treves para dar este juicio histórica y científicamente más exacto. De Sanctis participó en un momento creativo de la historia política italiana, en un momento en el que la eficacia de la voluntad política, orientada a suscitar fuerzas nuevas y originales y no sólo a calcular en base a las tradicionales, concebidas como imposibles de desarrollo y reorganización (escepticismo político guicciardinesco), mostró toda su potencialidad no sólo en el arte de fundar un Estado desde el interior, sino también de controlar las relaciones internacionales, rejuveneciendo los métodos profesionales y habituales de la diplomacia (con Cavour). La atmósfera cultural era propicia a una concepción más comprensivamente realista de la ciencia y el arte política. ¿Pero incluso sin esta atmósfera le era imposible a De Sanctis comprender a Maquiavelo? La atmósfera dada por el momento histórico enriquece los ensayos de De Sanctis con un pathos sentimental que hace más simpático y apasionante el argumento, más artísticamente expresiva y cautivante la exposición científica, pero el contenido lógico de la ciencia política podría haber sido pensado incluso en los periodos de peor reacción. ¿Acaso no es también la reacción un acto constructivo de voluntad? ¿Y no es acto de voluntad la conservación? Entonces ¿por qué sería "utópica" la voluntad de Maquiavelo, por qué era revolucionaria y no utópica la voluntad de quien quiere conservar lo existente e impedir el surgimiento y organización de fuerzas nuevas que turbarían y trastornarían el equilibrio tradicional? La ciencia política abstrae el elemento "voluntad" y no toma en cuenta el fin al que una voluntad determinada es aplicada. El atributo de "utópico" no es propio de la voluntad política en general, sino de las voluntades particulares que no saben conectar el medio con el fin y por lo tanto no son ni siquiera voluntad, sino veleidades, sueños, deseos, etcétera.

El escepticismo de Guicciardini (no pesimismo de la inteligencia, que puede ir unido al optimismo de la voluntad en los políticos realistas activos) tiene diversos orígenes: 1] el hábito diplomático, o sea de una profesión^a

^a En el manuscrito una variante interlineal: "actividad".

subalterna, [subordinada, ejecutivo-burocrática] que debe aceptar una voluntad extraña (la política del propio gobierno o príncipe) a las convicciones particulares del diplomático (que, ciertamente, puede sentir aquella voluntad como propia, en cuanto que corresponde a sus propias convicciones, pero que también puede no sentirla: al haberse convertido la diplomacia necesariamente en una profesión especializada, ha conducido a esta consecuencia, la de poder apartar al diplomático de la política de gobiernos cambiantes, etcétera), en consecuencia, escepticismo y, en la elaboración científica, prejuicios extracientíficos; 2] las convicciones mismas de Guicciardini que era conservador, en el cuadro general de la política italiana, y por eso teoriza sus propias opiniones, su propia posición política, etcétera.

Los escritos de Guicciardini son más signo de la época que ciencia política, y éste es el juicio de De Sanctis; como signo de la época y no ensayo de historia de ciencia política es el escrito de Paolo Treves.

§ <87>. *Armas y religión*. Afirma Guicciardini que para la vida de un Estado dos cosas son absolutamente necesarias: las armas y la religión.¹ La fórmula de Guicciardini puede traducirse en varias otras fórmulas, menos drásticas: fuerza y consenso, coerción y persuasión, Estado e Iglesia, sociedad política y sociedad civil, política y moral (historia ético-política de Croce), derecho y libertad, orden y disciplina o, con un juicio implícito de sabor libertario, violencia y fraude. En todo caso, en la concepción política del Renacimiento la religión era el consenso y la Iglesia era la sociedad civil, el aparato de hegemonía del grupo dirigente, que no tenía un aparato propio, o sea que no tenía una organización cultural e intelectual propia, pero sentía como tal la organización eclesiástica universal. No se está fuera de la Edad Media más que por el hecho de que abiertamente se concibe y analiza la religión como "instrumentum regni".

Desde este punto de vista debe estudiarse la iniciativa jacobina de la institución del culto del "Ente supremo", que aparece por lo tanto como un intento de crear identidad entre Estado y sociedad civil, de unificar dictatorialmente los elementos constitutivos del Estado en sentido orgánico y más amplio (Estado propiamente dicho y sociedad civil) en una desesperada búsqueda de apretar en un puño toda la vida popular y nacional, pero que aparece también como la primera raíz del Estado moderno laico, independiente de la Iglesia, que busca y encuentra en sí mismo, en su vida compleja, todos los elementos de su personalidad histórica.

§ <88>. *Estado gendarme-vigilante nocturno, etcétera*. Debe meditarse esta cuestión: la concepción del Estado gendarme-vigilante nocturno, etc.

cétera (aparte la especificación de carácter polémico: gendarme, vigilante nocturno, etcétera) ¿no es acaso la única concepción del Estado que supera las fases extremas "corporativas-económicas"? Estamos siempre en el terreno de la identificación de Estado y Gobierno, identificación que, precisamente, es una representación de la forma corporativa-económica, o sea de la confusión entre sociedad civil y sociedad política, porque hay que observar que en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido, podría decirse, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción). En una doctrina del Estado que conciba a éste como capaz tendencialmente de agotamiento y de resolución de la sociedad regulada, el argumento es fundamental. El elemento Estado-coerción se puede imaginar extinguido a medida que se afirman elementos cada vez más conspicuos de sociedad regulada (o Estado ético o sociedad civil). Las expresiones de Estado ético o de sociedad civil vendrían a significar que esta "imagen" de Estado sin Estado la tenían presente los principales científicos de la política y del derecho en cuanto se situaban en el terreno de la pura ciencia (= pura utopía, en cuanto basada en el supuesto de que todos los hombres son realmente iguales y por consiguiente, igualmente razonables y morales, o sea capaces de aceptar la ley espontáneamente, libremente y no por coerción, como impuesta por otra clase, como cosa externa a la conciencia). Hay que recordar que la expresión de vigilante nocturno para el Estado liberal es de Lassalle,¹ o sea de un estatista dogmático y no dialéctico. (Cfr. la doctrina de Lassalle sobre este punto y sobre el Estado en general, en contraste con el marxismo.) En la doctrina del Estado-sociedad regulada, de una fase en la que Estado será igual a Gobierno, y Estado se identificará con sociedad civil, deberá pasarse a una fase de Estado→vigilante nocturno, o sea de una organización coercitiva que tutelaré el desarrollo de los elementos de sociedad regulada en continuo incremento, y por lo tanto reduciendo gradualmente sus intervenciones autoritarias y coactivas. Tampoco puede esto hacer pensar en un nuevo "liberalismo", ni por ser el inicio de una era de libertad orgánica.

§ <89>. Política y diplomacia. Cavour. (Cfr. nota en la p. 38 bis sobre Maquiavelo y Guicciardini).¹ Anécdota referida por Ferdinando Martini en *Confessioni e Ricordi, 1859-1892* (ed. Treves, 1928,² pp. 150-51): para Crispi, Cavour no debía ser considerado como un elemento de primera línea en la historia del Risorgimento, sino solamente Vittorio Emanuele, Garibaldi y Mazzini. "¿Cavour? ¿Qué hizo Cavour? Nada más que *diplo-*matizar la revolución [...]" Martini anota: "No me atreví a decirlo, pero pensé: ¡Como si eso fuera poco!" Me parece que Crispi y Martini siguen dos órdenes de pensamiento diferentes. Crispi pretende referirse a los ele-

mentos activos, a los "creadores" del movimiento nacional revolucionario, o sea a los políticos propiamente dichos. Por lo tanto para él la diplomacia es una actividad subalterna y subordinada: el diplomático no crea nuevos vínculos históricos, sino que trabaja para hacer sancionar los que el político ha creado: Talleyrand no puede ser comparado con Napoleón.

En realidad Crispi está equivocado, pero no por lo que Martini cree. Cavour no fue sólo un diplomático, sino también esencialmente un político "creador", sólo que su modo de "crear" no era de revolucionario, sino de conservador; y en último análisis no triunfó el programa de Mazzini y de Garibaldi, sino el de Cavour. Tampoco se entiende cómo Crispi puede poner juntos a Vittorio Emanuele, a Mazzini y a Garibaldi; Vittorio Emanuele está con Cavour y es a través de Vittorio Emanuele como Cavour domina a Garibaldi e incluso a Mazzini. Es cierto que Crispi no hubiera podido reconocer como justo este análisis por "el afecto que al intelecto ata"; su pasión sectaria estaba aún viva, como permaneció siempre viva en él, aun en las mutaciones radicales de sus posiciones políticas. Por otra parte tampoco Martini hubiera admitido nunca (al menos en público) que Cavour fuese esencialmente un "bombero", o podría decirse "un terrorista preventivo", porque ni en Mazzini ni en Garibaldi ni en Crispi mismo existía la disposición de los jacobinos del Comité de Salud Pública. Como ya señalé en otra parte Crispi era un temperamento jacobino, no un "jacobino político-económico", o sea que no tenía un programa cuyo contenido pudiera parangonarse con el de los jacobinos ni con su feroz intransigencia. Por otra parte, ¿existían en Italia algunas de las condiciones necesarias para un movimiento como el de los jacobinos franceses? Desde hacía muchos siglos, Francia era una nación hegemónica: su autonomía internacional era muy amplia. Para Italia nada de parecido: no tenía ninguna autonomía internacional. En tales especiales condiciones se comprende que la diplomacia fuese concretamente superior a la política creativa, fuese la "única política creativa". El problema no era el de crear una nación que tuviese la primacía en Europa y en el mundo, o un Estado unitario que arrancase a Francia la iniciativa civil, sino el de remendar un Estado unitario, por lo menos. Los grandes programas de Gioberti y de Mazzini debían ceder al realismo político y al empirismo de Cavour. Esta falta de "autonomía internacional" es la razón que explica gran parte de la historia italiana y no sólo de las clases burguesas. Se explica también así el por qué de muchas victorias diplomáticas italianas, no obstante la relativa debilidad político-militar: no es la diplomacia italiana la que vence como tal, sino que se trata de una habilidad para saber sacar partido del equilibrio de las fuerzas internacionales: es una habilidad subalterna, pero fructuosa. No se es fuerte por uno mismo, pero ningún sistema internacional sería el más fuerte sin Italia.

A propósito del jacobinismo de Crispi es interesante también el capítulo

"privada", que entra en competencia con la católica, que en la sociedad civil ocupa ahora tanta parte y en condiciones especiales.

Para comprender hasta qué punto puede ser apreciada la actividad de Croce en toda su perseverante inflexibilidad, por la parte más responsable, lúcida (y conservadora) de la clase dominante, además de la citada "previsión" de Missiroli³ (y es preciso comprender lo que puede significar de implícito sentido crítico el término de "previsión" en este caso), será útil recordar una serie de artículos publicados por Camillo Pellizzi en el *Selvaggio* de Mino Maccari (que sale ahora en Roma en forma de revista mensual y que sería interesante analizar en toda la colección y en sus diversas fases). De la *Italia Letteraria* del 29 de mayo de 1932 copio textualmente un fragmento de la 'Rassegna della Stampa' compilada por Corrado Pavolini que comenta un pasaje de uno de estos artículos de Pellizzi: "Creer en pocas cosas, ¡pero creer en ellas!" Y es una máxima bellísima, legible en el último número del *Selvaggio* (10. de mayo). Lo lamento por Camillo Pellizzi, fascista de los primeros, caballero probado y agudísimo ingenio: pero el estilo embrollado de su última carta abierta a Maccari: "Il fascismo come libertà" me suscita la duda de que los conceptos de los que habla no estén bien claros en su mente; o, si están claros, estén pensados demasiado en abstracto para poder recibir aplicación práctica: "El fascismo ha nacido como el supremo esfuerzo de un pueblo civilizado (incluso, del pueblo más íntimamente civilizado entre todos) para poner en práctica una forma de comunismo civilizado. O sea resolver el problema del comunismo dentro del mayor problema de la civilización; pero puesto que no hay civilización sin la espontánea manifestación de aquellos valores individuales antiguos que constantemente se renuevan, de los cuales se ha hablado, nosotros concluimos que el fascismo es, en su íntima y universal significación, un comunismo libre; en el cual, para entenderse, lo comunal o colectivo es el medio, el organismo empírico, el instrumento de acción que responde al problema de un determinado momento de la historia, mientras que el fin real, el destino último, es la civilización, o sea, en el sentido ya dicho y repetido, la 'libertad'. Es lenguaje indigesto de filósofo. 'Creer en pocas cosas. . .' Por ejemplo, creer simplisísimamente que el fascismo no es comunismo, nunca, en ningún sentido, ni concreto ni traducido, puede resultar más 'útil' que fatigarse a la busca de definiciones demasiado ingeniosas para no ser, en último análisis, equívocas y nocivas. (Está además la ponencia de Spirito en la Convención corporativa de Ferrara. . .)." ⁴

Se advierte bastante claramente que la serie de escritos de Pellizzi publicados por el *Selvaggio* ha sido sugerida por el último libro de Croce y es un intento de absorber la posición de Croce en una nueva posición que Pellizzi considera superior y capaz de resolver todas las antinomias. En realidad Pellizzi se mueve entre conceptos de Contrarreforma y sus elu-

cubraciones intelectualmente pueden dar lugar a una nueva "Ciudad del Sol", prácticamente a una construcción como la de los jesuitas en Paraguay. Pero esto importa poco, porque no se trata de posibilidades prácticas próximas o remotas, ni para Pellizzi, ni para Spirito; se trata del hecho de que tales evoluciones abstractas de pensamiento mantienen fermentos ideológicos peligrosos, impiden que se forme una unidad ético-política en la clase dirigente, amenazan con posponer al infinito la solución del problema de "autoridad", o sea del restablecimiento por consenso de la dirección política por parte de los grupos conservadores. La actitud de Pellizzi demuestra que la posición de Spirito en Ferrara⁵ no era un "monstrum" cultural; esto queda demostrado también por algunas publicaciones en *Critica Fascista* más o menos confusas y equívocas.

§ <15>. *Notas breves de economía*. La discusión en torno al concepto de "homo oeconomicus" se ha convertido en una de tantas discusiones sobre la llamada "naturaleza humana". Cada uno de los contendientes tiene su propia "fe", y la sostiene con argumentos de carácter predominantemente moralista. El "homo oeconomicus" es la abstracción de la actividad económica de una determinada forma de sociedad, o sea de una determinada estructura económica. Cada forma social tiene su "homo oeconomicus", o sea su propia actividad económica. Sostener que el concepto de homo oeconomicus científicamente no tiene valor no es más que un modo de sostener que la estructura económica y su actividad correspondiente han cambiado radicalmente, o bien que la estructura económica ha cambiado a tal punto que necesariamente debe cambiar el modo de operar económico, para que resulte conforme a la nueva estructura. Pero precisamente en esto hay disensión, y no tanto disensión científica objetiva, sino política. ¿Qué significaría, por lo demás, un reconocimiento científico de que la estructura económica ha cambiado radicalmente y que debe cambiar el modo de operar económico para conformarse a la nueva estructura? Tendría un significado de estímulo político, nada más. Entre la estructura económica y el Estado con su legislación y su coerción está la sociedad civil, y ésta debe ser radicalmente transformada en concreto y no sólo sobre el papel de la ley y de los libros de los científicos; el Estado es el instrumento para adecuar la sociedad civil a la estructura económica, pero es preciso que el Estado "quiera" hacerlo, esto es, que quienes guíen al Estado sean los representantes del cambio producido en la estructura económica. Esperar que, por vía de propaganda y de persuasión, la sociedad civil se adecúe a la nueva estructura, que el viejo "homo oeconomicus" desaparezca sin ser sepultado con todos los honores que merece, es una nueva forma de retórica económica, una nueva forma de moralismo económico vacío e inconcluyente.¹

3. GRAMSCI Y LA ECONOMÍA INSTITUCIONAL: APROXIMACIÓN CRÍTICA.

a) Intelectuales e instituciones en Gramsci

- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 12, párrafo 1: *“Los intelectuales son un grupo social autónomo e independiente...”* (hasta el párrafo que inicia: *“En el mundo moderno, la categoría de los intelectuales, entendida así, ha sido ampliada en un modo inaudito...”*). (Nota: aparece en “2. a)”)
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 19, párrafo 26: *“La relación ciudad-campo en el Risorgimento y en la estructura nacional italiana”*. Del párrafo que inicia: *“La extensión del sufragio en el 1913...”*, hasta el que inicia: *“En el desarrollo del Risorgimento...”*
- ✓ Gramsci A., Cuaderno nº 12, párrafo 3: *“Cuando se distingue entre intelectuales y no intelectuales en realidad...”*

crear y luego fue impulsado él mismo por el entusiasmo creado por los Mil en la opinión europea hasta ver como factible una nueva guerra inmediata contra Austria. Existía en Cavour cierta deformación profesional del diplomático, que lo llevaba a ver "demasiadas" dificultades y lo inducía a exageraciones "conspirativas" y a prodigios, que en buena parte son funambulescos, de sutileza y de intriga. En todo caso Cavour actuó egregiamente como hombre de partido: que además su partido representase los más profundos y duraderos intereses nacionales, aunque sólo en el sentido de dar la más vasta extensión a la comunidad de exigencias de la burguesía con la masa popular, es otra cuestión.

A propósito de la consigna "jacobina" formulada en el 48-49 hay que estudiar su complicado destino. Retomada, sistematizada, elaborada, intelectualizada por el grupo Parvus-Bronstein, se manifestó inerte e ineficaz en 1905 y a continuación: se había convertido en una cosa abstracta, de gabinete científico. La corriente que se le opuso en ésta su manifestación literaria, por el contrario, sin emplearla "de propósito", la aplicó de hecho en una forma apegada a la historia actual, concreta, viva, adaptada al tiempo y al lugar, como surgida por todos los poros de la determinada sociedad que había que transformar, como alianza de dos grupos sociales, con la hegemonía del grupo urbano.¹

En un caso se tuvo el temperamento jacobino sin un contenido político adecuado; en el segundo, temperamento y contenido "jacobino" según las nuevas relaciones históricas, y no según una etiqueta literaria e intelectualista.

Cfr. Cuaderno 1 (XVI), pp. 30-42.

§ <25> *Antisemitismo en el Risorgimento*. En las *Confessioni e professioni di fede di Letterati, Filosofi, uomini politici*, etcétera (en 3 vols. Bocca, Turín, 1921) se publica una correría lírico-sentimental de Raffaele Ottolenghi que refiere algunos de sus recuerdos de "judío" piemontés, de los que pueden extraerse algunos datos sobre la condición de los judíos en el período del primer Risorgimento.¹

Un judío, veterano de Napoleón, regresó a su país con una mujer francesa: el obispo, habiendo sabido que la mujer era cristiana, hizo que los gendarmes se la llevaran contra su voluntad. El obispo se adueñaba, manu militari, de los niños judíos que, durante alguna disputa con sus padres, hubieran amenazado con hacerse cristianos (Brofferio registra una serie de estos hechos en su historia).²

Después de 1815 los judíos fueron arrojados de las universidades y por consiguiente de las profesiones liberales.

En 1799, durante la invasión austro-rusa, hubo pogromos; en Acqui sólo la intervención del obispo logró salvar al bisabuelo de Ottolenghi de los fusiles de la multitud. En Siena, durante un pogromo, los judíos fueron mandados a la hoguera sin que el obispo quisiera intervenir a su favor.

En el 48 el padre de Ottolenghi regresó a Acqui desde Turín, vestido de guardia nacional: irritación de los reaccionarios que hicieron correr la voz del sacrificio ritual de un niño cristiano por parte de Ottolenghi; campanas a rebato, venida de los villanos de los campos para saquear el Ghetto. El obispo se negó a intervenir y Ottolenghi fue salvado por el alcalde con un simulacro de arresto hasta la llegada de las tropas. Los reaccionarios y los clericales querían hacer aparecer las innovaciones liberales del 48 como una invención de los judíos. (Habría que reconstruir la historia del niño Mortara que tuvo tan clamoroso eco en las polémicas contra el clericalismo.)³

Cfr. Cuaderno 1 (XVI), pp. 9-9 bis.

§ <26> *La relación ciudad-campo en el Risorgimento y en la estructura nacional italiana*. Las relaciones entre población urbana y población rural no son de un solo tipo esquemático, especialmente en Italia. Por lo tanto hay que establecer qué se entiende por "urbano" y por "rural" en la civilización moderna y qué combinaciones pueden resultar de la permanencia de formas anticuadas y retrógradas en la composición general de la población, estudiada desde el punto de vista de su mayor o menor aglomeración. A veces se da la paradoja de que un tipo rural sea más progresista que un tipo supuestamente urbano.

Una ciudad "industrial" es siempre más progresista que el campo que depende de ella orgánicamente. Pero en Italia no todas las ciudades son "industriales" y menos aún son las ciudades típicamente industriales. Las "cien" ciudades italianas son ciudades industriales, la aglomeración de la población en centros no rurales, que es casi el doble de la francesa, ¿demuestra que existe en Italia una industrialización dos veces mayor que en Francia? En Italia el urbanismo no es sólo, y ni siquiera "especialmente", un fenómeno de desarrollo capitalista y de la gran industria. La que fue durante mucho tiempo la más grande ciudad italiana y sigue siendo de las más grandes, Nápoles, no es una ciudad industrial: tampoco Roma, la actual mayor ciudad italiana, es industrial. Sin embargo también en estas ciudades, de tipo medieval, existen fuertes núcleos de población del tipo

urbano moderno; ¿pero cuál es su posición relativa? Se hallan sumergidos, apretados, aplastados por la otra parte, que no es de tipo moderno y es la inmensa mayoría. Paradoja de las "ciudades del silencio".

97 En este tipo de ciudad existe, entre todos los grupos sociales, una unidad ideológica urbana contra el campo, unidad a la que no le escapan ni siquiera los núcleos más modernos por función civil, que sin embargo existen: existe odio y desprecio contra el "villano", un frente único implícito contra las reivindicaciones del campo que, de realizarse, harían imposible la existencia de este tipo de ciudad. Recíprocamente existe una aversión "genérica" pero no por ello menos tenaz y apasionada del campo contra la ciudad, contra toda la ciudad, todos los grupos que la constituyen. Esta relación general, que en realidad es muy compleja y se manifiesta en formas que aparentemente parecen contradictorias, tuvo una importancia primordial en el desarrollo de las luchas por el Risorgimento, cuando éste era aún más absoluto y operante de lo que es hoy. El primer ejemplo notable de estas aparentes contradicciones debe estudiarse en el episodio de la República Partenopea de 1799: la ciudad fue aniquilada por el campo organizado en las hordas del cardenal Ruffo, porque la República, tanto en su primera fase aristocrática como en la segunda, burguesa, olvidó completamente al campo por una parte, pero por la otra, previendo la posibilidad de un levantamiento jacobino por el cual la propiedad agrícola que gastaba sus rentas agrarias en Nápoles, podía ser desposeída, privando a la gran masa popular de sus fuentes de ingresos y de vida, dejó fríos si no es que suscitó la hostilidad de los hombres del pueblo napolitanos. En el Risorgimento, además, se manifiesta ya, embrionariamente, la relación histórica entre Norte y Sur como una relación similar a la de una gran ciudad y un gran campo: siendo esta relación no ya la orgánica normal de provincia y capital industrial, sino la que se da entre dos vastos territorios de tradición civil y cultural muy distinta, se acentúan los aspectos y los elementos de un conflicto de nacionalidad.¹ Lo que en el periodo del Risorgimento es especialmente notable es el hecho de que en las crisis políticas, el Sur tiene la iniciativa de la acción: 98 1799 Nápoles, 20-21 Palermo, 47 Messina y 1 Sicilia, 47-48 Sicilia y Nápoles. Otro hecho notable es el aspecto particular que cada movimiento asume en la Italia Central, como una vía intermedia entre Norte y Sur: el periodo de las iniciativas populares (relativas) va desde 1815 hasta 1849 y culmina en Toscana y en los Estados del Papa (la Romaña y la Lunigiana deben ser siempre consideradas como pertenecientes al Centro). Estas peculiaridades se manifiestan también posteriormente: los acontecimientos de junio de 1914 culminaron en algunas regiones del Centro (Romaña y Marcas); la crisis que se inicia en 1893 en Sicilia, y que repercute en

el Mediodía y en Lunigiana, culmina en Milán en 1898; en 1919 ocurren las invasiones de tierras en el Mediodía y en Sicilia, en 1920 la ocupación de las fábricas del Norte. Este relativo sincronismo y simultaneidad demuestra la existencia ya después de 1815 de una estructura económico-política relativamente homogénea, por una parte, y por la otra muestra cómo en los periodos de crisis es la parte más débil y periférica la que reacciona primero.

La relación de ciudad y campo entre Norte y Sur puede también estudiarse en las diversas concepciones culturales y actitudes mentales. Como se ha mencionado, B. Croce y G. Fortunato, a principios de siglo, estuvieron a la cabeza de un movimiento cultural que, de un modo u otro, se oponía al movimiento cultural del Norte (idealismo contra positivismo, clasicismo o *classicità* contra futurismo). Hay que señalar el hecho de que Sicilia se separa del Mediodía también en el aspecto cultural: si Crispi es el hombre del industrialismo del Norte, Pirandello en líneas generales está más cerca del futurismo, Gentile y el actualismo están también más próximos al movimiento futurista (entendido en sentido amplio, como oposición al clasicismo tradicional, como forma de un romanticismo contemporáneo). Distinta es la estructura y el origen de las capas intelectuales: en el Mediodía predomina todavía el tipo del "leguleyo", que pone en contacto a las masas campesinas con las de los propietarios y con el aparato estatal; en el Norte domina el tipo del "técnico" de empresa que sirve de vínculo entre la masa obrera y los empresarios;² la vinculación con el Estado era función de las organizaciones sindicales y de los partidos políticos, dirigidos por una capa intelectual completamente nueva (el actual sindicalismo de Estado, con la consecuencia de la difusión sistemática a escala nacional de este tipo social, en forma más coherente y consecuente de lo que le era posible al viejo sindicalismo, es hasta cierto punto y en cierto sentido un instrumento de unificación moral y política).

Esta compleja relación ciudad-campo puede estudiarse en los programas políticos generales que trataban de afirmarse antes de la llegada del fascismo al gobierno: el programa de Giolitti y de los liberales democráticos tendía a crear en el Norte un bloque "urbano" (de industriales y obreros) que fuera la base de un sistema proteccionista y reforzara la economía y la hegemonía del Norte.³ El Mediodía estaba reducido a un mercado de ventas semicolonial, a una fuente de ahorros y de impuestos y se le mantenía "disciplinado" con dos series de medidas: medidas policíacas de represión despiadada de todo movimiento de masas con matanzas periódicas de campesinos (en la conmemoración de Giolitti, escrita por Spectator -Missiroli- en la *Nuova Antologia* se manifiesta asombro porque Giolitti se opuso siempre enérgicamente a cualquier difusión del socialis-

mo y del sindicalismo en el Mediodía,⁴ mientras que la cosa es natural y obvia, porque un proteccionismo obrero —reformismo, cooperativas, obras públicas— sólo es posible si es parcial; o sea que cada privilegio presupone sacrificados y despojados); medidas policiaco-políticas: favores personales a la capa de los "intelectuales" o leguleyos, bajo la forma de empleos en las administraciones públicas, permisos de saqueos impunes de las administraciones locales, una legislación aplicada menos rígidamente que en otras partes, dejando al clero la disponibilidad de patrimonios notables, etcétera, o sea la incorporación a "título personal" de los elementos meridionales más activos en el personal dirigente estatal, con particulares privilegios "judiciales", burocráticos, etcétera. Así el estrato social que habría podido organizar el endémico descontento meridional, se convertía por el contrario en un instrumento de la política septentrional, un accesorio de su policía privada. El descontento, por falta de dirección, no lograba asumir una forma política normal y sus manifestaciones, expresándose sólo en forma caótica y tumultuaria, eran presentadas como "esfera de policía" judicial. En realidad a esta forma de corrupción se adherían aunque fuese pasiva e indirectamente hombres como Croce y Fortunato por la concepción fetichista de la "unidad" (cfr. el episodio Fortunato-Salvemini a propósito de *Unità*, referido por Prezzolini en la primera edición de la *Cultura italiana*).⁵

No hay que olvidar el factor político-moral de la campaña de intimidación que se hacía contra toda, aunque fuese objetivísima, constatación de motivos de conflicto entre Norte y Sur. Hay que recordar la conclusión de la encuesta Pais-Serra sobre Cerdeña después de la crisis comercial de la década 1890-1900⁶ y la acusación ya mencionada,⁷ lanzada por Crispi a los *fasci* sicilianos de estar vendidos a los ingleses. Especialmente entre los intelectuales sicilianos existía esta forma de exasperación unitaria (consecuencia de la formidable presión campesina sobre la tierra señorial y del populismo regional de Crispi) que se ha manifestado también recientemente en el ataque de Natoli contra Croce por una alusión inocua al separativismo siciliano del Reino de Nápoles (cfr. respuesta de Croce en la *Critica*).⁸ El programa de Giolitti fue "turbado" por dos factores: 1] la afirmación de los intransigentes en el partido socialista bajo la dirección de Mussolini y su coqueteo con los meridionalistas (librecambio, elecciones de Molfetta, etcétera), que destruía el bloque urbano septentrional; 2] la introducción del sufragio universal que amplió de modo inaudito la base parlamentaria del Mediodía e hizo difícil la corrupción individual (demasiados que corromper por las buenas y en consecuencia aparición de los golpeadores).

Giolitti cambió de "partenaire", sustituyó el bloque urbano (o mejor

contrapuso para impedir su completa descomposición) por el "pacto Gentiloni", esto es, en definitiva, un bloque entre la industria septentrional y los rurales del campo "orgánico y normal" (las fuerzas electorales católicas coincidían con las socialistas geográficamente: o sea que estaban difundidas en el Norte y en el Centro)⁹ con extensión de los efectos también en el Sur, al menos en la medida inmediatamente suficiente para "recificar" útilmente las consecuencias de la ampliación de la masa electoral.

El otro programa u orientación política general es el que se puede llamar del *Corriere della Sera* o de Luigi Albertini y puede identificarse en una alianza entre una parte de los industriales del Norte (teniendo a su cabeza a los textiles, algodóneros, sederos, exportadores y por consiguiente librecambistas) con el bloque rural del Mediodía: el *Corriere* apoyó a Salvemini contra Giolitti en las elecciones de Molfetta de 1913 (campana de Ugo Ojetti),¹⁰ apoyó al ministerio Salandra primero y al de Nitti a continuación, o sea a los primeros dos gobiernos formados por estadistas meridionales (los sicilianos deben considerarse aparte: "siempre han tenido una parte leonina en todos los ministerios desde el 60 en adelante, y han tenido numerosos presidentes del Consejo, a diferencia del Mediodía, cuyo primer líder fue Salandra; esta "invasión" siciliana puede explicarse por la política de extorsión de los partidos de la isla, que bajo cuerda han mantenido siempre un espíritu "separatista" a favor de Inglaterra: la acusación de Crispi era, en forma aventurada, la manifestación de una preocupación que obsesionaba realmente al grupo dirigente nacional más responsable y sensible).

La ampliación del sufragio en 1913 había provocado ya los primeros síntomas de aquel fenómeno que tendría su máxima expresión en los años 19-20-21 a consecuencia de la experiencia político-organizativa adquirida por las masas campesinas en la guerra, o sea la ruptura relativa del bloque rural meridional y el alejamiento de los campesinos, guiados por una parte por los intelectuales (oficiales en guerra), por los grandes propietarios: se tiene así el sardismo, el partido reformista siciliano (el llamado grupo parlamentario Bonomi estaba constituido por Bonomi y 22 diputados sicilianos) con el ala extrema separatista representada por la *Sicilia Nuova*, el grupo del *Rinnovamento* en el Mediodía constituido por combatientes que intentó constituir partidos regionales de acción según el tipo sardo (cfr. la revista *Volontà* de Torraca, la transformación del *Popolo Romano*, etcétera).¹¹ En este movimiento la importancia autónoma de las masas campesinas está graduada desde Cerdeña hasta el Mediodía y hasta Sicilia, según la fuerza organizada, por el prestigio y la presión ideológica ejercida por los grandes propietarios, que tienen en Sicilia un máximo de organización y de solidez y que por el contrario tienen una im-

portancia relativamente pequeña en Cerdeña.⁴ Igualmente graduada es la independencia relativa de las respectivas capas intelectuales, naturalmente en sentido inverso al de los propietarios.¹¹ (Por intelectuales es preciso entender no sólo aquellas capas comúnmente designadas con esta denominación, sino en general todo el estrato social que ejerce funciones organizativas en sentido lato, tanto en el campo de la producción como en el de la cultura y en el político-administrativo: corresponden a los suboficiales y oficiales subalternos en el ejército y también en parte a los oficiales superiores de origen subalterno). Para analizar la función político-social de los intelectuales hay que investigar y examinar su actitud psicológica frente a las clases fundamentales que ellos ponen en contacto en los diversos campos: ¿tienen una actitud "paternalista" frente a las clases instrumentales? ¿o creen ser una expresión orgánica suya? ¿tienen una actitud "servil" frente a las clases dirigentes o se creen ellos mismos dirigentes, parte integrante de las clases dirigentes?

En el desarrollo del Risorgimento, el llamado Partido de Acción tenía una actitud "paternalista", por eso no logró más que en medida muy limitada poner a las grandes masas populares en contacto con el Estado. El llamado "transformismo" no es más que la expresión parlamentaria del hecho de que el Partido de Acción fue incorporado molecularmente por los moderados y las masas populares fueron decapitadas, no absorbidas en el ámbito del nuevo Estado.

De la relación ciudad-campo debe partir el examen de las fuerzas motrices fundamentales de la historia italiana y de los puntos programáticos en los que hay que estudiar y juzgar la orientación del Partido de Acción en el Risorgimento. Esquemáticamente se puede tener este cuadro: 1] la fuerza urbana septentrional; 2] la fuerza rural meridional; 3] la fuerza rural septentrional-central; 4-5] la fuerza rural de Sicilia y Cerdeña.

Permaneciendo firme la función de "locomotora" de la primera fuerza, hay que examinar las diversas combinaciones "más útiles" aptas para constituir un "tren" que avance lo más expeditamente en la historia. Por lo pronto, la primera fuerza empieza por tener problemas propios, internos, de organización, de articulación por homogeneidad, de dirección político-militar (hegemonía piemontesa, relación entre Milán y Turín, etcétera); pero queda establecido que, ya "mecánicamente", si tal fuerza ha alcanzado cierto grado de unidad y de combatividad, ejerce una función directiva "indirecta" sobre las otras. En los diversos periodos del Risorgimento se advierte que, al colocarse estas fuerzas en una posición de intransigencia y de lucha contra el dominio extranjero, ello determina una

⁴ En el manuscrito: "Sicilia".

exaltación de las fuerzas progresistas meridionales: de ahí el sincronismo relativo, pero no la simultaneidad, en los movimientos del 20-21, del 31, del 48. En el 59-60 este "mecanismo" histórico-político actúa con todo el rendimiento posible, porque el Norte inicia la lucha, el Centro se adhiere pacíficamente y en el Sur el Estado borbónico se derrumba bajo el empuje de los garibaldinos, empuje relativamente débil. Esto sucede porque el Partido de Acción 1 (Garibaldi) interviene oportunamente, después de que los moderados (Cavour) habían organizado el Norte y el Centro; o sea que no es la misma dirección político-militar (moderados o Partido de Acción) la que organiza la simultaneidad relativa, sino la colaboración (mecánica) de las dos direcciones, que se integran felizmente.

La primera fuerza debía, pues, plantearse el problema de organizar en torno a sí las fuerzas urbanas de las otras secciones nacionales y especialmente del Sur. Este problema era el más difícil, erizado de contradicciones y de querrelas que desencadenaban oleadas de pasiones (una solución burlesca de estas contradicciones fue la llamada revolución parlamentaria de 1876). Pero su solución, precisamente por esto, era uno de los puntos cruciales del desarrollo nacional. Las fuerzas urbanas son socialmente homogéneas, por lo tanto deben hallarse en una posición de perfecta igualdad. Esto era cierto teóricamente, pero históricamente la cuestión se planteaba de otra manera: las fuerzas urbanas del Norte estaban netamente a la cabeza de su sección nacional, mientras que para las fuerzas urbanas del Sur ése no era el caso, por lo menos en igual medida. Las fuerzas urbanas del Norte, por lo tanto, debían obtener de las del Sur que su función directiva se limitase a asegurar la dirección del Norte con respecto al Sur en la relación general de ciudad-campo, o sea que la función directiva de las fuerzas urbanas del Sur no podía ser más que un momento subordinado de la más vasta función directiva del Norte. La contradicción más estridente nacía de este orden de hechos: la fuerza urbana del Sur no podía ser considerada como algo en sí misma, independiente de la del Norte; plantear la cuestión así habría significado afirmar prejuicialmente un insana- ble desacuerdo "nacional", desacuerdo tanto más grave cuanto que ni siquiera la solución federalista habría podido superarlo; se habría afirmado la existencia de naciones distintas, entre las cuales habría podido realizarse sólo una alianza diplomático-militar contra el enemigo común, Austria (el único elemento de comunidad y solidaridad, en suma, habría consistido sólo en tener un enemigo "común"). Pero en realidad existían sólo algunos "aspectos" de la cuestión nacional, no "todos" los aspectos y ni siquiera los más esenciales. El aspecto más grave era la débil posición de las fuerzas urbanas meridionales con relación a las fuerzas rurales, relación desfavorable que se manifestaba en ocasiones en una auténtica sujeción de

la ciudad al campo. La estrecha vinculación entre fuerzas urbanas del Norte y del Sur, dando a las segundas la fuerza representativa del prestigio de las primeras, debía ayudar a aquéllas a hacerse autónomas, a adquirir conciencia de su función histórica dirigente en forma "concreta" y no puramente teórica y abstracta, sugiriendo las soluciones que habría que dar a los vastos problemas regionales. Era natural que se encontraran fuertes oposiciones en el Sur a la unidad: la tarea más grave para resolver la situación correspondía de todos modos a las fuerzas urbanas del Norte, que no sólo debían convencer a sus "hermanos" del Sur, sino que debían comenzar <por convencerse>^a a sí mismas de esta complejidad de sistema político: prácticamente, pues, la cuestión se planteaba en la existencia de un fuerte centro de dirección política, en el cual necesariamente habrían debido colaborar fuertes y populares individualidades meridionales y de las islas. El problema de crear una unidad Norte/Sur estaba estrechamente vinculado y en gran parte absorbido en el problema de crear una cohesión y una solidaridad entre todas las fuerzas urbanas nacionales. (El razonamiento desarrollado más arriba de hecho es válido para cada una de las tres secciones meridionales, Napolitano, Sicilia, Cerdeña.)

Las fuerzas rurales septentrionales-centrales planteaban a su vez una serie de problemas que la fuerza urbana del Norte debía plantearse para establecer una relación normal ciudad-campo, expulsando las interferencias y las influencias de origen extraño al desarrollo del nuevo Estado. En estas fuerzas rurales había que distinguir dos corrientes: la laica y la clerical-austriaquizante. La fuerza clerical tenía su peso máximo en el Lombardo-Véneto, además de en Toscana y en una parte del Estado pontificio; la laica en el Piamonte, con interferencias más o menos vastas en el resto de Italia, además de en las legaciones, especialmente en Romaña, también en las otras secciones, hasta el Mediodía y las islas. Resolviendo bien estas relaciones inmediatas, las fuerzas urbanas septentrionales habrían dado un ritmo a todas las cuestiones similares a escala nacional.

En toda esta serie de problemas complejos el Partido de Acción fracasó completamente: de hecho se limitó a hacer cuestión de principio y de programa esencial la que era simplemente cuestión del terreno político en el que tales problemas habrían podido centrarse y hallar una solución legal: la cuestión de la Constituyente. No se puede decir que haya fracasado el partido moderado, que se proponía la expansión orgánica del Piamonte, quería soldados para el ejército piamontés y no insurrecciones o ejércitos garibaldinos demasiado grandes.

¿Por qué el Partido de Acción no planteó en toda su extensión la cues-

^a Integrado sobre la base del texto A.

ción agraria? Que no la planteasen los moderados era obvio: el planteamiento dado por los moderados al problema nacional exigía un bloque de todas las fuerzas de derecha, incluidas las clases de los grandes terratenientes, en torno al Piamonte como Estado y como ejército. La amenaza por Austria de resolver la cuestión agraria en favor de los campesinos, amenaza que se cumplió en Galizia contra los nobles polacos a favor de los campesinos rutenos, no sólo provocó la confusión entre los interesados en Italia, determinando todas las oscilaciones de la aristocracia (sucesos de Milán de febrero del 53 y acto de homenaje de las más ilustres familias milanesas a Francisco José precisamente en la víspera de las horcas de Belfiore),¹⁴ sino que paralizó al mismo Partido de Acción, que en este terreno pensaba como los moderados y consideraba "nacionales" a la aristocracia y a los propietarios y no a los millones de campesinos. Sólo después de febrero del 53 Mazzini tuvo algunos gestos sustancialmente democráticos (véase el Epistolario de aquel periodo),¹⁵ pero no fue capaz de una radicalización decisiva de su programa abstracto. Debe estudiarse la conducta política de los garibaldinos en Sicilia en 1860, conducta política que era dictada por Crispi: los movimientos de insurrección de los campesinos contra los barones fueron despiadadamente aplastados y se creó la Guardia nacional anticampesina; es típica la expedición represiva de Nino Bixio en la región catanesa, donde las insurrecciones fueron más violentas. Y sin embargo [también] en las *Noterelle* de G. C. Abba hay elementos para demostrar que la cuestión agraria era el resorte para hacer entrar en movimiento a las grandes masas; basta recordar los discursos de Abba con el fraile que va al encuentro de los garibaldinos inmediatamente después del desembarco de Marsala.¹⁶ En algunos cuentos de G. Verga hay elementos pintorescos de estos alzamientos campesinos que la guardia nacional sofocó con el terror y los fusilamientos en masa.¹⁷ (Este aspecto de la expedición de los Mil no ha sido nunca estudiado y analizado.)

La falta de planteamiento de la cuestión agraria llevaba a la casi imposibilidad de resolver la cuestión del clericalismo y de la posición antiunitaria del Papa. A este respecto los moderados fueron mucho más audaces que el Partido de Acción: es verdad que ellos no distribuyeron los bienes eclesiásticos entre los campesinos, pero se sirvieron de aquéllos para crear una nueva capa de grandes y medianos propietarios ligados a la nueva situación política, y no titubearon en manumir la propiedad de la tierra, aunque sólo fuese la de las Congregaciones. El Partido de Acción, además, estaba paralizado, en su acción entre los campesinos, por las veleidades mazzinianas de [una] reforma religiosa, que no sólo no interesaba a las grandes masas rurales, sino que por el contrario las hacía propensas a una instigación contra los nuevos heréticos. El ejemplo de la Revolución

francesa estaba allí para demostrar que los jacobinos, que habían logrado aniquilar a todos los partidos de derecha incluyendo a los girondinos en el terreno de la cuestión agraria y no sólo impedir la coalición rural contra París sino multiplicar sus partidarios en las provincias, fueron perjudicados por los intentos de Robespierre de instaurar una reforma religiosa, que sin embargo, en el proceso histórico real, tenía un significado y una concreción inmediatos. (Habría que estudiar atentamente la política agraria real de la República Romana y el verdadero carácter de la misión represiva encomendada por Mazzini a Felice Orsini en la Romaña y en las Marcas: en este periodo y hasta el 70 –incluso después– con el nombre de bandolerismo se entendía casi siempre el movimiento caótico, tumultuoso y salpicado de ferocidad, de los campesinos para adueñarse de la tierra.)

Cfr. *Cuaderno 1* (XVI), pp. 24 bis-29 bis.

§ <27> *Los moderados y los intelectuales.* Por qué los moderados debían conseguir el predominio en la masa de los intelectuales. Gioberti y Mazzini. Gioberti ofrecía a los intelectuales una filosofía que aparecía como original y al mismo tiempo nacional, capaz de poner a Italia al menos en el mismo nivel de las naciones más avanzadas y dar una nueva dignidad al pensamiento italiano. Mazzini por el contrario ofrecía sólo afirmaciones nebulosas y alusiones filosóficas que a muchos intelectuales, especialmente napolitanos, les debían parecer hueca palabrería (el abate Galiani había enseñado a burlarse de aquel modo de pensar y razonar).¹

Cuestión de la escuela: actividad de los moderados para introducir el principio pedagógico de la enseñanza recíproca (Confalonieri, Capponi, etcétera); movimiento de Ferrante Aporti y de los asilos, vinculado al problema del pauperismo.² En los moderados se afirmaba el único movimiento pedagógico concreto opuesto a la escuela "jesuítica"; esto no podía dejar de tener eficacia tanto entre los laicos, a los cuales daba en la escuela una personalidad propia, como en el clero liberalizante y antijesuítico (hostilidad encarnizada contra Ferrante Aporti, etcétera; la recuperación y educación de la infancia abandonada era un monopolio clerical y estas iniciativas destruían el monopolio). Las actividades escolares de carácter liberal o liberalizante tienen un gran significado para captar el mecanismo de la hegemonía de los moderados sobre los intelectuales. La actividad escolar, en todos sus grados, tiene una importancia enorme, incluso económica, para los intelectuales de todos los grados: la tenía entonces aún mayor que hoy, dado lo restringido de los cuadros sociales y las escasas vías abiertas a la iniciativa de los pequeños burgueses (hoy: periodis-

mo, movimiento de los partidos, industria, aparato estatal extensísimo, han ampliado en forma inaudita las posibilidades de empleo).

La hegemonía de un centro directivo sobre los intelectuales se afirma a través de dos líneas principales: 1] una concepción general de la vida, una filosofía (Gioberti), que ofrezca a los seguidores una "dignidad" intelectual que dé un principio de distinción y un elemento de lucha contra las viejas ideologías dominantes coercitivamente; 2] un programa escolar, un principio educativo y pedagógico original que interese y dé una actividad propia, en su campo técnico, a aquella fracción de los intelectuales que es la más homogénea y la más numerosa (los docentes, desde el maestro elemental hasta los profesores de universidad).

Los Congresos de científicos que fueron organizados repetidamente en el periodo del primer Risorgimento tuvieron una doble eficacia: 1] reunir a los intelectuales del grado más elevado, concentrándolos y multiplicando su influencia; 2] obtener una concentración más rápida y una orientación más decidida en los intelectuales de grados inferiores, que normalmente tienden a seguir a los universitarios y a los grandes científicos por espíritu de casta.

El estudio de las revistas enciclopédicas y especializadas da otro aspecto de la hegemonía de los moderados. Un partido como el de los moderados ofrecía a la masa de los intelectuales todas las satisfacciones para las exigencias generales que pueden ser ofrecidas por un gobierno (por un partido en el gobierno), a través de los servicios estatales. (Para esta función de partido italiano de gobierno sirvió óptimamente después del 48-49 el Estado piemontés que acogió a los intelectuales exiliados y mostró en modelo lo que habría hecho un futuro Estado unificado.)

Cfr. *Cuaderno 1* (XVI), pp. 42 bis-43 bis.

§ <28> *Dirección político-militar del movimiento nacional italiano.* En el examen de la dirección política y militar imprimida al movimiento nacional antes y después del 48 hay que hacer algunas observaciones preventivas de método y nomenclatura. Por dirección militar no debe entenderse sólo la dirección militar en sentido estricto, técnico, o sea con referencia a la estrategia y a la táctica del ejército piemontés, o de las tropas garibaldinas y de las diversas milicias improvisadas en las insurrecciones locales (cinco jornadas de Milán, defensa de Venecia, defensa de la República Romana, insurrección de Palermo en el 48 etcétera); debe entenderse por el contrario en sentido mucho más amplio y más apegado a la dirección política auténtica. El problema esencial que se planteaba desde el

como escuela para el pueblo no tiende ni siquiera a mantener la ilusión, porque se organiza cada vez más en forma de restringir la base de la clase gobernante técnicamente preparada, en un ambiente social político que restringe aún más la "iniciativa privada" en el sentido de impartir esta capacidad y preparación técnico-política, de modo que se regresa en realidad a las divisiones de "orden" jurídicamente establecidas y cristalizadas más que a la^a superación de las divisiones en grupos: la multiplicación de las escuelas profesionales cada vez más especializadas desde el comienzo de la carrera de los estudios es una de las manifestaciones más visibles de esta tendencia.

A propósito del dogmatismo y del criticismo-historicismo en la escuela elemental y media, debe observarse que la nueva pedagogía ha querido dar la batalla al dogmatismo precisamente en el campo de la instrucción, del aprendizaje de nociones concretas, o sea precisamente en el campo en el que un cierto dogmatismo es prácticamente imprescindible y puede ser reabsorbido y disuelto sólo en el ciclo entero del curso escolar (no se puede enseñar gramática histórica en las escuelas elementales y en el gimnasio), pero se ve obligada luego a ver introducido el dogmatismo por excelencia en el campo del pensamiento religioso e implícitamente a ver descrita toda la historia de la filosofía como una sucesión de locuras y delirios.

En la enseñanza de la filosofía, el nuevo curso pedagógico (al menos para aquellos alumnos, y son la inmensa mayoría, que no reciben ayudas intelectuales fuera de la escuela, en la familia o en el ambiente familiar, y deben formarse sólo con las indicaciones que reciben en clase) empobrece la enseñanza y rebaja su nivel prácticamente, no obstante que racionalmente parezca bellísimo, de una belleza utópica. La filosofía descriptiva tradicional, reforzada por un curso de historia de la filosofía y de la lectura de cierto número de filósofos, prácticamente parece lo mejor. La filosofía descriptiva y definidora será una abstracción dogmática, como la gramática y las matemáticas, pero es una necesidad pedagógica y didáctica. $1 = 1$ es una abstracción, pero nadie es conducido por ello a pensar que una mosca es igual a un elefante. Incluso las reglas de la lógica formal son abstracciones del mismo género, son como la gramática del pensar normal, y no obstante es preciso estudiarlas, porque no son algo innato, sino que deben ser adquiridas con el trabajo y la reflexión. El nuevo curso presupone que la lógica formal es algo que ya se posee cuando se piensa, pero no explica cómo se la debe adquirir, lo que prácticamente es como si se la | supusiera innata. La lógica formal es como la gramática: es asimilada en forma "viviente" aunque el aprendizaje necesariamente haya sido esquemático y abstracto, porque el discípulo no es un disco de gramófono, no es un recipiente pasivamente mecánico, aunque la

^a En el manuscrito: "de".

convencionalidad litúrgica de los exámenes lo haga aparecer así en ocasiones. La relación de estos esquemas educativos con el espíritu infantil es siempre activa y creativa, como activa y creativa es la relación entre el obrero y sus utensilios de trabajo: un calibrador es también él un conjunto de abstracciones, y sin embargo no se producen objetos sin previamente calibrarlos, objetos reales que son relaciones sociales y contienen, implícitas, ideas. El niño que se esfuerza con los *barbara*, *baralipton*,³ se fatiga, es cierto, y hay que procurar que sufra la fatiga indispensable y no más, pero también es cierto que siempre deberá fatigarse para aprender a forzarse a sí mismo a privaciones y limitaciones de movimiento físico, o sea someterse a un aprendizaje psico-físico. Hay que persuadir a mucha gente de que también el estudio es un oficio, y muy fatigoso, con su especial aprendizaje, además de intelectual, también muscular-nervioso: es un proceso de adaptación, es un hábito adquirido mediante el esfuerzo, el aburrimiento e incluso el sufrimiento. La participación de masas más vastas en la escuela media acarrea la tendencia a disminuir la disciplina del estudio, a exigir "facilidades". Muchos piensan incluso que las dificultades son artificiosas, porque están acostumbrados a considerar como trabajo y fatiga sólo el trabajo manual. La cuestión es compleja. Ciertamente, el niño de una familia tradicional de intelectuales supera más fácilmente el proceso de adaptación psico-física; desde la primera vez que entra a clase tiene numerosos puntos de ventaja sobre sus compañeros, tiene una orientación ya adquirida por los hábitos familiares: concentra la atención con mayor facilidad, porque tiene el hábito del control físico, etcétera. Del mismo modo el hijo de un obrero de ciudad sufre menos al entrar a la fábrica que un hijo de campesinos o un joven campesino ya desarrollado para la vida rural. También el régimen alimenticio tiene su importancia, etcétera. He ahí por qué muchos del pueblo piensan que en la dificultad del estudio hay un "truco" en su perjuicio (cuando no piensan que son estúpidos por naturaleza); ven al señor (y para muchos, en el campo especialmente, señor quiere decir intelectual) realizar con soltura y aparente facilidad el trabajo que a sus hijos les cuesta lágrimas y sangre, y piensan que debe de haber un "truco". En una nueva situación, estas cuestiones pueden hacerse agudísimas y habrá que resistir la tendencia a hacer fácil aquello que no puede serlo sin desnaturalizarse. Si se quiere crear un nuevo estrato de intelectuales, hasta llegar a las más grandes especializaciones, de un grupo social que tradicionalmente no ha desarrollado las aptitudes correspondientes, habrá que superar dificultades inauditas.

Cfr. Cuaderno 4 (XIII), pp. 29-32 bis.

§ <3>. Cuando se distingue entre intelectuales y no-intelectuales en realidad nos referimos solamente a la inmediata función social de la ca-

tegoría profesional de los intelectuales, esto es, se toma en cuenta la dirección en que gravita el peso mayor de la actividad específica profesional, si en la elaboración intelectual o en el esfuerzo muscular-nervioso. Esto significa que si se puede hablar de intelectuales, no se puede hablar de no-intelectuales, porque no-intelectuales no existen. Pero la misma relación entre esfuerzo de elaboración intelectual-cerebral y esfuerzo muscular-nervioso no es siempre igual, por lo tanto se tienen diversos grados de actividad específica intelectual. No existe actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el

12ª **homo faber** del **homo sapiens**. Todo hombre, en fin, fuera de su profesión explica una determinada actividad intelectual, es un "filósofo", un artista, un hombre de gusto, participa de una concepción del mundo, tiene una línea de conducta moral consciente, por lo tanto contribuye a sostener o modificar una concepción del mundo, o sea a suscitar nuevos modos de pensar. El problema de la creación de una nueva clase intelectual consiste por lo tanto en elaborar críticamente la actividad intelectual que en cada uno existe en cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo muscular-nervioso hacia un nuevo equilibrio y obteniendo que el mismo esfuerzo muscular-nervioso, en cuanto elemento de una actividad práctica general, que renueva perpetuamente el mundo físico y social, se convierta en fundamento de una concepción del mundo nueva e integral. El tipo tradicional y vulgarizado del intelectual lo representa el literato, el filósofo, el artista. Por eso los periodistas, que se consideran literatos, filósofos, artistas, se consideran a sí mismos también como los "verdaderos" intelectuales. En el mundo moderno la educación técnica, estrechamente vinculada al trabajo industrial, incluso al más primitivo o descalificado, debe formar la base del nuevo tipo de intelectual. Sobre esta base ha trabajado el *Ordine Nuovo** semanal para desarrollar ciertas formas de nuevo intelectualismo y para determinar sus nuevos conceptos, y ésta no ha sido una de las menores razones de su éxito, porque tal planteamiento correspondía a aspiraciones latentes y correspondía al desarrollo de las formas reales de vida. El modo de ser del nuevo intelectual no puede seguir consistiendo en la elocuencia, motriz exterior y momentánea de los afectos y las pasiones, sino en el mezclarse activamente en la vida práctica, como constructor, organizador, "persuasor permanentemente" porque no puro orador, y sin embargo superior al espíritu abstracto matemático; de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se permanece como "especialista" y no se llega a "dirigente" (especialista + político).

Cfr. *Cuaderno 4* (XIII), pp. 21 bis, 39 bis-40.

* En el manuscrito: "O. N."

Apéndice

- I. Descripción de los cuadernos
- II. Notas